SAN JERÓNIMO

Comentario al Evangelio de Mateo

Commentariorum in Evangelium Matthaei

SABBATISMUS

San Jerónimo (347–420)
Commentariorum in Evangelium Matthaei · Comentario al Evangelio de Mateo

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

CUATRO LIBROS DE LOS COMENTARIOS SOBRE EL EVANGELIO DE MATEO, A EUSEBIO, POR SAN EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBÍTERO. (C)

PRÓLOGO.

Que muchos escribieron Evangelios, lo atestigua también el evangelista Lucas, diciendo: *Puesto que muchos han intentado poner en orden la narración de las cosas que entre nosotros se han cumplido, tal como nos las transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra*; y lo declaran los monumentos que perseveran hasta el tiempo presente, los cuales, publicados por diversos autores, fueron el principio de diversas herejías, como el que es según los Egipcios, y el de Tomás, y el de Matías, y el de Bartolomé, también el de los doce apóstoles, y el de Basílides y Apeles, y los demás, a quienes sería muy largo enumerar: pues por ahora solo es necesario decir esto, que existieron algunos que, sin el espíritu y la gracia de Dios, intentaron más ordenar una narración que tejer la verdad de la historia. A quienes con justicia se puede adaptar aquel dicho profético: *¡Ay de los que profetizan por su propio corazón, que andan tras su propio espíritu, que dicen: esto dice el Señor; y el Señor no los ha enviado!* (Ez. 13:3). De los cuales también el Salvador habla en el Evangelio de Juan: *Todos los que vinieron antes de mí, fueron ladrones y salteadores* (Jn. 10:8). Los que vinieron; no, los que fueron enviados. Pues Él mismo dice: *Venían, y yo no los

enviaba* (Jer. 14:14; y 23:21). En los que vienen, hay presunción de temeridad; en los enviados, hay obsequio de servidumbre. Mas la Iglesia, que fue fundada sobre la roca por la voz del Señor, a la que el rey introdujo en su cámara (Cant. 1 y 2), y a la que por el agujero de un descenso oculto metió su mano (Cant. 5), semejante a la gama y al cervatillo de los ciervos (Cant. 2:9), que vierte como los cuatro ríos del paraíso (Gén. 2), tiene cuatro ángulos y cuatro anillos, por los cuales, como arca del Testamento y guardiana de la Ley del Señor, es transportada sobre maderos inmóviles (Éx. 25:10 ss.).

El primero de todos es Mateo el Publicano, de sobrenombre Leví, quien publicó un Evangelio en Judea en lengua hebrea, principalmente por causa de aquellos de entre los judíos que habían creído en Jesús, y que de ninguna manera guardaban la sombra de la Ley, al sucederle la verdad del Evangelio. El segundo es Marcos, intérprete del apóstol Pedro y primer obispo de la iglesia de Alejandría, quien ciertamente no vio al Señor Salvador en persona, sino que narró las cosas que había oído predicar a su maestro, más según la fe de los hechos que su orden. El tercero es Lucas el médico, de nación siro de Antioquía (cuya alabanza está en el Evangelio), quien, siendo él mismo discípulo del apóstol Pablo, compuso su volumen en las regiones de Acaya y Beocia (2 Cor. 8), repitiendo algunas cosas desde una fuente más elevada y, como él mismo confiesa en su prólogo, describiendo más lo oído que lo visto. El último es Juan, apóstol y evangelista, a quien

Jesús amó muchísimo, quien, recostado sobre el pecho del Señor (Jn. 13 y 21), bebió las purísimas corrientes de las doctrinas, y quien solo desde la cruz mereció oír: *He ahí a tu madre* (Jn. 19:27).

Estando él en Asia, y cuando ya entonces germinaban las semillas de los herejes —de Cerinto, de Ebión y de los demás que niegan que Cristo vino en carne (a quienes él mismo en su epístola llama anticristos [1 Jn. 2:18], y el apóstol Pablo frecuentemente abate [Rom. 3; 2 Cor. 5])—, fue obligado por casi todos los obispos de Asia de entonces, y por legaciones de muchas Iglesias, a escribir más profundamente sobre la divinidad del Salvador, y a irrumpir hasta el mismo Verbo de Dios (por así decirlo), con una osadía no tanto audaz cuanto feliz. Y la Historia Eclesiástica narra que, siendo instado por los hermanos a que escribiera, respondió que lo haría si, habiendo proclamado un ayuno, todos rogaran a Dios en común; cumplido lo cual, lleno de revelación, viniendo del cielo, profirió aquel prólogo: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: éste estaba en el principio con Dios* (Jn. 1).

Por tanto, que estos cuatro Evangelios fueron predichos mucho antes, lo prueba también el libro de Ezequiel, en el cual la primera visión se teje así: *Y en medio de ello, la semejanza de cuatro seres vivientes; y su aspecto era la semejanza de un hombre, y el rostro de un león, y el rostro de un becerro, y el rostro de un águila* (Ez. 1:5, 10). El primer rostro, el de un hombre, significa a Mateo, quien comenzó a escribir como si fuera

sobre un hombre: *Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán* (Mt. 1). El segundo, a Marcos, en quien se oye la voz de un león que ruge en el desierto: *Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas* (Mc. 1:3). El tercero, el de un becerro, que prefigura que el evangelista Lucas tomó su inicio del sacerdote Zacarías. El cuarto, al evangelista Juan, quien, habiendo tomado las alas de un águila y apresurándose a lo más alto, diserta sobre el Verbo de Dios. Las demás cosas que siguen contribuyen al mismo sentido. Sus piernas eran rectas, y sus pies alados, y a dondequiera que iba el espíritu, iban, y no se volvían; y sus espaldas estaban llenas de ojos, y centellas y antorchas corrían entre ellos, y una rueda dentro de otra, y en cada uno había cuatro rostros. De donde también el Apocalipsis de Juan, después de la exposición de los veinticuatro ancianos que, teniendo cítaras y copas, adoraban al Cordero de Dios, introduce relámpagos, y truenos, y siete espíritus que corrían de un lado a otro, y un mar de vidrio, y cuatro seres vivientes llenos de ojos (Ap. 4 y 5), diciendo: *El primer ser viviente era semejante a un león, y el segundo semejante a un becerro, y el tercero semejante a un hombre, y el cuarto semejante a un águila volando.* Y poco después: *Estaban llenos*, dice, *de ojos, y no tenían reposo día y noche, diciendo: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, y el que es, y el que ha de venir* (Ap. 4:7, 8). Por todo lo cual se muestra claramente que solo cuatro Evangelios deben ser recibidos, y que todas las

elegías de los apócrifos deben ser cantadas más para los herejes muertos que para los vivos de la Iglesia.

Y me asombro bastante, queridísimo Eusebio, de por qué, estando tú a punto de navegar súbitamente a Roma, quisiste que te diera esto como una especie de provisión de viaje (*sitarcia*), para que, exponiendo brevemente a Mateo, fuera conciso en las palabras pero extenso en los sentidos. Si te hubieras acordado de mi respuesta, nunca habrías pedido en pocos días una obra de años. Pues, en primer lugar, es difícil leer a todos los que han escrito sobre los Evangelios. Luego, es mucho más difícil, aplicando el juicio, acoger lo que es mejor. Confieso haber leído hace muchísimos años los veinticinco volúmenes de Orígenes sobre Mateo, y otras tantas Homilías suyas, y su estilo sentencioso de interpretación; y los Comentarios de Teófilo, obispo de la ciudad de Antioquía; también los de Hipólito mártir, y de Teodoro de Heraclea, Apolinar de Laodicea y Dídimo de Alejandría; y de los latinos, las obritas de Hilario, Victorino y Fortunaciano, de las cuales, aunque extrajera cosas pequeñas, se escribiría algo digno de memoria. Pero tú, en dos semanas, con la Pascua ya inminente y los vientos soplando, me obligas a dictar: ¿cuándo han de tomar nota los secretarios, cuándo han de escribirse las páginas, cuándo han de corregirse, en qué espacio de tiempo han de ponerse en limpio, máxime cuando sabes que he estado tan enfermo durante tres meses que apenas ahora empiezo a caminar;

ni puedo compensar la magnitud del trabajo con la brevedad del tiempo?

Por lo tanto, omitida la autoridad de los Antiguos, a quienes no se me ha dado facultad ni de leer ni de seguir, he dispuesto brevemente la interpretación histórica, que especialmente pediste, y a veces he mezclado las flores de la inteligencia espiritual, reservando la obra perfecta para el futuro. Pero si se me concede una vida más larga, o si tú, al regresar, cumples tus promesas, entonces me esforzaré por completar lo que queda; más aún, puestas las bases y construidas en parte las paredes, impondré la más bella cumbre, para que sepas qué diferencia hay entre la súbita audacia de dictar y la elaborada diligencia de escribir. Ciertamente sabes, y me sonrojaría de llamarte como testigo de mi mentira, que he dictado la presente obrita con tal celeridad que pensarías que estoy leyendo obras ajenas más que componiendo las mías. Y no pienses que esto lo digo por arrogancia y confianza en mi talento, sino porque deseo mostrarte cuánto vales para mí, que he preferido ponerme en peligro ante los doctos antes que negarte algo a ti que pides con tanta insistencia. Por lo cual te ruego que, si el discurso es tosco y la oración no fluye con su habitual soltura, lo atribuyas a la prisa, no a la impericia, y que des ejemplares, cuando llegues a Roma, a Principia, virgen de Cristo, quien me rogó que escribiera sobre el Cantar de los Cantares, obra de la que fui excluido por una larga enfermedad, y he pospuesto mi esperanza para el futuro: obligándote con esta ley, que si tú le sustraes lo

que fue escrito para ti, ella también guarde en su armario lo que ha de ser escrito para ella más tarde.

Libro D

e la generación de Jesucristo.

En Isaías leemos: "¿Quién contará su generación?" (Isaías 53:8)? No pensemos, por tanto, que el Evangelista sea contrario al profeta, de modo que lo que aquel declaró imposible de expresar, este comience a narrarlo; pues allí se habló de la generación de su divinidad, aquí de su encarnación. Comenzó, sin embargo, por las cosas carnales, para que a través del hombre comencemos a hablar de Dios.

Hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac; e Isaac engendró a Jacob; y Jacob engendró a Judá y a sus hermanos. El orden es inverso, pero necesariamente alterado. Pues si hubiera puesto primero a Abraham y después a David, habría tenido que repetir de nuevo a Abraham para tejer la serie de la generación. Por eso, omitiendo a los demás, lo llamó hijo de estos, porque solo a ellos se les hizo la promesa acerca de Cristo; a Abraham: "En tu descendencia", dice, "serán bendecidas todas las naciones" (Génesis 22:18), que es Cristo. A David: "Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono" (Sal. 131:11).

Y Judá engendró a Farés y a Zará de Tamar; y Farés engendró a Esrom; y Esrom engendró a Aram; y Aram engendró a Aminadab; y Amina-

dab engendró a Naasón. Debe notarse que en la genealogía del Salvador no se incluye a ninguna de las mujeres santas, sino a aquellas a quienes la Escritura reprende, para que Aquel que había venido por los pecadores, naciendo de pecadores, borrara los pecados de todos. De ahí que en los versículos siguientes se incluya a Rut la moabita y a Betsabé, la esposa de Urías.

Y Naasón engendró a Salmón; y Salmón engendró a Booz de Rahab; y Booz engendró a Obed de Rut; y Obed engendró a Jesé; y Jesé engendró al rey David. Y el rey David engendró a Salomón de la que fue mujer de Urías; y Salomón engendró a Roboam; y Roboam engendró a Abías; y Abías engendró a Asá; y Asá engendró a Josafat; y Josafat engendró a Joram. Este es aquel Naasón, príncipe de la tribu de Judá, como leemos en los Números (Núm. 1 y 2).

Y Joram engendró a Ozías; y Ozías engendró a Joatám; y Joatám engendró a Acaz; y Acaz engendró a Ezequías; y Ezequías engendró a Manasés; y Manasés engendró a Amón; y Amón engendró a Josías; y Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos, en la transmigración de Babilonia. En el cuarto libro de los Reyes (Capítulos 3, 8 y ss.) leemos que Ocozías fue engendrado por Joram; y muerto este, Josabet, hija del rey Joram y hermana de Ocozías, tomó a Joás, hijo de su hermano, y lo sustrajo de la matanza que estaba llevando a cabo Atalía. A este le sucedió en el reino su hijo Amasías, después del cual reinó su hijo Azarías, que también es llamado Ozías; a este le sucedió su hijo Joatám. Ves, por tanto, que según el rela-

to histórico, hubo tres reyes intermedios que el Evangelista ha omitido aquí: pues Joram no engendró a Ozías, sino a Ocozías, y a los demás que hemos enumerado. Pero como el propósito del Evangelista era establecer tres grupos de catorce generaciones en diferentes momentos históricos, y como Joram había mezclado su linaje con el de la impía Jezabel, por eso se suprime su memoria hasta la tercera generación, para que no fuera incluido en el orden de la santa natividad.

Y después de la transmigración de Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel; y Salatiel engendró a Zorobabel; y Zorobabel engendró a Abiud; y Abiud engendró a Eliaquim; y Eliaquim engendró a Azor; y Azor 11 engendró a Sadoc; y Sadoc engendró a Aquim; y Aquim engendró a Eliud; y Eliud engendró a Eleazar; y Eleazar engendró a Matán; y Matán engendró a Jacob. Si quisiéramos poner a Jeconías al final del primer grupo de catorce, en el siguiente no habrá catorce, sino trece. Sepamos, por tanto, que el primer Jeconías es el mismo que Joacim; el segundo, en cambio, es el hijo, no el padre. El nombre del primero se escribe con 'c' y 'm', el del segundo con 'ch' y 'n'; lo cual, por error de los escribas y por el paso del tiempo, se ha confundido entre griegos y latinos.

(Versículo 16) Y Jacob engendró a José. En este punto, Juliano el Apóstata nos opuso la disonancia de los Evangelistas, preguntando por qué el evangelista Mateo dijo que José era hijo de Jacob, mientras que Lucas lo llamó hijo de Helí; sin entender la costumbre de las Escrituras, de que uno era su padre según la naturaleza, y el

otro según la Ley. Pues sabemos que esto fue mandado por medio de Moisés por orden de Dios, que si un hermano o pariente muriera sin hijos, otro tomara a su mujer para suscitar descendencia para su hermano o pariente (Deut. II). Sobre esto, tanto Africano, el cronista, como Eusebio de Cesarea han disputado más ampliamente en sus libros sobre la *disonancia de los evangelios* (διαφωνίας εὐαγγελίων).

(Versículo 17) El marido de María, de la cual nació Jesús, que es llamado el Cristo. Cuando oigas "marido", que no te surja la sospecha de nupcias; sino recuerda la costumbre de las Escrituras, que a los prometidos se les llama maridos, y a las prometidas, esposas.

(Versículo 18) Y desde la deportación a Babilonia hasta el Cristo, catorce generaciones. Cuenta desde Jeconías hasta José, y encontrarás trece generaciones. Por lo tanto, la decimocuarta generación se contará en el mismo Cristo.

La generación de Cristo, pues, fue así. Que el lector diligente pregunte y diga: Puesto que José no es el padre del Señor Salvador, ¿qué pertinencia tiene para el Señor el orden de la generación que se remonta hasta José? A lo cual responderemos, primero, que no es costumbre de las Escrituras tejer el orden de las generaciones a través de las mujeres. En segundo lugar, que José y María eran de una misma tribu: de donde él estaba obligado por la Ley a tomarla como pariente, y que fueron censados juntos en Belén, como evidentemente nacidos del mismo linaje.

Estando desposada su madre María con José. ¿Por qué no fue concebido de una simple Virgen, sino de una desposada? Primero, para que a través de la genealogía de José, se mostrara el origen de María. Segundo, para que no fuera apedreada por los judíos como adúltera. Tercero, para que al huir a Egipto tuviera el consuelo de un marido. El mártir Ignacio añadió también una cuarta razón por la que fue concebido de una desposada: para que su nacimiento, dice, se ocultara al diablo, mientras este piensa que ha nacido no de una Virgen, sino de una esposa.

Antes de que convivieran, se encontró que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo. No fue encontrada por otro sino por José, quien, con casi licencia marital, conocía todas las cosas de su futura esposa. En cuanto a lo que se dice, "Antes de que convivieran": no se sigue que convivieran después; sino que la Escritura muestra lo que no había sucedido.

(Versículo 19) Pero José, su marido, como era justo y no quería difamarla, resolvió repudiarla en secreto. Pero mientras él pensaba en esto, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños a José, diciendo. "Quien se une a una prostituta, se hace un solo cuerpo" (I Cor. VI, 16). Y en la Ley se manda que no solo los reos, sino también los conocedores de los crímenes son responsables del pecado (Levit. V): ¿cómo, pues, se escribe que José es justo, cuando oculta el crimen de su esposa? Pero este es un testimonio de María, que José, conociendo su castidad y admirado por

lo que había sucedido, oculta en silencio aquello cuyo misterio desconocía.

(Versículo 20) José, hijo de David, no temas recibir a María, tu mujer. Porque lo que en ella ha sido engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo. Ya hemos dicho anteriormente que a las prometidas se les llama esposas, lo que el libro *Contra Helvidio* enseña más plenamente: y el Ángel le habla en sueños con afecto tranquilizador, para aprobar la justicia de su silencio. Al mismo tiempo, debe notarse que se dice que José es hijo de David, para que también se muestre que María es del linaje de David.

(Versículo 21) Y llamarás su nombre Jesús. Porque él salvará a su pueblo de sus pecados. JESÚS en lengua hebrea se dice Salvador. El evangelista, por tanto, señaló la etimología de su nombre, diciendo: "Llamarás su nombre Jesús; porque él salvará a su pueblo".

(Vers. 22 y ss.)

Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta, que dice: He aquí que una virgen tendrá en su seno, y dará a luz un hijo, y se le llamará por nombre Emmanuel, que, interpretado, es: Dios con nosotros. Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado. Pues lo que el evangelista Mateo dice, *tendrá en su seno*, en el profeta está escrito, *recibirá en su seno*. Pero el profeta, porque predice cosas futuras, significa lo que ha de ser, y escribe, *recibirá*: el evangelista, en cambio, como no narra sobre el futuro, sino sobre el pasado, cambió *recibirá* y puso

tendrá. Pues quien tiene, de ningún modo está por recibir. Algo semejante leemos también en los Salmos: *Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad: recibió dones entre los hombres* (Sal. 67, 19). El apóstol, al citar este testimonio, no dijo *recibió*, sino *dio*: porque allí se significaba del futuro, que había de recibir; aquí la historia narra de aquel que ya había dado lo que había recibido.

(Vers. 25.)

Y tomó a su esposa, y no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre Jesús. A partir de este pasaje, algunos con suma perversidad sospechan que María tuvo otros hijos, diciendo que no se llama primogénito sino a quien tiene también hermanos: cuando esta es la costumbre de las divinas Escrituras, que no llaman primogénito a aquel a quien siguen hermanos, sino a aquel que ha nacido primero. Léase el susodicho opúsculo contra Helvidio.

(Cap. II.---Vers. 2 y ss.)

Porque hemos visto su estrella en Oriente, y hemos venido a adorarle. Al oír esto, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él. Y congregando a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Para confusión de los judíos, a fin de que aprendieran el nacimiento de Cristo de los gentiles, surge en Oriente una estrella, cuya futura aparición conocían por la profecía de Balaam, de quien eran sucesores. Léase el libro de los Números (Cap. XXIV). Además, los magos son conducidos por la señal de la estrella a Judea, para que los sacerdotes, al ser interrogados por

los magos sobre dónde había de nacer Cristo, quedaran sin excusa acerca de su advenimiento.

(Vers. 5.)

Y ellos le dijeron: En Belén de Judea. Porque así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, de ningún modo eres la más pequeña entre los príncipes de Judá. Porque de ti saldrá un caudillo que regirá a mi pueblo Israel. Aquí hay un error de los copistas. Pues pensamos que fue publicado primeramente por el evangelista, como leemos en el mismo hebreo, *de Judá*, no *de Judea*. Pues, ¿qué otra Belén de otras gentes hay, para que aquí se pusiera *de Judea* para distinguirla? Pero se escribe *de Judá* porque hay también otra Belén en Galilea. Léase el libro de Jesús, hijo de Navé (Jos. 19). Finalmente, en el mismo testimonio, que se toma de la profecía de Miqueas, así se encuentra: *Y tú, Belén, tierra de Judá* (Miq. 5, 2).

(Vers. 11.)

Y abriendo sus tesoros, le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra. El presbítero Juvenco comprendió bellísimamente los sacramentos de los dones en un solo verso: *Incienso, oro, mirra, como dones llevan al Rey, al Hombre y a Dios.*

Y habiendo recibido en sueños una respuesta de que no volvieran a Herodes, regresaron por otro camino a su región, etc. Quienes habían ofrecido dones al Señor, consecuentemente reciben una respuesta. La respuesta, sin embargo (que en griego se dice χρηματισθέντες), no se da por medio de un ángel, sino por el Señor mismo, para que se demostrara el privilegio de los méritos de

José. Además, regresan por otro camino, porque no debían mezclarse con la infidelidad de los judíos.

(Vers. 13, 14.)

He aquí que un ángel del Señor se apareció en sueños a José, diciendo: Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto; y quédate allí hasta que yo te diga. Porque va a suceder que Herodes buscará al niño para acabar con él. El cual, levantándose, tomó al niño y a su madre de noche, y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes. Cuando toma [otros leen: *tomó*] al niño y a su madre para pasar a Egipto, los toma de noche y en tinieblas; pero cuando regresa a Judea, ni la noche ni las tinieblas se mencionan en el Evangelio.

(Versículos 15, 16.) Para que se cumpliera lo que fue dicho por el Señor por medio del profeta, que dice: De Egipto llamé a mi hijo. Entonces Herodes, viendo que había sido burlado por los magos, se enfureció sobremanera; y enviando, mató a todos los niños que había en Belén y en todos sus contornos, de dos años para abajo, según el tiempo que había inquirido de los magos. Respondan los que niegan la verdad de los volúmenes hebreos, dónde se lee esto en los setenta intérpretes. Y cuando no lo encuentren, les diremos que está escrito en el profeta Oseas (Capítulo 11), como también pueden probarlo los ejemplares que recientemente hemos editado. Podemos, sin embargo, conciliar [variante: consolar] este pasaje de otra manera a causa de los contenciosos, cuya costumbre el apóstol Pablo niega tener

él y la Iglesia de Cristo (I Cor. 11); y presentamos un testimonio de Números, donde Balaam dice: Dios lo sacó de Egipto; su gloria es como la del unicornio (Núm. XXIII, 22).

(Versículos 17 y ss.) Entonces se cumplió lo que fue dicho por el profeta Jeremías, que dice: Voz fue oída en Ramá, llanto y lamento grande, Raquel que llora a sus hijos, y no quiso ser consolada, porque ya no son (Jer. XXXI, 15). Mas muerto Herodes, he aquí que un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto, diciendo: Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a la tierra de Israel. De Raquel nació Benjamín, en cuya tribu no está Belén (Gén. XXXV). Se pregunta, por tanto, ¿cómo es que Raquel llora a los hijos de Judá, es decir, de Belén, como si fueran suyos? Responderemos brevemente: porque fue sepultada junto a Belén en Efrata, y por la hospitalidad materna de su pequeño cuerpo recibió el nombre de madre. O bien, porque Judá y Benjamín eran dos tribus unidas, y Herodes había ordenado que se matara a los niños no solo en Belén, sino también en todos sus contornos. Por la matanza [variante: ocasión] de Belén entendemos que también muchos de Benjamín fueron masacrados. Llora, pues, a sus hijos y no recibe consuelo, según una doble interpretación. O bien porque los consideraba muertos para siempre, o bien porque no quería ser consolada por aquellos que sabía que vivirían. En cuanto a lo que se dice "en Ramá", no pensemos que es el nombre de un lugar, junto a Gabaa, sino que "ramá" se interpreta como "en lo alto", de modo que el sentido

es: "Una voz fue oída en lo alto", es decir, dispersa a lo largo y a lo ancho.

(Versículo 20.) Porque han muerto los que buscaban la vida del niño. De este pasaje entendemos que no solo Herodes, sino también los sacerdotes y los escribas en el mismo tiempo habían meditado la muerte del Señor.

(Versículo 21.) El cual, levantándose, tomó al niño y a su madre, y vino a la tierra de Israel. No dijo: "tomó a su hijo y a su esposa", sino "al niño y a su madre", como un custodio, no como un marido.

(Versículo 22.) Pero oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allá; y advertido en sueños, se retiró a la región de Galilea. Muchos caen en el error por ignorancia de la historia, pensando que es el mismo Herodes por quien el Señor es escarnecido en su pasión, y quien ahora se dice que ha muerto. Por tanto, aquel Herodes que después hizo amistad con Pilato es hijo de este Herodes, hermano de Arquelao; a quien el mismo Tiberio César desterró a Lugdunum, que es una ciudad de las Galias, e hizo a su hermano Herodes sucesor del reino. Lee la historia de Josefo.

(Versículo 23.) Y viniendo, habitó en la ciudad que se llama Nazaret, para que se cumpliera lo que fue dicho por los profetas, que había de ser llamado Nazareno. Si hubiera puesto un ejemplo concreto de las Escrituras, nunca habría dicho "lo que fue dicho por los profetas", sino simplemente "lo que fue dicho por el profeta"; pero ahora, al nombrar a los profetas en plural, muestra que no

ha tomado las palabras de las Escrituras, sino el sentido. "Nazareno" se interpreta como "santo". Además, toda la Escritura conmemora que el Señor sería santo. También podemos decir de otra manera, que también con las mismas palabras, según la verdad hebrea, está escrito en Isaías: "Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y un Nazareno subirá de su raíz" (Is. XI, 1).

(CAPÍTULO III, Versículo 1.) Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos. Juan el Bautista es el primero en predicar el reino de los cielos, para que el precursor del Señor sea honrado con este privilegio.

(Vers. 3.) Pues este es aquel de quien se habló por medio del profeta Isaías, diciendo: Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Preparaba las almas de los creyentes, en las cuales el Señor había de caminar, para que el puro caminara por vías purísimas, diciendo: Habitaré en ellos y caminaré entre ellos; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo (Levítico 26:12). Porfirio compara este pasaje con el principio del evangelista Marcos, en el que está escrito: Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios, como está escrito en el profeta Isaías: He aquí que envío a mi Ángel delante de tu faz, que preparará tu camino. Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas (Isaías 40:3). Pues como el testimonio está entretejido de Malaquías (Cap. III) e Isaías, pregunta cómo hemos de pensar que el ejemplo fue tomado como si fuera de un solo Isaías. A esto, los hombres de la Iglesia han respondido muy

plenamente. Nosotros, sin embargo, pensamos que el nombre de Isaías fue añadido por error de los escribas, lo que también podemos probar en otros lugares, o ciertamente que de diversos testimonios de las Escrituras se formó un solo cuerpo. Lee el salmo decimotercero, y encontrarás lo mismo.

(Vers. 4.) Y el mismo Juan tenía un vestido de pelo de camello, y un cinto de cuero alrededor de sus lomos. De pelo, dice, lo tenía, no de lana. Una cosa es indicio de vestido austero, otra de lujo más blando. Además, el cinto de cuero con que también Elías fue ceñido es indicio [o: símbolo] de mortificación (4 Reyes 1). Además, lo que sigue:

Su comida eran langostas y miel silvestre. Es propio del habitante del desierto no buscar las delicias de los manjares, sino satisfacer la necesidad de la carne humana.

(Vers. 9.) Poderoso es Dios para suscitar de estas piedras hijos de Abrahán. Llama piedras a los gentiles, por la dureza de su corazón. Lee a Ezequiel: Os quitaré, dice, el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne (Ezequiel 36:26). En la piedra se muestra la dureza; en la carne, la blandura [o: ternura]. O simplemente indica el poder de Dios, que quien hizo todas las cosas de la nada, puede también procrear un pueblo de las rocas más duras.

(Vers. 10, 11.) Pues ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles. Por tanto, todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego. Yo a la verdad os bautizo en agua para penitencia; pero

el que ha de venir después de mí es más fuerte que yo. La predicación de la palabra evangélica, que es una espada aguda por ambos lados, es llamada hacha, según el profeta Jeremías, que compara la palabra del Señor con un hacha que corta la roca (Jeremías 46).

Cuyas sandalias no soy digno de llevar. En otro Evangelio dice: "Del cual no soy digno de desatar la correa de su calzado": aquí se muestra la humildad, allí se demuestra un misterio, que Cristo es el esposo, y Juan no es digno de desatar la correa del esposo, para que no sea llamada su casa, según la ley de Moisés y el ejemplo de Rut, "la casa del descalzado" (Deuteronomio 25, y Rut 4).

(Vers. 12.) Él os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego. Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, pero la paja la quemará con fuego inextinguible. Ya sea porque el Espíritu Santo es fuego, como enseñan los Hechos de los Apóstoles, donde al descender, se posó como fuego sobre cada uno [o: lenguas] de los creyentes (Hechos 2); y se cumplió la palabra del Señor que decía: He venido a echar fuego sobre la tierra, ¡y cuánto deseo que ya arda! (Lucas 12:49). O porque en el presente somos bautizados con el espíritu, y en el futuro, con fuego. El Apóstol también concuerda con este sentido: El fuego probará la calidad de la obra de cada uno (1 Corintios 3:13).

(Vers. 13, 14.) Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán, a Juan, para ser bautizado por él. Pero Juan se lo prohibía, diciendo: Yo necesito ser

bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero Jesús, respondiendo, le dijo. Por una triple causa el Salvador recibió el bautismo de Juan. Primero, para que, habiendo nacido hombre, cumpliera toda la justicia y humildad de la Ley. Segundo, para que con su bautismo aprobara el bautismo de Juan. Tercero, para que, santificando las aguas del Jordán, mostrara la venida del Espíritu Santo en el lavatorio de los creyentes mediante el descenso de la paloma.

(Versículo 15) Sin medida. Bellamente dijo, "sin medida", para mostrar que Cristo había de ser bautizado en agua, y Juan por Cristo en el espíritu. O de otro modo, "sin medida": para que yo, que he asumido la forma de siervo, cumpla también su humildad. De lo contrario, sabe que en el día del juicio has de ser bautizado con mi bautismo. "Sin medida", dice el Señor Jesús, "tengo otro bautismo con el que he de ser bautizado". Tú me bautizas en agua, para que yo te bautice por mí en tu propia sangre.

(Versículo 16) Porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le permitió. Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua. No añadió, "la justicia de la Ley", o "de la naturaleza", para que entendiéramos ambas cosas: que si Dios aceptó el bautismo de un hombre, nadie desdeñe aceptarlo de un consiervo.

(Versículo 17) Y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia. El misterio de la

Trinidad se demuestra en el bautismo: el Señor es bautizado, el Espíritu desciende en forma [variante: apariencia] de paloma, se oye la voz del Padre, que da testimonio del Hijo. Pero los cielos se abren no por una separación de los elementos, sino a los ojos espirituales; con los cuales también Ezequiel, al principio de su libro, conmemora que le fueron abiertos. La paloma también se posó sobre la cabeza de Jesús, para que nadie pensara que la voz del Padre se dirigía a Juan, y no al Señor.

CAPÍTULO IV.—Versículo 1. Entonces Jesús fue llevado por el espíritu al desierto. No hay duda de que fue por el Espíritu Santo. Pues sigue:

Para ser tentado por el diablo. Pero es llevado no contra su voluntad o como un cautivo, sino con la voluntad de luchar.

(Versículo 2) Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre. Y acercándose el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios. En este número de cuarenta se nos muestra un sacramento, en el cual también Moisés ayunó en el monte Sinaí (Éxodo 24), y Elías junto al monte Horeb (1 Reyes 19). Se permite, sin embargo, que su cuerpo sienta hambre, para que se le dé al diablo la ocasión de tentar.

(Versículo 3) Di que estas piedras se conviertan en pan. A quien tiene hambre, se le dice apropiadamente: "di que estas piedras se conviertan en pan": pero te ves atrapado en una doble contradicción, oh diablo. Si a su mandato las piedras pueden convertirse en pan, entonces en vano tientas a quien tiene tan gran poder. Pero si no puede hacerlo, en vano sospechas que es el Hijo

de Dios. "Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan."

(Versículo 4) Él, respondiendo, dijo: Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. El testimonio está tomado del Deuteronomio (Deut. 8:3). Sin embargo, el Señor respondió así porque su propósito era vencer al diablo con humildad, no con poder. Al mismo tiempo, debe observarse que si el Señor no hubiera comenzado a ayunar, no habría habido ocasión para que el diablo lo tentara, según aquel pasaje: "Hijo, al acercarte al servicio de Dios, mantente en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación" (Eclesiástico 2:1). Pero la misma respuesta del Salvador indica que fue un hombre quien fue tentado. "No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". Por lo tanto, si alguien no se alimenta de la palabra de Dios, esa persona no vive.

(Versículo 5) Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad. Este "llevar" que se menciona no proviene de la debilidad del Señor, sino de la soberbia del enemigo, que considera la voluntad del Salvador como una necesidad. De este pasaje, además, se entiende lo que está escrito en otro lugar: "Fueron a la santa ciudad y se aparecieron a muchos" (Mat. 27:53).

(Versículo 6) Y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo. Para que, a quien había tentado con el hambre, lo tentara también con la vanagloria.

Si eres Hijo de Dios. En todas las tentaciones, el diablo hace esto para entender si es el Hijo de Dios; pero el Señor modera su respuesta de tal manera que lo deja en la ambigüedad.

Échate abajo. Porque escrito está. La voz del diablo, que [variante: la cual] siempre desea que todos caigan abajo, dice: "Échate abajo"; puede persuadir, no puede precipitar.

21 A sus ángeles ha mandado acerca de ti, y en sus manos te llevarán, para que no tropieces con tu pie en una piedra. Esto lo leemos en el salmo nonagésimo; pero allí la profecía no es sobre Cristo, sino sobre un varón santo. Mal, por tanto, interpreta las Escrituras el diablo. Ciertamente, si de verdad hubiera sabido lo que estaba escrito sobre el Salvador, debería haber dicho también aquello que en el mismo salmo sigue en su contra: Caminarás sobre el áspid y el basilisco, y pisotearás al león y al dragón. Habla del auxilio de los ángeles como a un enfermo; sobre su propia conculcación, como un prevaricador, calla.

(Vers. 7) Jesús le dijo de nuevo: Escrito está: No tentarás al Señor tu Dios. Rompe las falsas saetas del diablo tomadas de las Escrituras con los verdaderos escudos de las Escrituras. Y ha de notarse que solo adujo los testimonios necesarios del Deuteronomio, para mostrar los sacramentos de la segunda ley.

(Vers. 8) De nuevo lo llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo. La gloria del mundo, que ha de pasar con el mundo, se muestra en un monte y en una cumbre; el Señor, en cambio, des-

ciende a lugares humildes y llanos, para superar al diablo con la humildad. Además, el diablo se apresura a llevarlo a los montes, para que por los mismos medios por los que él mismo había caído, también los demás cayeran, según aquello del Apóstol: Para que no se ensoberbezca y caiga en el juicio del diablo (I Tim. 3:6).

(Vers. 9) Todo esto te daré, si postrándote me adoras. Arrogante y soberbio, dice esto también por jactancia: no porque tenga potestad en todo el mundo, o pueda el diablo dar todos los reinos, pues sabemos que muchos varones santos han sido hechos reyes por Dios. Si postrándote, dice, me adoras. Por tanto, quien va a adorar al diablo, antes cae.

(Vers. 10) Entonces le dice Jesús: Vete, Satanás, porque escrito está. No como muchos piensan, son condenados con la misma sentencia Satanás y el apóstol Pedro. Pues a Pedro se le dice: Vete detrás de mí, Satanás (Mt. 16:23), es decir, sígueme, tú que eres contrario a mi voluntad; pero aquí oye, vete, Satanás, y no se le dice, detrás de mí, para que se sobreentienda, vete al fuego eterno, que está preparado para ti y para tus ángeles.

22 Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás. Diciendo el diablo al Salvador, "si postrándote me adoras", oye por el contrario que él mismo más bien debe adorarle a Él como a su Señor y Dios.

(Vers. 11) Entonces el diablo lo dejó; y he aquí que se acercaron ángeles y le servían. Precede la tentación, para que siga la victoria. Los ángeles

sirven, para que se compruebe la dignidad del vencedor.

(Vers. 15, 16) Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles: el pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz, y a los que habitaban en la región de la sombra de la muerte, una luz les ha amanecido. Estos fueron los primeros que oyeron al Señor predicar, para que donde había sido la primera cautividad de Israel por los asirios, allí naciera el pregón del redentor.

(Vers. 17, 18) Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos. Y andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, que es llamado Pedro, y a Andrés su hermano, que echaban la red en el mar, pues eran pescadores. Y les dijo. Entregado Juan, rectamente Él mismo comienza a predicar: al cesar la Ley, consiguientemente surge el Evangelio. Mas si el Salvador predica las mismas cosas que Juan el Bautista había predicho antes, muestra que Él es el Hijo del mismo Dios del cual aquel es profeta.

(Vers. 19, 20) Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Y ellos al instante, dejando las redes, lo siguieron. Estos fueron los primeros llamados para seguir al Señor: pescadores e iletrados son enviados a predicar, para que no se pensara que la fe de los creyentes se producía no por la virtud de Dios, sino por la elocuencia y la doctrina.

(Vers. 24) Y a los lunáticos, y a los paralíticos, y los curó. Y le siguieron grandes multitudes de Ga-

lilea y de la Decápolis, y de Jerusalén, y de Judea, y de más allá del Jordán. No verdaderamente lunáticos, sino los que se pensaba que eran lunáticos, por el engaño de los demonios, que, observando los tiempos lunares, deseaban infamar a la criatura, para que las blasfemias redundaran contra el Creador.

Viendo Jesús a las multitudes, subió al monte, y habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos, y abriendo su boca, les enseñaba, diciendo. El Señor asciende a los montes para atraer consigo a las multitudes a cosas más elevadas. Pero las multitudes no pueden ascender. Y le siguen los discípulos, a quienes habla no de pie, sino sentado y recogido. Pues no podían comprenderlo resplandeciente en su majestad. Según la letra, algunos de los hermanos más sencillos piensan que enseñó las bienaventuranzas, y lo demás que sigue, en el monte de los Olivos, lo cual de ningún modo es así: pues por lo que precede y lo que sigue, se muestra que el lugar está en Galilea, el cual creemos que es o el Tabor, o cualquier otro monte elevado. Finalmente, después que terminó sus sermones, inmediatamente sigue: "Y cuando entró en Cafarnaúm".

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Esto es lo que leemos en otro lugar: "Y salvará a los humildes de espíritu" (Sal. 33:16). Mas para que nadie pensara que el Señor elogiaba la pobreza que a veces se soporta por necesidad, añadió, "de espíritu": para que entendieras la humildad, no la indigencia. Bienaventurados los pobres de espíritu, que por

el Espíritu Santo son pobres por voluntad. De ahí que sobre tales pobres hable también el Salvador por medio de Isaías: "El Señor me ha ungido; por lo cual me ha enviado a evangelizar a los pobres" (Is. 6:1).

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. No la tierra de Judea, ni la tierra de este mundo; no la tierra maldita, que produce espinas y abrojos (Gén. 5), la cual posee más bien el más cruel y belicoso; sino la tierra que el Salmista desea, diciendo: "Creo que veré los bienes del Señor en la tierra de los vivientes" (Sal. 26:13). Un poseedor de esta clase, y triunfador después de la victoria, es también descrito en el salmo cuadragésimo cuarto: "Y avanza, prospera y reina: por la verdad, la mansedumbre y la justicia". Pues nadie posee aquella tierra por la mansedumbre, sino por la soberbia.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Este luto no se entiende por los muertos según la ley común de la naturaleza, sino por los muertos en pecados y vicios. Así también Samuel lloró por Saúl, porque a Dios le pesó haberlo ungido rey sobre Israel (1 Re. 15). Así también el apóstol Pablo dice que llora y se lamenta por aquellos que, después de la fornicación y la inmundicia, no han hecho penitencia (2 Cor. 12).

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. No nos basta con querer la justicia, si no padecemos hambre de justicia: para que con este ejemplo entendamos que nunca somos suficientemente

justos, sino que siempre tenemos hambre de las obras de justicia.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. La misericordia no se entiende solamente en las limosnas, sino en todo pecado del hermano, si nos llevamos las cargas los unos a los otros (Gál. 6).

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Aquellos a quienes ninguna conciencia de pecado acusa. Lo puro es visto por el de corazón puro: el templo de Dios no puede estar contaminado.

Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Los que primero hacen la paz en su propio corazón, y luego también entre los hermanos que disienten. Pues, ¿de qué sirve que otros sean pacificados por ti, cuando en tu propia alma hay guerras de vicios?

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Significativamente añadió, "por causa de la justicia". Pues muchos padecen persecución por sus propios pecados, y no son justos. Y al mismo tiempo, considera que la octava bienaventuranza de la verdadera circuncisión termina en el martirio.

Bienaventurados sois cuando los hombres os maldigan, y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo, por mi causa. Aquella maldición que crea bienaventuranza, que es proferida por la boca del que maldice falsamente, debe ser despreciada. Por eso también definió especialmente cuál es la maldición bien-

aventurada, diciendo: "toda clase de mal contra vosotros, mintiendo, por mi causa". Donde, por tanto, Cristo es la causa, allí la maldición es incluso deseable.

(Versículo 12) Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos. Pues así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros. No sé quién de nosotros podría cumplir esto, que nuestra fama sea desgarrada por los oprobios, y nosotros nos regocijemos en el Señor. Quien persigue la vanagloria no puede cumplir esto. Por lo tanto, debemos alegrarnos y regocijarnos, para que se nos prepare una recompensa en los cielos. Leemos elegantemente escrito en cierto volumen: «No busques la gloria, y no te dolerás cuando no la tengas».

(Versículo 13) Vosotros sois la sal de la tierra. Los apóstoles son llamados sal, porque a través de ellos se sazona todo el género humano.

Pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? Si el doctor errase, ¿por qué otro doctor será corregido?

Para nada vale ya, sino para ser echada fuera y pisoteada por los hombres. El ejemplo está tomado de la agricultura. Pues la sal, así como es necesaria para el condimento de los alimentos y para secar las carnes, no tiene otro uso. Ciertamente, leemos en las Escrituras que algunas ciudades, por la ira de los vencedores, fueron sembradas con sal, para que ninguna planta brotara en ellas (Jueces 9). Guárdense, pues, los doctores y los obispos, y vean: Los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sabiduría 6, 7); y que no hay

remedio, sino que las ruinas de los grandes conducen al tártaro.

(Versículo 14 y ss.) Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta sobre un monte; ni se enciende una lámpara y se la pone debajo de un celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. Enseña la confianza en la predicación, para que los apóstoles no se escondan por miedo y sean semejantes a una lámpara bajo el celemín, sino que se muestren con toda libertad, para que lo que oyeron en las alcobas, lo prediquen desde los terrados (Mateo 10, 27).

(Versículo 17) No penséis que he venido a abolir la ley o los profetas. No he venido a abolir, sino a cumplir. Ya sea porque cumplió lo que otros habían profetizado sobre él, o porque con su predicación completó aquellas cosas que antes, por la debilidad de los oyentes, eran rudimentarias e imperfectas (Mateo 5), quitando la ira, excluyendo la ley del talión y la concupiscencia oculta en la mente.

(Versículo 18) Hasta que pasen el cielo y la tierra. Se nos prometen cielos nuevos y tierra nueva, que el Señor Dios ha de hacer. Si, por tanto, se han de crear cosas nuevas, en consecuencia, las viejas han de pasar. En cuanto a lo que sigue:

Ni una jota ni un ápice pasará de la Ley, hasta que todo se cumpla. Por la figura de la letra se muestra que incluso las cosas que se consideran

mínimas en la Ley están llenas de sacramentos espirituales, y todas se recapitulan en el Evangelio. ¿De qué erudición, pues, y de qué doctrina es demostrar diariamente que incluso los diversos sacrificios, y las cosas que parecen supersticiosas en las víctimas, se cumplen?

(Versículo 19 y ss.) Quien, pues, quebrante uno de estos mandamientos mínimos y así enseñe a los hombres, será llamado mínimo en el reino de los cielos; pero quien los cumpla y los enseñe, este será llamado grande en el reino de los cielos. Os digo, pues, que si vuestra justicia no abunda más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás; y quien matare, será reo de juicio. Pero yo os digo. Este capítulo se adhiere al testimonio anterior, en el que había dicho: Ni una jota ni un ápice pasará de la Ley, hasta que todo se cumpla. Reprende, por tanto, a los fariseos, quienes, despreciando los mandatos de Dios, establecían sus propias tradiciones, lo cual no les aprovecha en su doctrina ante el pueblo si destruyen incluso lo más pequeño que está mandado en la Ley. Pero también podemos entenderlo de otra manera: que la erudición de un maestro, aunque sea culpable de un pequeño pecado, lo rebaja del grado máximo, y no le aprovecha enseñar una justicia que la más mínima culpa destruye. Y la bienaventuranza perfecta consiste en cumplir con la obra lo que has enseñado con la palabra.

(Vers. 22) Porque todo el que se enoja con su hermano, será reo de juicio. En algunos códices se añade "sin causa"; pero en los verdaderos la

sentencia es definitiva, y la ira se elimina por completo, diciendo la Escritura: "Quien se enoja con su hermano". Pues si se nos manda ofrecer la otra mejilla al que nos golpea, y amar a nuestros enemigos, y orar por los que nos persiguen (Lucas 6), se elimina toda ocasión de ira. Por lo tanto, debe borrarse "sin causa", porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios (Santiago 1).

Pero el que diga a su hermano "raca", será reo ante el concilio. Esta palabra es propiamente de los hebreos: pues RACA se dice κενὸς (kenos), es decir, 'vano' o 'vacío': lo que nosotros podemos llamar, con una injuria vulgar, 'sin cerebro'. Si por una palabra ociosa hemos de dar cuenta (Mateo 12:36), ¡cuánto más por una injuria! Pero también se añade significativamente: "Quien diga a su hermano, raca". Pues nadie es nuestro hermano, sino el que tiene con nosotros el mismo Padre. Por tanto, si cree igualmente en Dios y conoce que Cristo es la sabiduría de Dios (1 Corintios 1), ¿con qué razón puede ser señalado con el calificativo de necedad?

Pero el que diga "necio", será reo de la gehenna de fuego. De lo anterior se sobreentiende por construcción común (ἀπὸ κοινοῦ): "Quien diga a su hermano, 'necio', será reo de la gehenna". Pues quien llama "necio" a uno que cree igualmente en Dios, es impío en la religión.

(Vers. 23, 24) Por tanto, si al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano; y entonces, al volver, presentarás

tu ofrenda. No dijo: "si tú tienes algo contra tu hermano", sino "si tu hermano tiene algo contra ti", para que se te imponga una necesidad más estricta de reconciliación. Mientras no podamos aplacarlo, no sé si consecuentemente podemos ofrecer nuestros dones a Dios.

(Vers. 25 y ss.) Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, mientras estás con él en el camino: no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez te entregue al alguacil, y seas arrojado a la cárcel. En verdad te digo, no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuadrante. Habéis oído que fue dicho a los antiguos: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que todo aquel. En lugar de lo que tenemos en los códices latinos, «de acuerdo» (*consentiens*), en los griegos está escrito Εὐνοῶν, que se interpreta como «benévolo» (*benevolus*), o «benigno» (*benignus*). Sin embargo, por el contexto precedente y subsiguiente, el sentido es manifiesto: que nuestro Señor y Salvador, mientras corremos por el camino de este siglo, nos exhorta a la paz y a la concordia, según el Apóstol, que dice: «Si es posible, en cuanto de vosotros dependa, estad en paz con todos los hombres» (Rom. 12:18). Pues también en el capítulo precedente había dicho: «Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti», y terminado esto, infiere inmediatamente: «Ponte de acuerdo» o «sé benigno con tu adversario», y lo demás. Y en los versículos siguientes manda: «Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y 28 os

calumnian». Aunque esta es la inteligencia manifiesta y consecuente, muchos piensan que se dice de la carne y el alma, o del alma y el espíritu, lo cual es completamente insostenible. Pues, ¿cómo será enviada la carne a la cárcel si el alma no ha consentido, cuando tanto el alma como la carne han de ser encerradas juntas, y la carne no puede hacer nada a menos que la mente se lo haya ordenado? ¿O cómo podría el Espíritu Santo que habita en nosotros entregar al juez a la carne o al alma rebeldes, cuando Él mismo es el juez? Otros, según la Epístola de Pedro que dice: «Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor» (1 Pe. 5:8), y lo demás, interpretan que el adversario es el diablo, y quieren que el Salvador mande que, mientras esté en nuestro poder, seamos benévolos con el diablo, que es enemigo y vengador, y no le hagamos sufrir castigos por nosotros. Pues como él mismo proporciona los incentivos de los vicios, y pecando nosotros incluso por nuestra voluntad, si consentimos a quien nos sugiere los vicios, también él ha de ser atormentado por nosotros. Y dicen que cada uno de los santos es benévolo con su adversario si no le hace sufrir tormentos por su causa. Algunos, de manera más forzada, argumentan que en el Bautismo cada uno hace un pacto con el diablo, y dice: «Renuncio a ti, diablo, y a tu pompa, y a tus vicios, y a tu mundo, que está puesto en el maligno» (1 Jn. 5:19). Si, por tanto, hemos guardado el pacto, somos benévolos y estamos de acuerdo con nuestro adversario, y de ninguna manera hemos de ser encerrados en la cárcel. Pero

si hemos transgredido algo de lo que habíamos prometido al diablo, seremos entregados al juez y al alguacil, y seremos enviados a la cárcel, y no saldremos de ella hasta que paguemos el último cuadrante. Un cuadrante (*quadrans*) es un tipo de moneda que tiene dos blancas (*minuta*). De ahí que también en otro Evangelio, se dice que aquella mujer pobre y viuda echó un cuadrante en el tesoro (Mc. 12), y en otro, dos blancas (Lc. 21). No porque los Evangelios disientan, sino porque un cuadrante tiene dos monedas de una blanca. Esto es, por tanto, lo que dice: No saldrás de la cárcel hasta que pagues incluso los pecados más pequeños.

(Vers. 28.) Quien mira a una mujer para desearla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón. Entre πάθος (pathos) y προπάθεια (propatheia), es decir, entre la pasión (*passionem*) y la pre-pasión (*propassionem*), hay esta diferencia: que la pasión se considera un vicio, mientras que la pre-pasión, aunque tenga la culpa de un inicio [o: de un vicio], no se considera un crimen. Por tanto, quien ha visto a una mujer y su alma ha sido excitada, ha sido golpeado por la pre-pasión. Pero si ha consentido, y del pensamiento ha hecho un afecto —como está escrito en David: «Pasaron al afecto del corazón» (Sal. 72:7)—, ha pasado de la pre-pasión a la pasión, y a este no le falta la voluntad de pecar, sino la ocasión. Quienquiera, por tanto, que mira a una mujer para desearla, es decir, si la ha mirado para desearla, de modo que se dispone a actuar, de este

se dice con razón que ha cometido adulterio con ella en su corazón.

Y si tu ojo derecho te escandaliza, arráncalo y échalo de ti. Pues te conviene que perezca uno de tus miembros, antes que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna. Y si tu mano derecha te escandaliza, córtala y échala de ti. Pues te conviene que perezca uno de tus miembros, antes que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna. Porque habiendo hablado antes de la concupiscencia de la mujer, con razón llamó ahora 'ojo' al pensamiento y al sentido que vuela hacia diversas cosas. Por la mano derecha y las demás partes del cuerpo, en cambio, se demuestran los principios de la voluntad y del afecto, para que lo que concebimos en la mente, lo completemos con la obra. Por tanto, hay que tener cuidado de que lo que es óptimo en nosotros no caiga rápidamente en el vicio. Pues si el ojo derecho y la mano derecha escandalizan, ¡cuánto más aquellas cosas que en nosotros son siniestras! Pues si el alma cae, ¡cuánto más el cuerpo, que es más propenso a los pecados! De otro modo. En el ojo derecho y en la mano derecha se muestra el afecto por los hermanos, las esposas y los hijos, y por los parientes y allegados; si percibimos que estos son un impedimento para nosotros en la contemplación de la verdadera luz, debemos truncar tales porciones, no sea que mientras queremos ganar a otros, nosotros mismos perezcamos eternamente. De donde también se dice del sumo sacerdote, cuya alma está dedicada al culto de Dios: 'No se contaminará por su padre, ni por su madre, ni

por sus hijos' (Lev. 21:11), es decir, no conocerá ningún afecto, sino el de Aquel a cuyo culto está dedicado.

Además, se dijo: 'Quien repudie a su mujer, que le dé un libelo de repudio.' Pero yo os digo: que todo el que repudia a su mujer, excepto por causa de fornicación, la hace cometer adulterio; y el que se casa con la repudiada 30, comete adulterio. También habéis oído que se dijo a los antiguos: 'No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos.' En una parte posterior, el Salvador expone este pasaje más plenamente, que Moisés ordenó que se diera un libelo de repudio por la dureza del corazón de los maridos, no concediendo la disensión, sino evitando el homicidio (Deut. 24). Pues es mucho mejor que ocurra una lúgubre discordia, a que por el odio se derrame sangre.

Pero yo os digo que no juréis en absoluto: ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran rey. Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer un solo cabello blanco o negro. Sea, pues, vuestro hablar: 'Sí, sí'; 'No, no'; porque lo que excede de esto, del mal procede. Se sabe que los judíos siempre tuvieron esta pésima costumbre de jurar por los elementos, como frecuentemente los reprende la palabra profética (Isaías 65). Quien jura, o venera o ama a aquel por quien jura. En la Ley se manda que no juremos, sino por el Señor nuestro Dios (Deut. 6 y 7). Los judíos, al jurar por los ángeles, y la ciudad de Jerusalén, y el templo, y los elemen-

tos, veneraban a las criaturas y las cosas carnales con el honor y el obsequio de Dios. Finalmente, considera que aquí el Salvador no prohibió jurar por Dios, sino por el cielo, y la tierra, y Jerusalén, y por tu cabeza. Y esto había sido concedido por la ley como a niños pequeños, para que así como inmolaban víctimas a Dios, para que no las inmolaran a los ídolos, así también se les permitiera jurar por Dios: no porque hicieran esto rectamente, sino porque era mejor ofrecerlo a Dios que a los demonios. Pero la verdad evangélica no admite el juramento, ya que toda palabra fiel es como un juramento.

Habéis oído que fue dicho: 'Ojo por ojo, y diente por diente.' Pero yo os digo que no resistáis al mal. Quien dice 'ojo por ojo', no quiere quitar el otro, sino conservar ambos. Nuestro Señor, al quitar la represalia, trunca los inicios de los pecados. Y en la Ley hay retribución; en el Evangelio, gracia. Allí se enmienda la culpa; aquí se eliminan los mismos comienzos de los pecados.

(Vers. 39) Pero si alguien te golpea en tu mejilla derecha, preséntale también la otra. Y al que quiera contender contigo en juicio y quitarte la túnica, déjale también el manto. Y a cualquiera que te obligue a ir una milla, ve con él otras dos. Se describe al varón eclesiástico, imitador de aquel que dice: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Infra 11, 29). Y su promesa, golpeado con una bofetada, la comprueba: "Si he hablado mal, acúsame del mal; pero si bien, ¿por qué me hieres?" (Juan 18, 23). Algo semejante decía también David en el Salmo: "Si he devuelto

mal a los que me lo hacían" (Sal. 7, 5). Y Jeremías en las Lamentaciones: "Bueno es para el hombre haber llevado [Var.: haberse sentado bajo, etc.] el yugo desde su adolescencia." "Dará la mejilla a quien le hiere; se saciará de oprobios" (Tren. 3, 27, 30). Esto va contra aquellos que piensan que hay un Dios de la Ley y otro del Evangelio; pues tanto allí como aquí se enseña la mansedumbre. Según las interpretaciones místicas (*mysticos intellectus*), al ser golpeada nuestra mejilla derecha, no se nos manda ofrecer la izquierda, sino la otra, es decir, otra derecha. Pues el justo no tiene un lado izquierdo. Si un hereje nos golpea en una disputa y quiere herir un dogma recto (*dextrum dogma*), opóngasele otro testimonio de las Escrituras, y ofrezcamos al que golpea sucesivas manos derechas, hasta que la ira del enemigo se canse.

(Vers. 42, 43) Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no le vuelvas la espalda. Habéis oído que fue dicho: "Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo". Si entendemos que esto se dice solamente de la limosna (*eleemosyna*), en la mayoría de los pobres esto no puede sostenerse. Pero incluso los ricos, si dieran siempre, no podrían dar siempre. Por tanto, después del bien de la limosna, se dan preceptos a los apóstoles, es decir, a los doctores (*doctoribus*), para que lo que recibieron gratis, lo den gratis (Mateo 10). Este tipo de dinero nunca se agota; sino que cuanto más se da, tanto más se duplica. Y mientras riega los campos que le están sometidos, el agua de la fuente nunca se seca.

(Vers. 44) Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian. Muchos, juzgando los preceptos de Dios por su propia debilidad y no por las fuerzas de los santos, piensan que lo mandado es imposible, y dicen que a las virtudes les basta con no odiar a los enemigos; pero que amar es un precepto mayor de lo que la naturaleza humana puede soportar. Se ha de saber, por tanto, que Cristo no manda cosas imposibles, sino perfectas: lo que hizo David con Saúl y con Absalón (1 Reyes 24 y 26, y 2 Reyes 18). También Esteban, el mártir, rogó por sus enemigos que lo apedreaban (Hechos 7). Y Pablo desea ser anatema por sus perseguidores (Romanos 9). Y esto Jesús lo enseñó y lo hizo, diciendo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23, 34).

(Vers. 45) Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos; que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos (*publicani*)? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también lo mismo los gentiles (*ethnici*)? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. Si guardando los preceptos de Dios uno se hace hijo de Dios, luego no es hijo por naturaleza, sino por su propia elección (*arbitrio suo*).

(Cap. VI.—V. 1) Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos

por ellos; de otra manera no tendréis galardón de vuestro Padre que está en los cielos. Quien toca la trompeta al dar limosna, es un hipócrita. Quien, ayunando, desfigura su rostro para mostrar en su semblante la vacuidad de su vientre, también este es un hipócrita. Quien ora en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para ser visto por los hombres, es un hipócrita. De todo lo cual se colige que son hipócritas quienes hacen cualquier cosa para ser glorificados por los hombres. Me parece que también aquel que dice a su hermano: "Deja que te saque la paja de tu ojo" (Mateo 7:4), lo hace por la gloria, para parecer él mismo justo. Por lo cual el Señor le dice: "Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo". Así pues, no es la virtud, sino la causa de la virtud, lo que tiene recompensa ante Dios. Aunque te hayas desviado un poco del camino recto, no importa si vas a la derecha o a la izquierda, puesto que has perdido el verdadero camino.

(V. 3, 4) Mas tú, cuando des limosna, que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará. Y cuando oréis, no seréis como los hipócritas, que aman orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para ser vistos por los hombres. No solo la limosna, sino cualquier obra buena que hagáis, la izquierda no debe saberlo; pues si lo sabe, las obras de la derecha se manchan al instante.

En verdad os digo, ya recibieron su recompensa. No la recompensa de Dios, sino la suya propia.

Pues han sido alabados por los hombres, por cuya causa ejercieron las virtudes.

(V. 6) Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto, y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará. Esto, entendido de manera sencilla, enseña al oyente a huir de la vana gloria de orar. Pero me parece que esto es más bien un precepto para que oremos al Señor con el pensamiento del corazón encerrado y los labios sellados, lo cual leemos que también hizo Ana en el libro de los Reyes; "Sus labios", dice, "solamente se movían" (1 Reyes 1:13).

(V. 7) Y al orar, no uséis muchas palabras, como hacen los paganos. Pues piensan que en su palabrería serán escuchados. No os asemejéis, pues, a ellos. Si el pagano habla mucho en la oración, por tanto, el que es cristiano debe hablar poco. Pues Dios no es oidor de palabras, sino del corazón (Sabiduría 1:6).

(V. 8) Pues vuestro Padre sabe de qué tenéis necesidad, antes de que se lo pidáis. Así, pues, oraréis vosotros. En este punto surge una cierta herejía, y también un dogma perverso de los filósofos, que dicen: Si Dios sabe por qué oramos, y antes de que pidamos, sabe de qué tenemos necesidad, en vano hablamos a quien ya sabe. A los cuales se debe responder brevemente que nosotros no somos narradores, sino suplicantes. Pues una cosa es narrar a quien ignora, y otra pedir a quien sabe. En aquello hay información; en esto, sumisión. Allí informamos fielmente, aquí suplicamos miserablemente.

(V. 9) Padre nuestro, que estás en los cielos. Al decir "Padre", se confiesan hijos.

Santificado sea tu nombre. No en ti, sino en nosotros. Pues si por causa de los pecadores el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles (Romanos 2:24), por el contrario, por causa de los justos es santificado.

(V. 10) Venga tu reino. O bien pide de modo general por el reino del mundo entero, para que el diablo deje de reinar en el mundo, o bien para que en cada uno reine Dios, y no reine el pecado en el cuerpo mortal de los hombres (Romanos 6). Y al mismo tiempo, debe notarse esto: que es de gran audacia y de conciencia pura pedir el reino de Dios y no temer el juicio.

Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. Para que así como los Ángeles te sirven sin culpa en los cielos, así te sirvan los hombres en la tierra. Avergüéncense de esta sentencia quienes mienten diciendo que cada día se producen ruinas en el cielo. Pues, ¿de qué nos aprovecha la semejanza de los cielos, si también en el cielo hay pecado?

(Vers. 11-13.) Danos hoy nuestro pan supersubstancial. Y perdónanos nuestras deudas, así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos del mal.

Lo que hemos expresado como "supersubstancial", en griego es ἐπιούσιον: palabra que los Setenta intérpretes traducen muy frecuentemente como περιούσιον. Hemos considerado, pues, el hebreo, y dondequiera que ellos expresaron

περιούσιον, hemos encontrado SGOLLA (), que Símaco tradujo como ἐξαίρετον, es decir, *praecipuum* (principal) o *egregium* (egregio), aunque en cierto lugar lo interpretó como *peculiare* (peculiar). Cuando, por tanto, pedimos que Dios nos conceda el pan peculiar o principal, pedimos a aquel que dice: "Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo" (Juan 6:51). En el Evangelio que se llama "según los Hebreos", en lugar de "pan supersubstancial", encontré MAHAR (), que se dice "de mañana"; de modo que el sentido es: "Danos hoy nuestro pan de mañana", es decir, futuro. Podemos también entender el pan supersubstancial de otro modo, como aquel que está sobre todas las substancias y supera a todas las criaturas. Otros piensan simplemente, según la palabra del Apóstol que dice (1 Tim. 6:8): "Teniendo sustento y con qué cubrirnos, estemos contentos con esto", que los santos se preocupan solamente del alimento presente. De donde también en lo que sigue está el precepto: "No os preocupéis por el mañana".

Amén. Es el sello (*Signaculum*) de la Oración del Señor: lo que Áquila interpreta como "fielmente"; nosotros podemos decir "verdaderamente".

(Vers. 14.) Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, también vuestro Padre celestial os perdonará vuestras faltas.

Aquello que está escrito: "Yo dije: 'Sois dioses, y todos hijos del Altísimo'. Pero como hombres moriréis, y como uno de los príncipes caeréis" (Sal. 81:6-7), se dice a aquellos que por sus

pecados merecieron dejar de ser dioses para ser hombres. Con razón, por tanto, también aquellos a quienes se les perdonan los pecados son llamados hombres.

(Vers. 16.) Porque desfiguran sus rostros, para mostrar a los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya han recibido su recompensa.

La palabra "exterminant" (desfiguran), que en las Escrituras Eclesiásticas se ha vuelto común por vicio de los intérpretes, significa algo muy distinto de lo que comúnmente se entiende. Pues los exiliados son "exterminados", quienes son enviados fuera de las fronteras (*extra terminos*). Por esta palabra, por tanto, debemos entender siempre "demoliuntur" (desfiguran), que en griego se dice ἀφανίζουσι. El hipócrita, en cambio, desfigura su rostro para simular tristeza; y mientras su ánimo quizá se regocija, lleva luto en su semblante.

(Vers. 17 ss.) Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará. No os hagáis tesoros en la tierra, donde la herrumbre y la polilla destruyen, y donde los ladrones socavan y roban.

Habla según la costumbre de la provincia de Palestina, donde en los días de fiesta suelen ungir sus cabezas. Manda, por tanto, que cuando ayunemos, nos mostremos alegres y festivos. Muchos, leyendo aquello del Salmista: "Que el aceite del pecador no unja mi cabeza" (Sal. 140:5), quieren que sea lo contrario del buen aceite, del

cual se dice en otro lugar: "Te ha ungido Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros" (Sal. 44:8). Y se manda que, al ejercitar las virtudes, debamos ungir con aceite espiritual la parte principal (ἡγεμονικὸν) de nuestro corazón.

(Vers. 21.) Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.

Esto debe entenderse no solo del dinero, sino también de todas las pasiones [o: posesiones]. El dios del glotón es su vientre: allí, por tanto, tiene su corazón, donde también está su tesoro. El tesoro del lujurioso son los banquetes. Del lascivo, las bufonadas; del amante, la lujuria. A esto sirve cada uno por lo que es vencido (2 Pe. 2:19).

(Vers. 22, 23.) Si tu ojo es simple, todo tu cuerpo estará luminoso. Pero si tu ojo es malo, todo tu cuerpo estará tenebroso. Si, pues, la luz que hay en ti es tiniebla, ¡cuán grandes serán las mismas tinieblas! Los que tienen los ojos legañosos [algunos añaden: los ojos] suelen ver numerosas lámparas: un ojo simple y puro contempla las cosas simples y puras. Todo esto lo transferirá al entendimiento. Pues así como el cuerpo, si el ojo no es simple, está todo en tinieblas, así el alma, si ha perdido su principal fulgor, todo el entendimiento morará en la oscuridad. Si, pues, la luz que hay en ti es tiniebla, ¡cuán grandes serán las mismas tinieblas! Si el entendimiento, que es luz, se oscurece por un vicio del alma, ¡por cuántas tinieblas, piensas, será envuelta esa misma oscuridad!

(Vers. 24.) No podéis servir a Dios y a las riquezas. Mammona, en lengua siríaca, es el nombre

que se da a las riquezas. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Oiga esto el avaro, oiga el que se considera con el nombre de cristiano, que no puede servir a la vez a las riquezas y a Cristo. Y sin embargo, no dijo: «el que tiene riquezas», sino «el que sirve a las riquezas». Pues el que es siervo de las riquezas, las guarda como un siervo; pero el que ha sacudido el yugo de la servidumbre, las distribuye como un señor.

(Vers.o 25.) Por eso os digo: No os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, qué vestiréis. En algunos códices se añade: ni qué beberéis. Por tanto, de aquello que la naturaleza ha concedido a todos, y que es común a las bestias de carga, a los animales salvajes y a los hombres, de esta preocupación somos enteramente liberados. Pero se nos manda no preocuparnos por lo que comemos, porque con el sudor de nuestro rostro nos preparamos el pan. El trabajo debe ejercerse, la preocupación debe eliminarse. Esto que se dice: «No os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, qué vestiréis» (Gén. III), entendámoslo acerca del alimento y vestido carnales. Por lo demás, acerca de los alimentos y vestidos espirituales, siempre debemos estar preocupados.

(Vers. 26.) ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Lo que dice es de este modo: Quien ha concedido las cosas mayores, ciertamente también concederá las menores.

Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros: y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho

más que ellas? El Apóstol manda (Rom. XI) que no seamos más sabios de lo que conviene ser. Este testimonio debe conservarse también en el presente capítulo. Pues hay algunos que, mientras quieren exceder los límites de los padres y volar a las alturas, se hunden en lo más bajo: diciendo que las aves del cielo son los Ángeles, y las demás potestades en el ministerio de Dios, que son alimentadas por la providencia de Dios sin cuidado propio. Si esto es así, como quieren que se entienda, ¿cómo sigue el dicho dirigido a los hombres: «¿No valéis vosotros mucho más que ellas?»? Por lo tanto, debe entenderse simplemente: que si las aves, sin cuidado ni penalidades, son alimentadas por la providencia de Dios —ellas que hoy existen y mañana no existirán—, ¡cuánto más los hombres, a quienes se promete la eternidad, son regidos por el arbitrio de Dios!

(Vers. 27.) ¿Y quién de vosotros, por mucho que se preocupe, puede añadir un codo a su estatura? ¿Y por el vestido, por qué os preocupáis? Así como demostró que el alma es más que el alimento por la comparación con las aves, así muestra que el cuerpo es más que el vestido por las cosas que siguen, diciendo:

(Vers. 28-30.) Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Porque si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! Y en verdad, ¿qué seda, qué púrpura de reyes, qué pintura de tejedoras puede compararse a las

flores? ¿Qué cosa enrojece tanto como la rosa? ¿Qué es tan cándido como el lirio? En verdad, que la púrpura de la violeta no es superada por ningún múrex, es juicio de los ojos más que de las palabras.

(Vers. 31 y ss.) No estéis preocupados, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos cubriremos? Pues todas estas cosas buscan los gentiles. Pues vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Buscad, por tanto, primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán. No estéis, pues, preocupados por el mañana. Pues el día de mañana estará preocupado por sí mismo. Por las cosas presentes, pues, concedió que se debe estar preocupado quien prohíbe pensar en las futuras. De donde también el Apóstol dice: Trabajando con nuestras manos noche y día, dice, para no gravar a ninguno de vosotros (I Tes. II, 9). El mañana en las Escrituras se entiende como el tiempo futuro, diciendo Jacob: Y mi justicia me responderá mañana (Gén. XXX, 33). Y en el fantasma de Samuel, la pitonisa habla a Saúl: mañana estarás conmigo (I Sam. XXVIII, 19).

(Vers. 34.) Basta al día su malicia. Aquí puso la malicia, no como lo contrario a la virtud, sino como el trabajo y la aflicción, y las angustias del siglo: como también Sara afligió a Agar su esclava (Gén. XVI), lo cual significativamente se dice en griego ekakōsen autēn. Nos basta, pues, el pensamiento del tiempo presente: dejemos el cuidado de las cosas futuras, que es incierto.

(Cap. VII.—Vers. 1, 2.) No juzguéis, para que no seáis juzgados. Pues en el juicio con que juzguéis, seréis juzgados: y con la medida con que midáis, se os volverá a medir. Si prohíbe juzgar, ¿por qué consecuencia Pablo juzga en Corinto al fornicador (I Cor. V), y Pedro convence de mentira a Ananías y Safira (Hech. V)? Pero por las cosas siguientes muestra qué prohibió, diciendo: pues como juzguéis, así se juzgará de vosotros. Por lo tanto, no prohibió juzgar, sino que lo enseñó.

(Vers. 3-5.) ¿Y por qué ves la mota en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en tu ojo? ¿O cómo dices a tu hermano: Hermano, deja que saque la mota de tu ojo, y he aquí que hay una viga en tu ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la mota del ojo de tu hermano. Habla de aquellos que, estando ellos mismos sujetos a un crimen mortal, no conceden pecados menores a sus hermanos: colando el mosquito y tragando el camello (Mt. XXIII). Rectamente, pues, también estos, por simulación de justicia, como dijimos arriba, son llamados hipócritas, que a través de la viga de su ojo miran la mota en el ojo de su hermano.

(Vers. 6.) No deis lo santo a los perros. Lo santo es el pan de los hijos. No debemos, pues, quitar el pan de los hijos y dárselo a los perros. Ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que tal vez las pisoteen con sus pies, y volviéndose os despedacen. El puerco no recibe el adorno, el cual se revuelca en los cenagales de lodo. Y según los Proverbios de Salomón: Si tiene un anillo de oro, se encuentra más feo (Prov. XI, 22). Algunos quie-

ren que se entienda por perros a aquellos que, después de la fe de Cristo, vuelven al vómito de sus pecados: y por puercos a aquellos que todavía no han creído al Evangelio, y se revuelcan en el lodo de la incredulidad y en los vicios. No conviene, por tanto, confiar pronto la perla evangélica a hombres de este tipo, no sea que la pisoteen y, volviéndose, empiecen a destruirnos.

(Vers. 7 y ss.) Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis: llamad, y se os abrirá. Pues todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿O qué hombre hay de vosotros, a quien si su hijo le pide pan, acaso le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, acaso le dará una serpiente? Quien arriba había prohibido que se pidieran cosas carnales, muestra qué debemos buscar. Si al que pide se le da, y el que busca halla, y al que llama se le abre: por tanto, a aquel a quien no se le da, y el que no halla, y a aquel a quien no se le abre, aparece que no ha pedido, buscado y llamado bien. Llamemos, pues, a la puerta de Cristo, de la cual se ha dicho: Esta es la puerta del Señor, los justos entrarán por ella (Sal. CXVII, 20); para que cuando hayamos entrado, se nos abran los tesoros escondidos y tenebrosos en Cristo Jesús, en quien está toda la ciencia (Col. II).

(Vers. 11, 12.) Si vosotros, pues, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan! Todas las cosas, pues, que queráis que los hombres os hagan, hacedlas vosotros también a ellos. Pues esta es la Ley y los Profetas. Debe notarse que llamó

malos a los apóstoles, a no ser que tal vez bajo la persona de los Apóstoles sea condenado todo el género humano, cuyo corazón desde la infancia está puesto para el mal en comparación con la clemencia divina. Lee el Génesis (Gén. VIII). Y no es de extrañar si dice que los hombres de este siglo son malos, cuando también el apóstol Pablo menciona: Redimiendo el tiempo, porque los días son malos (Ef. V, 16).

(Vers. 13, 14.) Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la vía que conduce a la perdición, y muchos son los que entran por ella. ¡Qué estrecha es la puerta, y qué angosta la vía que conduce a la vida! y pocos son los que la hallan. La vía ancha es el placer del siglo, el cual buscan los hombres. La estrecha, la que se abre a través de trabajos y ayunos, por la cual también entró el Apóstol (II Cor. VI, XI): y exhorta a Timoteo a que entre por ella (I Tim. V). Y al mismo tiempo considera cuán significativamente habló de cada vía. Por la ancha muchos caminan, la estrecha pocos la hallan. La ancha no la buscamos, ni hay necesidad de hallazgo: se ofrece espontáneamente, y es la vía de los que yerran. Pero la estrecha, ni todos la hallan, ni los que la hallaren entran inmediatamente por ella. Puesto que muchos, hallada la vía de la verdad, cautivados por los placeres del siglo, vuelven desde la mitad del camino.

(Vers. 15 y ss.) Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas: pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso recogen uvas de los espinos,

o higos de los abrojos? Así, todo árbol bueno da buenos frutos: pero el árbol malo da malos frutos. Y ciertamente puede entenderse de todos los que prometen una cosa con el hábito y la palabra, y demuestran otra con la obra. Pero especialmente debe entenderse de los heréticos, que parecen rodearse de una cierta vestidura de piedad, como la continencia, la castidad, el ayuno, pero teniendo por dentro un ánimo envenenado, engañan los corazones de los hermanos más sencillos. Por los frutos del alma, pues, con los cuales arrastran la inocencia a la ruina, son comparados con lobos rapaces.

(Vers. 18 y ss.) No puede el árbol bueno dar malos frutos: ni el árbol malo dar buenos frutos. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego. Por tanto, por sus frutos los conoceréis. Preguntemos a los heréticos, que dicen que hay dos naturalezas contrarias entre sí, si según el entendimiento de ellos, el árbol bueno nunca puede dar malos frutos, cómo Moisés, árbol bueno, pecó en el agua de la contradicción (Dt. XXXII): y David, muerto Urías, cohabitó con Betsabé (II Sam. XI): también Pedro en la Pasión del Señor lo negó, diciendo: No conozco al hombre (Mt. XXVI, 72): o por qué consecuencia Jetró, suegro de Moisés, árbol malo, que ciertamente no creía en el Dios de Israel, dio a Moisés un buen consejo (Éx. XVIII); y Aquior habló algo útil a Holofernes (Judit V): y el Cómico dijo (lo cual el Apóstol aprobó como bien dicho): Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (I Cor. XV). Y cuando no hallaren qué

responder; nosotros inferiremos que también Judas (Jn. XIII), árbol antes bueno, dio malos frutos después de que traicionó al Salvador: y Saulo (Fil. III), árbol malo en aquel tiempo en que perseguía a la Iglesia de Cristo, dio después buenos frutos, cuando de perseguidor fue transformado en vaso de elección (Hech. IX). Por tanto, el árbol bueno no da frutos malos mientras persevera en el estudio de la bondad: y el árbol malo permanece en los frutos de los pecados mientras no se convierte a la penitencia. Pues nadie, permaneciendo en lo que fue, empieza a ser aquello que todavía no ha comenzado.

(Vers. 21.) No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. Así como arriba había dicho que aquellos que tuvieran el vestido de la buena vida no debían ser recibidos por causa de la maldad de sus dogmas, así ahora, por el contrario, afirma que ni siquiera debe concederse fe a estos que, aunque destaquen por la integridad de la fe, viven torpemente y destruyen la integridad de la doctrina con malas obras. Pues ambas cosas son necesarias para los siervos de Dios, para que tanto la obra sea comprobada por la palabra como la palabra por las obras. A esta sentencia puede parecer contrario aquello: Nadie puede decir: Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo (I Cor. XII, 3). Pero es costumbre de las Escrituras tomar los dichos por hechos, como inmediatamente se aprueba en lo que sigue, que son refutados aquellos que se jactan de tener

conocimiento del Señor sin obras, y oyen del Salvador: Apartaos de mí, obradores de iniquidad, no os conozco (Lc. XIII). Y el Apóstol habla en este sentido: Confiesan que conocen a Dios, pero con los hechos lo niegan (Tit. I, 16).

(Vers. 22.) Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Profetizar, e hacer milagros, y echar demonios, a veces no es por el mérito de aquel que lo hace, sino que o bien la invocación del nombre de Cristo hace esto, o bien se concede para condenación de los que lo invocan y utilidad de los que lo ven y lo oyen: para que, aunque los hombres desprecien a los que hacen señales, sin embargo honren a Dios, por cuya invocación se hacen tan grandes milagros. Pues tanto Saúl (I Sam. X), como Balaam (Núm. XXIII), y Caifás (Jn. XI) profetizaron, sin saber lo que decían: y Faraón (Gén. XLI) y Nabucodonosor (Dan. II) conocen por sueños las cosas futuras. Y en los Hechos de los Apóstoles los hijos de Esceva parecían echar demonios (Hech. XIX). Pero también se narra que el apóstol Judas, con ánimo de traidor, hizo muchas señales entre los demás Apóstoles.

(Vers. 23.) Y entonces les confesaré: nunca os conocí. Significativamente dijo «confesaré», porque mucho tiempo antes había disimulado decir «no os conozco». El Señor no conoce a los que perecen. Observa, además, por qué añadió «nunca os conocí», si según algunos todos los hombres han estado siempre entre las criaturas racionales.

(Vers. 24.) Apartaos de mí los que obráis la iniquidad. Por tanto, todo el que oye estas palabras mías y las hace, será semejante al hombre sabio que edificó su casa sobre la roca. No dijo «que habéis obrado la iniquidad», para que no pareciera quitar la penitencia, sino «que obráis», esto es, que hasta la hora presente, cuando llegue el tiempo del juicio, aunque no tengáis la facultad de pecar, sin embargo todavía tenéis el afecto.

(Vers. 25.) Y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos: e irrumpieron contra aquella casa, y no cayó. Esa lluvia que intenta subvertir la casa es el diablo. Los ríos, todos los Anticristos que piensan contra Cristo. Los vientos, las maldades espirituales en las regiones celestiales (Ef. VI).

(Vers. 26.) Pues estaba fundada sobre la roca. Y todo el que oye estas palabras mías y no las hace, será semejante al hombre necio. Sobre esta roca el Señor fundó la Iglesia (Mt. XV): de esta roca el apóstol Pedro recibió su nombre. Sobre una roca de este tipo no se encuentran las huellas de la serpiente (Prov. XXX). De esta también habla el profeta con confianza: Asentó mis pies sobre la roca (Sal. XXXIX, 3). Y en otro lugar: La roca es refugio para los conejos, o para los erizos (Sal. CIII, 8). Pues el animal tímido se retira a las cavernas de la roca: y la piel áspera, y toda armada de púas, se protege con tal protección. De donde también se le dice a Moisés en aquel tiempo en que había huido de Egipto y era el conejito del Señor: Ponte en el agujero de la roca, y verás mis espaldas (Éx. XXXIII, 21).

(Vers. 27, 28.) Que edificó su casa sobre la arena: y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, e irrumpieron contra aquella casa, y cayó: y fue grande su ruina. Y sucedió que cuando Jesús terminó estas palabras, las turbas se admiraban de su doctrina. El fundamento que puso el Apóstol arquitecto (I Cor. III) es nuestro único Señor Jesucristo. Sobre este fundamento estable y firme, y fundado por su propia y robusta mole, se edifica la Iglesia de Cristo. Pero sobre la arena, que es fluida y no puede cohesionarse, ni reducirse a un solo vínculo, todo el discurso de los heréticos se edifica para esto: para que se derrumbe.

(Vers. 29.) Pues los enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los Escribas y Fariseos. Pues ellos enseñaban a los pueblos aquellas cosas que están escritas en Moisés y en los Profetas. Pero Jesús, como Dios y Señor del mismo Moisés, por la libertad de su voluntad, o bien añadía en la ley aquellas cosas que parecían faltar, o bien predicaba a los pueblos cambiándolas, como también leímos arriba: Se dijo a los antiguos: pero yo os digo.

(Cap. VIII.—Vers. 1.) Cuando Jesús descendió del monte, lo siguieron muchas turbas, y he aquí que un leproso, viniendo, lo adoraba, diciendo. Al descender el Señor del monte, le salen al encuentro las turbas, porque no pudieron ascender a las cosas más altas. Y el primero que le sale al encuentro es un leproso. Pues todavía no podía, con la lepra, oír tan múltiple sermón en el monte del Salvador. Y debe notarse que aquí

el primero fue curado especialmente: segundo, el criado del Centurión; tercero, la suegra de Pedro, que tenía fiebre en Cafarnaún; en cuarto lugar, los que le fueron presentados atormentados por el demonio, cuyos espíritus echaba con la palabra, cuando curó a todos los que estaban mal. Y he aquí que un leproso, viniendo, lo adoraba, diciendo. Rectamente, después de la predicación y de la doctrina, se ofrece la ocasión de una señal: para que por la virtud del milagro se confirme la palabra pasada ante los oyentes.

Señor, si quieres, puedes limpiarme. Quien ruega por la voluntad, no duda de la virtud.

Y extendiendo Jesús la mano, lo tocó, diciendo: Quiero, sé limpio. Y al instante su lepra quedó limpia. Al extender el Señor la mano, al punto huyó la lepra. Y al mismo tiempo considera cuán humilde y sin jactancia es la respuesta. Aquel había dicho: si quieres; el Señor respondió: quiero. Aquel había antepuesto: puedes limpiarme; el Señor une y dice: sé limpio. Por tanto, no debe unirse, como piensan muchos de los latinos, y leerse «quiero limpiar»; sino separadamente, para que primero diga «quiero» y luego, imperando, diga «sé limpio».

Y le dice Jesús: Mira, no se lo digas a nadie. Y en verdad, ¿qué necesidad había de que anduviera pregonando con la palabra lo que manifestaba con el cuerpo? Sino ve, muéstrate a los sacerdotes: y ofrece la ofrenda que mandó Moisés para testimonio a ellos. Por varias causas lo envía a los sacerdotes. Primero, por humildad, para que parezca que defiere el honor a los sacerdotes. Pues

estaba mandado por la ley que los que hubieran quedado limpios de la lepra ofrecieran ofrendas a los sacerdotes. Luego, para que viendo al leproso limpio, o creyeran al Salvador o no creyeran. Si creían, se salvarían; si no creían, serían inexcusables. Y al mismo tiempo, para que no pareciera infringir la ley en lo que muy frecuentemente lo acusaban.

(Vers. 5 y ss.) Se le acercó un centurión, rogándole y diciendo: Señor, mi criado yace en casa paralítico, y es atormentado gravemente. Y le dice Jesús: Yo iré y lo curaré. Y respondiendo el centurión, dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; pero solo di la palabra, y mi criado sanará. No debemos acusar al Señor de jactancia porque prometa inmediatamente que irá y lo curará, viendo la fe del centurión, su humildad y su prudencia. La fe, en cuanto que creyó de entre los gentiles que el paralítico podía ser sanado por el Salvador. La humildad, porque se juzgó indigno de que el Señor entrara bajo su techo. La prudencia, porque bajo la cubierta del cuerpo veía la divinidad latente, sabiendo que no le aprovecharía aquello que también era visto por los incrédulos, sino aquello que estaba escondido por dentro. Sobre la cual prudencia también dice esto:

(Vers. 9.) Pues también yo soy un hombre bajo autoridad, que tengo soldados bajo mi mando: y digo a este: ve, y va; y al otro: ven, y viene; y a mi siervo: haz esto, y lo hace. Queriendo mostrar que el Señor también, no solo por la presencia del

cuerpo, sino por los ministerios de los ángeles, puede cumplir lo que quisiera.

(Vers. 10.) Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que lo seguían. Se maravilló porque vio que el centurión comprendía su majestad. Pues debían ser expulsadas, o bien las enfermedades de los cuerpos, o bien las potestades contrarias por las cuales el hombre es a menudo entregado a la debilidad, tanto por la palabra del Señor como por los ministerios de los ángeles. En verdad os digo: no he hallado tanta fe en Israel. Habla de los presentes, no de todos los patriarcas y profetas antiguos: a no ser que tal vez la fe de los gentiles en el centurión sea antepuesta a Israel.

(Vers. 11.) Y os digo que muchos vendrán de Oriente y de Occidente, y se sentarán a la mesa con Abraham, e Isaac, y Jacob, en el reino de los cielos. Porque el Dios de Abraham, el creador del cielo, es el Padre de Cristo, por eso en el reino de los cielos está también Abraham, con quien se han de sentar las naciones que hayan creído en Cristo, el Hijo del Creador. Y se cumple igualmente aquel sentido de que hablamos arriba, de que en la fe del centurión se hace una prerrogativa de los gentiles, al conmemorarse para su crédito los pueblos que habrían de creer desde Oriente y Occidente.

(Vers. 12.) Pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores. Por hijos del reino significa a los judíos, en quienes antes reinó Dios. Serán echados a las tinieblas exteriores. Las tinieblas son siempre interiores, no exteriores. Pero puesto que quien es expulsado fuera por el Señor

abandona la luz, por eso han sido llamadas tinieblas exteriores. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Si el llanto es de los ojos, y el crujir de dientes demuestra los huesos: es verdadera, por tanto, la resurrección de los cuerpos y de aquellos mismos miembros que habían caído.

(Vers. 14.) Y cuando Jesús entró en casa de Pedro, vio a su suegra que yacía con fiebre: y tocó su mano, y la fiebre la dejó. Se toca la mano de la mujer, y sanadas sus obras, huye la enfermedad de los pecados. La naturaleza de los hombres de este tipo es tal que después de la fiebre los cuerpos quedan más debilitados, y al comenzar la salud sienten los males de la enfermedad. Pero la salud que es conferida por el Señor lo devuelve todo a la vez, y no basta con estar sanada, sino que para que se indique la intensidad de la fuerza, se añadió: (Vers. 15.) Y se levantó, y les servía. Aquella mano servía, la cual había sido tocada y sanada. (Vers. 16-18.) Y llegada la tarde, le presentaron muchos que tenían demonios: y echaba los espíritus con la palabra, y curó a todos los que estaban mal, para que se cumpliera lo que fue dicho por el profeta Isaías, diciendo: Él mismo tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades. Viendo Jesús muchas turbas a su alrededor, mandó a los discípulos ir al otro lado del estrecho. Todos son curados, no por la mañana, no al mediodía, sino a la tarde, cuando el sol se va a poner: cuando el grano de trigo muere en la tierra para dar muchos frutos (Jn. XII).

(Vers. 19, 20.) Y acercándose un Escriba, le dijo: Maestro, te seguiré a dondequiera que vayas.

Y le dice Jesús: Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos: pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza. Este Escriba de la ley, que solo conocía la letra que mata, si hubiera dicho: Señor, te seguiré a dondequiera que vayas, no habría sido rechazado por el Señor; pero porque lo estimaba como un maestro entre muchos, y era un hombre de letras (lo cual se dice más significativamente en griego como grammateus) y no un oyente espiritual, por eso no tiene lugar en el que Jesús pueda reclinar su cabeza. Se nos muestra además, y por esto el Escriba fue repudiado, que viendo la magnitud de las señales, quiso seguir al Salvador para buscar ganancias de los milagros de sus obras, deseando esto mismo que también Simón Mago había querido comprar a Pedro (Hech. VIII). Tal fe, por tanto, es justamente condenada por la sentencia del Señor, y se le dice: ¿Por qué deseas seguirme por causa de las riquezas y las ganancias del siglo, cuando soy de tanta pobreza que ni siquiera tengo un pequeño alojamiento, y no uso un techo propio?

(Vers. 21.) Y otro de sus discípulos le dijo: Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre. ¿Qué semejanza hay entre el Escriba y el discípulo? Aquel le llama maestro, este le confiesa como Señor. Aquel, por ocasión de piedad, desea ir a enterrar a su padre; este promete que le seguirá a cualquier parte, no buscando a un maestro, sino buscando ganancia del maestro.

(Vers. 22.) Pero Jesús le dijo: Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus propios muertos. Muerto está cualquiera que no cree. Pero si el

muerto entierra al muerto, no debemos tener cuidado de los muertos, sino de los vivos: no sea que mientras estamos solícitos por los muertos, también nosotros seamos llamados muertos.

(Vers. 23.) Y al entrar Él en la barca, sus discípulos le siguieron: y he aquí que se produjo un gran movimiento en el mar, de modo que la barca era cubierta por las olas. Hizo el quinto signo cuando, embarcando en la nave desde Cafarnaúm, mandó a los vientos y al mar. El sexto, cuando en la región de los gerasenos dio potestad a los demonios sobre los cerdos. El séptimo, cuando entrando en su propia ciudad, curó a un segundo paralítico en una camilla. Pues el primer paralítico es el criado del centurión.

(Vers. 24, 25.) Pero Él mismo dormía. Y se acercaron a Él, y le despertaron, diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Y Jesús les dice: ¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe? Leemos un tipo de este signo en Jonás (Jon. I), cuando, estando los demás en peligro, él mismo está seguro, y duerme, y es despertado; y por el mandato y sacramento de su pasión libra a quienes le despiertan.

(Vers. 26.) Entonces, levantándose, mandó a los vientos y al mar: y se hizo una gran bonanza. Y de este lugar entendemos que todas las criaturas sienten al Creador. Pues aquellas cosas que son increpadas y aquellas a las que se les manda, sienten al que manda: no por el error de los heréticos, que piensan que todas las cosas son seres animados; sino por la majestad del Creador, por la cual

las cosas que para nosotros son insensibles, para Él son sensibles.

(Vers. 27-29.) Además, los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Qué clase de hombre es este, que los vientos y el mar le obedecen? Y cuando Jesús hubo pasado al otro lado del estrecho a la región de los gerasenos, le salieron al encuentro dos que tenían demonios, que salían de los sepulcros, muy feroces, de tal modo que nadie podía pasar por aquel camino. Y he aquí que clamaron, diciendo. No los discípulos, sino los marineros y los demás que estaban en la nave, se maravillaban. Pero si alguien quisiera sostener contenciosamente que los que se maravillaban eran los discípulos, responderemos que rectamente fueron llamados hombres, pues aún no conocían la potencia del Salvador.

(Vers. 30, 31.) ¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús Hijo de Dios? ¿Has venido aquí antes de tiempo para atormentarnos? Ahora bien, había no lejos de ellos una piara de muchos cerdos paciendo. Y los demonios le rogaban, diciendo. No es esta una confesión de la voluntad, a la que sigue el premio del que confiesa, sino una extorsión de la necesidad, que obliga a los que no quieren, como si unos esclavos fugitivos vieran a su señor después de mucho tiempo: no suplican otra cosa sino sobre los azotes. Así también los demonios, viendo al Señor hallarse de repente en la tierra, creían que había venido a juzgarlos. La presencia del Salvador es el tormento de los demonios. Y ridículamente piensan algunos que los demonios conocen al Hijo de Dios y que el

diablo lo ignora; por el hecho de que estos sean de menor malicia que aquel de quien son satélites. Puesto que todo conocimiento de los discípulos debe referirse al maestro, ha de entenderse que tanto los demonios como el diablo más bien sospechaban que era el Hijo de Dios que lo conocían. Pues nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Mt. XI, 27).

(Vers. 32, 33.) Si nos echas, envíanos a la piara de cerdos. Y les dijo: Id. Y ellos, saliendo, se fueron a los cerdos. Y he aquí que con gran ímpetu toda la piara se precipitó por el despeñadero al mar, y murieron en las aguas. Pero los pastores huyeron; y viniendo a la ciudad, anunciaron todas estas cosas, y sobre los que habían tenido demonios. Dijo "Id" no porque el Salvador hubiera concedido a los demonios lo que pedían, sino para que por la matanza de los cerdos, se proporcionara a los hombres una ocasión de salvación. Pues los pastores, viendo estas cosas, inmediatamente las anuncian a la ciudad. Avergüéncese el maniqueo: si del mismo autor y de la misma sustancia son las almas de los hombres y de las bestias, ¿cómo por la salvación de un solo hombre, dos mil cerdos son sofocados?

(Vers. 34.) Y he aquí que toda la ciudad salió al encuentro de Jesús, y al verlo, le rogaban que se pasara de sus términos. Que le rueguen que se pase de sus términos, no lo hacen por soberbia, como algunos piensan, sino por la humildad por la cual se juzgaban indignos de la presencia del Señor, como también Pedro en la captura de los peces cayendo a las rodillas del Salvador, dice:

Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador (Lc. V, 8).

(Cap. IX.---Vers. 1, 2.) Y subiendo Jesús a la barca cruzó el mar, y vino a su ciudad. Y he aquí que le presentaban un paralítico que yacía en una cama. Y viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Ten confianza, hijo, tus pecados te son perdonados. Su ciudad no entendemos otra que Nazaret, de donde también fue llamado Nazareno. Le presentaron además, como dijimos arriba, a un segundo paralítico que yacía en un lecho, porque él mismo no podía entrar. Pero Jesús, viendo no la fe de aquel que era presentado, sino de los que lo presentaban, dijo al paralítico: Ten confianza, hijo, tus pecados te son perdonados. ¡Oh admirable humildad! al despreciado y débil, y disuelto en todas las coyunturas de sus miembros, lo llama "hijo", a quien los sacerdotes no se dignaban tocar. O ciertamente lo llama "hijo" porque le son perdonados sus pecados. Según la tropología, a veces el alma que yace en su cuerpo, con todas las virtudes de sus miembros disueltas, es presentada por un maestro perfecto para ser curada por el Señor, la cual si por su misericordia fuera sanada, recibe tanto vigor que carga inmediatamente su lecho.

(Vers. 3, 4.) Y he aquí que algunos de los escribas dijeron entre sí: Este blasfema. Y habiendo visto Jesús sus pensamientos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? Leemos en el Profeta, diciendo Dios: Yo soy el que borro tus iniquidades (Is. XLIII, 25). Por consiguiente, los escribas, porque pensaban que era un hombre y

no entendían las palabras de Dios, lo acusan de blasfemia. Pero el Señor, viendo sus pensamientos, se mostró como Dios, que puede conocer lo oculto del corazón, y en cierto modo hablando en silencio dice: Con la misma majestad y potencia con que miro vuestros pensamientos, puedo también perdonar los pecados a los hombres. Por vosotros mismos entended qué es lo que el paralítico consigue.

(Vers. 5, 6.) ¿Qué es más fácil decir: tus pecados te son perdonados; o decir: levántate y anda? Pero para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados, dijo entonces al paralítico. Entre decir y hacer hay mucha distancia. Si al paralítico le fueron perdonados los pecados, solo lo sabía el que los perdonaba. Pero "levántate y anda", tanto aquel que se levantaba como estos que lo veían levantarse, podían comprobarlo. Se hace, pues, una señal carnal para que se pruebe la espiritual, aunque es de la misma virtud perdonar los vicios tanto del cuerpo como del alma. Y se nos da el entendimiento de que por los pecados ocurren la mayoría de las debilidades de los cuerpos. And por eso tal vez se perdonan primero tus pecados, para que quitadas las causas de la debilidad, se restaure la salud.

Levántate, toma tu lecho y vete a tu casa. Y se levantó, y se fue a su casa. Pero las multitudes, al verlo, temieron y glorificaron a Dios, que dio tal potestad a los hombres. Y el alma paralítica, si se levantare, si recuperare el antiguo vigor, carga su

lecho en el que yacía antes disuelta, y lo carga a la casa de sus virtudes.

(Vers. 9.) Y cuando Jesús pasó de allí, vio a un hombre sentado en el telonio, de nombre Mateo. Y le dijo: Sígueme. Y levantándose, lo siguió. Los otros evangelistas, por vergüenza y honor a Mateo, no quisieron llamarlo por su nombre vulgar, sino que dijeron Levi: pues era de doble nombre. Pero el mismo Mateo, según aquello que es mandado por Salomón: El justo es acusador de sí mismo al principio de su discurso (Prov. XVIII, 17). Y en otro lugar: Di tus pecados para que seas justificado (Is. XLIII, 26). Se nombra a sí mismo Mateo y publicano, para mostrar a los lectores que nadie debe desesperar de la salvación si se ha convertido a cosas mejores; ya que él mismo fue cambiado de repente de publicano en apóstol. Argumentan en este lugar Porfirio y Julián Augusto, o la ignorancia del historiador mentiroso, o la necedad de aquellos que inmediatamente siguieron al Salvador, como si hubieran seguido irracionalmente a cualquier hombre que los llamara, cuando precedieron tan grandes virtudes y tan grandes señales, las cuales no hay duda de que los Apóstoles vieron antes de creer. Ciertamente el resplandor mismo, y la majestad de la divinidad oculta, que también relucía en el rostro humano, pudo atraer hacia sí a los que lo veían desde el primer aspecto. Pues si se dice que esta fuerza está en la piedra imán y en los ámbares, de modo que acoplan a sí anillos y paja y motas, ¿cuánto más el Señor de todas las criaturas pudo atraer hacia sí a los que quería?

(Vers. 10 sig.) Y sucedió que, estando él recostado en la casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores viniendo, se recostaban con Jesús y sus discípulos. Y viendo esto los fariseos, decían a sus discípulos: ¿Por qué vuestro maestro come con publicanos y pecadores? Pero Jesús, oyéndolo, dijo: No tienen necesidad de médico los que están sanos, sino los que están mal. Pero id y aprended qué es. Veían al publicano convertido de los pecados a cosas mejores, y que había encontrado lugar para la penitencia; y por ello también ellos mismos no desesperan de la salvación, ni de hecho permaneciendo en sus antiguos vicios vienen a Jesús, como murmuran los fariseos y escribas; sino haciendo penitencia, como el siguiente discurso del Señor significa, diciendo:

(Vers. 13.) Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores. Además, el Señor iba a los convites de los pecadores para tener ocasión de enseñar, y proporcionaba alimentos espirituales a sus invitadores. Finalmente, cuando se describe que acude frecuentemente a los convites, nada más se refiere sino lo que hizo allí, lo que enseñó, para que se demostrara tanto la humildad del Señor yendo a los pecadores, como la potencia de su doctrina en la conversión de los penitentes. Pero lo que sigue: Misericordia quiero, y no sacrificio (Os. VI, 6). Y: No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, presentando testimonio del profeta, reprende a los escribas y fariseos, quienes, estimándose justos, declinaban el trato con los pecadores y publicanos.

(Vers. 14.) Entonces se le acercaron los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos frecuentemente, pero tus discípulos no ayunan? Pregunta soberbia y llena de la arrogancia de los fariseos. Ciertamente, para que no digamos otra cosa, la jactancia del ayuno debe ser reprendida. Ni podían los discípulos de Juan dejar de estar bajo vicio, pues calumniaban a aquel que sabían que había sido predicado por las voces de su maestro, y se unían a los fariseos, de quienes sabían que habían sido condenados por Juan cuando dijo: Generación de víboras, ¿quién os mostró huir de la ira venidera? (Mt. III, 7).

(Vers. 15.) Y les dijo Jesús: ¿Acaso pueden los hijos del esposo estar de luto mientras el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán. El esposo es Cristo; la esposa es la Iglesia. De este santo y espiritual matrimonio fueron engendrados los Apóstoles, los cuales no pueden estar de luto mientras ven a la esposa en el tálamo y saben que el esposo está con la esposa. Pero cuando hayan pasado las nupcias, y llegue el tiempo de la pasión y la resurrección, entonces los hijos del esposo ayunarán. Algunos piensan que por eso, después de los cuarenta días de la Pasión, deben hacerse ayunos; aunque inmediatamente el día de Pentecostés y la llegada del Espíritu Santo nos indican festividad. Y con ocasión de este testimonio, Montano, Prisca y Maximila hacen también una cuaresma después de Pentecostés: porque habiendo sido quitado el esposo, los hijos del esposo deben ayunar. Pero la costumbre de la

Iglesia llega a la pasión y resurrección del Señor a través de la humildad de la carne, para que nos preparemos con el ayuno del cuerpo para la gordura espiritual. Según la tropología, sin embargo, ha de saberse que mientras el esposo está con nosotros, y estamos en alegría, ni podemos ayunar ni estar de luto. Pero cuando él se haya retirado de nosotros por causa de los pecados, entonces debe indicarse el ayuno, entonces debe recibirse el luto.

(Vers. 16, 17.) Pero nadie pone un remiendo de paño nuevo en un vestido viejo. Pues quita su plenitud del vestido, y se hace una rotura peor. Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otro modo se rompen los odres, y el vino se derrama, y los odres se pierden. Sino que echan vino nuevo en odres nuevos, y ambos se conservan. Mientras él les hablaba estas cosas. Lo que dice es esto: Hasta que alguien haya renacido y, dejado el hombre viejo, se haya revestido del hombre nuevo por mi pasión, no puede sostener los preceptos más severos del ayuno y la continencia, no sea que por una austeridad excesiva, pierda también la credulidad que ahora parece tener. Puso además dos ejemplos, tanto de los odres viejos y nuevos como del vestido. Debemos entender por odres viejos a los escribas y fariseos. El remiendo del vestido nuevo y el vino nuevo han de entenderse como los preceptos evangélicos, los cuales los judíos no pueden sostener, para que no se haga una rotura mayor. Algo así deseaban hacer también los gálatas, al mezclar los preceptos de la Ley con el Evangelio, y echar vino nuevo en odres viejos;

pero el Apóstol les habla: ¡Oh insensatos gálatas! ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad? (Gál. III, 1). El discurso evangélico, por tanto, debe infundirse en los apóstoles más bien que en los escribas y fariseos, quienes, depravados por las tradiciones de los mayores, no podían custodiar la sinceridad de los preceptos de Cristo. Pues una es la pureza de un alma virginal y no manchada por ningún contagio de vicio anterior, y otra la suciedad de aquella que haya estado sujeta a la libido de muchos.

(Vers. 18, 19.) He aquí que un príncipe se acercó y lo adoraba, diciendo: Mi hija acaba de morir; pero ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá. And levantándose Jesús, lo seguía, y sus discípulos. Es la octava señal, en la cual el príncipe pide que sea resucitada su hija, no queriendo ser excluido del misterio de la verdadera circuncisión; pero entra secretamente la mujer que padece flujo de sangre, y es sanada en octavo lugar, para que la hija del príncipe, excluida de este número, llegue al noveno, según aquello que se dice en los salmos: Etiopía prevendrá sus manos ante Dios (Sal. LXVII, 32). Y: Cuando haya entrado la plenitud de las naciones, entonces todo Israel será salvo (Rom. XI, 25, 26).

(Vers. 20.) Y he aquí que una mujer que padecía flujo de sangre hacía doce años, se acercó por detrás y tocó la fimbria de su vestido. En el Evangelio según Lucas se escribe que la hija del príncipe tenía doce años de edad (Lc. VIII). Nótese, pues, que en aquel tiempo esta mujer, es decir, el pueblo de las naciones, comenzó a

estar enferma, cuando la raza de los judíos había creído. Pues a menos que sea por comparación de virtudes, no se muestra el vicio. Además, esta mujer que padece flujo de sangre no se acerca al Señor en una casa ni en una ciudad, porque según la Ley era excluida de las ciudades (Lev. XV, Núm. V); sino en el camino, mientras el Señor caminaba, para que mientras él se dirige a una, la otra fuera sanada. De donde dicen también los apóstoles: A vosotros por cierto era necesario que se os predicara la palabra de Dios; pero como os habéis juzgado indignos de la salvación, nos pasamos a las naciones (Hech. XIII, 46).

(Vers. 21.) Pues decía dentro de sí: Si tan solo tocare su vestido, seré salva. Pero Jesús, volviéndose y viéndola, dijo. Según la Ley, el que tocare a una mujer menstruante o con flujo de sangre es inmundo (Lev. XXV). Esta, por tanto, toca al Señor para que ella misma fuera sanada también del vicio de la sangre.

(Vers. 22.) Ten confianza, hija, tu fe te ha hecho salva; y la mujer quedó salva desde aquella hora. Por eso hija, porque tu fe te hizo salva. Ni dijo: tu fe te va a hacer salva, sino: te hizo salva. Pues en aquello que creíste, ya has sido hecha salva.

(Vers. 23.) Y cuando Jesús hubo llegado a la casa del príncipe, y hubo visto a los flautistas y a la multitud alborotada, dijo. Hasta el día de hoy la muchacha yace muerta en la casa del príncipe, y los que parecen ser maestros son flautistas que cantan un canto lúgubre. La multitud de los judíos tampoco es multitud de creyentes, sino multitud de alborotadores.

(Vers. 24.) Retiraos, pues la muchacha no está muerta, sino que duerme. Y se burlaban de él. Porque para Dios todas las cosas viven.

(Vers. 25.) Y cuando la multitud hubo sido echada, entró. Pues no eran dignos de ver el misterio del que resucitaba aquellos que se burlaban con insultos indignos del que resucitaba.

(Vers. 26.) Y tomó su mano. Y la muchacha se levantó; y salió esta fama por toda aquella tierra. A menos que primero hayan sido limpiadas las manos de los judíos, que están llenas de sangre, su sinagoga muerta no resucitará.

(Vers. 27.) Y pasando Jesús de allí, lo siguieron dos ciegos, clamando y diciendo. Al pasar el Señor Jesús por la casa del príncipe y dirigirse a su propia casa, como leímos arriba: Subiendo a la barca, cruzó el mar y vino a su ciudad, clamaban dos ciegos diciendo: Ten misericordia de nosotros, hijo de David; y sin embargo no son sanados en el camino, no transitoriamente como pensaban; sino que después de que llegó a su casa, se acercan a él y entran; y primero se discute su fe, para que así reciban la luz de la verdadera fe. A la señal anterior que expusimos sobre la hija del príncipe y sobre la mujer hemorroísa, se une consecuentemente esta: para que lo que allí demostró la muerte y la debilidad, aquí lo demostrara la ceguera. Pues ambos pueblos estaban ciegos, mientras el Señor pasaba por este siglo y deseaba volver a su casa. Los cuales, a menos que confiesen y digan: Ten misericordia de nosotros, hijo de David; y preguntando Jesús: ¿Creéis que puedo hacer esto? le respondan: Cier-

tamente, Señor, no recibirán la luz antigua. En otro Evangelista se escribe de un solo ciego con las vestiduras rasgadas y sentado en Jericó, a quien los apóstoles prohíben clamar; pero por su impudicia recibe la salud (Mc. X). El cual lugar pertenece propiamente al pueblo de las naciones y debe ser expuesto en su propio volumen.

(Vers. 28, 29.) Ten misericordia de nosotros, hijo de David. Pero cuando hubo llegado a la casa, los ciegos se acercaron a él, y Jesús les dijo: ¿Creéis que puedo haceros esto? Le dicen: Ciertamente, Señor. Entonces tocó sus ojos diciendo: Según vuestra fe se haga con vosotros. Y sus ojos fueron abiertos. Oigan Marción y Maniqueo, y los demás herejes que despedazan el Antiguo Instrumento, y aprendan que el Salvador es llamado hijo de David; pues si no nació en la carne, ¿cómo es llamado hijo de David?

(Vers. 30, 31.) Y Jesús les mandó rigurosamente diciendo: Mirad que nadie lo sepa. Pero ellos, saliendo, difundieron su fama por toda aquella tierra. Y el Señor, huyendo por humildad de la gloria de la jactancia, había mandado esto; y ellos, por la memoria de la gracia, no pueden callar el beneficio. Nótese, pues, que se mandó algo contrario entre sí. Estos ciegos son sanados en décimo lugar.

(Vers. 32.) Al salir ellos, he aquí que le presentaron un hombre mudo que tenía un demonio; y echado el demonio, habló el mudo. El undécimo mudo recibe la lengua para hablar. Lo que se dice en griego kophon es más trillado en el habla común para que se entienda más por sordo que por

mudo. Pero es costumbre de las Escrituras decir kophon indiferentemente, o mudo o sordo. Espiritualmente, sin embargo, así como los ciegos reciben la luz, así también la lengua del mudo se suelta para hablar, para que confiese a aquel a quien antes negaba.

(Vers. 33, 34.) Y las multitudes se maravillaron diciendo: Nunca se ha visto tal cosa en Israel. Pero los fariseos decían: Por el príncipe de los demonios echa a los demonios. La multitud confiesa las obras de Dios y dice: Nunca se ha visto tal cosa en Israel. En la multitud está la confesión de las naciones. Pero los fariseos, porque no podían negar la virtud de Dios, calumnian las obras y dicen: Por el príncipe de los demonios echa a los demonios; demostrando por su calumnia hasta el día de hoy la infidelidad de los judíos.

(Vers. 35.) Y recorría Jesús todas las ciudades y aldeas enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el Evangelio del reino, y sanando toda dolencia y toda enfermedad. Ves que predicó el Evangelio por igual tanto en aldeas como en ciudades y villas, es decir, tanto a grandes como a pequeños, para no considerar la potencia de los nobles sino la salvación de los que creen. Recorría las ciudades teniendo esto de obra que el Padre había mandado; y esta hambre, para que por su doctrina hiciera salvos a los infieles. Enseñaba además en las sinagogas y aldeas el Evangelio del reino; y después de la predicación y la doctrina sanaba toda dolencia y toda enfermedad, para que a quienes el discurso no había persuadido, las obras los persuadieran. Del Señor

se dice propiamente: Sanando toda dolencia y toda enfermedad, pues nada le es imposible.

(Vers. 36.) Al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban vejadas y echadas como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice a sus discípulos. La vejación de la grey y de las ovejas y de las multitudes es culpa de los pastores y vicio de los maestros. De donde sigue.

(Vers. 37, 38.) La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. La mies mucha significa la multitud de los pueblos; los obreros pocos, la penuria de maestros. Y manda que rueguen al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. Estos son los obreros de los que habla el Salmista diciendo: Los que siembran con lágrimas, con gozo segarán. Al ir, iban y lloraban, llevando sus semillas. Pero al venir, vendrán con alegría, llevando sus gavillas (Sal. CXXV, 7, 8). Y para hablar más claramente, la mies mucha es toda la multitud de los creyentes. Los obreros pocos son tanto los apóstoles como los imitadores de aquellos que son enviados a la mies.

(Cap. X.---Vers. 1.) Y convocados sus doce discípulos, les dio potestad sobre los espíritus inmundos para que los echaran, y sanaran toda dolencia y toda enfermedad. El benigno y clemente Señor y maestro no envidia a sus siervos y discípulos sus virtudes. Y así como él mismo había sanado toda dolencia y toda enfermedad, también a sus apóstoles les atribuyó potestad para que sanaran toda dolencia y toda enfermedad en el pueblo. Pero hay mucha distancia entre te-

ner y atribuir, dar y recibir. Este, lo que quiera que haga, lo hace por la potestad del Señor; aquellos, si algo hacen, confiesan su propia imbecilidad y la virtud del Señor diciendo: En el nombre de Jesús levántate y anda (Hech. III, 6). Ha de notarse además que en duodécimo lugar se concede la potestad de las señales a los apóstoles.

(Vers. 2.) Los nombres de los doce apóstoles son estos. Se pone el catálogo de los apóstoles para que, fuera de estos, sean excluidos los que han de ser pseudoapóstoles.

(Vers. 3.) Primero Simón, que se llama Pedro, y Andrés su hermano; Santiago el de Zebedeo, y Juan su hermano; Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano, y Santiago el de Alfeo, y Tadeo. Al que escudriña los secretos del corazón le correspondió distribuir el orden de los apóstoles y el mérito de cada uno. Primero se escribe Simón, de sobrenombre Pedro; para distinción del otro Simón, que es llamado Cananeo, de la aldea de Caná de Galilea, donde el Señor convirtió el agua en vino (Juan II). También llama a Santiago el de Zebedeo, porque le sigue otro Santiago el de Alfeo. Y asocia a los apóstoles en parejas de yugos. Une a Pedro y Andrés como hermanos, no tanto en la carne como en el espíritu. A Santiago y Juan, quienes, dejando el pan del cuerpo, siguieron al verdadero Padre. A Felipe y Bartolomé, a Tomás también y a Mateo el publicano. Los otros evangelistas, en la conjunción de los nombres, ponen primero a Mateo; y después a Tomás, ni inscriben el nombre de publicano, para no parecer que motejaban al Evangelista recordando su antigua

conducta. Este, en cambio (como dijimos arriba), se pone a sí mismo después de Tomás y se llama publicano, para que donde abundó la iniquidad, sobreabunde también la gracia (Rom. V, 20).

(Vers. 4.) Simón el cananeo. Él es quien en otro Evangelista es escrito como Zelotes (Luc. VI). Pues Caná se interpreta como celo. La historia eclesiástica transmite que el apóstol Tadeo fue enviado a Edesa ante Abgar, rey de Osroena, quien por el evangelista Lucas es llamado Judas de Santiago; y en otra parte es llamado Lebeo (Hech. I), que se interpreta como corazoncito (corculum). And ha de creerse que fue trinomio: así como Simón es Pedro (Mar. III); y los hijos de Zebedeo fueron nombrados Boanerges por la firmeza y magnitud de su fe.

Y Judas Iscariote, que también lo entregó. Tomó el nombre o bien de la aldea o ciudad en la que nació, o bien de la tribu de Isacar; de modo que por cierta profecía nació para su propia condenación. Pues Isacar se interpreta como recompensa (merces), para que se signifique el precio del traidor.

(Vers. 5, 6.) No vayáis por camino de gentiles; y no entréis en ciudades de samaritanos; sino id antes a las ovejas que perecieron de la casa de Israel. No es contrario este lugar a aquel precepto que se dice después: Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mat. XXVIII, 19). Porque esto fue mandado antes de la resurrección, aquello después de la resurrección. Y convenía anunciar primero el advenimiento de

Cristo a los judíos, para que no tuvieran una justa excusa diciendo que por eso rechazaron al Señor, porque envió a los apóstoles a los gentiles y a los samaritanos. Según la tropología, sin embargo, se nos manda a nosotros que somos llamados por el nombre de Cristo, que no andemos por el error del camino de los gentiles y de los herejes, para que nuestra vida esté separada como su religión está separada.

(Vers. 7, 8.) Y yendo predicad, diciendo: que se ha acercado el reino de los cielos, sanad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, echad a los demonios. Para que nadie dejara de creer a hombres rústicos e indoctos e iliteratos sin la belleza de la elocuencia, al prometer los reinos de los cielos, da potestad para sanar enfermos, limpiar leprosos, echar demonios, para que la magnitud de las señales pruebe la magnitud de las promesas. Y porque siempre los dones espirituales (si hay una recompensa de por medio) se vuelven más viles, se añade la condenación de la avaricia.

Gratis recibisteis, gratis dad. Yo, maestro y Señor, os atribuí esto sin precio, y vosotros dadlo sin precio, para que no se corrompa la gracia del Evangelio.

(Vers. 9, 10.) «No poseáis oro, ni plata, ni dinero en vuestros cinturones. Ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón. Porque el obrero es digno de su alimento». Consecuentemente da estos preceptos a los evangelizadores de la verdad, a quienes antes había dicho: «Gratis recibisteis, gratis dad». Pues si

predican de tal modo que no reciban un precio, es superflua la posesión de oro, plata y monedas. Porque si hubieran tenido oro y plata, parecería que predicaban no por causa de la salvación de los hombres, sino por causa de lucro. «Ni cobre en vuestras bolsas». El que había cercenado las riquezas, casi amputa también lo necesario para la vida, para que los apóstoles, doctores de la verdadera religión, que instituían que todas las cosas son gobernadas por la providencia de Dios, se mostraran a sí mismos no pensar nada del mañana. «Ni alforja para el camino». Por este precepto reprende a los filósofos, que vulgarmente son llamados Bactroperitae, porque, como despreciadores del siglo y teniendo todas las cosas por nada, llevaban consigo una despensa. «Ni dos túnicas». En las dos túnicas me parece que muestra un doble vestido. No porque en los lugares de Escitia y en los que se entumecen por la nieve glacial deba uno estar contento con una sola túnica, sino para que en la túnica entendamos un vestido: para que, vestidos con uno, no guardemos otro para nosotros por temor a las cosas futuras. «Ni calzado». También Platón mandó que las dos extremidades del cuerpo no debían velarse, ni debían acostumbrarse a la molicie de la cabeza y de los pies. Pues cuando estos tienen firmeza, lo demás es más robusto. «Ni bastón»: Teniendo nosotros el auxilio del Señor, ¿por qué habríamos de buscar la protección de un bastón? Y porque en cierto modo había enviado a los apóstoles desnudos y expeditos para predicar, y la condición de los maestros parecía ser

dura, templó la severidad del precepto con la siguiente sentencia, diciendo: «El obrero es digno de su alimento». Recibid tanto, dice, cuanto os sea necesario en comida y vestido. De donde también el Apóstol replica: «Teniendo comida y vestido, estemos contentos con estos» (I Tim. VI, 8). Y en otro lugar: «Comunique, pues, el que es catequizado en la palabra al que lo catequiza en todo bien» (Gál. VI, 6): para que aquellos cuyos discípulos siegan lo espiritual, los hagan partícipes de sus bienes carnales; no por avaricia, sino por necesidad. Hemos dicho estas cosas históricamente. Por lo demás, según la anagogía, no es lícito a los maestros poseer oro y plata, y el dinero que está en los cinturones. Leemos oro a menudo por el sentido; plata por el discurso; cobre por la voz; estas cosas no nos es lícito recibirlas de otros, sino poseer las dadas por el Señor. Ni recibir las disciplinas de los herejes y filósofos y de la doctrina perversa, ni ser oprimidos por el peso del mundo, ni ser de doble ánimo, ni que nuestros pies estén atados con vínculos mortíferos, sino que, entrando en la tierra santa, estemos desnudos; ni tener un bastón que se convierta en serpiente, ni apoyarse en ningún auxilio de la carne (Éx. IV, 7; IV Rey. XVIII), porque un bastón de este tipo es un bastón de caña (Is. XXXVI), el cual, si lo presionas un poco, se rompe y traspasa la mano de quien se apoya en él.

(Vers. 11.) «Pues en cualquier ciudad o aldea en que entréis, preguntad quién es digno en ella, y quedaos allí hasta que salgáis». Sobre la ordenación del obispo y del diácono habla Pablo:

«Conviene, pues, que tengan también buen testimonio de los que están fuera» (I Tim. III, 7). Los apóstoles, al entrar en una ciudad nueva, no podían saber quién era de qué clase. Por tanto, el hospedador ha de ser elegido por la fama del pueblo y por el juicio de los vecinos, para que la dignidad de la predicación no sea afeada por la infamia del que recibe. Aunque deban predicar a todos, se elige a un solo hospedador, no otorgando un beneficio al que ha de permanecer con él, sino recibiéndolo; pues se dice esto, «quién es digno en ella», para que más bien sepa que recibe una gracia que el darla.

(Vers. 12, 13.) «Al entrar en la casa, saludadla. Y si aquella casa fuere digna, venga nuestra paz sobre ella; pero si no fuere digna, vuestra paz vuelva a vosotros». Expresó ocultamente la salutación del habla hebrea y siríaca. Pues lo que en griego se dice chaire, y en latín ave, esto en el habla hebrea y siríaca se llama SALOM LACH o SALOM EMMACH, esto es, «la paz sea contigo». Pero lo que manda es esto: Al entrar en una casa, implorad la paz para el hospedador y, en cuanto esté en vosotros, sedad las guerras de la discordia. Pero si surgiera una contradicción, vosotros tendréis la recompensa por la paz ofrecida; ellos poseerán la guerra que quisieron tener.

(Vers. 14.) «Y cualquiera que no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, saliendo fuera de la casa o de la ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies». Se sacude el polvo de los pies en testimonio de su trabajo, de que entraron en la ciudad y la predicación apostólica llegó hasta ellos. O se sacude el

polvo para no recibir nada de ellos, ni siquiera lo necesario para el sustento, de quienes despreciaron el Evangelio.

(Vers. 15.) «En verdad os digo que será más tolerable para la tierra de los sodomitas y gomorreos en el día del juicio, que para aquella ciudad». Si será más tolerable para la tierra de los sodomitas y gomorreos que para aquella ciudad que no recibió el Evangelio, y por ello más tolerable porque a Sodoma y Gomorra no se les predicó, y a esta se le haya predicado y, sin embargo, no recibió el Evangelio: por tanto, entre los pecadores hay diversos suplicios.

(Vers. 16.) «He aquí que yo os envío como ovejas en medio de lobos». Llama lobos a los escribas y fariseos, que son los clérigos de los judíos.

(Vers. 17, 18.) «Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Pero guardaos de los hombres, porque os entregarán en los concilios, y en sus sinagogas os azotarán, y ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, en testimonio para ellos y para los gentiles». Para que por la prudencia eviten las insidias, y por la sencillez no hagan mal. La astucia de la serpiente se pone como ejemplo: porque con todo su cuerpo oculta la cabeza, y protege aquello en lo que está la vida. Así también nosotros, con todo el peligro del cuerpo, custodiemos nuestra cabeza, que es Cristo. La sencillez de las palomas se demuestra por la apariencia del Espíritu Santo. De donde dice también el Apóstol: «Sed niños en la malicia» (I Cor. XIV, 20).

(Vers. 19, 20.) «Pero cuando os entreguen, no penséis cómo o qué habléis. Porque os será dado en aquella hora qué habléis. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros». Arriba había dicho: «Porque os entregarán en los concilios, y en sus sinagogas os azotarán, y ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí». Cuando, pues, por causa de Cristo seamos llevados ante los jueces, debemos ofrecer solamente nuestra voluntad por Cristo. Por lo demás, Cristo mismo que habita en nosotros hablará por sí mismo, y la gracia del Espíritu Santo se suministrará al responder.

(Vers. 21.) «Entregará, pues, el hermano al hermano a la muerte, y el padre al hijo; e insurgirán los hijos contra los padres y los matarán. Y seréis odiados por todos por causa de mi nombre». Vemos que esto sucede con frecuencia en las persecuciones; ni hay entre ellos ningún afecto fiel entre quienes la fe es diferente.

(Vers. 22.) «Pero el que persevere hasta el fin, este será salvo». Pues no es de la virtud el haber comenzado, sino el haber perfeccionado.

(Vers. 23, 24.) «Mas cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra. En verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel hasta que venga el Hijo del hombre. No es el discípulo sobre el maestro, ni el siervo sobre su señor. Baste al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor». Esto ha de referirse a aquel tiempo en que los apóstoles eran enviados a la predicación, a quienes también propiamente se dice: «No vayáis

por camino de gentiles, y no entréis en ciudades de samaritanos» (Arriba, en el mismo lugar), porque no deben temer la persecución, sino declinarla. Lo cual ciertamente vemos que hicieron los creyentes al principio: cuando, habiendo surgido una persecución en Jerusalén, se dispersaron por toda Judea, para que la ocasión de la tribulación se convirtiera en semillero del Evangelio. Espiritualmente, sin embargo, podemos decir: Cuando nos persigan en una ciudad, esto es, en un solo libro de las Escrituras o testimonio, huyamos nosotros a otras ciudades, esto es, a otros volúmenes. Por más contencioso que sea el perseguidor, el auxilio del Salvador llegará antes de que se conceda la victoria a los adversarios.

(Vers. 25.) «Si al padre de familia llamaron Belcebú, ¡cuánto más a los de su casa! No les temáis, pues». Belcebú es el ídolo de Acarón, que es llamado en el libro de los Reyes el ídolo de la mosca (IV Rey. I). Bel es el mismo que Bel o Baal; y Zebub se dice mosca. Llamaban, pues, al príncipe de los demonios por el nombre del ídolo más impuro, que se llama mosca por la inmundicia que extermina la suavidad del óleo (Ecl. X).

(Vers. 26.) «Porque nada hay oculto que no haya de ser revelado, ni escondido que no haya de saberse». ¿Y cómo en el siglo presente no se conocen los vicios de muchos? Pero se escribe sobre el tiempo futuro, cuando Dios juzgará lo oculto de los hombres, e iluminará los escondrijos de las tinieblas, y manifestará los consejos de los corazones. El sentido es: No temáis la saña de los perseguidores y la rabia de los blasfemadores,

porque vendrá el día del juicio, en el cual se demostrará tanto vuestra virtud como la maldad de ellos.

(Vers. 27.) «Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, predicadlo sobre los techos». Lo que oísteis en misterio, predicadlo más abiertamente; lo que aprendisteis a escondidas, habladlo públicamente; lo que os instruí en un pequeño lugar de Judea, anunciadlo audazmente en todas las ciudades y en todo el mundo.

(Vers. 28.) «Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero al alma no pueden matar». Si los que matan el cuerpo no pueden matar el alma, por tanto el alma es invisible e incorpórea, según la sustancia más gruesa de nuestro cuerpo. O ciertamente en aquel tiempo será castigada y sentirá los suplicios cuando haya recibido su antiguo cuerpo, para que con aquel con quien pecó, con él mismo sea castigada. «Sino más bien temed a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la gehena». El nombre de gehena no se encuentra en los libros antiguos, sino que es puesto primero por el Salvador. Busquemos, pues, cuál sea la ocasión de este discurso. Leemos no una sola vez que hubo un ídolo de Baal junto a Jerusalén, a las raíces del monte Moria, en las que fluye el Siloé (III Rey. XI). Este valle y la llanura de los pequeños campos era regada y boscosa, y llena de delicias, y en ella había un bosque consagrado al ídolo. Pero el pueblo de Israel había llegado a tan gran demencia que, abandonada la cercanía del templo, inmolaba allí víctimas, y las delicias vencían al rigor de la religión, e incendiaban o iniciaban

a sus hijos ante los demonios. Y se llamaba aquel lugar Gehennom, esto es, valle de los hijos de Hinnom. Esto lo escriben plenísimamente el libro de los Reyes (IV Rey. XXIII), y el de los Paralipómenos (II Par. XXVIII), y Jeremías (Jer. VII, XIX y XXXII). Y Dios amenaza con que llenará aquel mismo lugar con los cadáveres de los muertos, de modo que en absoluto se llame Tofet y Baal, sino que se llame Poliandro, esto es, túmulo de los muertos. Por tanto, los suplicios futuros y las penas perpetuas con las que los pecadores han de ser atormentados se denotan con el nombre de este lugar. Que la gehena es doble, de fuego y de frío excesivos, lo leemos plenísimamente en Job (Job XXIV).

(Vers. 29 y sigs.) «¿No se venden dos pajarillos por un as, y ni uno de ellos caerá sobre la tierra sin vuestro Padre? Pues aun vuestros cabellos de la cabeza están todos contados. No temáis, pues; mejores sois vosotros que muchos pajarillos. Todo aquel, pues, que me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Pero el que me negare delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos». El discurso del Señor se encadena consigo mismo, y lo que sigue depende de lo anterior. Lector prudente, guárdate siempre de la inteligencia supersticiosa; para que no acomodes las Escrituras a tu sentido, sino que unas tu sentido a las Escrituras y entiendas lo que sigue. Arriba había dicho: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero al alma no pueden matar»; ahora habla consecuen-

temente: «¿No se venden dos pajarillos por un as, y ni uno de ellos caerá sobre la tierra sin vuestro Padre?». Y el sentido es: Si los animales pequeños y viles no caen sin Dios como autor, y en todas las cosas hay providencia, y lo que en ellos ha de perecer no perece sin la voluntad de Dios, vosotros, que sois eternos, no debéis temer que viváis sin la providencia de Dios. Este sentido también se dijo arriba: «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho más que ellas?». Y después: «Considerad los lirios del campo cómo crecen», y lo demás. «Pues si el heno del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios lo viste así, ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe!». Algunos, forzadamente, interpretan los dos pajarillos como el alma y el cuerpo. También los cinco pajarillos, según Lucas (Luc. XII), que se venden por dos ases, los refieren a los sentidos. Pero cómo esa inteligencia se acople a todo el cuerpo del discurso evangélico, no es de pequeña dificultad. «Pues aun vuestros cabellos de la cabeza están todos contados. No temáis, pues; mejores sois vosotros que muchos pajarillos». Más manifiestamente se expresó el sentido anterior de nuestra exposición: que no deben temer a los que pueden matar el cuerpo y no pueden matar el alma, ya que si sin el conocimiento de Dios tampoco caen los animales pequeños, ¡cuánto más el hombre, que está apoyado en la dignidad apostólica! Pero lo que dice, «vuestros cabellos de la cabeza están todos contados», muestra la inmensa pro-

videncia de Dios hacia los hombres, y señala un afecto inefable, el que nada nuestro esté oculto a Dios, e incluso las cosas pequeñas y dichas ociosamente no escapen a su conocimiento. Se burlan de la inteligencia eclesiástica en este lugar los que niegan la resurrección de la carne, como si nosotros dijéramos que tanto los cabellos que están contados como los cortados por el barbero han de resucitar todos, cuando el Salvador no dijo: «Vuestros cabellos de la cabeza todos han de ser salvados», sino «están contados». Donde hay número, se demuestra el conocimiento del número, no la conservación del mismo número.

(Vers. 34.) «No penséis que vine a traer paz a la tierra: No vine a traer paz, sino espada». Arriba había dicho: «Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, predicadlo sobre los techos». Ahora infiere lo que sigue después de la predicación. Hacia la fe de Cristo, todo el orbe se dividió contra sí mismo: cada casa tuvo tanto infieles como creyentes, y por eso se envió la guerra buena, para que se rompiera la paz mala. Algo tal se escribe que hizo Dios también en el Génesis contra los hombres rebeldes que se habían movido del Oriente y se apresuraban a edificar una torre (Gén. XI) por la cual penetraran en las alturas del cielo, para que dividiera sus lenguas. De donde también en el salmo David ruega: «Dispersa, Señor, a las gentes que quieren guerras» (Sal. LXVII, 32).

(Vers. 35.) «Porque vine a separar al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del

hombre, los de su propia casa». Este lugar se escribe casi con las mismas palabras en el profeta Miqueas (Miq. VII). Y ha de notarse dondequiera que se pone un testimonio del Antiguo Testamento, si solo el sentido o también el discurso concuerda.

(Vers. 37.) «El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí. Y el que ama al hijo o a la hija sobre mí, no es digno de mí». El que antes había antepuesto: «No vine a traer paz, sino espada»; y separar a los hombres contra el padre y la madre, y la suegra, para que nadie antepusiera la piedad a la religión, subyugó diciendo: «El que ama al padre o a la madre más que a mí». Y en el Cantar de los Cantares leemos: «Ordenad en mí la caridad» (Cant. II, 4). Este orden es necesario en todo afecto. Ama después de Dios al padre, ama a la madre, ama a los hijos. Pero si viniera la necesidad de que el amor a los padres y a los hijos se compare con el amor a Dios, y no pueda conservarse ambos, sea el odio hacia los suyos y la piedad hacia Dios. No prohibió, pues, amar al padre o a la madre, sino que añadidamente señaló: «El que ama al padre o a la madre más que a mí».

(Vers. 38, 39.) «Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que hallare su vida, la perderá; y el que perdiere su vida por causa de mí, la hallará». En otro Evangelio se escribe: «El que no toma su cruz cada día». Para que no pensemos que el ardor de la fe pueda bastar una sola vez, siempre ha de llevarse la cruz, para que siempre enseñemos que amamos a Cristo.

(Vers. 40.) «El que os recibe a vosotros, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió». Orden hermosísimo. Envía a la predicación, enseña que no se han de temer los peligros, somete el afecto a la religión. Arriba había quitado el oro, había sacudido el cobre del cinturón. Dura condición la de los evangelistas. ¿De dónde, pues, los gastos, de dónde lo necesario para el sustento? Templa la austeridad de los mandatos con la esperanza de las promesas. «El que os recibe a vosotros», diciendo, «a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió», para que al recibir a los apóstoles, cada uno de los creyentes considere que ha recibido a Cristo.

(Vers. 41.) «El que recibe a un profeta en nombre de profeta, recompensa de profeta recibirá. Y el que recibe a un justo en nombre de justo, recompensa de justo recibirá». El que recibe a un profeta como profeta, y lo entiende hablando sobre lo futuro, este recibirá la recompensa de profeta. Por tanto, los judíos, al entender carnalmente a los profetas, no recibirán la recompensa de los profetas. De otro modo: En toda profesión la cizaña está mezclada con el trigo. Había antepuesto: «El que os recibe a vosotros, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió». Había provocado a los discípulos a la recepción de los maestros. Podía ser oculta la respuesta de los creyentes; por tanto, debemos recibir incluso a los pseudoprofetas y a Judas el traidor, y suministrarles alimento. El Señor, procurando esto antes, dice que no se han de recibir

las personas, sino los nombres; y que los que reciben no pierden la recompensa, aunque haya sido indigno el que fue recibido.

(Vers. 42.) «Y cualquiera que diere de beber a uno de estos pequeñuelos solo un vaso de agua fría en nombre de discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa». Leemos en el profeta David: «Para excusar excusas en los pecados» (Sal. CXL, 4); que muchos pretenden ocasiones como si fueran justas para sus pecados, para que lo que delinquen por voluntad parezca que pecan por necesidad; el Señor, escrutador del corazón y de los riñones, contempla las futuras meditaciones en cada uno. Había dicho: «El que os recibe a vosotros, a mí me recibe». Pero muchos pseudoprofetas y falsos predicadores podían impedir este precepto; sanó también este escándalo diciendo: «El que recibe a un justo en nombre de justo, recompensa de justo recibirá». De nuevo, otro podía alegar y decir: Por la pobreza se me prohíbe, la estrechez me retiene, de modo que no pueda ser hospitalario. Y diluye esta excusa con un precepto ligerísimo, para que ofrezcamos un vaso de agua fría con toda el alma. De agua «fría», dice, no caliente, para que ni en la caliente se buscara ocasión de pobreza y de penuria de leña. Algo tal también el Apóstol (como ya dijimos antes) mandó a los gálatas: «Comunique, pues, el que es catequizado en la palabra al que lo catequiza en todos los bienes» (Gál. VI, 6), y exhorta a los discípulos al refrigerio de los maestros. Porque cualquiera podía pretender pobreza y eludir el precepto, antes de que aquel lo propon-

ga, resuelve la cuestión inminente diciendo: «No erréis, Dios no es burlado». Pues lo que el hombre sembrare, eso también segará. Y el sentido es: en vano alegas penuria, cuando tu conciencia tiene otra cosa; me puedes engañar a mí que te exhorto, pero sabe que cuanto hayas sembrado, tanto también has de segar.

LIBRO SEGUNDO.

(Cap. XI. --- Vers. 1, 2.) «Y aconteció que cuando Jesús terminó de dar instrucciones a sus doce discípulos, pasó de allí para enseñar y predicar en las ciudades de ellos». No interroga como quien ignora; pues él mismo lo había mostrado a los demás que ignoraban, diciendo: «He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo» (Juan I, 29); y había oído la voz del Padre que tronaba: «Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido» (Mat. III, 17); sino que, del mismo modo que el Salvador pregunta dónde está puesto Lázaro, para que los que indicaban el lugar del sepulcro al menos así se prepararan para la fe y vieran al muerto resucitar, así también Juan, que iba a ser muerto por Herodes, envía a sus discípulos a Cristo, para que por esta ocasión, viendo las señales y virtudes, creyeran en él y, preguntando su maestro, aprendieran ellos. Que los discípulos de Juan eran soberbios contra el Señor y tenían algo de mordacidad por el rencor y la envidia, lo demostró también la interrogación anterior, refiriéndolo el Evangelista: «Entonces se le acercaron los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos con frecuencia, pero tus discípulos no ayunan?» (Ibíd., IX, 14). Y en otra parte: «Maestro, aquel de quien tú diste testimonio junto al Jordán, he aquí que él bautiza

y todos vienen a él» (Juan III, 26), como si dijeran: Nosotros somos abandonados, aquí hay escasez, a aquel la multitud concurre.

(Vers. 3.) «¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?». No dice: eres tú el que has venido, sino: eres tú el que ha de venir. Y el sentido es: Anúnciame, porque he de descender a los infiernos, si debo anunciarte también a los de abajo, yo que te anuncié a los de arriba. ¿O no conviene al Hijo de Dios que guste la muerte, y vas a enviar a otro para estos sacramentos?

(Vers. 4, 5.) «Y respondiendo Jesús, les dijo: Id y anunciad a Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan». Juan había preguntado por medio de los discípulos: «¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?». Cristo muestra las señales, no respondiendo a aquellas cosas que se le habían preguntado, sino al escándalo de los mensajeros: «Id», dice, «y decid a Juan las señales que discernís»: los ciegos viendo, y los cojos andando, y lo demás. Y lo que no es menor que esto, «A los pobres se les anuncia el Evangelio». O los pobres de espíritu, o ciertamente los pobres en riquezas, de modo que no haya distancia alguna en la predicación entre los nobles y los innobles, entre los ricos y los indigentes. Estos comprueban el rigor del maestro, estos la verdad del preceptor, cuando ante aquel que puede ser salvado todo el mundo es igual.

(Vers. 6.) «Y bienaventurado el que no se escandalizare en mí». Hiere a los mensajeros, como se demostrará en lo que sigue.

(Vers. 7.) Yéndose ellos, comenzó Jesús a decir a las multitudes acerca de Juan: «¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? Mas ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido de ropas delicadas? He aquí, los que se visten con delicadeza, en las casas de los reyes están». Si la sentencia anterior había sido proferida contra Juan, como muchos piensan, en aquello que dijo: «Bienaventurado es el que no se escandalizare en mí», ¿cómo es que ahora Juan es predicado con tan grandes alabanzas? Pero porque la multitud circundante no conocía el misterio de la pregunta, y pensaba que Juan dudaba acerca de Cristo, a quien él mismo había señalado con el dedo, para que entendieran que Juan no había preguntado por sí mismo, sino por sus discípulos, dijo: «¿A qué salisteis al desierto? ¿Acaso por esto, para que vierais a un hombre semejante a una caña, que es llevada por todo viento, y que dudaría por ligereza de mente acerca de aquel a quien antes había predicado? ¿O quizás se ve obligado por los aguijones de la envidia contra mí, y su predicación busca la gloria vana, para buscar ganancias de ella? ¿Por qué desearía riquezas, para abundar en banquetes? Se alimenta de langostas y miel silvestre. ¿O para que se vista de ropas delicadas? Los pelos de camello son su cobertura. Alimento y vestido de esta clase se reciben en la hospitalidad de una cárcel, y la predicación de la verdad tiene tal habitáculo. Pero los que son aduladores, y buscan ganancias, y procuran riquezas, y abundan en delicias, y visten de ropas delicadas, estos están en las casas de los reyes». Por lo cual se muestra

que una vida rígida y una predicación austera deben evitar las cortes de los reyes y declinar los palacios de los hombres delicados.

(Vers. 8.) Mas ¿qué salisteis a ver, a un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. En esto Juan es mayor que los demás profetas, en que a quien aquellos habían predicado que habría de venir, este lo demostró con el dedo que ya había venido, diciendo: «He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo». Y porque al privilegio profético se añadió también el premio del Bautista, para que bautizara a su propio Señor, de ahí [Al. de donde] infiere un aumento (αὔξησιν) de méritos, haciendo testimonio de Malaquías, en quien también es predicado como ángel (Malach. II). Pero no pensemos que Juan es llamado ángel aquí por sociedad de naturaleza, sino por dignidad de oficio, esto es, nuncio, porque anunció al Señor que había de venir.

(Vers. 11.) En verdad os digo, no ha surgido entre los nacidos de mujeres uno mayor que Juan el Bautista. Entre los nacidos, dice, de mujeres. Se le prefiere, por tanto, a estos hombres que han nacido de mujeres y del coito de varón, y no a aquel que nació de la Virgen y del Espíritu Santo: aunque en lo que dijo: «No ha surgido entre los nacidos de mujeres uno mayor que Juan el Bautista», no antepuso a Juan a los demás profetas y patriarcas y a todos los hombres, sino que igualó a los demás con Juan. Pues no se sigue inmediatamente que, si otros no son mayores que él, él sea mayor que los demás: sino que tenga igualdad con los demás santos.

Pero el que es menor en el reino de los cielos, es mayor que él. Muchos quieren que esto se entienda del Salvador, que quien es menor en tiempo es mayor en dignidad. Pero nosotros entendámoslo simplemente: que todo santo que ya está con Dios es mayor que aquel que todavía persiste en el combate. Pues una cosa es poseer la corona de la victoria, y otra todavía luchar en la línea de batalla. Algunos quieren tomar al último ángel que ministra al Señor en los cielos como mejor que cualquier primer hombre que se encuentre en la tierra.

(Vers. 12.) Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora el reino de los cielos padece violencia, y los violentos lo arrebatan. Si Juan primero, como dijimos arriba, anunció la penitencia a los pueblos, diciendo: «Haced penitencia; porque se acercará el reino de los cielos»: consecuentemente desde sus días el reino de los cielos padece violencia, y los violentos lo saquean. Pues es una gran violencia que nosotros hayamos sido engendrados en la tierra y busquemos el asiento de los cielos, y poseamos por virtud lo que no tuvimos por naturaleza.

(Vers. 13.) Pues todos los profetas y la Ley profetizaron hasta Juan. No es que excluya a los profetas después de Juan. Pues leemos en los Hechos de los apóstoles (Hech. XI, 21) que tanto Agabo profetizó, como las cuatro hijas vírgenes de Felipe; sino que la Ley y los profetas que leemos escritos, todo lo que profetizaron, lo vaticinaron acerca del Señor. Cuando por tanto se dice: «Todos los Profetas y la Ley profetizaron

hasta Juan», se muestra el tiempo de Cristo, para que a quien ellos dijeron que habría de venir, Juan mostrase que ya había venido.

(Vers. 14, 15.) Y si queréis recibirlo, él es Elías el que ha de venir. El que tiene oídos para oír, oiga. Esto que se dijo: «si queréis recibirlo, él es Elías», el siguiente discurso del Señor demuestra que es místico y que necesita inteligencia, diciendo: «El que tiene oídos para oír, oiga». Pues si el sentido fuera llano y la sentencia manifiesta, ¿qué necesidad hubo de que fuéramos preparados para su inteligencia? Elías, por tanto, es llamado Juan, no según los necios filósofos y ciertos herejes que introducen la metempsicosis (μετεμψύχωσιν): sino porque, según otro testimonio del Evangelio, vino en el espíritu y virtud de Elías, y tuvo la misma gracia o medida del Espíritu Santo. Pero también la austeridad de vida y el rigor de mente de Elías y de Juan son iguales. Aquel estaba en el desierto, este en el desierto; aquel se ceñía con una zona de cuero, y este tuvo un ceñidor semejante. Aquel, porque reprendió al rey Acab y a Jezabel por su impiedad, se vio obligado a huir (III Rey. XIX); este, porque reprendió las nupcias ilícitas de Herodes y Herodías, es degollado. Hay quienes piensan que por eso Juan es llamado Elías, porque así como en el segundo advenimiento del Salvador, según Malaquías, Elías ha de preceder y anunciar al Juez que vendrá, así lo hizo Juan en el primer advenimiento; y cada uno sea nuncio ya sea del primer advenimiento del Señor, o del segundo.

(Vers. 16 ss.) «¿Pero a qué estimaré semejante esta generación? Es semejante a los muchachos que se sientan en la plaza, los cuales clamando a sus coetáneos dicen: Os cantamos, y no bailasteis: os lamentamos, y no plañisteis. Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: Demonio tiene. Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre voraz y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Y la sabiduría es justificada por sus hijos». Con los muchachos que se sientan en la plaza y claman y dicen a sus coetáneos: «Os cantamos, y no bailasteis: nos lamentamos, y no plañisteis», se compara la generación de los judíos, diciendo la Escritura: «¿A qué estimaré semejante esta generación? Es semejante a los muchachos que se sientan en la plaza», y lo demás. No se nos atribuye, por tanto, una libre inteligencia e interpretación pasiva de la alegoría: sino que todo lo que hayamos de decir de los muchachos ha de referirse a la semejanza de la generación. Estos muchachos que se sientan en la plaza son aquellos de quienes habla Isaías: «He aquí yo y mis muchachos, que me dio Dios» (Isai. VIII, 18). Y en el salmo dieciocho (Vers. 8): «El testimonio del Señor es fiel, prestando sabiduría a los párvulos». Y en otro lugar: «De la boca de los infantes y de los que maman perfeccionaste la alabanza» (Salm. VIII, 3). Estos muchachos, por tanto, se sentaron en la plaza, o ἐν ἀγορᾷ, que se dice más significativamente en griego, donde hay muchas cosas en venta. Y porque el pueblo de los judíos no quería oír, no solo les hablaron, sino que clamaron a voz en cuello: «Os cantamos,

y no bailasteis; os provocamos para que hicierais buenas obras a nuestro canto, y bailarais a nuestra flauta, como bailó también David ante el arca del Señor (II Rey. VI), y no quisisteis. Nos lamentamos, y os provocamos a la penitencia, y ni siquiera esto quisisteis hacer, despreciando ambas predicaciones, tanto la de exhortación a las virtudes como la de penitencia después de los pecados. Ni es maravilla si despreciasteis el doble camino de la salvación, cuando despreciasteis igualmente el ayuno y la saciedad. Si el ayuno os place, ¿por qué os disgustó Juan?

(Vers. 20.) Entonces comenzó a reprochar a las ciudades en las que se habían hecho muchísimas de sus virtudes, porque no habían hecho penitencia. El reproche de las ciudades de Corozaín, y Betsaida y Cafarnaúm, se abre con el título de este capítulo. Que por eso les reprochó, porque después de hechas virtudes y muchísimas señales, no hicieron penitencia.

(Vers. 21, 22.) «¡Ay de ti, Corozaín! ¡ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho las virtudes que se han hecho en vosotras, hace tiempo que en cilicio y ceniza habrían hecho penitencia. Pero os digo: a Tiro y a Sidón les será más remisible en el día del juicio que a vosotras». Corozaín y Betsaida, ciudades de Galilea, son deploradas por el Salvador porque después de tantas señales y virtudes no hicieron penitencia, y se les anteponen Tiro y Sidón, ciudades de idolatría y dadas a los vicios. Pero se les anteponen por esto, porque Tiro y Sidón solo pisotearon la ley natural, pero estas, después de la trasgresión de

la Ley natural y de la escrita, también tuvieron en poco las señales que se hicieron en ellas. Preguntamos dónde está escrito que en Corozaín y en Betsaida el Señor hiciera señales. Arriba leímos: «Y recorría todas las ciudades y aldeas, curando toda enfermedad», y lo demás (Arriba IV, 23). Entre las demás ciudades y aldeas, por tanto, ha de estimarse que el Señor hizo señales también en Corozaín y en Betsaida.

(Vers. 23.) «Y tú, Cafarnaúm, ¿acaso serás exaltada hasta el cielo? hasta el infierno descenderás». En otro ejemplar encontramos: «Y tú, Cafarnaúm, que hasta el cielo has sido exaltada, hasta los infiernos descenderás». Y hay una doble inteligencia. O bien descenderás a los infiernos por esto, porque contra mi predicación te resististe soberbiamente. O bien por esto, porque exaltada hasta el cielo por mi hospedaje, y por mis señales y virtudes, teniendo tan gran privilegio, serás castigada con mayores suplicios, porque tampoco a estos quisiste creer.

(Vers. 23, 24.) «Porque si en Sodoma [Al. Sidón] se hubieran hecho las virtudes que se han hecho en ti, tal vez habrían permanecido hasta este día. Pero os digo: que a la tierra de Sodoma le será más remisible en el día del juicio que a ti». Pregunte el lector prudente y diga: si Tiro y Sidón y Sodoma pudieron hacer penitencia ante la predicación del Salvador y los milagros de las señales, no tienen la culpa de no haber creído: sino que el vicio del silencio está en aquel que no quiso predicar a los que habrían de hacer penitencia. A lo cual hay una fácil y abierta respuesta:

que ignoramos los juicios de Dios, y no conocemos los sacramentos de sus singulares dispensaciones. Se había propuesto el Señor no exceder los confines de Judea, para no dar a los fariseos y sacerdotes una justa ocasión de persecución. Por lo cual también mandó a los apóstoles antes de la pasión: «En camino de gentiles no vayáis, y en ciudades de samaritanos no entren» (Arriba X, 5). Corozaín, por tanto, y Betsaida son condenadas porque no quisieron creer al Señor presente. Tiro y Sidón son justificadas porque creyeron a sus apóstoles. No preguntes por los tiempos cuando contemplas la salvación de los que creen. En Cafarnaúm, además, que se interpreta como «villa hermosísima», es condenada la incrédula Jerusalén, a quien se dice por Ezequiel: «Justificada ha sido Sodoma por ti» (Ezech. XVI, 52).

(Vers. 25.) En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: «Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra». La confesión no siempre significa penitencia, sino también acción de gracias; como leemos frecuentísimamente en los salmos. Oigan los que calumnian al Salvador como no nacido, sino creado, que llame a su Padre Señor del cielo y de la tierra. Pues si él mismo es también criatura, y una criatura puede llamar padre a su creador, necio fue no llamarlo igualmente Señor o Padre tanto de sí mismo como del cielo y de la tierra. Porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los párvulos. Da gracias y se exulta en el Padre porque a los apóstoles les abrió los sacramentos de su advenimiento, que ignoraron los escribas y fariseos, que se ven a sí

mismos sabios y prudentes ante su propia vista. La sabiduría es justificada por sus hijos.

(Vers. 26.) «Sí, Padre; porque así fue de tu agrado ante ti». Habla al Padre con afecto de quien halaga, para que el beneficio comenzado en los apóstoles se complete.

(Vers. 27.) «Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre». Entiende místicamente tanto al Padre que entrega como al Hijo que recibe. De otro modo, si queremos sentir según nuestra fragilidad, cuando empiece a tener el que recibe, empezará a no tener el que dio. Pero todas las cosas entregadas a él no han de entenderse como el cielo y la tierra y los elementos y lo demás que él mismo hizo y fundó: sino estos que por el Hijo tienen acceso al Padre, y que antes rebeldes, después empezaron a sentir a Dios. «Y nadie conoce al Hijo sino el Padre: ni nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo». Avergüéncese Eunomio reclamando para sí tanta noticia del Padre y del Hijo como la que tienen entre sí el uno y el otro. Que si de ahí contiende, y consuela su propia locura, porque sigue: «Y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo». Una cosa es conocer por igualdad de naturaleza lo que conoces, y otra por la dignación del que revela.

(Vers. 28, 29.) «Venid a mí todos los que laboráis y estáis cargados: y yo os refrescaré. Tomad mi yugo sobre vosotros: y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón: y hallaréis descanso para vuestras almas». Que las cargas del pecado son pesadas, también lo testifica Zacarías el profeta, diciendo que la iniquidad se sienta so-

bre un talento de plomo (Zacc. V). Y el Salmista se lamenta: «Mis iniquidades se han agravado sobre mí» (Salm. XXXVII, 6). O ciertamente invita a la gracia del Evangelio a los que estaban oprimidos por el pesadísimo yugo de la Ley.

(Vers. 30.) «Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera». ¿Cómo es más ligero el Evangelio que la Ley, cuando en la Ley se condena el homicidio y en el Evangelio la ira? ¿Por qué razón es más fácil la gracia del Evangelio, cuando en la Ley se castiga el adulterio y en el Evangelio la concupiscencia? En la Ley hay muchos preceptos que el Apóstol enseña que no pueden cumplirse plenísimamente (Hech. XV). En la Ley se requieren obras, que quien las hiciere vivirá en ellas. En el Evangelio se busca la voluntad, la cual, aunque no haya tenido efecto, sin embargo no pierde el premio. El Evangelio preceptúa aquellas cosas que podemos: a saber, que no codiciemos; esto está en nuestro arbitrio. La Ley, aunque no castigue la voluntad, castiga el efecto, para que no cometas adulterio. Imagina en una persecución a alguna virgen prostituida. Esta, ante el Evangelio, porque no peca de voluntad, es recibida como virgen; en la Ley, como si fuera corrupta, es repudiada.

(Cap. XII.---Vers. 1.) En aquel tiempo pasó Jesús por los sembrados en sábado: y sus discípulos, teniendo hambre, comenzaron a arrancar espigas y a comer. En otro evangelista leemos también que por la excesiva importunidad ni siquiera tenían lugar para comer, y por eso como hombres tenían hambre (Marc. II y Luc. VI). Ade-

más, que estrujen con las manos las espigas de los sembrados y consuelen su necesidad es indicio de una vida más austera; de quienes buscan no banquetes preparados, sino alimentos simples.

(Vers. 2.) Pero los fariseos, viéndolos, le dijeron: «He aquí tus discípulos hacen lo que no les es lícito hacer en sábado». Nota que los primeros apóstoles del Salvador destruyen la letra del sábado, contra los ebionitas, quienes, aunque reciben a los demás apóstoles, repudian a Pablo como transgresor de la ley.

(Vers. 3, 4.) Pero él les dijo: «¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre, y los que con él estaban: cómo entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición, los cuales no le era lícito comer, ni a los que con él estaban, sino solo a los sacerdotes?» Para refutar la calumnia de los fariseos, recuerda la historia antigua, cuando David, huyendo de Saúl, vino a Nobe y, recibido por el sacerdote Aquimelec, pidió alimentos; el cual, como no tuviera panes comunes, le dio los consagrados, de los cuales no era lícito alimentarse sino solo a los sacerdotes y levitas. Y solo preguntó si los muchachos estaban limpios de mujeres; y respondiendo aquel que desde ayer y antes de ayer, no dudó en dar los panes, juzgándolo mejor, diciendo el profeta: «Misericordia quiero y no sacrificio» (Osee VI, 6), librar a los hombres del peligro del hambre que ofrecer sacrificio a Dios. Pues la hostia aplacable a Dios es la salud de los hombres. Opone, por tanto, el Señor y dice: «Si tanto David es santo como el pontífice Aquimelec no es reprendido por vosotros, sino

que ambos transgredieron el mandato de la Ley con una probable excusa, y el hambre es la causa, ¿por qué no aprobáis la misma hambre en los apóstoles que aprobáis en los demás?» Aunque también en esto hay una gran distancia. Estos estrujan las espigas en sábado con la mano, aquellos comieron panes levíticos; y a la solemnidad del sábado se añadían los días de las neomenias, en los cuales, requerido para el convite, huyó de la sala regia. Observa que ni David ni sus muchachos recibieron los panes de la proposición antes de que respondieran que estaban limpios de mujeres.

(Vers. 5.) «¿O no habéis leído en la Ley, que en los días de sábado los sacerdotes en el templo violan el sábado, y están sin pecado?» Calumniáis, dice, a mis discípulos, por qué pasando por los sembrados trituraron las espigas, y esto hicieron obligados por la necesidad del hambre, cuando vosotros mismos violáis el sábado en el Templo, inmolando víctimas, degollando toros, quemando holocaustos sobre un montón de leña con fuego: y según la fe de otro Evangelio (Juan VII), circuncidando a los párvulos en sábado, para que mientras deseáis guardar otra Ley, destruyáis el sábado. Pero nunca las Leyes de Dios son contrarias a sí mismas. Y prudentemente donde sus discípulos podían ser acusados de transgresión, dice que siguieron los ejemplos de David y Aquimelec: pero la verdadera prevaricación del sábado, y sin el pretexto de la necesidad, la refiere a aquellos mismos que habían hecho la calumnia.

(Vers. 6.) «Pero os digo, que mayor que el templo está aquí». Hic, no es pronombre, sino adverbio de lugar; que mayor que el templo es el lugar que contiene al Señor del templo.

(Vers. 7.) «Si supierais qué es: Misericordia quiero y no sacrificio (Osee VI, 6): nunca habríais condenado a los inocentes». Qué sea «quiero misericordia y no sacrificio», lo dijimos arriba. Además, lo que sigue: «Nunca habríais condenado a los inocentes», ha de entenderse de los apóstoles. Y es el sentido: Si aprobasteis la misericordia en Aquimelec, por el hecho de que reanimó a David y a sus muchachos que peligraban por el hambre: ¿por qué condenáis a mis discípulos, que nada de eso hicieron?

(Vers. 8.) Y cuando pasó de allí, vino a la sinagoga de ellos. Y he aquí un hombre que tenía una mano seca. Decimotercero es este que es curado en la sinagoga. Y ha de notarse que no en el camino y fuera, sino en el conciliábulo de los judíos fue sanada la mano seca.

(Vers. 9.) Y le preguntaban, diciendo: «¿Si es lícito curar en los sábados?», para acusarle. Porque la destrucción del sábado, que los fariseos argüían en los discípulos, la había excusado con un ejemplo probable, quieren calumniarle a él mismo: y preguntan si es lícito curar en los sábados; para que si no curaba, le acusaran de crueldad o de debilidad; si curaba, de transgresión.

(Vers. 10 ss.) Él mismo les dijo: «¿Qué hombre habrá de vosotros que tenga una oveja, y si esta cayere en sábado en una fosa, no la asirá y la levantará? ¡Cuánto más mejor es un hombre que

una oveja! Así que es lícito en los sábados hacer bien». Así resolvió la cuestión propuesta, de modo que condenó de avaricia a los que preguntaban. Si vosotros, dice, en sábado os apresuráis a rescatar una oveja y cualquier otro animal que cae en una fosa, consultando no al animal, sino a vuestra avaricia, ¡cuánto más yo debo librar a un hombre, que es mucho mejor que una oveja!

(Vers. 13.) Entonces dijo al hombre: «Extiende tu mano». Y la extendió, y fue restituida a la sanidad como la otra. En el Evangelio que usan los nazarenos y ebionitas (que recientemente tradujimos del habla hebrea al griego, y que es llamado por la mayoría el auténtico de Mateo), se escribe que este hombre que tiene la mano seca era un albañil (caementarius): pidiendo auxilio con voces de esta clase: «Albañil era, buscándome el sustento con las manos: te ruego, Jesús, que me restituyas la sanidad, para que no mendigue los alimentos torpemente». Hasta el advenimiento del Salvador la mano seca estuvo en la sinagoga de los judíos, y las obras de Dios no se hacían en ella: después de que él vino a las tierras, fue devuelta la diestra en los apóstoles creyentes, y restituida a su obra pristina.

(Vers. 14.) Saliendo además los fariseos, hacían consejo contra él, cómo le perderían. Que tramen insidias al Señor, la envidia es la causa. Pues ¿qué había hecho para que provocara a los fariseos a su propia muerte? a saber, que un hombre había extendido la mano. Pues ¿quién de los fariseos en el día de sábado no extiende la mano, llevando alimentos, y alargando el cáliz,

y lo demás que es necesario para el sustento? Si por tanto extender la mano y levantar alimentos o bebida en sábado no es un crimen: ¿por qué arguyen esto en otro de lo que ellos mismos son co-argüidos de hacer, especialmente cuando este albañil nada de eso llevó, sino que al precepto del Señor solo extendió la mano?

(Vers. 15 ss.) Pero Jesús, sabiéndolo, se retiró de allí: y le siguieron muchos, y los sanó a todos. Y les mandó que no le hicieran manifiesto: para que se cumpliera lo que fue dicho por el profeta Isaías, diciendo. Sabiendo sus insidias, porque querían perder a su Salvador, se retiró de allí, para quitar a los fariseos la ocasión de impiedad contra él.

(Vers. 18.) «He aquí mi siervo, a quien elegí: mi amado, en quien bien se agradó mi alma. Pondré mi espíritu sobre él, y el juicio a las gentes anunciará. No contenderá, ni clamará». Por el profeta Isaías se dice esto desde la persona del Padre: «Pondré mi espíritu sobre él» (Isai. XLII, 1). El Espíritu se pone no sobre el Verbo de Dios, y sobre el Unigénito, que procedió del seno del Padre, sino sobre aquel de quien se dijo: «He aquí mi siervo» (Ibidem).

(Vers. 19.) «Ni oirá nadie en las plazas su voz». Pues ancha y espaciosa es la vía que conduce a la perdición, y muchos entran por ella (Arriba VIII). Los cuales muchos no oyen la voz del Salvador, porque no están en la vía estrecha, sino en la espaciosa.

(Vers. 20, 21.) «La caña cascada no quebrará, y el lino que humea no apagará, hasta que saque a victoria el juicio: y en su nombre las gentes

esperarán». El que no alarga la mano al pecador, ni lleva la carga de su hermano, este quiebra la caña cascada. Y el que desprecia una módica centella de fe en los párvulos, este apaga el lino que humea. Ninguna de las dos cosas hizo Cristo; pues para esto había venido, para hacer salvo lo que había perecido.

(Vers. 22.) Entonces le fue ofrecido uno que tenía un demonio, ciego y mudo, y le sanó, de modo que hablaba y veía. And se estupefactaban todas las multitudes, y decían: «¿No es este el hijo de David?». Pero los fariseos, oyéndolo, dijeron: «Este no echa fuera los demonios sino en Beelzebub, príncipe de los demonios». Tres señales se perpetraron a la vez en un solo hombre: el ciego ve, el mudo habla, el poseído por el demonio es librado. Lo cual ciertamente se hizo entonces carnalmente, pero también se completa diariamente en la conversión de los creyentes, para que, expulsado el demonio, primero vean la luz de la fe, y después se suelten las bocas antes mudas en las alabanzas de Dios.

(Vers. 25.) Pero Jesús, sabiendo sus pensamientos, les dijo: «Todo reino dividido contra sí mismo será desolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá». Las multitudes se estupefactaban y confesaban que el que hacía tan grandes señales era el hijo de David; pero los fariseos diputaban las obras de Dios al príncipe de los demonios. A los cuales el Señor respondió no a sus palabras, sino a sus pensamientos: para que aun así se vieran compe-

lidos a creer en la potencia de aquel que veía lo oculto del corazón.

(Vers. 26.) «Y si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿cómo, pues, permanecerá su reino?» No puede un reino y una ciudad dividida contra sí misma subsistir; sino que así como por la concordia las cosas pequeñas crecen, así por la discordia las mayores se diluyen. Si, por tanto, Satanás lucha contra sí mismo, y el demonio es enemigo del demonio, debería haber llegado ya la consumación del mundo; para que no tuvieran lugar en él las potestades adversarias, cuya guerra entre sí es la paz de los hombres. Pero si pensáis, oh escribas y fariseos, que la retirada de los demonios es obediencia a su príncipe, para que deludan a los hombres ignorantes con fraudulenta simulación, ¿qué podéis decir de las sanidades de los cuerpos que el Señor perpetró? Otra cosa es si también asignáis a los demonios las debilidades de los miembros y las insignias de las virtudes espirituales.

(Vers. 27.) «Y si yo por Beelzebub echo fuera los demonios, ¿vuestros hijos por quién los echan? Por tanto, ellos serán vuestros jueces». Significa a los hijos de los judíos, o a los exorcistas de esa nación, según la costumbre, o a los apóstoles, engendrados de su estirpe. Si a los exorcistas, que a la invocación de Dios echaban fuera los demonios, los apremia con una interrogación prudente, para que confiesen que es obra del Espíritu Santo. Porque si la expulsión de los demonios, dice, en vuestros hijos, se diputa a Dios y no a los demonios: ¿por qué en mí la misma

obra no ha de tener la misma causa? Por tanto, ellos serán vuestros jueces, no por potestad, sino por comparación: mientras que ellos asignan la expulsión de los demonios a Dios; vosotros a Beelzebub, príncipe de los demonios. Pero si se dice de los apóstoles, lo cual también debemos entender mejor, ellos mismos serán sus jueces: porque se sentarán en doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. XIX, y Luc. XXII).

(Vers. 28.) «Pero si yo por el espíritu de Dios echo fuera los demonios». En Lucas leemos este lugar escrito así: «Pero si yo por el dedo de Dios echo fuera los demonios» (Luc. XI, 20). Este es el dedo que confiesan también los Magos, que hacían señales contra Moisés y Aarón, diciendo: «El dedo de Dios es este» (Éxod. IV, 29): con el cual las tablas de piedra fueron escritas en el monte Sinaí (Deut. IX). Si, por tanto, la mano y el brazo de Dios es el Hijo; y su dedo el Espíritu Santo, la sustancia del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo es una: no te escandalice la desigualdad de los miembros, cuando la unidad del cuerpo edifica.

Por tanto, ha llegado a vosotros el reino de Dios». O bien se significa a sí mismo, de quien en otro lugar está escrito: «El reino de Dios está dentro de vosotros» (Luc. XVII, 21). Y: «En medio de vosotros está uno a quien no conocéis» (Juan I, 26): o ciertamente aquel reino que tanto Juan como el mismo Señor habían predicado: «Haced penitencia, porque se acercará el reino de los cielos» (Arriba III, 2). Hay también un tercer reino de la Sagrada Escritura, que es quitado a los judíos,

y será entregado a una nación que haga los frutos de él (Abajo XXI).

(Vers. 29.) «¿O cómo puede alguien entrar en la casa de un fuerte, y saquear sus bienes, si primero no atare al fuerte, y entonces saqueará su casa?» No debemos estar seguros: nuestro adversario es fuerte, comprobado también por las voces del vencedor. Su casa es el mundo, que está puesto en la maldad (I Juan V), no por la dignidad del creador, sino por la magnitud del delincuente. Sus vasos fuimos nosotros en otro tiempo. Atado está el fuerte, y relegado al tártaro, y triturado por el pie del Señor: y saqueadas las sedes del tirano, fue llevada cautiva la cautividad.

(Vers. 30, 31.) «El que no está conmigo, contra mí está; y el que no recoge conmigo, desparrama. Por tanto os digo: todo pecado y blasfemia será perdonada a los hombres; pero la blasfemia del Espíritu no será perdonada». No piense nadie que esto se dice de los herejes y cismáticos (aunque también así podría entenderse superfluamente), sino que por las consecuencias y el texto del discurso se refiere al diablo: por cuanto no pueden las obras del Salvador compararse con las obras de Beelzebub. Aquel desea tener cautivas las almas de los hombres; el Señor librarlas. Aquel predica los ídolos; este la noticia de un solo Dios. Aquel arrastra a los vicios: este a las virtudes revoca. ¿Cómo, pues, pueden tener entre sí concordia, cuyas obras están divididas [Al. diversas]?

(Vers. 32.) «Y a cualquiera que dijere palabra contra el Hijo del hombre, le será perdonado; pero al que la dijere contra el Espíritu Santo, no le será

perdonado, ni en este siglo, ni en el futuro». ¿Y cómo algunos de los nuestros reciben a obispos y presbíteros de nuevo en su grado después de la blasfemia del Espíritu Santo, cuando el Salvador dice que todo pecado y blasfemia se perdona a los hombres; pero al que blasfemare contra el Espíritu Santo, no se le perdona ni en el tiempo presente, ni en el futuro? A no ser que tal vez tomemos aquel ejemplo de Marcos el evangelista, que expresó más manifiestamente las causas de tan gran ira, diciendo: «Porque decían, tiene espíritu inmundo». Por tanto, cualquiera que diputare las obras del Salvador a Beelzebub, príncipe de los demonios; y dijere que el Hijo de Dios tiene espíritu inmundo, a este en ningún tiempo se le perdonará la blasfemia (Marc. III, 22).

O bien así ha de entenderse este lugar: El que dijere palabra contra el Hijo del hombre, escandalizado por mi carne, y estimándome solo hombre, porque soy hijo del carpintero, y tengo hermanos, Santiago, y José, y Judas. Y que soy hombre comelón, y bebedor de vino. Tal opinión y blasfemia, aunque no carezca de la culpa del error, sin embargo tenga perdón por causa de la vileza del cuerpo (Marc. VI, Luc. III, Mat. XI). Pero el que entendiendo manifiestamente las obras de Dios, cuando no puede negar acerca de la virtud, estimulado por la misma envidia, calmunia; y dice que Cristo y el Verbo de Dios, y las obras del Espíritu Santo son Beelzebub: a este no se le perdonará ni en el presente siglo, ni en el futuro.

(Vers. 33.) «O haced el árbol bueno, y su fruto bueno; o haced el árbol malo, y su fruto malo.

Puesto que por el fruto se conoce el árbol». Los apremia con un silogismo, al que los griegos llaman aphykton, nosotros podemos llamar inevitable: que concluye a los interrogados por una y otra parte, y presiona con ambos cuernos. Si, dice, el diablo es malo, no puede hacer obras buenas. Pero si son buenas las que veis hechas, se sigue que no es el diablo el que las hace. Pues no puede suceder que de lo malo nazca lo bueno, o de lo bueno lo malo.

En cuanto a lo que sigue: (Vers. 34.) «Generación de víboras, ¿cómo podéis hablar cosas buenas siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca». Muestra que ellos son un árbol malo, y que dan tales frutos redundantes en blasfemia, cuales tienen las semillas del diablo.

(Vers. 35.) «El hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas. Y el hombre malo, del mal tesoro saca cosas malas». O bien muestra a los mismos judíos blasfemando al Señor de qué tesoro sacan las blasfemias, o la sentencia se une con la cuestión superior, en que así como no puede el hombre bueno sacar cosas malas, ni el malo buenas: así no puede Cristo hacer obras malas, ni el diablo buenas.

(Vers. 36, 37.) «Pero yo os digo, que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio. Pues por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado». Esto también se une con lo superior. Y es el sentido: Si la palabra ociosa, que de ningún modo edifica a los oyentes, no está sin peligro del que habla, y en el día del juicio cada uno

ha de dar cuenta de sus sermones: ¡cuánto más vosotros, que calumniáis las obras del Espíritu Santo, y decís que yo en Beelzebub, príncipe de los demonios, echo fuera los demonios, habéis de dar cuenta de vuestra calumnia! Palabra ociosa es la que se dice sin utilidad del que habla y del que oye: si omitiendo las cosas serias, hablamos de cosas frívolas, y narramos fábulas antiguas. Por lo demás, el que replica cosas escandalosas, y disuelve su boca en carcajadas y saca algo de torpeza, este no será reo de palabra ociosa, sino de criminal.

(Vers. 38.) Entonces le respondieron algunos de los escribas y fariseos, diciendo: «Maestro, queremos ver de ti una señal». Así piden una señal, como si las que habían visto no hubieran sido señales. Pero en otro evangelista se explica más plenamente qué es lo que piden: «Queremos ver de ti una señal del cielo» (Marc. VIII, 11). O bien deseaban que viniera fuego de lo alto al estilo de Elías, o a semejanza de Samuel, en tiempo estival contra la naturaleza del lugar bramaran los truenos, resplandecieran los relámpagos, cayeran las lluvias, como si no pudieran también calumniar aquellas cosas, y decir que habían sucedido por ocultas y variadas pasiones del aire. Pues tú que calumnias las cosas que ves con los ojos, tienes en la mano, sientes en la utilidad: ¿qué vas a hacer con las que vinieren del cielo? Seguramente responderás que también los magos en Egipto hicieron muchas señales del cielo (Éxod. VII).

(Vers. 39.) El cual respondiendo, les dijo: «La generación mala y adúltera». Excelentemente di-

jo adúltera: porque había despedido a su marido, y según Ezequiel, se había acoplado con muchos amantes (Ezeq. XVI).

(Vers. 40.) «Busca señal, y señal no se le dará, sino la señal de Jonás el profeta» (Juan II). «Porque como estuvo Jonás en el vientre del cetáceo tres días y tres noches: así estará el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches». Sobre este lugar hemos disputado más plenamente en los Comentarios sobre Jonás el profeta: por tanto remitimos la diligencia del lector a aquel lugar. Contentos ahora con haber dicho esto brevemente, que por sinécdoque se entiende el todo por la parte: no porque todos los tres días y las tres noches estuviera el Señor en el infierno; sino que en parte de la Parasceve, y de la Domínica, y todo el día del sábado, se entienden tres días y otras tantas noches.

(Vers. 41.) «Los hombres ninivitas se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán: porque hicieron penitencia a la predicación de Jonás». No por la potestad de la sentencia, sino por el ejemplo de la comparación. «Y he aquí más que Jonás aquí». Aquí, un adverbio de lugar, no un pronombre entiendas. Jonás, según los Setenta Intérpretes, predicó por tres días: yo por tanto tiempo. Él a los asirios, nación incrédula: yo a los judíos, pueblo de Dios. Él a los extranjeros: yo a los ciudadanos. Él habló con voz simple, no haciendo nada de señales: yo haciendo tantas señales, sostengo la calumnia de Beelzebub. Más es, pues, que Jonás aquí, esto es, en el presente entre vosotros.

(Vers. 42.) «La reina del Austro se levantará en el juicio con esta generación, y la condenarán: porque vino de los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón. Y he aquí más que Salomón aquí». Del mismo modo condenará la reina del Austro al pueblo de los judíos, como condenarán los hombres ninivitas al Israel incrédulo. Pero esta es la reina de Sabá, de quien leemos en el volumen de los Reyes y en el de los Paralipómenos (III Rey. X, II Par. IX): la cual por tantas dificultades, dejada su nación y su imperio, vino a Judea a oír la sabiduría de Salomón, y le trajo muchos dones. En Nínive además y en la reina de Sabá, ocultamente [Al. oculta] se prefiere la fe de las naciones a Israel.

(Vers. 43.) «Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice». Algunos piensan que este lugar se dice de los herejes, porque el espíritu inmundo, que antes había habitado en ellos cuando eran gentiles, es echado fuera a la confesión de la verdadera fe: pero después, cuando se han trasladado a la herejía y han adornado su casa con virtudes simuladas, entonces, unidos otros siete espíritus más malvados, vuelve el diablo a ellos y habita en ellos: y vienen a ser las postrimerías de aquellos hombres peores que las primeras. Pues en mucha peor condición están los herejes que los gentiles: porque en aquellos hay esperanza de fe, y en estos lucha de discordia. Aunque esta inteligencia presente un cierto aplauso y color de doctrina, no sé si tiene verdad. Pues por el hecho de que

terminada o la parábola, o el ejemplo, se sigue: «Así será también a esta generación pésima»: nos vemos compelidos a referir la parábola no a los herejes y a cualesquiera hombres, sino al pueblo de los judíos, para que el contexto del lugar no fluctúe pasivo y vago en diverso sentido, y se turbe al modo de los insipientes; sino que adhiriéndose a sí mismo, responda o a lo anterior, o a lo posterior. El espíritu inmundo salió de los judíos cuando recibieron la Ley, y anduvo por lugares secos, buscándose reposo. Expulsado, a saber, de los judíos, anduvo por las soledades de las naciones: las cuales habiendo creído después en el Señor, él, no hallado lugar en las naciones, dijo:

(Vers. 44.) «Volveré a mi casa, de donde salí». Esto es, me iré a los judíos, a quienes antes había dejado.

(Vers. 45.) «Y viniendo, la halla vacante, barrida con escobas, y adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus más inicuos que él, y entrando, habitan allí: y vienen a ser las postrimerías de aquel hombre peores que las primeras." Así será también a esta generación pésima». Pues vacaba el templo de los judíos, y no tenía a Cristo por huésped, que dice: «Levantaos, y vámonos de aquí» (Juan XIV, 31). Y en otro lugar: «Se os dejará vuestra casa desierta» (Luc. XIII, 35). Porque, por tanto, no tenían los auxilios de Dios y de los ángeles, y estaban adornados con superfluas observaciones de la Ley, y tradiciones de los fariseos, vuelve el diablo a su sede prístina: y añadido a sí el número septenario

de los demonios, habita la casa prístina, y vienen a ser las postrimerías de aquel pueblo peores que las primeras. Pues por mucho mayor número de demonios son poseídos ahora, blasfemando en sus sinagogas de Cristo Jesús, de lo que habían sido poseídos en Egipto antes de la noticia de la Ley: porque una cosa es no creer en el que ha de venir, otra no haber recibido al que vino. Entiende además el número septenario unido al diablo, o bien por el sábado, o bien por el número del Espíritu Santo: para que así como en Isaías sobre la vara de la raíz de Jesé, y la flor que subió de la raíz, se narran haber descendido siete espíritus de virtudes (Isai. XI); así al contrario el número de los vicios esté consagrado en el diablo.

(Vers. 46 ss.) «Estando él aún hablando a las multitudes, he aquí su madre y sus hermanos estaban fuera buscando hablarle». Y le dijo uno: «He aquí tu madre y tus hermanos están fuera buscándote». Pero él respondiendo al que se lo decía, dijo: «¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?» Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, dijo. Ocupado estaba el Señor en la obra del sermón, en la doctrina de los pueblos, en el oficio de predicar; la madre y los hermanos vienen, y están fuera, y desean hablarle. Entonces uno anuncia al Salvador que su madre y sus hermanos están fuera, buscándole. Me parece que este que lo anuncia, no lo anuncia por azar y simplemente: sino que tiende insidias al Salvador, sobre si prefiere la carne y la sangre a la obra espiritual. Por lo cual también el Señor, no porque negara a su madre y a sus hermanos, desdeñó

salir; sino para responder al que le ponía insidias, extendiendo la mano hacia los discípulos, dijo:

(Vers. 49, 50.) «He aquí mi madre, y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre». Estos son mi madre, los que diariamente me engendran en las almas de los creyentes. Estos son mis hermanos, los que hacen las obras de mi Padre. No negó, pues, a su madre según Marción y Maniqueo, para que se pensara que había nacido de un fantasma; sino que antepuso los apóstoles al parentesco, para que también nosotros en la comparación del amor antepongamos el espíritu a la carne. «He aquí tu madre y tus hermanos están fuera, buscándote». Algunos sospechan que los hermanos del Señor son hijos de José de otra esposa, siguiendo los delirios de los apócrifos, y fingiendo a una cierta mujercilla Melcha o Escha. Nosotros, sin embargo, como se contiene en el libro que escribimos contra Helvidio, entendemos que los hermanos del Señor no son hijos de José, sino primos del Salvador, hijos de María, tía materna del Señor, la cual se dice ser madre de Santiago el Menor y de José y de Judas, a quienes en otro lugar del Evangelio leemos llamados hermanos del Señor. Pues que los primos sean llamados hermanos, toda la Escritura lo demuestra. Digamos también de otro modo: El Salvador habla a las multitudes, instruye por dentro a las naciones. Su madre y sus hermanos, esto es, la sinagoga y el pueblo de los judíos, están fuera, y desean entrar, y se hacen indignos de su sermón. Y cuando ha-

yan rogado, y buscado, y enviado un mensajero, recibirán la respuesta de que son de libre albedrío, y que pueden entrar si ellos mismos también quieren creer: los cuales, sin embargo, no podrán entrar a no ser que hayan rogado a otros.

87 (Cap. XIII.—Vers. 1.) En aquel día, saliendo Jesús de casa, se sentaba junto al mar. Y se congregaron junto a él muchas multitudes: de modo que subiendo a una barquilla se sentó, y toda la multitud estaba en la orilla. El pueblo no podía entrar en la casa de Jesús, ni estar allí donde los apóstoles oían los misterios: por eso el compasivo y misericordioso Señor sale de su casa, y se sienta junto al mar de este siglo, para que muchas multitudes se congreguen junto a él, y oigan en la orilla lo que dentro no merecían oír, de modo que subiendo a una barquilla se sentó, y toda la multitud estaba en la orilla. Jesús está en medio de las olas, de una y otra parte es golpeado por el mar, y seguro en su majestad, hace acercarse a tierra su barquilla. Pero el pueblo, no sosteniendo de ningún modo el peligro, ni rodeado de tentaciones que no podía llevar, está en la orilla con paso fijo, para oír lo que se dice.

(Vers. 3.) «Y les habló muchas cosas en parábolas, diciendo». La multitud no es de una sola opinión, sino de diversas voluntades en cada uno. Por lo cual les habla en muchas parábolas, para que según las varias voluntades, recibieran diversas disciplinas. Y hay que notar que no todas las cosas les habló en parábolas; sino muchas. Pues si hubiera dicho todas en parábolas, se habrían retirado sin provecho del pueblo. Mezcla cosas

claras con oscuras, para que por aquellas que entienden, se vean provocados a la noticia de aquellas que no entienden.

(Vers. 4.) «He aquí salió el que siembra, a sembrar. Y mientras siembra». Dentro estaba, en casa andaba, hablaba a los discípulos los misterios. Salió, pues, de su casa el que siembra la palabra de Dios, para sembrar entre las multitudes. Se significa además que este sembrador que siembra es el Hijo de Dios, y que siembra el sermón del Padre entre los pueblos. Y al mismo tiempo observa que esta es la primera parábola que ha sido puesta con su interpretación. Y hay que cuidar dondequiera que el Señor expone sus sermones, y rogado por los discípulos los diserta por dentro, de no querer entender ni otra cosa, ni más ni menos de lo que ha sido expuesto por él.

(Vers. 5 ss.) «Parte cayó junto al camino: y vinieron las aves del cielo, y las comieron: Parte, empero, cayó en pedregales, donde no tenían mucha tierra: y brotaron al punto, porque no tenían profundidad de tierra». «Mas salido el sol, se quemaron: y porque no tenían raíz, se secaron». «Parte cayó entre espinas: y crecieron las espinas, y las ahogaron». «Parte cayó en buena tierra, y daban fruto: cuál a ciento, cuál a sesenta, cuál a treinta». Esta parábola la asume Valentín para comprobar su herejía, introduciendo tres naturalezas: la espiritual, la natural o animal, y la terrena; habiendo aquí cuatro: una, junto al camino: otra pedregosa, la tercera llena de espinas: la cuarta de tierra buena. Diferimos un poco la in-

terpretación de ella con los discípulos, queriendo oír en secreto lo que se dice.

(Vers. 9.) «El que tiene oídos para oír, oiga». Se nos provoca a la inteligencia de lo dicho, cuantas veces somos conmonestados [Al. movidos] por estos sermones.

(Vers. 10, 11.) «Y llegándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas? El cual respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado conocer los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado». Hay que preguntar cómo se acercan a él los discípulos, estando Jesús sentado en la nave; a no ser que tal vez se dé a entender que hace poco subieron con él a la nave, y estando allí preguntaron sobre la interpretación de la parábola.

(Vers. 12.) «Porque al que tiene, se le dará, y abundará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará». No se añade en igualdad de juicio a los que tienen, y se quita a los que no tienen lo que parecen tener: sino que a los apóstoles que tienen fe en Cristo, aunque tengan algo menos de virtudes, se les concede; mas a los judíos, que no creyeron en el Hijo de Dios, aunque posean algo por el bien de la naturaleza, se les quita. Pues no pueden entender nada sabiamente los que no tienen la cabeza de la sabiduría.

(Vers. 13, 14.) «Por eso les hablo en parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden: para que se cumpla en ellos la profecía de Isaías que dice: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no veréis». Esto dice de aquellos que están en la orilla, y se dividen de

Jesús, y resonando el estrépito de las olas, no oyen con claridad lo que se dice; y se cumple en ellos la profecía de Isaías: «De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no veréis» (Isai. VI, 9). Esto fue profetizado de las multitudes que están en la orilla, y no merecen oír el sermón de Dios. Acerquémonos, pues, también nosotros con los discípulos a Jesús, y roguémosle la disertación de la parábola, no sea que con las multitudes parezcamos tener oídos y ojos en vano.

(Vers. 15.) «Porque se ha engrosado el corazón de este pueblo, y con los oídos oyeron pesadamente». Da las causas de por qué viendo no ven, y oyendo no oyen: porque se ha engrosado, dice, el corazón de este pueblo, y con sus oídos oyeron pesadamente. Y para que tal vez no juzguemos que la rudeza del corazón y la pesadez de los oídos es de naturaleza, no de voluntad, añade la culpa del albedrío, y dice: «Y sus ojos cerraron: para que nunca vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane». En parábolas, pues, oyen y en enigma los que, cerrados los ojos, no quieren divisar la verdad.

(Vers. 16). «Mas vuestros ojos bienaventurados, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen». Si antes no hubiéramos leído que los oyentes eran provocados a la inteligencia, diciendo el Salvador: «El que tiene oídos para oír, oiga», pensaríamos ahora que se entiende que los ojos y oídos que reciben la bienaventuranza son de la carne [Al. corporales]. Pero a mí me parecen bienaventurados aquellos ojos que pueden conocer

los misterios de Cristo, y a los cuales Jesús mandó levantar a lo alto para que miraran las mieses blancas (Juan IV, 35); y aquellas oídas bienaventuradas, de las cuales habla Isaías: «El Señor me puso el oído» (Isai. L, 5).

(Vers. 17, 18.) «En verdad os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron. Vosotros, pues, oíd la parábola del que siembra». Parece ser contrario a este lugar lo que en otra parte se dice: «Abraham deseó ver mi día, y lo vio, y se gozó» (Juan VIII, 56). Mas no dijo que todos los profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, sino muchos. Entre muchos puede suceder que unos vieran, otros no vieran: aunque también en esto sea peligrosa la interpretación, de modo que entre los méritos de los santos parezcamos hacer cualquier discreción. Por tanto, Abraham vio en enigma, no vio en especie: mas vosotros lo tenéis en presencia, y tenéis a vuestro Señor, y preguntáis a vuestro arbitrio, y coméis con él.

(Vers. 19.) «Todo el que oye la palabra del reino, y no la entiende». Premitiendo esto nos exhorta a que oigamos más diligentemente lo que se dice.

(Vers. 20, 21.) «Viene el malo y arrebata lo que fue sembrado en su corazón: este es el que fue sembrado junto al camino». «Mas el que fue sembrado sobre pedregales, este es el que oye la palabra, y al punto con gozo la recibe, mas no tiene en sí raíz, sino que es temporal». El malo arrebata la buena semilla. Y al mismo tiempo entiende que fue sembrada en el corazón, y la diver-

sidad de la tierra son las almas de los creyentes. «Mas hecha tribulación y persecución por causa de la palabra, al punto se escandaliza». Atiende a lo que se dijo, al punto se escandaliza. Hay, pues, alguna distancia entre el que por muchas tribulaciones y penas es compelido a negar a Cristo, y el que a la primera persecución al punto se escandaliza, y cae.

(Vers. 22.) «Mas el que fue sembrado en espinas, este es el que oye la palabra, y la solicitud de este siglo y la falacia de las riquezas ahogan la palabra, y se hace sin fruto». A mí me parece que también aquello que según la letra se dice a Adán: «Entre espinas y abrojos comerás tu pan» (Gén. III, 18), significa esto místicamente, que cualquiera que se entregare a los placeres del siglo y a los cuidados de este mundo, coma el pan celestial y el alimento verdadero entre espinas. Y elegantemente añadió: «la falacia de las riquezas ahoga la palabra». Pues halagüeñas son las riquezas, y haciendo una cosa, y prometiendo otra. Lubricante es su posesión, mientras son llevadas de aquí para allá, y con paso inestable o desamparan a los que las tienen, o rellenan a los que no las tienen. Por lo cual también el Señor afirma que los ricos difícilmente entran en el reino de los cielos, ahogando las riquezas la palabra de Dios, y ablandando el rigor de las virtudes.

(Vers. 23.) «Mas el que fue sembrado en buena tierra, este es el que oye la palabra, y entiende, y hace fruto: y da uno a ciento, otro a sesenta, y otro a treinta». Así como en la tierra mala hubo tres diversidades: junto al camino, y pedregales,

y lugares espinosos: así en la tierra buena hay triple diversidad: de frutos centésimo, sexagésimo y trigésimo. Y en aquella y en esta no se muda la sustancia, sino la voluntad: y tanto los corazones de los incrédulos como de los creyentes son los que reciben la semilla. «Viene», dice, «el malo, y arrebata lo que fue sembrado en su corazón»; y por segunda y tercera vez, «este es», dice, «el que oye la palabra». También en la exposición de la tierra buena, «este es» el que oye la palabra. Primero, pues, debemos oír, después entender, y tras el entendimiento dar el fruto de las doctrinas, y hacer o el fruto centésimo, o el sexagésimo, o el trigésimo, de los cuales más plenamente hemos hablado en el libro contra Joviniano, y ahora brevemente tocamos: diputando el fruto centésimo a las vírgenes, el sexagésimo a las viudas y continentes, el trigésimo al matrimonio casto. Pues honrosas son las nupcias, y el lecho inmaculado (Heb. XIII, 4). Algunos de los nuestros refieren el fruto centésimo a los mártires: lo cual si es así, los santos consorcios de los matrimonios quedan excluidos del buen fruto.

(Vers. 24 y ss.) Otra parábola les propuso, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sobresembró cizaña (*zizania*) en medio del trigo, y se fue. Y cuando la hierba creció y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. Y acercándose los siervos del padre de familia, le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Y él les di-

jo: Un enemigo hizo esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres que vayamos y la recojamos? Y él dijo: No, no sea que al recoger la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer ambos hasta la cosecha, y en el tiempo de la cosecha diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla; pero el trigo reunidlo en mi granero. Esta es la segunda parábola, cuya interpretación no se puso inmediatamente, sino que se expuso intercalando otras parábolas. Pues aquí se propone, y después, despedidas las turbas, viene a casa y se le acercan sus discípulos rogando: Explícanos (*dissere*) la parábola de la cizaña del campo, y lo demás. No debemos, pues, con demasiado apresurado deseo de entender, buscar su conocimiento antes de que sea explicada por el Señor.

(Vers. 31.) Otra parábola les propuso, diciendo: Estaba el Señor sentado en la barca, y la turba estaba en la orilla: aquellos oían de lejos, los discípulos de más cerca: les propone también otra parábola, como un rico padre de familia que recrea a los invitados con diversos manjares, para que cada uno recibiera varios alimentos según la naturaleza de su estómago. De donde también en la parábola anterior no dijo «la otra» (*alteram*), sino «otra» (*aliam*). Pues si hubiera antepuesto «la otra», no podríamos esperar una tercera; antepuso «otra», para que sigan más.

(Vers. 32.) El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que tomándolo un hombre lo sembró en su campo, el cual es ciertamente la más pequeña de todas las semillas. Pero cuando

ha crecido, es la mayor de todas las hortalizas, y se hace árbol: de modo que las aves del cielo vienen y habitan en sus ramas. No sea molesto al lector si proponemos las parábolas enteras. Pues las cosas que son oscuras deben ser expuestas más plenamente, no sea que por demasiada brevedad los sentidos se enreden más de lo que se explican. El reino de los cielos es la predicación del Evangelio y el conocimiento de las Escrituras que conduce a la vida; y de la cual se dice a los judíos: El reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que haga sus frutos (Mat. XXI, 43). Semejante es, pues, tal reino al grano de mostaza, que tomándolo un hombre lo sembró en su campo. El hombre que siembra en su campo es entendido por la mayoría como el Salvador, porque siembra en las almas de los creyentes. Por otros, el hombre mismo que siembra en su campo, esto es, en sí mismo y en su corazón. ¿Quién es este que siembra, sino nuestro sentido y ánimo, que recibiendo el grano de la predicación, y fomentando la siembra con el humor de la fe, hace brotar en el campo de su pecho? La predicación del Evangelio es la mínima de todas las disciplinas. Pues ante la primera doctrina no tiene la fe de la verdad, predicando a un Hombre Dios, a un Dios muerto, y el escándalo de la cruz. Compara tal doctrina con los dogmas de los filósofos y sus libros, con el esplendor de la elocuencia y la composición de los sermones, y verás cuánto menor es que las demás semillas la siembra del Evangelio. Pero aquella, cuando ha crecido, nada mordaz, nada vívido, nada vital demuestra, sino que todo flácido, marchito y re-

blandecido brota en hortalizas y en hierbas, que pronto se secan y caen. Pero esta predicación, que parecía pequeña al principio, cuando ha sido sembrada ya en el alma del creyente, ya en todo el mundo, no surge en hortalizas, sino que crece en árbol: de modo que las aves del cielo (que debemos entender ya como las almas de los creyentes, ya como las fortalezas dedicadas al servicio de Dios) vienen y habitan en sus ramas. Pienso que las ramas del árbol evangélico, que creció del grano de mostaza, son las diversidades de dogmas, en las cuales cada una de las antedichas aves descansa. Tomemos también nosotros las alas de paloma (Sal. LIV), para que volando hacia lo más alto, podamos habitar en las ramas de este árbol, y hacernos niditos de doctrinas, y huyendo de lo terreno, apresurarnos a lo celestial. Muchos, leyendo que el grano de mostaza es la mínima de todas las semillas, y aquello que se dice en el Evangelio por los discípulos: Señor, auméntanos la fe (Luc. XVII, 5); y se les responde por el Salvador: Amén os digo, si tuvierais fe como un grano de mostaza, y dijerais a este monte: pásate de aquí allá, se pasará, piensan que los apóstoles o piden una fe pequeña, o que el Señor duda de la fe pequeña; siendo que el apóstol Pablo juzga la fe comparada al grano de mostaza como la máxima. Pues ¿qué dice? Si tuviera toda la fe, de modo que traslade los montes; pero no tuviera caridad, nada me aprovecha (I Cor. XIII, 2). Por tanto, lo que el Señor dijo que se hace por la fe que se compara al grano de mostaza, esto enseña el Apóstol que puede hacerse por toda la fe.

(Vers. 33.) Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es semejante a la levadura, que tomándola una mujer la escondió en tres medidas (*satis*) de harina, hasta que todo quedó fermentado. Diverso es el estómago de los hombres: unos se deleitan con alimentos amargos, otros con dulces, otros [Al. estos... aquellos] con los más austeros, otros con los suaves. Propone, pues, el Señor, como ya hemos dicho arriba, diversas parábolas, para que según las variedades de las heridas sea también diversa la medicina. Aquella mujer, que tomó la levadura y la escondió en tres medidas de harina hasta que todo se fermentara, me parece ser o la predicación apostólica o la Iglesia, que ha sido congregada de diversas naciones. Esta toma la levadura, a saber, el conocimiento y el entendimiento de las Escrituras, y lo esconde en tres medidas de harina, para que el espíritu, el alma y el cuerpo, reducidos a uno, no discrepen entre sí; sino que cuando dos y tres se hubieren reunido (Mat. XVIII), alcancen del Padre cualquier cosa que pidieren. Se explica este pasaje también de otro modo. Leemos en Platón, y es vulgar el dogma de los filósofos, que hay tres pasiones en el alma humana: lo racional (*to logikon*), que nosotros podemos interpretar como «razonable»; lo irascible (*to thymikon*), que digamos «lleno de ira» o «irascible»; lo concupiscible (*to epithymêtikon*), que llamamos «concupiscible»; y piensa aquel filósofo que nuestro racional habita en el cerebro, la ira en la hiel, el deseo en el hígado. Y nosotros, pues, si hubiéremos recibido la levadura evangélica de

las sagradas Escrituras, de la cual se habló arriba, las tres pasiones del alma humana serán reducidas a una, para que en la razón poseamos la prudencia: en la ira, el odio contra los vicios: en el deseo, la codicia de las virtudes; y todo esto se hará por la doctrina evangélica, que nos proporcionó la madre Iglesia. Diré también una tercera inteligencia de algunos, para que el curioso lector elija entre varias lo que le plazca: a esta mujer ellos también la interpretan como la Iglesia, que mezcló la fe del hombre en tres medidas de harina con la credulidad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Y cuando se hubo fermentado en uno, no nos conduce a un Dios triple, sino al conocimiento de una sola divinidad. También las tres medidas de harina, mientras no hay en cada una naturaleza diversa, también atraen a la unidad de la sustancia. Sentido piadoso ciertamente, pero nunca las parábolas y el dudoso entendimiento de los enigmas pueden aprovechar para la autoridad de los dogmas. Pero el «satum» es un género de medida, según la costumbre de la provincia de Palestina, que contiene un modio y medio. Se dicen también otras cosas de esta parábola, pero no es de la presente materia decirlo todo sobre todo.

(Vers. 34.) Todas estas cosas habló Jesús en parábolas a las turbas, y sin parábolas no les hablaba. No a los discípulos, sino a las turbas habla por parábolas; y hasta el día de hoy las turbas oyen en parábolas: los discípulos en casa interrogan al Salvador.

(Vers. 35.) Para que se cumpliera lo que fue dicho por el profeta, diciendo: Abriré mi boca en parábolas, brotaré cosas escondidas desde la constitución del mundo. Este testimonio ha sido tomado del salmo septuagésimo séptimo (Vers. 2). He leído en algunos códices, y el lector estudioso tal vez encontrará lo mismo, en aquel lugar donde nosotros pusimos, y la edición Vulgata tiene: «Para que se cumpliera lo que fue dicho por el profeta, diciendo», allí estaba escrito, «por el profeta Isaías, diciendo». Como esto no se encontraba en absoluto en Isaías, considero que después fue retirado por hombres prudentes. Pero a mí me parece que al principio fue editado así: «Lo que fue escrito por el profeta Asaf, diciendo». Pues el salmo septuagésimo séptimo, del cual se ha tomado este testimonio, está inscrito con el título del profeta Asaf. Y el primer escritor no entendió «Asaf», y pensó que era un vicio del escritor, y enmendó el nombre de Isaías, cuyo vocablo era más manifiesto. Se debe saber, por tanto, que en los salmos e himnos y cánticos de Dios, no solo David, sino también los demás cuyos nombres están preescritos, deben ser llamados profetas: a saber, Asaf e Iditún, y Emán el ezraíta, y Etán, y los hijos de Coré, y los demás que la Escritura conmemora. Y aquello que se dice de la persona del Señor: «Abriré mi boca en parábolas: brotaré cosas escondidas desde la constitución del mundo», debe ser considerado más atentamente y se encontrará que se describe la salida de Israel de Egipto, y se narran todos los signos que se contienen en la historia del Éxodo.

De lo cual entendemos que todo aquello que fue escrito debe ser sentido parabólicamente: y que no solo suena la letra manifiesta, sino también sacramentos escondidos; pues esto promete el Salvador que ha de declarar, abriendo su boca en parábolas, y brotando cosas escondidas desde la constitución del mundo.

(Vers. 36.) Entonces, despedidas las turbas, vino a casa, y se acercaron a él sus discípulos, diciendo: Explícanos la parábola de la cizaña del campo. Despide Jesús a las turbas, y vuelve a casa, para que se acerquen a él los discípulos, e interroguen en secreto lo que el pueblo ni merecía oír, ni podía. Explícanos la parábola de la cizaña del campo.

(Vers. 37 y sigs.) El cual respondiendo, dijo: El que siembra la buena semilla, es el Hijo del hombre. Y el campo es el mundo. Y la buena semilla son los hijos del reino: y la cizaña son los hijos del inicuo. Y el enemigo que la sembró, es el diablo. Y la cosecha es la consumación del mundo. Y los segadores son los ángeles. Así como, pues, se recoge la cizaña y se quema en el fuego: así será en la consumación del mundo. Enviará, pues, el Hijo del hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos, y a los que hacen la iniquidad, y los enviarán al camino del fuego, allí será el llanto y el crujir de dientes.

Explicó claramente que el campo es el mundo: el sembrador, el Hijo del hombre; la buena semilla, los hijos del reino; la cizaña, los hijos pésimos; el sembrador de la cizaña, el diablo; la cosecha, la consumación del mundo; los segadores, los án-

geles. Todos los escándalos se refieren a la cizaña; los justos son reputados entre los hijos del reino. Por tanto, como dije arriba, debemos acomodar la fe a aquellas cosas que han sido expuestas por el Señor. Pero aquellas cosas que están calladas, y dejadas a nuestro entendimiento, deben ser tocadas brevemente. Por los «hombres que duermen», entiende a los maestros de las Iglesias. Por los «siervos del padre de familia», no tomes a otros sino a los ángeles, que diariamente ven la faz del Padre (Mat. XVIII). Mas el diablo por eso es llamado «hombre enemigo»; porque dejó de ser Dios. Y en el salmo noveno está escrito de él: «Levántate, Señor, no se fortalezca el hombre» (Sal. IX, 20). Por lo cual no duerma quien está al frente de la Iglesia, no sea que por su negligencia el hombre enemigo sobre-siembre cizaña, esto es, los dogmas de los herejes. Pero aquello que se dice: «No sea que tal vez recogiendo la cizaña, erradiquéis al mismo tiempo el trigo», se da lugar a la penitencia, y se nos advierte que no amputemos pronto al hermano: porque puede suceder que aquel que hoy está depravado por un dogma nocivo, mañana se arrepienta y comience a defender la verdad. Aquello también que sigue: «Dejad que ambos crezcan hasta la cosecha» (Deut. XIII, 5), parece ser contrario a aquel precepto: «Quitad el mal de en medio de vosotros» (Is. I); y que de ningún modo se debe tener sociedad con aquellos que se llaman hermanos, y son adúlteros y fornicadores.

(Vers. 43.) Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre [Al. suyo].

El que tiene oídos para oír, oiga. En el presente siglo brilla la luz de los santos ante los hombres; pero después de la consumación del mundo los mismos justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre.

(Vers. 44.) Semejante es el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo, el cual el hombre que lo encuentra lo esconde: y por el gozo de aquel va, y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. Retrasados por las frecuentes oscuridades de las parábolas, excedemos la interpretación concisa, de modo que casi parecemos haber pasado de un género de interpretación a otro. Aquel tesoro en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, o es Dios el Verbo, que se ve escondido en la carne de Cristo (Col. II), o las sagradas Escrituras, en las cuales está repuesta la noticia del Salvador: el cual, cuando alguien lo hubiere encontrado en ellas, debe despreciar todos los emolumentos de este mundo, para que pueda tener a aquel que encontró. Mas aquello que sigue: «El cual cuando lo hubo encontrado el hombre lo esconde», por eso se dice, no porque esto lo haga por envidia, sino porque por el temor de quien lo guarda y no quiere perderlo, lo esconde en su corazón, al que prefirió a sus antiguas facultades.

(Vers. 45, 46.) Otra vez es semejante el reino de los cielos a un hombre negociante que busca buenas perlas. Y encontrada una perla de gran precio [Al. preciosísima], fue y vendió todo lo que tenía, y la compró. Con otras palabras, lo mismo que se dice arriba. Las buenas perlas que busca el

mercader son la Ley y los profetas. Oye, Marción; oye, Maniqueo: las buenas perlas son la Ley y los profetas, y el conocimiento del Antiguo Instrumento. Pero hay una sola perla preciosísima, el conocimiento del Salvador, y el sacramento de su pasión, y el arcano de su resurrección. La cual, cuando la ha encontrado el hombre negociante, semejante al apóstol Pablo, desprecia todos los misterios de la ley y de los profetas, y las antiguas observancias en las que había vivido de manera irreprochable, como inmundicias y desperdicios, para ganar a Cristo (Fil. III). No porque el hallazgo de la nueva perla sea condenación de las antiguas perlas: sino porque en comparación con ella cualquier otra gema es más vil.

(Vers. 47 y sigs.) Otra vez es semejante el reino de los cielos a una red echada al mar, y que recoge de todo género de peces. La cual, cuando estuvo llena, sacándola, y sentándose junto a la orilla, eligieron los buenos en vasijas: mas los malos los echaron fuera: Así será en la consumación del siglo, saldrán los ángeles, y separarán a los malos de en medio de los justos, y los enviarán al camino del fuego, allí será el llanto y el crujir de dientes. Cumplido el vaticinio de Jeremías, que dice: «He aquí que yo os enviaré muchos pescadores» (Jer. XVI, 16): después que oyeron Pedro y Andrés, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo: «Seguidme, y os haré pescadores de hombres» (Mat. IV, 19), tejieron para sí del antiguo y del nuevo testamento una red de dogmas evangélicos; y la echaron en el mar de este siglo: la cual hasta hoy se tiende en medio de las olas, capturando de los remolinos

salados y amargos cualquier cosa que cayere, esto es, tanto hombres buenos como malos, y peces óptimos y pésimos. Pero cuando venga la consumación y el fin del mundo, como él mismo explica más claramente abajo, entonces la red será extraída a la orilla: entonces se demostrará el verdadero juicio [Al. signo] de separar los peces, y como en un puerto tranquilísimo, los buenos serán enviados a las vasijas de las mansiones celestiales: mas la llama de la gehena recibirá a los malos para tostarlos y secarlos.

(Vers. 51.) ¿Habéis entendido todas estas cosas? Le dicen: Sí. Les dijo. Propiamente el discurso es a los apóstoles; y a ellos se les dice: «¿Habéis entendido todas estas cosas?», a quienes no quiere que oigan solamente como el pueblo, sino que entiendan como futuros maestros.

(Vers. 52.) Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y antiguas. Instruidos estaban los apóstoles, escribas y notarios del Salvador, que señalaban sus palabras y preceptos en las tablas de carne del corazón, con los sacramentos de los reinos celestiales, y eran poderosos con las riquezas del padre de familia, sacando del tesoro de sus doctrinas cosas nuevas y antiguas: para que cualquier cosa que predicaran en el Evangelio, la comprobaran con las voces de la ley y de los profetas. De donde también dice la esposa en el Cantar de los cantares: «Cosas nuevas y antiguas, amado mío, he guardado para ti» (Cant. VII, 13).

(Vers. 53, 54.) Y aconteció que cuando hubo consumado Jesús estas parábolas, pasó de allí. Y viniendo a su patria [Al. tierra], los enseñaba en la sinagoga de ellos, de modo que se maravillaban y decían. Después de las parábolas que habló al pueblo, y que solo los apóstoles entienden, pasa a su patria para enseñar allí más abiertamente.

«¿De dónde a este esta sabiduría y estas virtudes?» Admirable estulticia de los nazarenos: se maravillan de dónde tiene la sabiduría la sabiduría, y la virtud las virtudes; pero el error está pronto, porque sospechan que es el hijo de un carpintero.

¿No es este el hijo del carpintero? ¿no se llama su madre María, y sus hermanos Santiago y José y Simón y Judas? ¿y sus hermanas no están todas entre nosotros? ¿De dónde, pues, a este todas estas cosas? Y se escandalizaban en él. El error de los judíos es nuestra salud, y la condenación de los herejes. Pues hasta tal punto veían al hombre Jesucristo, que lo pensaban hijo de un carpintero: «¿No es este el hijo del carpintero?». ¿Te maravillas si yerran en los hermanos, cuando yerran en el padre? Este lugar está expuesto más plenamente en el libelo supradicho contra Helvidio.

(Vers. 14.) Y saliendo, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ella, y sanó a sus enfermos. En los sermones evangélicos siempre el espíritu está unido a la letra, y cualquier cosa que a primera vista parece estar fría, si la tocas, se calienta. En un lugar desierto estaba el Señor; lo siguieron las multitudes, dejando sus ciudades, esto es, sus antiguas conversaciones y variedades

de dogmas. Pero el que Jesús salga, significa que las multitudes tenían ciertamente la voluntad de ir, pero no tenían las fuerzas para llegar: por eso el Salvador sale de su lugar, y va al encuentro: como también en otra parábola había salido al encuentro del hijo penitente (Luc. 15). Vista la multitud, se compadece y sana sus enfermedades, para que la fe plena consiga inmediatamente su premio.

(Vers. 15.) Y cuando se hizo de noche, se acercaron a él sus discípulos, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya ha pasado: despide a las multitudes, para que yendo a las aldeas, se compren comida. Todas las cosas están llenas de misterios. Se retira de Judea, viene a un lugar desierto: lo siguen las multitudes, habiendo dejado sus ciudades; sale Jesús a ellos, se compadece de las multitudes, sana a sus enfermos: y esto lo hace no por la mañana, no al crecer el día, no al mediodía, sino al atardecer, cuando el sol de justicia se ha puesto.

(Vers. 16.) Pero Jesús les dijo: No tienen necesidad de ir. No tienen necesidad de buscar diversos alimentos, y de comprarse panes desconocidos, cuando tienen consigo el pan celestial.

Dadles vosotros de comer. Provoca a los apóstoles a la fracción del pan, para que, testificando ellos que no tienen nada, la magnitud del signo se haga más conocida.

(Vers. 17.) Le respondieron: No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces. En otro evangelista leemos: «Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes» (Juan 6, 9); el cual me parece que significa a Moisés: y los dos peces, o bien entendemos

ambos Testamentos, o porque el número par se refiere a la Ley. Por tanto, los apóstoles, antes de la pasión del Salvador y del resplandor del Evangelio fulgurante, no tenían sino cinco panes y dos pececillos, que se movían en las aguas saladas y en las olas del mar.

(Vers. 18.) El cual les dijo: Traédmelos acá. Oye, Marción, oye, Maniqueo, Jesús manda que se le traigan los cinco panes y los dos pececillos, para santificarlos y multiplicarlos.

(Vers. 19.) Y habiendo mandado a la multitud recostarse sobre el heno. Según la letra el sentido es manifiesto: abramos los sacramentos de la interpretación espiritual. Se manda recostarse sobre el heno, y según otro evangelista (Luc. 9), sobre la tierra, por cincuentenas o centenas, para que después de que hayan pisoteado su carne, y todas sus flores, y hayan sometido a sí los placeres del mundo como heno seco, entonces por la penitencia del número cincuenta asciendan a la cumbre perfecta del número cien.

Habiendo tomado los cinco panes y los dos peces, mirando al cielo, bendijo y partió, y dio los panes a los discípulos. Mira al cielo, para enseñar que allí deben dirigirse los ojos. Tomó en sus manos los cinco panes y los dos pececillos, y los partió, y los entregó a los discípulos. Al partir el Señor, se hace un semillero de alimentos. Pues si hubieran estado enteros, y no despedazados en trozos, ni divididos en una múltiple cosecha, no habrían podido alimentar a las multitudes, y a los niños, y a las mujeres, a tan gran muchedumbre. Se parte, pues, la ley con los profetas, y se despe-

daza en trozos, y sus misterios se presentan en medio, para que lo que siendo íntegro y permaneciendo en su estado antiguo no alimentaba, dividido en partes alimente a la multitud de las naciones.

Los discípulos, por su parte, dieron a las multitudes. Y comieron todos, y se saciaron. Las multitudes reciben alimentos del Señor a través de los apóstoles.

Y recogieron las sobras, doce cestas llenas de fragmentos. Cada uno de los apóstoles llena su cesta de las sobras del Salvador, para que o bien tenga de donde proporcionar alimento a las naciones después, o para que enseñe por las sobras que fueron panes verdaderos los que después se multiplicaron. Y al mismo tiempo pregunta, cómo en el desierto y en tan vasta soledad no se encuentran panes, excepto cinco solamente, y dos pececillos, y tan fácilmente se encuentran doce cestas.

(Vers. 21.) Y el número de los que comieron fue cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. Según el número de los cinco panes, es también la multitud de cinco mil hombres que comen. Pues todavía no se había llegado, según la narración de otro lugar, al número siete, del cual los que comen son cuatro mil, cercano al número de los Evangelios. Comen, pues, cinco mil hombres que habían crecido hasta ser un varón perfecto, y lo seguían a él, de quien dice Zacarías: «He aquí un varón, Oriente es su nombre» (Zac. 6, 12). Pero las mujeres y los niños, sexo frágil y edad menor, son indignos del número. De donde tam-

bién en el libro de los Números, cada vez que se describen los sacerdotes y levitas, y los ejércitos o multitudes de los que luchan, los siervos y las mujeres, y los niños, y el vulgo innoble se omiten sin número.

(Vers. 22.) Y al instante Jesús obligó a sus discípulos a subir a la barca, y a adelantarse a él al otro lado del estrecho, mientras él despedía a las multitudes. Mandó a los discípulos cruzar el mar, y los obligó a que subieran a la barca: con cuya palabra se muestra que ellos se retiraron del Señor contra su voluntad; pues por el amor al maestro ni siquiera por un instante quieren separarse de él.

(Vers. 23.) Y despedida la multitud, subió al monte solo a orar. Y cuando se hizo de noche, estaba allí solo. Si hubieran estado con él los discípulos Pedro, Santiago y Juan, que habían visto la gloria transformarse, tal vez habrían subido al monte con él; pero la multitud no puede seguir a las cosas sublimes, a no ser que la haya enseñado junto al mar en la orilla, y la haya alimentado en el desierto. Pero el que subiera solo a orar, no lo refieras a aquel que de cinco panes sació a cinco mil hombres, sin contar los niños y las mujeres; sino a aquel que, oída la muerte de Juan, se retiró a la soledad; no porque separemos la persona del Señor, sino porque sus obras están divididas entre Dios y el hombre.

(Vers. 24.) Pero la barca en medio del mar era sacudida por las olas: porque el viento era contrario. Con razón, casi contra su voluntad y resistiéndose, los apóstoles se habían retirado del

Señor, para que, estando él ausente, no sufrieran naufragios. Finalmente, permaneciendo el Señor en la cumbre del monte, al instante surge un viento contrario y turba el mar, y peligran los apóstoles, y tanto tiempo persevera el naufragio inminente hasta que venga Jesús.

(Vers. 25.) Mas a la cuarta vigilia de la noche vino a ellos caminando sobre el mar. Las estaciones y vigilias militares se dividen en espacios de tres horas. Cuando, pues, dice que el Señor vino a ellos en la cuarta vigilia de la noche, muestra que peligraron toda la noche, y que en la última parte de la noche, y en la consumación del mundo, les proporcionaría auxilio.

(Vers. 26.) Y viéndolo caminar sobre el mar, se turbaron, diciendo: es un fantasma. Si según Marción y el Maniqueo, nuestro Señor no nació de la Virgen, sino que fue visto como un fantasma: ¿cómo es que ahora los apóstoles temen ver un fantasma? Y por el miedo gritaron. Un grito confuso y una voz incierta es indicio de gran temor.

(Vers. 27.) Y al instante Jesús les habló, diciendo: Tened confianza, yo soy, no temáis. Lo que primero estaba en la causa, esto sana, y manda a los que temen, diciendo: «Tened confianza, no temáis». Y lo que sigue, «Yo soy», y no añade quién sea; o bien por su voz conocida para ellos podían entenderlo, a él que hablaba a través de las tinieblas de la oscura noche, o recordaban que era el mismo que sabían que había hablado a Moisés: «Esto dirás a los hijos de Israel: el que es, me envió a vosotros» (Éx. 3, 14).

(Vers. 28, 29.) Respondiendo Pedro, dijo: Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas. Y él dijo: Ven. En todos los lugares se encuentra a Pedro con una fe ardientísima. Preguntados los discípulos, confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, a quien los hombres mencionaban. Al que quería dirigirse a la pasión, se lo prohíbe; y aunque yerra en el sentido, sin embargo no yerra en el afecto: no queriendo que muera aquel a quien poco antes había confesado Hijo de Dios. Sube al monte con el Salvador entre los primeros el primero, y en la pasión lo sigue solo; el pecado de la negación que había descendido de un temor repentino, lo lava inmediatamente con amargas lágrimas. Después de la pasión, cuando estaban en el lago de Genesaret y pescaban, y el Señor estaba en la orilla, navegando los otros poco a poco, él no admite demoras, sino que ceñido con su túnica (ependyte), se lanza inmediatamente a las olas. Por tanto, con el mismo ardor de fe que siempre, ahora también, callando los demás, cree que puede hacer por la voluntad del maestro lo que aquel podía por naturaleza. «Mándame ir a ti sobre las aguas». Tú manda, y al punto se solidificarán las ondas: y se hará ligero el cuerpo que por sí es pesado.

Y descendiendo Pedro de la barca, caminaba sobre el agua para venir a Jesús. Los que piensan que el cuerpo del Señor no es verdadero por eso, porque sobre las aguas blandas caminó como blando y etéreo, respondan cómo caminó Pedro, a quien ciertamente no negarán que fue un hombre verdadero.

(Vers. 30.) Pero viendo el viento fuerte, temió. Y como comenzara a hundirse, gritó diciendo: Señor, sálvame. Ardía la fe del ánimo, pero la fragilidad humana lo arrastraba a lo profundo: por tanto, se le deja un poco a la tentación, para que se aumente la fe, y entienda que fue preservado no por la facilidad de la petición, sino por la potencia del Señor.

(Vers. 31, 32.) Y continuo Jesús extendiendo la mano, lo asió, y le dice: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? Y cuando hubo subido a la barca, cesó el viento. Si al apóstol Pedro, de cuya fe y ardor de mente hablamos arriba, que confiadamente había rogado al Salvador, diciendo: «Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas», porque temió un poquito, se le dice: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?», ¿qué se nos ha de decir a nosotros, que de esta poca fe no tenemos ni siquiera la mínima porción?

(Vers. 33.) Mas los que estaban en la barca, vinieron y lo adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios. Ante un solo signo, devuelta la tranquilidad al mar, lo cual después de excesivas tormentas a veces sucede también por casualidad, los marineros y pasajeros confiesan que verdaderamente es el Hijo de Dios, y Arrio en la Iglesia predica que es una criatura.

(Vers. 34.) Y habiendo cruzado el mar, vinieron a la tierra de Genesaret. Si supiéramos qué resonaba en nuestra lengua Genesaret, entenderíamos cómo Jesús, por el tipo de los apóstoles y de la nave, traslada a la Iglesia, librada del

naufragio de la persecución, a la orilla, y la hace descansar en un puerto tranquilísimo.

(Vers. 35.) Y cuando lo conocieron los hombres de aquel lugar, enviaron por toda aquella región. Lo conocieron por el rumor, no por la cara, o ciertamente por la magnitud de los signos que realizaba entre los pueblos, era conocido por muchísimos incluso por el rostro. Y mira cuán grande sea la fe de los hombres de la tierra de Genesaret, que no se contentan con la salud de los presentes solamente, sino que envían a otras ciudades de alrededor, para que todos corran al médico.

(Vers. 36.) Y le presentaron a todos los que estaban mal, y le rogaban que siquiera tocaran la orla de su vestidura. Y cuantos la tocaron, quedaron sanos. Los que se encuentran mal, no toquen el cuerpo de Jesús, ni toda su vestidura, sino la orla extrema; y cuantos la toquen, serán sanados. Entiende por la orla de su vestidura el mínimo mandamiento: el cual quien lo transgreda, será llamado mínimo en el reino de los cielos (Arriba, 5). O la asunción del cuerpo, por la cual llegamos al Verbo de Dios, y disfrutamos después de su majestad.

(Cap. XV.---Vers. 1.) Entonces se acercaron a él de Jerusalén escribas y fariseos, diciendo: ¿Por qué tus discípulos quebrantan las tradiciones de los antiguos? Admirable estulticia de los fariseos y escribas: acusan al Hijo de Dios, ¿por qué no guarda las tradiciones y los preceptos de los hombres?

(Vers. 1, 2.) Pues no se lavan las manos cuando comen pan. Las manos, esto es, las obras, no del

cuerpo ciertamente, sino del alma han de lavarse, para que se haga en ellas la palabra de Dios.

(Vers. 3.) Pero él respondiendo, les dijo: ¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? Confuta la falsa calumnia con una respuesta verdadera. Puesto que, dice, vosotros por la tradición de los hombres descuidáis los preceptos del Señor, ¿por qué pensáis que mis discípulos han de ser acusados, porque valoran poco los mandatos de los antiguos, para custodiar los decretos de Dios?

(Vers. 4 y ss.) Porque Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre: y: El que maldijere al padre o a la madre, muera de muerte. Pero vosotros decís: Cualquiera que dijere al padre o a la madre: el don, sea cual sea, que es de mí, te aprovechará: y no honrará a su padre o a su madre: e invalidasteis el mandamiento de Dios por vuestra tradición. Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: Este pueblo con los labios me honra; pero su corazón está lejos de mí (Éx. 20, Lev. 20). Y sin causa me dan culto, enseñando doctrinas y mandatos de hombres. Y convocadas a sí las multitudes, les dijo: Oíd y entended. El honor en las Escrituras no se siente tanto en los saludos y oficios que se deben prestar, cuanto en las limosnas y la oblación de dones (Éx. 20 y 21, y Lev. 20). Honra, dice el Apóstol, a las viudas que son verdaderamente viudas (1 Tim. 5, 3); aquí el honor se entiende como don. Y en otro lugar: Los presbíteros han de ser honrados con doble honor, máximo los que trabajan en la palabra y la doctrina de Dios (Ibíd., 17). Y por este manda-

miento se nos ordena que no cerremos la boca al buey que trilla (Deut. 25). Y que digno sea el obrero de su salario (Luc. 10). Había mandado el Señor, considerando o bien las debilidades, o las edades, o las penurias de los padres, que los hijos honraran, incluso en el suministro de lo necesario para la vida, a sus padres. Queriendo los escribas y fariseos subvertir esta providentísima ley de Dios, para introducir la impiedad bajo el nombre de la piedad, enseñaron a los peores hijos que, si alguno quisiera votar a Dios (que es el verdadero Padre) aquellas cosas que se deben ofrecer a los padres, la oblación del Señor se anteponga a los dones de los padres: o ciertamente los mismos padres, que veían las cosas consagradas a Dios, para no incurrir en el crimen de sacrilegio, apartándose, se consumían por la indigencia. Y así sucedía que la ofrenda de los hijos, bajo la ocasión del templo de Dios, cedía en las ganancias de los sacerdotes. Esta pésima tradición de los fariseos venía de otra ocasión. Muchos teniendo a otros obligados por deuda, y no queriendo devolver lo acreditado a ellos, lo asignaban a los sacerdotes, para que el dinero exigido sirviera a los ministerios del templo y a sus usos.

(Vers. 11.) No lo que entra en la boca contamina (communicat) al hombre: sino lo que sale de la boca, esto contamina (communicat) al hombre. La palabra communicat (contamina) es propia de las Escrituras, y no se desgasta en el discurso público. El pueblo de los judíos, jactándose de ser la parte de Dios, llama «comunes» (communes) a los alimentos de los que todos los hombres

usan. Verbigracia, la carne de cerdo, las ostras, las liebres, y animales de ese tipo que no parten la pezuña, ni rumian, ni entre los peces tienen escamas. De donde también en los Hechos de los Apóstoles está escrito: «Lo que Dios santificó, tú no lo llames común» (Hech. 10, 15). Común, por tanto, lo que está abierto a los demás hombres, y como si no fuera de la parte de Dios, se denomina por inmundo. «No lo que entra en la boca contamina al hombre: sino lo que sale de la boca esto contamina al hombre». Oponga el prudente lector, y diga: Si lo que entra en la boca no contamina al hombre, ¿por qué no comemos lo sacrificado a los ídolos? Y el Apóstol escribe: «No podéis beber el cáliz del Señor, y el cáliz de los demonios» (1 Cor. 10, 20). Se ha de saber, por tanto, que los alimentos mismos y toda criatura de Dios por sí es limpia: pero la invocación de los ídolos y de los demonios los hace inmundos.

(Vers. 12.) Entonces se acercaron sus discípulos, y le dijeron: ¿Sabes que los fariseos, al oír esta palabra, se escandalizaron? Por un solo discurso toda la superstición de las observaciones judaicas había sido abatida; quienes pensaban que su religión estaba situada en tomar y abominar alimentos. Y porque frecuentemente se usa en las Escrituras Eclesiásticas «escándalo», digamos brevemente qué significa. Skolon y escándalo, nosotros podemos decir que es tropiezo, o ruina e impacto del pie. Cuando, por tanto, leemos: «Cualquiera que escandalizare a uno de estos pequeños», entendemos esto: el que por dicho o hecho haya dado ocasión de ruina a cualquiera.

(Vers. 13.) Pero él respondiendo, dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada. Incluso las cosas que parecen llanas en las Escrituras, están llenas de cuestiones. «Toda planta», dice, «que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada». Por tanto, será desarraigada también aquella planta de la cual dice el Apóstol: «Yo planté, Apolo regó» (1 Cor. 3, 6). Pero se resuelve la cuestión por lo que sigue: «Pero Dios dio el crecimiento» (Ibíd., 6). Dice él mismo: «Agricultura de Dios, edificación de Dios sois» (1 Cor. 3, 9). Y en otro lugar: «Cooperadores de Dios somos». Pero si cooperadores: por tanto, plantando Pablo y regando Apolo, Dios con sus cooperadores planta y riega. Abusan de este lugar los que introducen diversas naturalezas, diciendo: Si la planta que no plantó el Padre será desarraigada, por tanto la que él plantó no puede ser desarraigada. Pero oigan aquello de Jeremías: «Yo os planté como viña verdadera, cómo os habéis vuelto en amargura de vid ajena» (Jer. 2, 21). Plantó ciertamente Dios, y nadie puede desarraigar su plantación. Pero puesto que esta plantación está en la voluntad del propio albedrío, ningún otro podrá desarraigarla, a no ser que ella misma haya prestado el asentimiento.

(Vers. 14.) Dejadlos: son ciegos, guías de ciegos. Y si el ciego guiare al ciego, ambos caen en el hoyo. Esto es lo que el Apóstol había mandado: «Al hombre herético, después de una y otra corrección, evítalo: sabiendo que el tal es perverso, y está condenado por su propio juicio» (Tit. 3, 10). En este sentido también el Salvador mandó

que los peores doctores fueran dejados a su propio juicio, sabiendo que difícilmente pueden ser atraídos a la verdad, y que son ciegos, y atraen al pueblo ciego al error.

(Vers. 15, 16.) Respondiendo Pedro, le dijo: Explícanos esta parábola. Pero él dijo: ¿Aun vosotros estáis sin entendimiento? Lo que abiertamente había sido dicho, y estaba patente al oído, el apóstol Pedro piensa que fue dicho por una parábola, y en una cosa manifiesta busca una inteligencia mística. Y es reprendido por el Señor, por qué piensa que fue dicho parabólicamente lo que habló claramente. Por lo cual advertimos que es un oyente vicioso el que o bien las cosas oscuras quiere entenderlas manifiestamente, o las cosas dichas manifiestamente quiere entenderlas oscuramente.

(Vers. 17, 18.) ¿No entendéis que todo lo que entra en la boca, va al vientre, y se echa en la letrina? Pero las cosas que proceden de la boca, del corazón salen, y ellas contaminan al hombre. Todos los lugares de los Evangelios entre los heréticos y perversos están llenos de escándalos. Y de esta sentenciilla algunos calumnian que el Señor, ignorante de la disputa física, piense que todos los alimentos van al vientre y se digieren (digeri) en la letrina: cuando inmediatamente los alimentos ingeridos se derraman por los miembros y venas y médulas y nervios. De donde también muchos, que por un vicio del estómago sufren vómito perpetuo, después de cenas y comidas inmediatamente vomitan lo que ingirieron, y sin embargo son corpulentos: porque al primer con-

tacto el alimento y la bebida más líquidos se derraman por los miembros. Pero hombres de este tipo, mientras quieren reprender la impericia de otro, muestran la suya. Pues aunque el humor tenue y el alimento líquido, cuando ha sido cocido y digerido en las venas y miembros, se desliza por los conductos ocultos del cuerpo, que los griegos llaman poros (πόρους), hacia las partes inferiores, y va a la letrina.

(Vers. 19, 20.) Porque del corazón salen los pensamientos malos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias: estas son las cosas que contaminan al hombre. Pero el comer con las manos sin lavar no contamina al hombre. «Del corazón», dice, «salen los pensamientos malos». Por tanto, la parte principal del alma no está en el cerebro según Platón, sino en el corazón según Cristo: y han de ser reprendidos por esta sentencia los que piensan que los pensamientos son infundidos por el diablo, y no quieren que nazcan de la propia voluntad. El diablo puede ser ayudante e incitador de los malos pensamientos, pero no puede ser el autor. Pero si, puesto siempre en acecho, inflamara la leve chispa de nuestros pensamientos con sus fomentos, no debemos opinar que él también escudriña lo oculto del corazón, sino estimar por el hábito del cuerpo y por los gestos qué estamos tratando intrínsecamente. Por ejemplo: si nos viera mirar frecuentemente a una mujer hermosa, entiende que el corazón está herido por el dardo del amor.

(Vers. 21, 22.) Y saliendo de allí Jesús, se retiró a las partes de Tiro y de Sidón. Y he aquí una mujer cananea, que había salido de aquellos términos, clamaba diciéndole. Dejados los escribas y fariseos calumniadores, se traslada a las partes de Tiro y de Sidón para curar a los tirios y sidonios. Pero la mujer cananea sale de sus términos antiguos para que, clamando, alcance la salud para su hija. Observa que en el decimoquinto lugar es sanada la hija de la cananea.

Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí. De allí supo llamar Hijo de David, porque ya había salido de sus términos, y había dejado el error de los tirios y sidonios por la mudanza de lugar y de fe.

Mi hija es mal atormentada por el demonio. Yo pienso que la hija de la cananea son las almas de los creyentes, que eran mal atormentadas por el demonio, ignorando al Creador y adorando la piedra.

(Vers. 23.) El cual no le respondió palabra. No por soberbia farisaica, ni por el ceño fruncido de los escribas; sino para que él mismo no pareciera ser contrario a su propia sentencia, por la cual había mandado: «En camino de gentiles no vayáis, y en ciudades de samaritanos no entren» (Supra, X, 5). Pues no quería dar ocasión a los calumniadores, y reservaba la perfecta salvación de los gentiles para el tiempo de la pasión y resurrección. Y llegándose sus discípulos, le rogaban diciendo: Despáchala, porque clama tras nosotros. Los discípulos, ignorando aún en aquel tiempo los misterios del Señor, o bien movidos por la

misericordia, rogaban por la mujer cananea, a la que otro evangelista llama sirofenicia (Mc 7), o deseando carecer de su importunidad; porque no como a un médico clemente, sino como a uno duro, clamaba con frecuencia.

(Vers. 24.) Pero él respondiendo, dijo: No soy enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel. No porque no fuera enviado también a los gentiles; sino porque primero fue enviado a Israel, para que, no recibiendo ellos el Evangelio, se hiciera justa la trasmigración a los gentiles. Y significativamente dijo: «a las ovejas perdidas de la casa de Israel»; para que por este lugar entendamos también la única oveja errante de la otra parábola.

(Vers. 25, 26.) Pero ella vino y le adoró, diciendo: Señor, ayúdame. El cual respondiendo, dijo: No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros. Se predica bajo la maravillosa persona de la mujer cananea la fe, la paciencia y la humildad de la Iglesia. La fe, por la cual creyó que su hija podía ser sanada. La paciencia, por la cual, tantas veces despreciada, persevera en las súplicas. La humildad, por la cual se compara no a los perros, sino a los cachorrillos. Pero se llaman perros a los étnicos por la idolatría, los cuales, entregados al comer sangre y a los cadáveres de los muertos, son llevados a la rabia. Nota que esta cananea perseverantemente llama primero Hijo de David, después Señor, y al final adora como a Dios.

(Vers. 27, 28.) Pero ella dijo: Sí, Señor. Porque también los cachorrillos comen de las migajas

que caen de la mesa de sus señores. Entonces respondiendo Jesús, le dijo: ¡Oh mujer!, grande es tu fe: hágase contigo como quieres. Y fue sanada su hija desde aquella hora. «Sé», dice, «que no merezco el pan de los hijos, ni puedo tomar los alimentos íntegros; ni sentarme a la mesa con el padre; pero estoy contenta con las sobras de los cachorrillos; para que por la humildad de las migajas, llegue a la magnitud del pan íntegro». ¡Oh maravillosa conversión de las cosas! Israel fue en otro tiempo el hijo, nosotros los perros. Por la diversidad de la fe, se conmuta el orden de los nombres. De ellos se dice después: «Muchos perros me han rodeado» (Sal 21, 17). Y: «Ved a los perros, ved a los malos operarios, ved la concisión» (Flp 3). Nosotros hemos oído con la sirofenicia, y con la mujer que padecía flujo de sangre: «Grande es tu fe, hágase contigo como quieres». Y: «Hija, tu fe te ha salvado».

(Vers. 29, 30.) Y habiendo pasado de allí Jesús, vino junto al mar de Galilea: y subiendo al monte, se sentaba allí. Y se llegaron a él muchas turbas, teniendo consigo mudos, ciegos, cojos, mancos y otros muchos. Y los arrojaron a sus pies. En aquel lugar donde el intérprete latino tradujo «mancos» (debiles), en el griego está escrito kyllous (κυλλοὺς), que no es un nombre general de debilidad, sino de una sola enfermedad: para que así como se llama cojo al que cojea de un pie, así sea llamado kyllos el que tiene una mano débil. Nosotros no tenemos la propiedad de esta palabra. Por lo cual también en lo que sigue el evangelista expuso las sanaciones de los demás

débiles, y guardó silencio de estos. Pues ¿qué sigue?

(Vers. 31.) Y los curó: de modo que las turbas se maravillaban, viendo a los mudos hablando, a los cojos andando, a los ciegos viendo: y magnificaban al Dios de Israel. De los kyllois guardó silencio, porque no tenía qué decir en sentido contrario. Esto sobre una palabra. Consideremos, pues, que sanada la hija de la cananea, vuelve a Judea, y al mar de Galilea, y sube al monte: y como ave provoca a los tiernos polluelos a volar; y allí se sienta, y las turbas concurren a él, trayendo o llevando consigo a los oprimidos por varias enfermedades: a los cuales, después que curó, les dio alimentos; y completada esta obra, subió a la barquilla, y vino a los términos de Magedán. Y subiendo al monte, se sentaba allí: y se llegaron a él las turbas. Observa que los mudos, cojos y ciegos son llevados al monte, para que allí sean curados por el Señor.

(Vers. 32.) Pero Jesús, convocados sus discípulos, dijo: Tengo lástima de la turba, porque ya perseveran conmigo hace tres días, y no tienen qué comer. Y no quiero despacharlos ayunos, para que no desmayen en el camino. Quiere alimentar a los que curó; primero quita las debilidades, para que después ofrezca alimentos a los sanos. Convoca también a sus discípulos, y habla de lo que va a hacer, o bien para dar ejemplo a los maestros de que los consejos han de ser comunicados con los menores y discípulos, o bien para que por la conversación entiendan la magnitud del milagro, respondiendo ellos que no tienen

panes en el desierto. «Tengo lástima», dice, «de la turba, porque ya perseveran conmigo hace tres días». Se compadece de la turba porque en el número de los tres días creían en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. «Y no tienen qué comer». La turba siempre tiene hambre y necesita alimentos, a no ser que sea saciada por el Señor. «Y no quiero despacharlos ayunos, para que no desmayen en el camino». Tenían hambre después de grandes debilidades, y por la paciencia esperaban los futuros alimentos. No quiere Jesús despacharlos ayunos, para que no desmayen en el camino. Peligra, pues, el que se apresura a llegar a la mansión deseada sin el pan celestial. Por lo cual también el ángel habla a Elías: «Levántate y come, porque te resta un gran camino» (1 Re 19, 7).

(Vers. 33 ss.) Y le dicen sus discípulos: ¿De dónde, pues, tendremos nosotros en el desierto tantos panes para saciar a tan gran turba? Y les dice Jesús: ¿Cuántos panes tenéis? Pero ellos dijeron: Siete, y unos pocos pececillos. Y mandó a la turba que se recostaran sobre la tierra. Y tomando los siete panes y los peces, y dando gracias, los partió y los dio a sus discípulos: y los discípulos los dieron al pueblo. Y comieron todos, y se saciaron. Y de lo que sobró de los fragmentos, alzaron siete espuertas llenas. Eran, pues, los que comieron cuatro mil hombres, sin contar los niños y las mujeres. Y despedida la turba, subió a la barquilla y vino a los términos de Magedán (Magdala). Sobre este milagro ya hemos hablado arriba, y es de ociosos repetir lo mismo: detengámonos solo en las cosas que dis-

crepan. Arriba leímos: «Y al atardecer, se llegaron a él los discípulos, diciendo: El lugar es desierto» (Supra, XIV, 15), y lo demás. Aquí, convocados los discípulos, el mismo Señor habla: «Tengo lástima de la turba, porque ya perseveran conmigo hace tres días». Allí había cinco panes y dos peces: aquí siete panes y unos pocos pececillos. Allí se recuestan sobre el heno: aquí sobre la tierra. Allí los que comen son cinco mil, según el número de los panes que comen: aquí cuatro mil. Allí doce cestos se llenan de las sobras de los fragmentos: aquí siete espuertas. En el milagro anterior, pues, porque estaban cerca y eran vecinos de los cinco sentidos, no el mismo Señor se acuerda de ellos, sino los discípulos: y se acuerdan al atardecer, con la noche cercana, y declinando ya el sol. Aquí, en cambio, el mismo Señor se acuerda, y dice que tiene lástima, y expone la causa de la compasión: «porque ya perseveran conmigo hace tres días», y no quiere despacharlos ayunos, para que no desmayen en el camino. Estos que se alimentan de los siete panes, esto es, en un número sagrado y perfecto, no son cinco mil, sino cuatro mil: cuyo número siempre se pone en alabanza, y la piedra cuadrangular no fluctúa, y no es inestable; y por esta causa también los Evangelios están consagrados en ese número.

(Cap. XVI.---Vers. 1 ss.) Y se llegaron a él los fariseos y saduceos tentándole, y le rogaron que les mostrara una señal del cielo. Pero él respondiendo, les dijo: Al atardecer, decís: Habrá serenidad, porque el cielo está rojizo. Y por la mañana: Hoy habrá tempestad, porque el cielo está rojizo y

triste. La faz del cielo sabéis, pues, juzgarla; pero las señales de los tiempos no podéis conocerlas. La generación mala y adúltera busca señal, y no se le dará señal, sino la señal de Jonás el profeta. Esto no se encuentra en muchísimos códices; y el sentido es manifiesto: que por el orden y la constancia de los elementos pueden preconocerse tanto los días serenos como los de lluvia. Pero los escribas y fariseos, que parecían ser doctores de la ley, por el vaticinio de los profetas no pudieron entender el advenimiento del Salvador.

(Vers. 5.) Y dejados ellos, se fue. Y cuando sus discípulos hubieron pasado al otro lado del estrecho, se olvidaron de tomar panes. El cual les dijo. Dejados los escribas y fariseos, a quienes había dicho: «La generación mala y adúltera busca señal, y no se le dará señal, sino la señal de Jonás el profeta», con razón se fue al otro lado del estrecho, y siguió a los pueblos de los gentiles. Pero qué quiera decir para sí la señal de Jonás, ya se ha dicho arriba.

(Vers. 6, 7.) Mirad, y guardaos del fermento de los fariseos y de los saduceos. Pero ellos pensaban entre sí, diciendo: Porque no hemos tomado panes. El que se guarda del fermento de los fariseos y de los saduceos no guarda los preceptos de la Ley y de la letra, descuida las tradiciones de los hombres para hacer el mandato de Dios.

(Vers. 8 ss.) Pero Jesús, sabiéndolo, les dijo: ¿Qué pensáis entre vosotros, hombres de poca fe, porque no tenéis panes? ¿Aun no entendéis, ni os acordáis de los cinco panes de los cinco mil hombres, y cuántos cestos alzasteis? ¿Ni de los

siete panes de los cuatro mil hombres, y cuántas espuertas alzasteis? ¿Por qué no entendéis que no del pan os dije: Guardaos del fermento de los fariseos y de los saduceos? Entonces entendieron que no dijo que debían guardarse del fermento de los panes, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos. Por la ocasión del precepto que el Salvador había mandado, diciendo: «Guardaos del fermento de los fariseos y de los saduceos», les enseña qué significan los cinco panes y los siete; los cinco mil hombres y los cuatro mil que fueron alimentados en el desierto; que aunque la magnitud de los milagros sea manifiesta, sin embargo también se demuestra otra cosa en la inteligencia espiritual. Pues si el fermento de los fariseos y de los saduceos no significa el pan corporal, sino las tradiciones perversas y los dogmas heréticos, ¿por qué los alimentos con que fue nutrido el pueblo de Dios no significarían la verdadera e íntegra doctrina? Podría alguno preguntar y decir: ¿Cómo no tenían panes los que, habiendo llenado inmediatamente siete espuertas, subieron a la barquilla y vinieron a los términos de Magedán; y allí oyen, mientras navegan, que deben guardarse del fermento de los fariseos y de los saduceos? Pero la Escritura atestigua que se olvidaron de llevarlos consigo. Este es el fermento de que habla también el Apóstol: «Un poco de fermento corrompe toda la masa» (1 Cor 5, 6). Este tipo de fermento, que por toda razón ha de ser evitado, lo tuvo Marción, y Valentín, y todos los heréticos. El fermento tiene esta fuerza: que si fuera mezclado con la harina, lo que parecía pequeño crece a

algo mayor, y atrae hacia su propio sabor toda la masa; así también la doctrina herética, si echara aunque fuera una leve chispa en tu pecho, en breve crece una llama inmensa y atrae hacia sí toda la posesión del hombre. Finalmente sigue: «Entonces entendieron que no había dicho que debían guardarse del fermento de los panes, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos».

LIBRO TERCERO.

(Vers. 13.) Vino Jesús a las partes de Cesarea de Filipo. Este Filipo es el hermano de Herodes, de quien hablamos arriba, tetrarca de la región de Iturea y Traconítide, que construyó en honor de Tiberio César la ciudad de Cesarea, que ahora se llama Paneas, y en honor del César, e igualmente de su propio nombre, la llamó Cesarea de Filipo, y está en la provincia de Fenicia: imitando a su padre Herodes, quien en honor de Augusto César llamó Cesarea a la que antes se llamaba torre de Estratón: y por el nombre de su hija construyó Julias más allá del Jordán. Ese lugar es Cesarea de Filipo, donde el Jordán nace a las raíces del Líbano, y tiene dos fuentes, una de nombre Jor y la otra Dan, las cuales mezcladas a la vez producen el nombre del Jordán.

Y preguntaba a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? No dijo: «¿quién dicen los hombres que soy yo?», sino «el Hijo del hombre», para que no pareciera preguntar jactanciosamente sobre sí mismo. Y nota que dondequiera que está escrito en el Antiguo Testamento «hijo del hombre», en el hebreo se ha puesto «hijo de Adán». Como es aquello que leemos en el salmo: «Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis de corazón pesado?» (Sal 4, 3), que en hebreo se dice «hijos de

Adán». Pero bellamente pregunta: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?», porque los que hablan del Hijo del hombre son hombres; pero los que entienden su divinidad no son llamados hombres, sino dioses.

(Vers. 14.) Pero ellos dijeron: Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías, o uno de los profetas. Jesús les dice. Me maravillo de que algunos intérpretes inquieran las causas de cada uno de los errores y tejan una larguísima disputa sobre por qué unos pensaron que nuestro Señor Jesucristo era Juan, otros Elías, otros Jeremías, o uno de los profetas: cuando así pudieron errar en Elías y Jeremías, como Herodes erró en Juan, diciendo: «Juan, a quien yo degollé, él mismo ha resucitado de los muertos, y virtudes obran en él» (Mc 6, 16).

(Vers. 15, 16.) ¿Y vosotros quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Lector prudente, atiende que por lo que sigue y por el texto del discurso, los apóstoles de ningún modo son llamados hombres, sino dioses. Pues habiendo dicho: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?», añadió: «¿Y vosotros quién decís que soy yo?». Aquellos, porque son hombres, opinan cosas humanas; vosotros, que sois dioses, ¿quién juzgáis que soy yo? Pedro profesa en nombre de todos los apóstoles: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Lo llama Dios vivo para distinción de aquellos dioses que son tenidos por dioses pero están muertos: significando a Saturno, Júpiter,

Venus, Minerva, Baco, Hércules y los demás portentos de los ídolos.

(Vers. 17.) Respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. Devuelve el favor al testimonio del apóstol sobre sí mismo. Pedro había dicho: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»; la verdadera confesión recibió su recompensa: «Bienaventurado eres, Simón Barjona». ¿Por qué? Porque no te lo reveló la carne ni la sangre, sino que te lo reveló el Padre. Lo que la carne y la sangre no pudieron revelar, fue revelado por la gracia del Espíritu Santo. Por tanto, por la confesión obtiene el sobrenombre de que tiene la revelación del Espíritu Santo, de quien también ha de ser llamado hijo. Pues Barjona en nuestra lengua suena a «hijo de la paloma». Otros lo toman simplemente: que Simón, esto es, Pedro, es hijo de Juan, según la interrogación de otro lugar: «Simón de Juan, ¿me amas?» (Jn 21, 15). El cual respondió: «Señor, tú lo sabes». Y quieren que por vicio de los copistas se haya depravado, de modo que en lugar de Bar Joanna, esto es, hijo de Juan, se haya escrito Barjona, quitada una sílaba. Pero Joanna se interpreta como «gracia del Señor». Ambos nombres, sin embargo, pueden entenderse místicamente: que tanto la paloma significa el Espíritu Santo, como la gracia de Dios significa el don espiritual. Aquello también que dice: «Porque no te lo reveló la carne ni la sangre», se compara con la narración apostólica en la que dice: «Al punto no condescendí con la carne ni la sangre» (Gál 1, 16),

significando allí por carne y sangre a los judíos, para que aquí también se demuestre bajo otro sentido que le fue revelado Cristo Hijo de Dios no por la doctrina de los fariseos, sino por la gracia de Dios.

(Vers. 18.) Y yo te digo. ¿Qué es lo que dice: «Y yo te digo»? Porque tú me has dicho: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»; y yo te digo, no con palabra vana y que no tenga ninguna obra, sino que te digo: porque mi decir es haber hecho. Porque tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Así como él mismo dio la luz a los apóstoles para que fueran llamados luz del mundo, y obtuvieron del Señor otros sobrenombres: así también a Simón, que creía en la piedra Cristo, le concedió el nombre de Pedro. Y según la metáfora de la piedra, con razón se le dice: «Edificaré mi Iglesia sobre ti». Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo considero las puertas del infierno los vicios y los pecados; o ciertamente las doctrinas de los heréticos, por las cuales los hombres seducidos son llevados al tártaro. Por tanto, nadie piense que se dice de la muerte, como si los apóstoles no hubieran estado sujetos a la condición de la muerte, cuyos martirios vea resplandecer.

(Vers. 19.) Y te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado en los cielos. No entendiendo este lugar los obispos y presbíteros, asumen algo de la soberbia de los fariseos, para o bien condenar a los inocentes o bien juzgar que ellos

desatan a los culpables; cuando ante Dios no se busca la sentencia de los sacerdotes, sino la vida de los reos. Leemos en el Levítico (Cap. XIV) sobre los leprosos, donde se manda que se muestren a los sacerdotes, y si tuvieren lepra, entonces por el sacerdote sean hechos inmundos: no porque los sacerdotes hagan a los leprosos e inmundos; sino porque tengan conocimiento del lento y del no leproso, y puedan discernir quién sea limpio o quién inmundo. Como allí, pues, el sacerdote hace al leproso limpio o inmundo: así también aquí liga o desata el obispo y el presbítero, no a los que son inocentes o culpables; sino que por su oficio, cuando hubiere oído las variedades de los pecados, sabe quién ha de ser ligado o quién desatado.

(Vers. 20.) Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijeran que él era Jesús el Cristo. Arriba, enviando a los discípulos a predicar, les había mandado que anunciaran su advenimiento; aquí manda que no digan que él es Jesús el Cristo. A mí me parece que una cosa es predicar a Cristo, y otra a Jesús el Cristo. Cristo es el nombre común de la dignidad; Jesús el vocablo propio del Salvador. Puede, sin embargo, ocurrir que por eso no quisiera ser predicado antes de la pasión y resurrección; para que, completado después el sacramento de la sangre, dijera más oportunamente a los apóstoles: «Yendo, enseñad a todas las gentes» (Mt 28, 19), etc. Para que nadie piense que esto es solo de nuestro entendimiento y no del sentido evangélico, lo que sigue expone las causas de la predicación entonces prohibida.

(Vers. 21.) Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén, y padecer mucho de los ancianos y de los escribas y de los príncipes de los sacerdotes, y ser muerto, y resucitar al tercer día. Y el sentido es: Predicadme entonces, cuando haya padecido estas cosas; porque no aprovecha predicar a Cristo públicamente y divulgar su majestad entre los pueblos, a quien poco después han de ver azotado y crucificado, y padeciendo mucho de los ancianos y escribas y príncipes de los sacerdotes. Y ahora también Jesús padece mucho de aquellos que de nuevo se crucifican a sí mismos al Hijo de Dios (Heb 6); y aunque sean tenidos por ancianos en la Iglesia y príncipes de los sacerdotes, siguiendo la simple letra, matan al Hijo de Dios, que es percibido todo él en el espíritu.

(Vers. 22, 23.) Y Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reprenderlo, diciendo: Lejos de ti, Señor, esto no te sucederá. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: Quítate de delante de mí, Satanás, me eres escándalo, porque no sientes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres. A menudo hemos dicho que Pedro era de un ardor excesivo y de un amor grandísimo hacia el Señor Salvador. Por tanto, porque después de su confesión, en la que había dicho: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo; y la recompensa del Salvador, que había oído: Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos, de repente oye del Señor que le es necesario ir a Jerusalén, y allí padecer mucho de los ancianos y escribas y príncipes de

los sacerdotes, y ser muerto, y resucitar al tercer día; no quiere que se destruya su confesión, ni piensa que pueda suceder que el Hijo de Dios sea muerto. Y lo toma en su afecto, o lo lleva aparte, para no parecer que arguye al maestro en presencia de los demás condiscípulos, y comenzó a reprenderlo con afecto de quien ama, y a decir como quien desea: Lejos de ti, Señor: o como mejor se tiene en el griego, hileōs soi, Kyrie, ou mē estai soi touto, esto es, sé propicio a ti mismo, Señor, esto no te sucederá: no puede ser, ni mis oídos reciben, que el Hijo de Dios haya de ser muerto. A quien el Señor, volviéndose, dijo: Quítate de delante de mí, Satanás, me eres escándalo. Satanás se interpreta como adversario o contrario. Porque, dice, hablas cosas contrarias a mi voluntad, debes ser llamado adversario. Muchos piensan que no fue Pedro el reprendido, sino el espíritu adversario, que sugería estas cosas al Apóstol. Pero a mí, este error apostólico, que procede de un afecto de piedad, nunca me parecerá un incentivo del diablo: Quítate de delante de mí, Satanás. Al diablo se le dice: Vete atrás. Pedro oye: Vete detrás de mí, esto es, sigue mi parecer: porque no sientes las cosas que son de Dios, sino las de los hombres. Es de mi voluntad, y de la del Padre (cuya voluntad vine a hacer [Jn 6]), que muera por la salvación de los hombres; tú, considerando solo tu voluntad, no quieres que el grano de trigo caiga en la tierra para que dé mucho fruto (Jn 12). Investigue el lector prudente cómo, después de tan gran bienaventuranza: Bienaventurado eres, Simón Barjona; y: Tú eres Pedro; y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia;

y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; y: A ti te daré las llaves del reino de los cielos; y: Todo lo que ligares o desatares sobre la tierra, será ligado o desatado en el cielo; ¿ahora oiga: Quítate de delante de mí, Satanás, me eres escándalo? ¿O cuál es esa conversión tan repentina que, después de tan grandes premios, sea llamado Satanás? Pero si quien esto pregunta lo considera, entenderá que aquella bendición y bienaventuranza, y potestad, y edificación de la Iglesia sobre él, le fueron prometidas para el futuro, no dadas en el presente. Edificaré, dice, sobre ti mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y: Te daré las llaves del reino de los cielos. Todo es sobre el futuro, cosas que si se las hubiera dado de inmediato, nunca habría encontrado lugar en él el error de una opinión perversa.

(Vers. 24 y ss.) Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque el que quiera salvar su alma, la perderá; pero el que pierda su alma por causa de mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo, pero sufriere daño en su alma? Quien depone al hombre viejo con sus obras (Col 3), se niega a sí mismo diciendo: Vivo yo, pero ya no yo, sino que vive en mí Cristo (Gál 2, 20): y toma su cruz, y sea crucificado para el mundo. Pero aquel para quien el mundo está crucificado, sigue al Señor crucificado.

¿O qué cambio dará el hombre por su alma? Por Israel se dan en cambio Egipto y Etiopía y Siene (Is 43, 3-4): por el alma humana solo existe

aquella retribución que canta el Salmista: ¿Qué retribuiré al Señor por todas las cosas que me ha retribuido? Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor (Sal 115, 3).

(Vers. 27.) Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles; y entonces pagará a cada uno según sus obras. Pedro, escandalizado por el anuncio de la muerte del Señor, había sido reprendido por la sentencia del Señor: los discípulos fueron instados a que se negaran a sí mismos, y tomaran su cruz, y siguieran al maestro con el ánimo de quienes mueren. Grande era el terror de los oyentes; y tal que podía, estando aterrorizado el príncipe de los apóstoles, infundir miedo también a los otros: por eso, a las cosas tristes suceden las alegres, y dice: El Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles. Temes la muerte, oye la gloria del que triunfa. Temes la cruz, escucha los ministerios de los ángeles. Y entonces, dice, pagará a cada uno según sus obras (Rom 10, 12). No hay distinción de judío y étnico, de hombre y mujer, de pobres y ricos, donde no se consideran las personas, sino las obras.

(Vers. 28.) En verdad os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean al Hijo del hombre viniendo en su reino. Había querido curar el terror de los apóstoles con la esperanza de las cosas prometidas, diciendo: El Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles. Además, añadida la autoridad del juez: y pagará a cada uno según sus obras. El pensamiento silencioso de los após-

toles podría haber sostenido un escándalo de esta clase: Dices que ahora han de venir la matanza y la muerte: pero lo que prometes, que estarás presente en la gloria del Padre con los ministerios de los ángeles y la potestad de juez, esto será en los días venideros, y se diferirá por largo tiempo. Por tanto, el Conocedor de los secretos, previendo lo que podrían objetar, compensa el temor presente con un premio presente. Pues ¿qué dice?: Hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean al Hijo del hombre viniendo en su reino; para que cómo ha de ser después, se demuestre en el tiempo presente por vuestra incredulidad.

(Cap. XVII.---Vers. 1.) Y después de seis días, Jesús tomó a Pedro, y a Santiago, y a Juan su hermano. Por qué Pedro, Santiago y Juan, en algunos lugares de los Evangelios, sean separados de los demás, o qué privilegio tengan sobre los otros apóstoles, lo hemos dicho con frecuencia. Ahora se pregunta cómo después de seis días los tomó y los llevó a un monte alto aparte, siendo que Lucas el evangelista pone el número ocho (Lc 9). Pero la respuesta es fácil, porque aquí se ponen los días intermedios, allí se añaden el primero y el último. Pues no se dice: Después de ocho días tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan; sino el octavo día.

Los lleva a un monte alto aparte. Llevar a los discípulos a las montañas es parte del reino. Son llevados aparte, porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos (Mt 20, 16, y 22, 14).

(Vers. 2.) Y se transfiguró delante de ellos. Tal como ha de ser en el tiempo del juicio, tal se apa-

reció a los apóstoles. Pero lo que dice: Se transfiguró delante de ellos, nadie piense que perdió su forma y rostro anteriores, o que perdió la verdad de su cuerpo, y asumió un cuerpo ya sea espiritual o aéreo; sino que cómo fue transformado, el evangelista lo demuestra diciendo:

Y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la nieve. Donde se muestra el resplandor del rostro y se describe la blancura de los vestidos, no se quita la sustancia, sino que se cambia la gloria. Resplandeció su rostro como el sol. Ciertamente el Señor fue transformado en aquella gloria con la que vendrá después en su reino. La transformación añadió esplendor, no quitó el rostro. Concedamos que el cuerpo fuera espiritual, ¿acaso también cambiaron los vestidos, que fueron tan blancos que otro evangelista dijo: Cuales ningún batanero sobre la tierra puede hacer (Mc 9)? Pero lo que un batanero sobre la tierra puede hacer es corporal, y está sujeto al tacto, y no espiritual y aéreo, que engañe a los ojos y sea visto solo en un fantasma.

(Vers. 3.) Y he aquí que se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. A los escribas y fariseos que lo tentaban y pedían señales del cielo, no quiso dárselas, sino que refutó su perversa petición con una respuesta prudente. Pero aquí, para aumentar la fe de los apóstoles, da una señal del cielo: Elías descendiendo de allí a donde había ascendido; y Moisés resucitando de entre los muertos: lo cual también se le ordena a Acaz por medio de Isaías, que pida para sí una señal de lo alto o de lo profundo (Is 7, y 4 Re 2). Pues en

cuanto a lo que se dijo: Se les aparecieron Moisés y Elías hablando con él; y en otro Evangelio se refiere que le anunciaron aquellas cosas que había de padecer en Jerusalén (Lc 9): se muestran la Ley y los profetas, quienes también anunciaron la pasión del Señor y la resurrección con frecuentes voces.

(Vers. 4.) Y respondiendo Pedro, dijo a Jesús: Señor, bueno es que estemos aquí. El que había ascendido a las montañas, no quiere descender a las cosas terrenales; sino perseverar siempre en las sublimes.

Si quieres, hagamos aquí tres tabernáculos: uno para ti, uno para Moisés y uno para Elías. Yerras, Pedro, como también atestigua el otro evangelista. No sabes lo que dices (Lc 9). No busques tres tabernáculos, cuando hay un solo tabernáculo del Evangelio, en el cual la Ley y los Profetas han de ser recapitulados. Pero si buscas tres tabernáculos, de ninguna manera compares a los siervos con el Señor, sino haz tres tabernáculos: más bien, uno para el Padre, y para el Hijo, y para el Espíritu Santo; para que de quienes es una sola la divinidad, sea también uno el tabernáculo en tu pecho.

(Vers. 5.) Estando él aún hablando, he aquí una nube lúcida los cubrió. And he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido: a él oíd. Porque había preguntado imprudentemente, por eso no merece respuesta del Señor, sino que el Padre responde por el Hijo, para que se cumpliera la palabra del Señor: Yo no doy testimonio por mí mismo, sino

que el Padre que me envió, él mismo da testimonio por mí (Jn 5, 37, y 8, 18). Pero la nube se ve lúcida, y los cubre: para que quienes buscaban un tabernáculo carnal de ramas o tiendas, fueran cubiertos por el abrigo de una nube lúcida. También se oye la voz del Padre hablando desde el cielo, la cual da testimonio al Hijo y enseña a Pedro la verdad, quitado su error; o mejor dicho, a través de Pedro a los demás apóstoles. Este es, dice, mi Hijo amado: para este ha de fijarse el tabernáculo, a este hay que obedecer. Este es el hijo, aquellos son siervos: Moisés y Elías deben también ellos mismos preparar con vosotros un tabernáculo para el Señor en lo íntimo de sus corazones.

(Vers. 6.) Y oyendo los discípulos, cayeron sobre su rostro, y temieron en gran manera. Por una triple causa se aterran con pavor: ya sea porque habían reconocido que habían errado, o porque la nube lúcida los había cubierto, o porque habían oído la voz de Dios Padre hablando: porque la fragilidad humana no puede sostener la vista de una gloria mayor, y temblando con toda el alma y el cuerpo, cae a tierra. Cuanto más amplias cosas busque alguien, tanto más cae a las inferiores, si ha ignorado su medida.

(Vers. 7.) Y se acercó Jesús, y los tocó. Como ellos yacían y no podían levantarse, él mismo se acerca clementemente y los toca, para que con el tacto ahuyente el temor y los miembros debilitados se fortalezcan.

Y les dijo: Levantaos, y no temáis. A los que había sanado con la mano, los sana con su impe-

rio. No temáis. Primero se expulsa el temor, para que después se imparta la doctrina.

(Vers. 8.) Y alzando ellos sus ojos, a nadie vieron, sino a solo Jesús. Razonablemente, después de que se levantaron, no vieron sino a solo Jesús: no fuera que si Moisés y Elías hubieran permanecido con el Señor, la voz del Padre pareciera incierta, a quién principalmente daba testimonio. Ven, pues, a Jesús de pie, quitada la nube, y que Moisés y Elías habían desaparecido: porque después de que la sombra de la Ley y de los Profetas se ha retirado, la cual había cubierto a los apóstoles con su velo, ambas luces se encuentran en el Evangelio.

(Vers. 9.) Y descendiendo ellos del monte, les mandó Jesús, diciendo: A nadie digáis la visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. La premeditación del reino futuro y la gloria del triunfante habían sido demostradas en el monte. No quiere, pues, que esto se predique entre los pueblos, no fuera que resultara increíble por la magnitud del hecho, y que después de tanta gloria, la cruz subsiguiente causara escándalo en las mentes rudas.

(Vers. 10.) Y sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Por qué, pues, dicen los escribas que Elías debe venir primero? A menos que sepamos las causas por las que los discípulos preguntaron sobre el nombre de Elías, su pregunta parece necia y extraordinaria. ¿Pues qué tiene que ver con lo que se escribió arriba preguntar sobre la venida de Elías? Es tradición de los fariseos, según el profeta Malaquías (que es el último de los doce), que

Elías venga antes del advenimiento del Salvador, y convierta el corazón de los padres a los hijos, y de los hijos a los padres, y restaure todas las cosas a su antiguo estado (Mal 4). Los discípulos, por tanto, estiman que esta transformación de la gloria es la que ven en el monte, y dicen: Si ya has venido en gloria, ¿cómo es que tu precursor no aparece?, sobre todo porque habían visto que Elías se había retirado. Pero cuando añaden: Los escribas dicen que Elías debe venir primero: al decir primero, muestran que a menos que venga Elías, no es según las Escrituras el advenimiento del Salvador.

(Vers. 11, 12.) Pero él, respondiendo, les dijo: Elías a la verdad vendrá y restaurará todas las cosas. Pero os digo que Elías ya vino. Aquel que ha de venir en el segundo advenimiento del Salvador, según la fe del cuerpo, vino ahora a través de Juan en virtud y espíritu.

Y no lo conocieron, sino que hicieron en él todo lo que quisieron: Esto es, lo despreciaron y lo decapitaron.

(Vers. 13.) Así también el Hijo del hombre ha de padecer de parte de ellos. Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista. Se pregunta, sin embargo, puesto que Herodes y Herodias mataron a Juan, cómo se dice que ellos mismos crucificaron también a Jesús: ¿cuándo leemos que fue muerto por los escribas y fariseos? Y hay que responder brevemente que también en la muerte de Juan consintió la facción de los fariseos, y en la ejecución del Señor Hero-

des unió su voluntad: el cual lo remitió burlado y despreciado a Pilato, para que lo crucificaran.

(Vers. 14, 15.) Señor, ten misericordia de mi hijo, porque es lunático y padece mucho: pues a menudo cae en el fuego, y frecuentemente en el agua. Y lo presenté a tus discípulos, y no pudieron curarlo. Por qué el demonio, observando el curso de la luna, arrebate a los hombres y se esfuerce por difamar al Creador a través de las criaturas, lo hemos dicho arriba. Pero a mí me parece, según la tropología, que es lunático quien por los momentos de las horas cambia hacia los vicios, y no persiste en lo comenzado, sino que crece y decrece: y ahora es llevado al fuego, con el que los corazones de los que cometen adulterio están encendidos (Os 7): ahora a las aguas, que no valen para extinguir la caridad. Pero en cuanto a lo que dice: Lo presenté a tus discípulos y no pudieron curarlo, acusa ocultamente a los apóstoles, cuando la imposibilidad de curar se refiere a veces no a la debilidad de los que curan, sino a la fe de los que han de ser curados, diciendo el Señor: Hágase contigo según tu fe (Mc 5, 34, y 10, 52).

(Vers. 16.) Respondiendo Jesús, dijo: Oh generación incrédula y perversa, ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os sufriré? Traédmelo acá. No es que fuera vencido por el tedio, aquel que era manso y humilde, que no abrió su boca como cordero ante el trasquilador (Is 53), ni prorrumpió en palabras de furor; sino que a semejanza del médico, si viera a un enfermo comportarse contra sus preceptos, diría: ¿Hasta cuándo acudiré a tu casa, hasta cuándo perderé

la industria de mi arte, mandando yo una cosa y perpetrando tú otra? Pero de tal manera no estaba airado con el hombre, sino con el vicio; y a través de un solo hombre reprende a los judíos de infidelidad, de modo que añadió inmediatamente: Traédmelo acá.

(Vers. 17.) Y Jesús lo reprendió, y salió de él el demonio, y el muchacho quedó curado desde aquella hora. No aquel que padecía, sino el demonio debió ser reprendido. O bien reprendió al muchacho, y el demonio salió de él: porque a causa de sus pecados había sido oprimido por el demonio.

(Vers. 18.) Y dijeron: ¿por qué nosotros no pudimos echarlo fuera? Jesús les dice: Por vuestra incredulidad. En verdad os digo. Esto es lo que dice en otro lugar: Todo lo que pidiereis en mi nombre, creyendo, lo recibiréis (Jn 15, 2). Por tanto, cuantas veces no recibimos, no es imposibilidad del que otorga, sino culpa de los que suplican.

(Vers. 19.) Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible. Piensan algunos que la fe comparada con el grano de mostaza se dice que es pequeña, porque el reino de los cielos se compara con un grano de mostaza; siendo que el apóstol dice: Y si tuviera toda la fe, de tal manera que trasladara los montes (1 Cor 13, 2). Por tanto, es grande la fe que se iguala al grano de mostaza. El traslado del monte no se significa de aquel que contemplamos con los ojos de la carne, sino de aquel que había sido

trasladado por el Señor del lunático. Pues lo que dice: Diréis a este monte: pásate de aquí allá, y se pasará, se entiende del demonio. Por lo cual han de ser convictos de necedad los que sostienen que los apóstoles, y todos los creyentes, no tuvieron ni siquiera una pequeña fe, porque ninguno de ellos trasladó montes. Pues ni aprovecha tanto el traslado de un monte de un lugar a otro, ni ha de buscarse una vana ostentación de señales; cuanto que para utilidad de todos ha de ser trasladado aquel monte que por el profeta se dice que corrompe toda la tierra (Zac 4).

(Vers. 20.) Pero este género no se echa fuera sino por la oración y el ayuno. Mientras enseña cómo puede ser expulsado el malvadísimo demonio, instruye a todos para la vida.

(Vers. 21 y ss.) Estando ellos en Galilea, les dijo Jesús: El Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de hombres, y lo matarán; y al tercer día resucitará. Y se entristecieron en gran manera. Siempre mezcla cosas tristes con las prósperas, para que cuando vengan de repente no aterren a los apóstoles, sino que sean sobrellevadas por ánimos preparados: pues si los entristece que ha de ser muerto, debe alegrarlos que se diga que ha de resucitar al tercer día. Por lo demás, el que se entristezcan, y se entristezcan en gran manera, no procede de la infidelidad (de lo contrario habrían sabido [o: sabrían] también que Pedro había sido reprendido porque no sentía las cosas que son de Dios, sino las de los hombres); sino porque por el amor al maestro no toleran oír nada siniestro y humillante sobre él.

(Vers. 24.) Y cuando llegaron a Cafarnaúm, se acercaron a Pedro los que cobraban las didracmas, y dijeron: ¿Vuestro maestro no paga la didracma? Él dijo: Sí. Después de Augusto César, Judea fue hecha tributaria, y todos eran registrados en el censo por cabeza. De donde también José con María su parienta partió hacia Belén. De nuevo, como se había criado en Nazaret (que es una población de Galilea sujeta a la ciudad de Cafarnaúm), por costumbre piden los tributos: y por la magnitud de las señales, los que los exigían no se atreven a pedírselo a él mismo, sino que se dirigen al discípulo, o lo interrogan maliciosamente: si paga los tributos o si contradice la voluntad del César; según lo que leemos en otro lugar: ¿Es lícito pagar tributo al César, o no? (Mc 12, 14).

Y cuando entró en casa, se le anticipó Jesús, diciendo. Los que exigían la didracma se habían dirigido a Pedro aparte. Y cuando entró en casa, antes de que Pedro se lo sugiriera, el Señor lo interroga, para que no se escandalicen los discípulos por la petición del tributo; al ver que él conoce las cosas que se han hecho estando él ausente.

(Vers. 25.) ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes reciben tributo o censo? ¿de sus hijos, o de los extraños? Y él dijo: De los extraños. Jesús le dijo: Luego los hijos están libres. Nuestro Señor, tanto según la carne como según el espíritu, era hijo de rey, ya fuera generado de la estirpe de David, o el Verbo del Padre omnipotente. Por tanto, no debía tributos como hijo de reyes, sino que él, que había asumido la humildad

de la carne, debió cumplir toda justicia. Y nosotros, infelices, que somos llamados con el nombre de Cristo y nada hacemos digno de tan gran majestad: él por nosotros sostuvo la cruz y pagó los tributos; nosotros por su honor no pagamos los tributos, y como si fuéramos hijos de rey estamos exentos de impuestos.

(Vers. 26.) Pero para que no los escandalicemos: ve al mar, echa el anzuelo, y toma el primer pez que suba. Y abierta su boca, hallarás un estatero: tomándolo, dáselo por mí y por ti. No sé qué admirar primero en este lugar, si la presciencia o la magnitud del Salvador. La presciencia, porque sabía que el pez tenía en la boca un estatero, y que él mismo sería el primero en ser capturado. La magnitud y la virtud, si a su palabra al instante fue creado un estatero en la boca del pez, y lo que había de ser, él mismo lo hizo al hablar. Me parece, sin embargo, según los entendimientos místicos, que este es el pez que fue capturado primero, el cual estaba en lo profundo del mar y moraba en los remolinos salados y amargos, para que por el segundo Adán fuera liberado el primer Adán; y aquello que en su boca, esto es, en su confesión, había sido hallado, fuera entregado por Pedro y el Señor. Y bellamente se da ese mismo precio, pero está dividido, porque por Pedro se entregaba el precio como por un pecador; pero nuestro Señor no había cometido pecado, ni se halló engaño en su boca (Is 53). Se llama estatero al que tiene dos didracmas, para que se mostrara la semejanza de la carne, mientras el siervo y el Señor son liberados con el mismo precio. Pero también entendido

simplemente edifica al oyente: que el Señor fue de tan gran pobreza que no tenía de dónde pagar los tributos por sí y por el apóstol. Que si alguien quisiera objetar: ¿y cómo Judas llevaba dinero en las bolsas? Responderemos: consideró un nefas convertir los bienes de los pobres para sus propios usos, y nos dio el mismo ejemplo a nosotros.

(Cap. XVIII.---Vers. 1.) En aquella hora se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quién piensas que es mayor en el reino de los cielos? Lo que a menudo he advertido, también ahora debe observarse. Deben buscarse las causas de cada una de las palabras y hechos del Señor. Después de hallado el estatero, después de pagados los tributos, ¿qué pretende la repentina pregunta de los apóstoles? En aquella hora se acercaron los discípulos a Jesús diciendo: ¿Quién piensas que es mayor en el reino de los cielos? Porque habían visto que por Pedro y el Señor se pagaba el mismo tributo, por la igualdad del precio, pensaron que Pedro era preferido a todos los apóstoles, el cual en el pago del tributo había sido comparado con el Señor; por eso preguntan quién es mayor en el reino de los cielos. Y viendo Jesús sus pensamientos, y comprendiendo las causas del error, quiere sanar el deseo de gloria con la contienda de la humildad.

(Vers. 2.) Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo. O simplemente a cualquier niño, para buscar la edad y demostrar la semejanza de la inocencia. O ciertamente puso en medio de ellos como niño a sí mismo, que no había venido a ser servido, sino a servir, para

darles ejemplo de humildad. Otros interpretan al niño como el Espíritu Santo, a quien puso en los corazones de los discípulos para cambiar la soberbia en humildad.

(Vers. 3.) En verdad os digo que si no os convirtiereis y os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. No se manda a los apóstoles que tengan la edad de los niños, sino la inocencia, y que lo que aquellos poseen por los años, estos lo posean por el esfuerzo: para que sean niños en la malicia, no en la sabiduría.

(Vers. 4.) Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos. Como este niño, cuyo ejemplo os doy, no persevera en la ira, no recuerda la ofensa, no se deleita viendo a una mujer hermosa, no piensa una cosa y dice otra; así también vosotros, si no tuviereis tal inocencia y pureza de ánimo, no podréis entrar en los reinos de los cielos. O de otro modo: Cualquiera que se humillare como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos. El que me haya imitado y se haya humillado a mi ejemplo, de modo que se abata tanto como yo me abatí tomando forma de siervo, este entrará en el reino de los cielos (Flp 2).

(Vers. 5.) Y el que recibiere a un niño tal en mi nombre, a mí me recibe. El que fuere tal que imite la humildad e inocencia de Cristo, en él es recibido Cristo. Y prudentemente, para que cuando se les diera deferencia a los apóstoles no se creyeran honrados, añadió que ellos no debían ser recibidos por su propio mérito, sino por el honor del maestro.

(Vers. 6.) Pero el que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí. Nota que el que es escandalizado es un pequeñuelo; pues los mayores no reciben escándalos.

Más le vale que se le cuelgue al cuello una muela de asno, y se le hunda en lo profundo del mar. Aunque esta sentencia puede ser general contra todos los que escandalizan a alguien, sin embargo, según la consecuencia del discurso, puede entenderse dicha también contra los apóstoles, quienes al preguntar quién sería el mayor en el reino de los cielos, parecían contender entre sí por la dignidad; y si hubieran permanecido en este vicio, podrían haber perdido por su escándalo a aquellos que llamaban a la fe, al ver a los apóstoles luchar entre sí por el honor. En cuanto a lo que dijo: "Más le vale que se le cuelgue al cuello una muela de asno", habla según el rito de la provincia, por el cual entre los antiguos judíos esta era la pena para los crímenes mayores, que fueran hundidos en lo profundo atándoles una piedra. Y le conviene, porque es mucho mejor recibir una breve pena por la culpa que ser reservado para los tormentos eternos. Pues no juzgará [o: vindicará] el Señor dos veces por lo mismo (Nah 1).

(Vers. 7.) ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque es necesario que vengan escándalos. Pero, sin embargo, ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo! No porque sea necesario que vengan escándalos, de lo contrario estarían libres de culpa los que provocan el escándalo; sino que, siendo necesario que se produzcan escándalos en este mundo, cada uno está expuesto a los escán-

dalos por su propio vicio. Al mismo tiempo, por la sentencia general es herido Judas, que había preparado su ánimo para la traición.

(Vers. 8, 9.) Y si tu mano o tu pie te es ocasión de pecado, córtalo y échalo de ti. Mejor te es entrar en la vida manco o cojo, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácalo y échalo de ti. Mejor te es entrar en la vida con un solo ojo, que teniendo dos ojos ser echado en la gehena del fuego. Es ciertamente necesario que vengan escándalos; sin embargo, ¡ay de aquel hombre que, por lo que es necesario que suceda en el mundo, hace por su propio vicio que suceda a través de él. Por tanto, se trunca todo afecto y se amputa toda proximidad, para que por ocasión de la piedad ninguno de los creyentes esté expuesto a los escándalos. Si, dice, alguien te está tan unido como la mano, el pie, el ojo, y es útil y solícito, y agudo para percibir, pero te causa escándalo y por la disonancia de costumbres te arrastra a la gehena, es mejor que carezcas tanto de su proximidad como de los beneficios carnales, para que mientras quieres ganar a parientes y allegados, no tengas causa de ruina. Así pues, ni el hermano, ni la esposa, ni los hijos, ni los amigos, ni ningún afecto que nos pueda excluir del reino de los cielos, sea antepuesto al amor del Señor. Cada uno de los creyentes sabe qué le daña, o en qué se solicita su ánimo y a menudo es tentado. Es mejor llevar una vida solitaria que perder la vida eterna por las necesidades de la vida presente.

(Vers. 10, 11.) Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeñuelos. Porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre la faz de mi Padre que está en los cielos. Porque el Hijo del hombre ha venido a salvar lo que se había perdido. Arriba había dicho que por la mano, el pie y el ojo se debían amputar todas las proximidades y parentescos que pudieran causar escándalo; así pues, templa la austeridad de la sentencia con el precepto siguiente, diciendo: "Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeñuelos." De este modo, dice, mando la severidad para enseñar que se mezcle con la clemencia. En cuanto esté en vosotros, no los despreciéis, sino que por vuestra salvación buscad también la sanación de ellos. Pero si los viereis perseverar en los pecados y sirviendo a los vicios, es mejor que vosotros solos os salvéis que perecer con muchos. Porque sus ángeles en los cielos ven siempre la faz del Padre. Gran dignidad de las almas, que cada una tenga desde el comienzo de su nacimiento un ángel delegado para su custodia. Por eso leemos en el Apocalipsis de Juan: "Al ángel de Éfeso, de Tiatira, y al ángel de Filadelfia, y a los ángeles de las cuatro iglesias restantes escribe estas cosas" (Ap 1, 2, 3). El apóstol también manda cubrir la cabeza en las iglesias a las mujeres por causa de los ángeles (1 Cor 11).

(Vers. 12, 13.) ¿Qué os parece? Si uno tiene cien ovejas y se le extravía una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve en los montes y va a buscar la que se extravió? Y si sucede que la encuentra, en verdad os digo que se alegra más por ella que por

las noventa y nueve que no se extraviaron. Consecuentemente provoca a la clemencia el que había dicho antes: "Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeñuelos", y añade la parábola de las noventa y nueve ovejas dejadas en los montes y de la única que andaba errante, a la cual el buen pastor, porque por su excesiva debilidad no podía caminar, la llevó sobre sus hombros de regreso al resto del rebaño. Algunos piensan que este es el pastor que, estando en forma de Dios, no consideró como rapiña el ser igual a Dios, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz (Flp 2, 6 y ss.); y que por eso descendió a las cosas terrenas para salvar a la única ovejuela que se había perdido, esto es, el género humano. Otros, en cambio, piensan que en las noventa y nueve ovejas se entiende el número de los justos; y en la única ovejuela, al pecador, según lo que en otro lugar había dicho: "No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores; pues no tienen necesidad de médico los sanos, sino los que se sienten mal" (Lc 5, 32). Esta parábola está escrita en el Evangelio según Lucas con otras dos parábolas: la de las diez dracmas y la de los dos hijos (Lc 15).

(Vers. 14.) Así, no es voluntad ante vuestro Padre que está en los cielos que perezca uno de estos pequeñuelos. Se refiere a lo propuesto anteriormente, de lo cual había dicho: "Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeñuelos"; y enseña que la parábola fue puesta por eso, para que los pequeñuelos no sean menospreciados. En

cuanto a lo que dice: "No es voluntad ante vuestro Padre que perezca uno de estos pequeñuelos", se muestra que cuantas veces perezca alguno de estos pequeñuelos, no pereció por voluntad del Padre.

(Vers. 15 y ss.) Si tu hermano peca contra ti, vete y corrígelo a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma contigo a uno o dos más, para que por boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los escucha a ellos, dilo a la Iglesia. Si no escucha a la Iglesia, tenlo por pagano y publicano. Si peca contra nosotros nuestro hermano, y en cualquier causa nos hiere, tenemos la potestad, es más, la necesidad de perdonar, por la cual se nos manda que perdonemos sus deudas a nuestros deudores. Pero si alguien peca contra Dios, no es de nuestro arbitrio. Pues dice la divina Escritura: "Si peca un hombre contra otro hombre, rogará por él el sacerdote. Pero si peca contra Dios, ¿quién rogará por él?". Nosotros, al contrario, somos benignos ante la injuria de Dios; en nuestras propias afrentas ejercitamos los odios. Pero el hermano debe ser corregido aparte, no sea que si pierde de una vez el pudor y la vergüenza, permanezca en el pecado. Y si en verdad escucha, ganamos su alma, y por la salvación de otro, se nos adquiere también a nosotros la salvación. Pero si no quisiere escuchar, añádase un hermano. Y si tampoco escucha a aquel, añádase incluso un tercero, ya sea por el empeño de corregirlo o para reunirse bajo testigos. Por lo demás, si tampoco quisiere escucharlos a ellos, entonces debe decirse a muchos,

para que lo tengan por detestable, y el que no pudo ser salvado por la vergüenza, sea salvado por los oprobios. Cuando se dice: "Tenlo por pagano y publicano", se muestra que es de mayor detestación el que bajo el nombre de fiel realiza obras de infieles, que los que abiertamente son gentiles. Pues se llaman publicanos según la tropología los que siguen las ganancias del mundo y exigen tributos mediante negociaciones y fraudes, y hurtos, y criminales perjurios.

(Vers. 18.) En verdad os digo: todo lo que atareis sobre la tierra, será atado también en el cielo; y todo lo que desatareis sobre la tierra, será desatado también en el cielo. Como había dicho: "Si no escucha a la Iglesia, tenlo por pagano y publicano", y esta podía ser la respuesta oculta o el pensamiento tácito del hermano despreciador: "si tú me desprecias, yo también te desprecio; si tú me condenas, por mi sentencia también tú serás condenado"; concede potestad a los apóstoles para que sepan los que son condenados por tales personas, que la sentencia humana es robustecida por la sentencia divina, y que todo lo que haya sido atado en la tierra, sea atado igualmente también en el cielo.

(Vers. 19, 20.) Otra vez os digo: que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo sobre la tierra, acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Todo el discurso anterior nos había provocado a la concordia. Por tanto, también promete un premio,

para que nos apresuremos con más solicitud a la paz, ya que dice que él será mediador entre dos y tres. Según aquel ejemplo del tirano que, habiendo capturado a dos amigos (cuando uno había regresado para visitar a su madre y había dado al amigo como rehén por sí mismo), quiso probarlos de tal modo que, reteniendo a uno, soltara al otro. Y habiendo regresado este el día convenido, admirando la fidelidad de ambos, pidió que lo tuvieran por tercero. Podemos entender esto también espiritualmente: que donde el espíritu, el alma y el cuerpo se pongan de acuerdo y no tengan entre sí una guerra de diversas voluntades [o: deleites]; codiciando la carne contra el espíritu y el espíritu contra la carne; acerca de cualquier cosa que pidan, la obtengan del Padre. Y nadie duda que la petición es de cosas buenas, donde el cuerpo quiere tener aquello que el espíritu quiere.

(Vers. 21, 22.) Entonces, acercándose Pedro, le dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará contra mí mi hermano y le perdonaré? ¿hasta siete veces? Jesús le dice: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. El discurso del Señor se encadena consigo mismo y, a modo de una cuerda triple, no puede romperse. Arriba había dicho: "Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeñuelos"; y había añadido: "Si tu hermano peca contra ti, vete y corrígelo a solas tú con él"; y había vuelto a prometer un premio diciendo: "Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo sobre la tierra, acerca de cualquier cosa obtendrán lo que pidieren; y yo estaré en medio de ellos". Provocado el apóstol Pedro, pregunta cuántas veces

debe perdonar al hermano que peca contra él y, con la pregunta, emite una opinión: "¿hasta siete veces?". A quien respondió Jesús: "No hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete", esto es, cuatrocientas noventa veces, para que perdonara al hermano que peca tantas veces en un día cuantas aquel no pudiera pecar.

(Vers. 23.) Por eso el reino de los cielos ha sido semejado a un hombre rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Es familiar para los sirios y especialmente para los palestinos unir parábolas a todo su discurso: para que aquello que no puede ser retenido por los oyentes mediante un simple precepto, sea retenido mediante la semejanza y los ejemplos. Mandó, pues, a Pedro bajo la comparación del rey y el señor, y el siervo, quien siendo deudor de diez mil talentos, rogando al señor, había obtenido el perdón; para que él también perdone a sus consiervos que pecan menos. Pues si aquel rey y señor perdonó tan fácilmente al siervo deudor de diez mil talentos, ¿cuánto más deben los siervos perdonar a sus consiervos cosas menores? Para que esto sea más manifiesto, digamos bajo un ejemplo: si alguno de nosotros cometiere adulterio, homicidio, sacrilegio, crímenes mayores de diez mil talentos, se perdonan a quienes lo ruegan, si ellos también perdonan a los que pecan menos. Pero si, por una afrenta recibida, nos mostramos al instante implacables y por una palabra amarga mantenemos perpetuas discordias, ¿no nos parece que rectamente hemos de ser arrojados a la cárcel y, bajo el ejemplo de

nuestra propia obra, hacer esto: que no se nos conceda el perdón de los delitos mayores?

(Vers. 24 y ss.) Y cuando comenzó a ajustar cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Pero no teniendo él con qué pagar, mandó su señor que fuera vendido él, y su mujer e hijos, y todo lo que tenía, y que se hiciera el pago. Entonces aquel siervo, cayendo, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo. Y el señor de aquel siervo, movido a compasión, lo soltó y le perdonó la deuda. Pero al salir aquel siervo, halló a uno de sus consiervos que le debía cien denarios; y agarrándolo, lo ahogaba diciendo: Paga lo que debes. Y su consiervo, cayendo, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo. Pero él no quiso, sino que fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara la deuda. Al ver sus consiervos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y contaron a su señor todo lo que había pasado. Entonces su señor lo llamó y le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné porque me rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu consiervo, como yo la tuve de ti? E irritado su señor, lo entregó a los torturadores hasta que pagara toda la deuda. Sé que algunos interpretan a este que debía diez mil talentos como el diablo, cuya mujer e hijos que han de ser vendidos, permaneciendo él en la malicia, quieren que se entiendan como la necedad y los malos pensamientos. Pues así como la mujer del justo se llama sabiduría, así la mujer del injusto y pecador se llama estulticia. Pero cómo le perdone el señor diez mil talentos, y él no nos perdone

a nosotros sus consiervos cien denarios, ni es de interpretación eclesiástica, ni debe ser aceptado por hombres prudentes.

(Vers. 35.) Así también mi Padre celestial hará con vosotros, si no perdonare cada uno a su hermano de corazón. Sentencia formidable, si según nuestra mente la sentencia de Dios se inclina y cambia. Si no perdonamos las cosas pequeñas a los hermanos, no se nos perdonarán a nosotros las grandes por Dios. Y porque cada uno puede decir: "no tengo nada contra él, él lo sabe; tiene a Dios por juez, no me preocupa qué quiera hacer, yo le he perdonado"; confirma su sentencia y destruye toda simulación de paz fingida, diciendo: "Si no perdonareis cada uno a su hermano de corazón".

(Cap. XIX.---Vers. 1 y ss.) Y sucedió que cuando Jesús terminó estos discursos, partió de Galilea y vino a los confines de Judea, al otro lado del Jordán; y le siguieron muchas turbas y los curó allí. Y se le acercaron los fariseos tentándole y diciéndole: ¿Es lícito al hombre despedir a su mujer por cualquier causa? De Galilea había venido a Judea; por eso la facción de los fariseos y escribas le pregunta si es lícito al hombre despedir a su mujer por cualquier causa, para retenerlo como en un silogismo cornuto y que, responda lo que responda, quede expuesto a una trampa. Si dijere que se debe despedir a las esposas por cualquier causa y casarse con otras, el predicador de la castidad parecerá enseñar cosas contrarias a sí mismo. Pero si respondiere que no por toda causa debe ser despedida, será tenido por reo de sacrilegio y se

juzgará que actúa contra la doctrina de Moisés y, a través de Moisés, contra la de Dios. Por tanto, el Señor templa de tal modo la respuesta que evita la trampa de ellos, aduciendo la sagrada Escritura como testimonio y oponiendo la ley natural y la primera sentencia de Dios a la segunda, la cual fue concedida no por voluntad de Dios, sino por la necesidad de los pecadores.

(Vers. 4.) Él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo? Esto está escrito en el exordio del Génesis. Al decir "varón y hembra", muestra que se deben evitar las segundas nupcias. Pues no dice "varón y hembras", que era lo que se buscaba con el repudio de las anteriores, sino "varón y hembra", para que se anudaran los consorcios de un solo cónyuge.

(Vers. 5, 6.) Y dijo: por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. Así que ya no son dos, sino una sola carne. Del mismo modo dice "se unirá a su mujer", no a sus mujeres. Y serán los dos una sola carne. El premio de las nupcias es que de dos se haga una sola carne. La castidad unida al espíritu se hace un solo espíritu.

"Lo que Dios ha unido, el hombre no lo separe". Dios ha unido, haciendo una sola carne del hombre y de la mujer; esto no lo puede separar el hombre, sino tal vez solo Dios. El hombre separa cuando, por el deseo de una segunda mujer, despide a la primera. Dios separa—Él que también los había unido—cuando por mutuo consentimiento, por el servicio de Dios (debido a que el

tiempo es breve), así tenemos esposas como si no las tuviéramos (1 Cor. 7).

(Vers. 7.) Le dicen: "¿Por qué entonces Moisés mandó dar libelo de repudio y despedirla?". Manifiestan la calumnia que habían preparado. Y ciertamente el Señor no había proferido su propia opinión, sino que había recordado la historia antigua y los mandamientos de Dios.

(Vers. 8.) Les dice: "Por cuanto Moisés, por la dureza de vuestro corazón, os permitió despedir a vuestras mujeres; pero desde el principio no fue así". Lo que dice es de este modo: ¿Acaso puede Dios ser contrario a sí mismo, de modo que haya mandado una cosa antes y ahora rompa su sentencia con un nuevo mandato? No ha de pensarse así; sino que Moisés, al ver que por el deseo de segundas esposas—que fueran o más ricas, o más jóvenes, o más bellas—las primeras esposas eran asesinadas o llevaban una vida miserable, prefirió tolerar la discordia antes que permitir que el odio y los homicidios persistieran (Deut. 24). Al mismo tiempo, considera que no dijo: "Por la dureza de vuestro corazón os lo permitió Dios", sino "Moisés"; para que, según el Apóstol (1 Cor. 7), sea consejo de hombre, no imperio de Dios.

(Vers. 9.) "Pero yo os digo, que cualquiera que repudiare a su mujer, si no fuere por causa de fornicación, y se casare con otra, comete adulterio:" "y el que se casare con la repudiada, comete adulterio". Solo la fornicación es la que vence el afecto por la esposa; más aún, cuando ella ha dividido una carne en otra y se ha separado de su marido por la fornicación, no debe ser reteni-

da, no sea que ponga también al marido bajo maldición, diciendo la Escritura: "El que retiene a la adúltera es necio e impío". Dondequiera que hay, pues, fornicación y sospecha de fornicación, la esposa es libremente despedida. Y porque podía suceder que alguien levantara una calumnia contra una inocente y, por causa de una segunda unión matrimonial, imputara un crimen a la antigua, se le ordena despedir a la primera esposa de tal modo que no tenga una segunda mientras viva la primera. Pues lo que dice es tal como esto: Si no por lujuria, sino por injuria despides a tu mujer, ¿por qué, habiendo experimentado unas infelices primeras nupcias, te lanzas al peligro de unas nuevas? Asimismo, porque podía ocurrir que, según la misma ley, también la mujer diera repudio al marido, se prescribe la misma cautela, para que no tome un segundo marido. Y porque la meretriz, y la que una vez había sido adúltera, no temía el oprobio, se le prescribe al segundo marido que, si la tomare, esté bajo el crimen de adulterio.

(Vers. 10.) Le dicen sus discípulos: "Si tal es la causa del hombre con su mujer, no conviene casarse". Pesada carga es la de las mujeres si, exceptuada la causa de fornicación, no es lícito despedirlas. ¿Pues qué si fuera borracha, o iracunda, o de malas costumbres, o lujuriosa, o glotona, o vagabunda, o litigiosa, o maledicente—habrá de ser retenida tal mujer? Queramos o no, ha de ser sostenida. Pues cuando éramos libres, voluntariamente nos sometimos a la servidumbre. Viendo, pues, los apóstoles el pesado yugo de las

esposas, manifiestan el movimiento de su ánimo y dicen: "Si tal es la causa del hombre con su mujer, no conviene casarse".

(Vers. 11.) Él les dijo: "No todos comprenden esta palabra, sino aquellos a quienes es dado". Nadie piense que bajo esta palabra se introduce el hado o la fortuna: que estos son vírgenes a quienes les ha sido dado por Dios, o a quienes algún azar los ha llevado a esto; sino que es dado a los que han pedido, a los que han querido, a los que han trabajado para recibir. Pues a todo el que pide se le dará, y el que busca hallará, y al que llama se le abrirá (Mt. 7, 8 y Lc. 11, 10).

(Vers. 12.) "Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre; y hay eunucos que fueron hechos por los hombres; y hay eunucos que a sí mismos se castraron por causa del reino de los cielos. El que pueda comprender, que comprenda". Hay un triple género de eunucos: dos carnales y el tercero espiritual. Unos son los que así nacen del vientre de su madre. Otros los que o el cautiverio los hace, o las delicias de las matronas. Los terceros son los que a sí mismos se castraron por el reino de los cielos; y los que pudiendo ser hombres, se hacen eunucos por Cristo. A estos se les promete el premio; pero a los anteriores, para quienes la castidad es necesidad y no voluntad, no se les debe nada en absoluto. Podemos decirlo también de otro modo. Eunucos desde el vientre de su madre son los que son de naturaleza más fría y no apetecen la lujuria. Y otros los que son hechos por los hombres: a quienes o los filósofos hacen, o por el culto de

los ídolos se afeminan; o por persuasión herética simulan la castidad para mentir sobre la verdad de la religión. Pero ninguno de ellos alcanza los reinos de los cielos, sino el que se haya castrado por Cristo. Por lo cual también añade: "El que pueda comprender, comprenda"; para que cada uno considere sus fuerzas, si puede cumplir los preceptos virginales y de pudicicia. Pues por sí misma la castidad es halagüeña y atrae a cualquiera hacia sí. Pero se han de considerar las fuerzas, para que el que pueda comprender, comprenda. Es como la voz del Señor que exhorta e incita a sus soldados al premio de la pudicicia. "El que pueda comprender, comprenda"; el que pueda luchar, que luche, venza y triunfe.

(Vers. 13, 14.) Entonces le fueron presentados unos niños, para que les impusiera las manos y orase. Pero los discípulos los reñían. Jesús les dijo: No porque no quisieran que fueran bendecidos por la mano y la voz del Salvador; sino porque no teniendo aún una fe plenísima, pensaban que se fatigaba por la importunidad de los que los ofrecían, a semejanza de los hombres.

(Vers. 15.) "Dejad a los niños, y no les impidáis venir a mí; porque de los tales es el reino de los cielos". Y habiéndoles impuesto las manos, se retiró de allí. Significativamente dijo "de los tales", no "de estos"; para mostrar que no reina la edad sino las costumbres; y que a los que tuvieran una inocencia y simplicidad semejante, se les promete el premio. Coincidiendo también el Apóstol con la misma sentencia: "Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar, sino sed

niños en la malicia: mas sed perfectos en el modo de pensar" (1 Cor. 14, 20).

(Vers. 16.) Y he aquí uno que acercándose le dijo: "Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?". Él le dijo: Este que pregunta cómo alcanzar la vida eterna es joven, rico y soberbio; y según otro evangelista, pregunta no con deseo de aprender, sino de tentar (Mc. 10).

(Vers. 17.) "¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Uno es el Dios bueno". Porque había llamado bueno al maestro y no lo había confesado como Dios o Hijo de Dios, aprende que cualquier hombre santo, en comparación con Dios, no es bueno, de quien se dice: "Alabad al Señor, porque es bueno" (Sal. 117, 1). Pero para que nadie piense que en el hecho de que Dios sea llamado bueno, se excluye de la bondad al Hijo de Dios, leemos en otro lugar: "El buen pastor da su vida por sus ovejas" (Jn. 10). Y en el Profeta: "Tu buen espíritu" y "la buena tierra". Por tanto, el Salvador tampoco rechaza el testimonio de la bondad. Pero excluyó el error de un maestro sin Dios.

(Vers. 18, 19.) "Pero si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos". Él le dijo: "¿Cuáles?". Jesús le dijo: "No matarás. No cometerás adulterio. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre: y, amarás a tu prójimo como a ti mismo". Que este joven era un tentador lo podemos probar por el hecho de que, diciéndole el Señor "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos", vuelve a preguntar fraudulentamente cuáles son esos mandamientos: como si o

no los hubiera leído él mismo, o el Señor pudiera mandar cosas contrarias a Dios.

(Vers. 20.) El joven le dice: "Todo esto lo he guardado desde mi juventud, ¿qué me falta todavía?". Jesús le dice: El joven miente. Pues si esto que está puesto en los mandamientos, "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", lo hubiera cumplido con obras, ¿cómo es que después, oyendo "Ve y vende lo que tienes y dalo a los pobres", se retiró triste porque tenía muchas posesiones?

(Vers. 21.) "Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme". Está en nuestro poder si queremos ser perfectos. Sin embargo, cualquiera que quiera ser perfecto debe vender lo que tiene: y no venderlo en parte, como hicieron Ananías y Safira (Hechos 5); sino venderlo todo: y cuando lo haya vendido, darlo todo a los pobres, y así prepararse un tesoro en el reino de los cielos. Y esto no basta para la perfección, a menos que después de despreciadas las riquezas siga al Salvador, es decir, habiendo dejado atrás los males, haga el bien. Pues se desprecia más fácilmente la bolsa que el placer. Muchos, dejando atrás las riquezas, no siguen al Señor. Pero sigue al Señor quien es imitador de Él y camina por sus huellas. Pues quien dice que cree en Cristo, debe caminar así como Él caminó (1 Juan 2:6).

(Vers. 22.) "Se fue triste, pues tenía muchas posesiones". Esta es la tristeza que conduce a la muerte. Y se da la causa de la tristeza, que tenía muchas posesiones, es decir, espinas y abrojos, que ahogaron la semilla del Señor.

(Vers. 23.) "Entonces Jesús dijo a sus discípulos: En verdad os digo que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos". ¿Y cómo Abraham, Isaac y Jacob, siendo ricos, entraron en el reino de los cielos (Gén. 13 y 36), y en el Evangelio, Mateo y Zaqueo, habiendo dejado sus riquezas, son elogiados por el testimonio del Señor? Pero debe considerarse que en el momento en que entraron, dejaron de ser ricos. Por tanto, no entrarán mientras sean ricos. Y sin embargo, porque las riquezas se desprecian con dificultad, no dijo: "Es imposible que los ricos entren en el reino de los cielos", sino "difícilmente" (*difficile*). Donde se pone "difícilmente", no se pretende una imposibilidad, sino que se demuestra una rareza.

(Vers. 24 y ss.) "Y os digo de nuevo: Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que un rico entrar en el reino de los cielos". Al oír estas cosas, los discípulos se maravillaron mucho, diciendo: "¿Quién entonces podrá salvarse?". Mirándolos Jesús, les dijo: "Para los hombres esto es imposible, mas para Dios todas las cosas son posibles". Con este dicho se muestra que no es difícil, sino imposible. Pues si del mismo modo que un camello no puede entrar por el ojo de una aguja, así un rico no puede entrar en los reinos de los cielos, ninguno de los ricos se salvará. Pero si leemos a Isaías, cómo los camellos de Madián y de Efá vienen a Jerusalén con dones y presentes (Is. 60): y los que antes estaban encorvados y distorsionados por la depravación de los vicios, entran por las puertas de Jerusalén, veremos cómo también estos camellos, con los que

se compara a los ricos, cuando hayan depuesto la pesada carga de los pecados y la depravación de todo el cuerpo, pueden entrar por la puerta angosta y el camino estrecho que conduce a la vida (Mat. 7). Y preguntando los discípulos, y admirando la austeridad de lo dicho: "¿Quién entonces se salvará?", Él templó con su clemencia la severidad de la sentencia, diciendo: "Lo que para los hombres es imposible, para Dios es posible".

(Vers. 27.) "Entonces respondiendo Pedro, le dijo: He aquí que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido: ¿qué, pues, será para nosotros?". Gran confianza: Pedro era pescador, no había sido rico, buscaba su alimento con su mano y habilidad; y sin embargo habla confiadamente: "Lo hemos dejado todo". Y porque no basta solo con dejarlo, añade lo que es perfecto: "y te hemos seguido". Hemos hecho lo que mandaste, ¿qué premio, por tanto, nos darás?

(Vers. 28.) "Jesús les dijo: En verdad os digo que vosotros, que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel". No dijo: "vosotros que lo habéis dejado todo", pues esto también lo hizo el filósofo Crates, y muchos otros despreciaron las riquezas; sino "vosotros que me habéis seguido": lo cual es propio de los apóstoles y de los creyentes. En la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en el trono de su majestad, cuando los incorruptos resuciten de entre los muertos de la corrupción, os sentaréis también vosotros en los

solios de los que juzgan, condenando a las doce tribus de Israel: porque, creyendo vosotros, ellos no quisieron creer.

(Vers. 29, 30.) "Y todo aquel que dejare casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras por mi nombre, recibirá el ciento por uno y poseerá la vida eterna. Pero muchos que son primeros serán últimos, y los últimos primeros". Este pasaje concuerda con aquella sentencia en la que el Salvador habla: "No vine a traer la paz, sino la espada." Pues vine a separar al hombre de su padre, y a la madre de su hija, y a la nuera de su suegra: y los enemigos del hombre serán los de su propia casa (Mat. 10, 34). Por tanto, aquellos que por la fe de Cristo y la predicación del Evangelio hayan despreciado todos los afectos, así como las riquezas y los placeres del mundo, recibirán el ciento por uno y poseerán la vida eterna. Con ocasión de esta sentencia, algunos introducen mil años después de la resurrección, diciendo que entonces se nos devolverá el ciento por uno de todas las cosas que dejamos, junto con la vida eterna; sin entender que si la promesa es digna en lo demás, en el caso de las mujeres aparece la torpeza; de modo que quien haya dejado una por el Señor reciba cien en el futuro. El sentido, por tanto, es este: Quien haya dejado las cosas carnales por el Salvador, recibirá las espirituales; las cuales, en comparación y por su propio mérito, serán como si se comparara el número centenario con un número pequeño. De donde también dice el Apóstol, que había dejado solo una casa y pequeños campos de

una provincia: "Como no teniendo nada, y poseyéndolo todo" (2 Cor. 6, 10).

(Cap. 20.---Vers. 1 y ss.) "El reino de los cielos es semejante a un padre de familia que salió de madrugada a contratar obreros para su viña." Y habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Y saliendo hacia la hora tercera, vio a otros que estaban en la plaza ociosos, y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Salió de nuevo hacia la hora sexta y la novena: e hizo lo mismo. Pero hacia la hora undécima salió y halló a otros que estaban allí, y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos? Le dicen: Porque nadie nos ha contratado. Les dice: Id también vosotros a mi viña. Al atardecer, el señor de la viña dice a su mayordomo: Llama a los obreros y dales su jornal, empezando desde los últimos hasta los primeros. Al venir, pues, los que habían venido hacia la hora undécima, recibieron cada uno un denario. Al venir también los primeros, pensaron que iban a recibir más; pero recibieron también ellos cada uno un denario. Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familia, diciendo: Estos últimos trabajaron solo una hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado el peso del día y el calor. Pero él respondiendo dijo a uno de ellos.

Esta parábola, o similitud del reino de los cielos, se entiende por lo que se ha dicho antes. Pues está escrito antes de ella: "Muchos primeros serán últimos, y últimos primeros". No concediendo el Señor al tiempo, sino a la fe. Y dice que el

padre de familia salió de madrugada para contratar obreros para su viña, y fijó el precio del trabajo en un denario. Luego, habiendo salido hacia la hora tercera, vio a otros ociosos en la plaza; y a ellos no les prometió un denario, sino lo que fuera justo. A la hora sexta y novena hizo lo mismo. Pero a la undécima encontró a otros que habían estado ociosos todo el día, y los envió a la viña. Al atardecer, ordenó a su mayordomo que empezara a pagar desde los últimos, esto es, desde los obreros de la hora undécima hasta los obreros de la hora primera; y todos por igual, movidos por la envidia contra los últimos, acusaron de injusticia al padre de familia. No porque recibieran menos de lo que se había fijado, sino porque quisieron recibir más que aquellos sobre los que se había derramado la clemencia del contratante.

A mí me parece que los obreros de la primera hora son Samuel, y Jeremías, y Juan el Bautista, quienes pueden decir con el Salmista: "Desde el vientre de mi madre tú eres mi Dios" (Sal. 21, 11). Pero los obreros de la hora tercera son aquellos que comenzaron a servir a Dios desde la pubertad. Los de la hora sexta, los que en edad madura tomaron el yugo de Cristo. Los de la novena, los que ya declinan hacia la vejez. Además, los de la undécima, los que están en la extrema senectud: y sin embargo todos por igual reciben el premio, aunque el trabajo sea diverso. Hay quienes explican esta parábola de otro modo. Quieren que Adán y los demás patriarcas hasta Noé fueran enviados a la viña a la primera hora; a la tercera, el mismo Noé hasta Abraham y la circuncisión

que se le dio; a la sexta, desde Abraham hasta Moisés, cuando se dio la Ley; a la novena, el mismo Moisés y los profetas; a la undécima, los apóstoles y el pueblo de los gentiles, a quienes todos envidian. De donde, comprendiendo esto mismo después de la hora undécima, cuando estaba cerca el ocaso del sol y hacia la tarde, Juan el Evangelista habla: "Hijitos míos, es la última hora" (1 Juan 2, 13). Y al mismo tiempo considera que no comprenden en sí mismos la injusticia del padre de familia, que todos por igual acusan en el caso de los obreros de la hora undécima. Pues si el padre de familia es injusto, no es injusto en uno, sino en todos: porque no trabajó así el obrero de la hora tercera, como aquel que fue enviado a la viña desde la primera hora. Del mismo modo, el obrero de la hora sexta trabajó menos que el obrero de la hora tercera; y el de la novena, menos que el obrero de la hora sexta. Por tanto, todo llamado del pasado envidia a los gentiles, y se atormenta en la gracia del Evangelio. De donde también el Salvador, concluyendo la parábola: "Los primeros —dice— serán últimos, y los últimos primeros". Porque los judíos son vueltos de la cabeza a la cola: y nosotros somos cambiados de la cola a la cabeza.

(Vers. 13.) "Amigo, no te hago injuria". Leí en el libro de cierto hombre que este amigo que es reprendido por el padre de familia se entiende como el obrero de la primera hora, el primer hombre formado (*protoplastum*), y los que creyeron en aquel tiempo. ¿Acaso no conviniste conmigo en un denario? El denario tiene la efigie del rey.

Recibiste, pues, la recompensa que te había prometido, esto es, mi imagen y semejanza: ¿qué buscas más?; y no deseas tanto recibir tú más, como que el otro no reciba nada, como si por el compañerismo de otro se disminuyera el mérito de la recompensa.

(Vers. 14, 15.) "Toma lo que es tuyo y vete. Quiero también dar a este último como a ti: ¿O acaso no me es lícito hacer lo que quiero?". El judío en la Ley no se salva por la gracia, sino por la obra. Pues quien la hiciere, vivirá en ella. De donde se le dice:

(Vers. 16.) "¿Acaso tu ojo es malo porque yo soy bueno?" Así serán los últimos primeros, y los primeros últimos. Porque muchos son los llamados, pero pocos los elegidos. Eso mismo sugiere aquella parábola de Lucas, donde el hijo mayor envidia al menor, y no quiere que sea recibido cuando está arrepentido, y acusa al padre de injusticia. Y para que sepamos que este es el sentido que hemos dicho, el título de esta parábola y su fin concuerdan. "Así serán —dice— los últimos primeros, y los primeros últimos. Porque muchos son los llamados, pero pocos los elegidos."

(Vers. 17 y ss.) "Y subiendo Jesús a Jerusalén, tomó a sus doce discípulos aparte y les dijo: He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas: y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles para ser escarnecido, y azotado, y crucificado, y al tercer día resucitará". Con frecuencia había dicho esto mismo a los discípulos: pero porque se habían

disputado muchas cosas en el intervalo, podía escaparse de la memoria lo que habían oído; a punto de ir a Jerusalén y de llevar consigo a los apóstoles, los prepara para la tentación: no sea que cuando llegue la persecución y la ignominia de la cruz, se escandalicen.

(Vers. 20, 21.) "Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, adorando y pidiendo algo de él." Quien le dijo: "¿Qué quieres?" Ella le dijo: "Di que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, en tu reino". ¿De dónde tiene la madre de los hijos de Zebedeo la opinión del reino, para que cuando el Señor haya dicho: "el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles para ser escarnecido, y azotado, y crucificado"; y cuando anunciaba la ignominia de la pasión a los temerosos discípulos, ella pidiera la gloria del triunfante? Por esta causa, según creo: porque después de todo el Señor había dicho: "y al tercer día resucitará", la mujer pensó que él reinaría inmediatamente después de la resurrección; y que esto que se promete en la segunda venida debía cumplirse en la primera, y con avidez femenina desea las cosas presentes, olvidada de las futuras. Pero que el Señor pregunte y, a su petición, responda: "¿Qué quieres?", no viene de la ignorancia: sino que se dice desde la persona de Aquel que iba a ser azotado y crucificado: como también en el caso de la hemorroísa: "¿Quién me ha tocado?" (Luc. 8, 45). Y sobre Lázaro: "¿Dónde lo habéis puesto?" (Juan 11, 34). En

el Antiguo Testamento también: "Adán, ¿dónde estás?" (Gén. 3, 9). Y: "Bajando veré si han cumplido según el clamor que ha llegado a mí: y si no, para que lo sepa" (Gén. 18, 21). Además, la madre de los hijos de Zebedeo pide por error mujeril y afecto de piedad, sin saber lo que pedía. Ni es de extrañar si se la acusa de impericia; puesto que de Pedro se dice, cuando quiere hacer tres tabernáculos, que "no sabía lo que decía" (Marcos 9).

(Vers. 22.) "Pero Jesús respondiendo, dijo: No sabéis lo que pedís". La madre pide, y el Señor habla a los discípulos, entendiendo que las preces de ella procedían de la voluntad de los hijos. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Le dicen: Podemos. Por el cáliz en las divinas Escrituras entendemos la pasión, según aquello: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz" (Mat. 26, 39). Y en el Salmo: "¿Qué daré al Señor por todas las cosas que me ha dado? Tomaré el cáliz de la salvación; e invocaré el nombre del Señor" (Sal. 115, 3 y ss.); e inmediatamente añade qué cáliz es este: "Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus Santos".

(Vers. 23.) "Él les dice: Mi cáliz, por cierto, lo beberéis: pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí dároslo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre". Se pregunta cómo los hijos de Zebedeo, a saber, Jacobo y Juan, bebieron el cáliz del martirio, puesto que la Escritura relata que solo Jacobo el Apóstol fue decapitado por Herodes (Hechos 12): pero Juan terminó su vida con su propia muerte. Pero si leemos las historias eclesiásticas, en las que

se cuenta que él mismo, por causa del martirio, fue echado en una tinaja de aceite hirviendo, y de allí salió como atleta para recibir la corona de Cristo, y fue inmediatamente relegado a la isla de Patmos, veremos que al espíritu no le faltó el martirio, y que Juan bebió el cáliz de la confesión: el cual también bebieron los tres niños en el horno de fuego (Dan. 3), aunque el perseguidor no derramara su sangre. Además, que diga: "sentarse a mi derecha y a mi izquierda no me toca a mí dároslo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre", ha de entenderse así: El reino de los cielos no es del que da, sino del que recibe. Pues no hay acepción de personas ante Dios (Hechos 10, 34): sino que cualquiera que se muestre tal que se haga digno del reino de los cielos, este lo recibirá, porque está preparado no para la persona, sino para la vida. Si, pues, sois tales que alcancéis el reino de los cielos, que mi Padre ha preparado para los triunfadores y los vencedores, también vosotros lo recibiréis. Otros quieren que se diga de Moisés y Elías: a quienes poco antes habían visto hablando con Él en el monte: pero a mí no me parece en absoluto así. Pues los nombres de los que se sientan en el reino de los cielos no se dicen por esta razón; no sea que, nombrados unos pocos, los demás se pensaran excluidos.

(Vers. 24.) "Y al oír esto los diez, se indignaron contra los dos hermanos". Los diez apóstoles no se indignan contra la madre de los hijos de Zebedeo, ni atribuyen el hecho a la audacia de la mujer que pedía; sino a los hijos, porque ignorando su

medida, ardían en un deseo inmoderado, a quienes también el Señor había dicho: "No sabéis lo que pedís". Pero se sobreentiende, ya sea por la respuesta del Señor, ya sea por la indignación de los apóstoles, que los hijos habían enviado a la madre a pedir grandes cosas.

(Vers. 25 y ss.) "Pero Jesús los llamó a sí y dijo: Sabéis que los príncipes de las naciones las dominan; y los que son mayores ejercen potestad sobre ellas." "No será así entre vosotros: sino que cualquiera que quisiere entre vosotros hacerse el mayor, sea vuestro ministro." "Y el que quisiere entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo." Maestro humilde y manso, no reprende a los dos que piden por su deseo inmoderado; ni choca a los diez restantes por su indignación y envidia, sino que pone tal ejemplo por el cual enseña que es mayor aquel que haya sido menor, y que se hace señor aquel que sea el siervo de todos. En vano, pues, o aquellos buscaron cosas inmoderadas: o estos se duelen sobre el deseo de los mayores; puesto que a la cumbre de las virtudes no se llega por la potencia, sino por la humildad. Finalmente, propone el ejemplo de sí mismo, para que si menospreciaran sus palabras, se avergonzaran ante sus obras, y dice:

(Vers. 28.) "Como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir". Notad, lo que frecuentemente hemos dicho, que aquel que sirve es llamado Hijo del hombre. "Y para dar su vida en redención por muchos". Cuando tomó la forma de siervo para derramar su sangre por el mundo (Filip. 2). No dijo dar su vida en redención por

todos, sino por muchos, esto es, por aquellos que quisieran creer.

(Vers. 29 y ss.) "Y al salir ellos de Jericó, le siguió una gran multitud." Y he aquí dos ciegos sentados junto al camino, que oyeron que Jesús pasaba; y clamaron, diciendo: "Señor, ten misericordia de nosotros, hijo de David." Pero la multitud los reprendía para que callaran. Mas ellos clamaban más fuerte, diciendo: "Señor, ten misericordia de nosotros, hijo de David." Muchos ladrones había en Jericó, que al salir y bajar de Jerusalén solían matar y herir; por eso el Señor vino a Jericó con sus discípulos, para liberar a los heridos y llevar tras de sí una gran multitud. Finalmente, después de que quieren salir de Jericó, le siguió una gran multitud. Si se hubiera quedado en Jerusalén y nunca hubiera bajado a lo humilde, la multitud hasta hoy estaría sentada en tinieblas y en sombra de muerte. Pero había también dos ciegos junto al camino. Llama ciegos a los que todavía no podían decir: "En tu luz veremos la luz" (Sal. 35, 10). Junto al camino, porque parecían ciertamente tener noticia de la Ley; pero ignoraban el Camino, que es Cristo; a quienes la mayoría entiende como fariseos y saduceos, otros en cambio como ambos pueblos, el del Antiguo Testamento y el del Nuevo; porque el uno siguiendo la Ley escrita, el otro la natural, estaba ciego sin Cristo. Estos, porque por sí mismos no podían ver, oyeron los pregones del Salvador y confesaron al Hijo de David. Pero si cada ciego se refiere al pueblo de los judíos, esto que sigue: "La multitud los reprendía", ha de entenderse sobre

los étnicos: a quienes el Apóstol advierte que no se gloríen ni se ensoberbezcan contra su raíz (Rom. 11); sino que, habiendo sido ellos mismos injertados por el error de los anteriores desde el acebuche en el buen olivo, de ninguna manera deban envidiar la salvación de los primeros. "Ten misericordia de nosotros, hijo de David". Son reprendidos por las multitudes, y sin embargo no callan; sino que más frecuentemente repiten lo mismo, para mostrar un deseo lleno de verdadera luz.

(Vers. 32, 33.) "Y se detuvo Jesús, y los llamó y dijo: ¿Qué queréis que os haga?" Le dicen: "Señor, que se abran nuestros ojos". Estaban ciegos, ignoraban a dónde se dirigían y no podían seguir al Salvador. Muchos pozos había en Jericó, muchas rocas y precipicios que daban al abismo; por eso el Señor se detiene para que puedan venir, y manda que los llamen para que las multitudes no se lo impidan; y pregunta como ignorando lo que quieren, para que de la respuesta de los ciegos sea patente su debilidad manifiesta, y se conozca la virtud por el remedio.

(Vers. 34.) "Y compadecido de ellos Jesús, tocó sus ojos: y al instante vieron, y le siguieron". Toca los ojos y el Artífice otorga lo que la naturaleza no había dado. O ciertamente lo que la debilidad había quitado, lo dona la misericordia. Y al instante vieron y le siguieron. Los que antes estaban contraídos sentados en Jericó y solo sabían clamar, después siguen a Jesús, no tanto con los pies como con las virtudes.

(Cap. XXI. --- Vers. 1 ss.) Y cuando se acercó a Jerusalén, y vino a Betfagé al monte de los Olivos, entonces Jesús envió a dos discípulos, diciéndoles: Id a la aldea que está frente a vosotros: y al instante hallaréis una asna atada, y un pollino con ella: desatadlos y traédmelos. Y si alguno os dijere algo, decid: Porque el Señor los necesita: y al instante los dejará ir. Saliendo de Jericó, habiendo salido de allí muchísimas turbas, y devuelta la salud a los ciegos, se acerca a Jerusalén, enriquecido con grandes mercancías: devuelta la salvación de los creyentes, desea entrar en la ciudad de la paz, y en el lugar de la visión de Dios, y en la ciudadela de la atalaya. Y cuando se acercaba a Jerusalén, y llegó a Betfagé a la casa de las mandíbulas (que era una aldea de sacerdotes, y llevaba el tipo de la confesión; y estaba situada en el monte de los Olivos, donde está la luz del conocimiento, donde está el descanso de los trabajos y dolores), envió a dos de sus discípulos, teórico y práctico (theōrētikon kai ergastikon), es decir, conocimiento y obra, para que entrasen en la aldea. Y les dijo: Id a la aldea que está frente a vosotros. Porque estaba frente a los apóstoles, ni quería recibir el yugo de las doctrinas. "Y al instante," dice, "hallaréis una asna atada, y un pollino con ella: desatadlos y traédmelos." Atada estaba la asna con muchos vínculos de pecados. El pollino también, lascivo e impaciente de los frenos, con su madre, según el Evangelio de Lucas (Cap. XIX), tenía muchos señores, no sujeto a un solo error y dogma: y sin embargo, los muchos señores que se atribuían para sí potestad ilícita,

viendo al verdadero Señor, y a sus siervos que habían venido, que habían sido enviados para desatar, no se atreven a resistir. Pero qué sea la asna, y el pollino de la asna, lo diremos en lo que sigue.

(Vers. 4, 5.) Todo esto se hizo para que se cumpliese lo que fue dicho por el profeta, diciendo: Decid a la hija de Sión: He aquí tu rey viene a ti manso, sentado sobre una asna, y un pollino hijo de la que está acostumbrada al yugo. Esto está escrito en el profeta Zacarías: de lo cual más plenamente, si hubiere espacio de vida, se dirá en su lugar. Ahora ha de tocarse brevemente, que según la letra, en un pequeño espacio del camino, no pudo haber estado sentado sobre ambos animales. Pues o bien se sentó sobre la asna, y el pollino estuvo sin jinete: o si usó el pollino, lo cual es más adecuado, para sentarse, la asna fue llevada libre. Por tanto, puesto que la historia tiene o imposibilidad o fealdad, somos remitidos a cosas más altas: para que esta asna que estuvo acostumbrada al yugo, y domada, y había tirado del yugo de la ley, se entienda como la Sinagoga; el pollino de la asna, lascivo y libre, el pueblo de los Gentiles, sobre el cual se sentó Jesús, habiendo enviado a ellos a dos de sus discípulos, uno para la Circuncisión, y el otro para los Gentiles.

(Vers. 6, 7.) Y los discípulos yendo, hicieron como Jesús les mandó. Y trajeron la asna y el pollino: y pusieron sobre ellos sus vestiduras, y lo hicieron sentar encima. Este pollino y asna, sobre los cuales los apóstoles extienden sus vestiduras para que Jesús se siente más suavemente, antes

de la venida del Salvador estaban desnudos, y muchos atribuyéndose dominio sobre ellos, se helaban sin cobertura. Pero después que recibieron las vestiduras apostólicas, hechos más hermosos, tuvieron al Señor como jinete. Ahora bien, la vestidura apostólica puede entenderse o como la doctrina de las virtudes, o la explicación de las Escrituras, o las variedades de los dogmas eclesiásticos: con las cuales, a menos que el alma haya sido instruida y adornada, no merece tener al Señor como jinete.

(Vers. 8.) Y muchísima turba tendieron sus vestiduras en el camino. Ved la diferencia de cada persona. Los apóstoles ponen sus vestiduras sobre el asno; la turba, que es más vil, las tiende bajo los pies del asno; para que no tropiece en ninguna parte con una piedra, para que no pise una espina, para que no caiga en un hoyo. "Otros también cortaban ramas de los árboles, y las tendían en el camino." De los árboles frutales, con los cuales el monte de los Olivos está plantado, cortaban ramas, y las tendían en el camino: para que hicieran rectos los caminos torcidos, e igualaran las desigualdades: para que más rectamente y con seguridad en el corazón de los creyentes, Cristo, vencedor de los demonios y de los vicios, avanzara.

(Vers. 9.) "Y las turbas que iban delante y las que seguían, clamaban, diciendo: Hosanna al hijo de David: Bendito el que viene en el nombre del Señor: Hosanna en las alturas." Puesto que la historia es manifiesta, sigamos el orden espiritual del discurso. Las turbas que habían salido de

Jericó, y siguieron al Salvador y a sus discípulos, después que vieron desatado el pollino de la asna (que antes había estado atado) y adornado con las vestiduras de los apóstoles, y al Señor Jesús sentado sobre él, tendieron sus vestiduras, y cubrieron el camino con ramas de árboles. Y cuando hubieron hecho todas las cosas con la obra, también rinden el testimonio de la voz: y los que precedían y los que seguían resuenan no con una breve y silenciosa confesión, sino con un clamor plenísimo: "Hosanna al hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor." Ahora bien, lo que dice: "Las turbas que iban delante y las que seguían", muestra a ambos pueblos, tanto los que antes del Evangelio, como los que después del Evangelio creyeron en el Señor, alabando a Jesús con voz consonante de confesión: y según el ejemplo de la parábola anterior de los obreros de diversas horas, recibiendo el único premio de la fe. Además, lo que sigue: "Hosanna al hijo de David", qué signifique, recuerdo haberlo dicho hace muchísimos años en una breve epístola a Dámaso, entonces obispo de la ciudad de Roma; y ahora lo tocaré brevemente. En el salmo ciento diecisiete, que manifiestamente fue escrito sobre el advenimiento del Salvador, entre otras cosas leemos también esto: "La piedra que desecharon los edificadores, ésta ha sido hecha cabeza de esquina." Por el Señor se ha hecho esto y es admirable a nuestros ojos. Éste es el día que hizo el Señor, exultemos y alegrémonos en él." E inmediatamente se une: "Oh Señor, sálvame: oh Señor, prospera bien. Bendito el que viene en el

nombre del Señor: os bendecimos desde la casa del Señor", y lo demás (Sal. 117: 22 ss.). Por lo que se tiene en los Setenta intérpretes: ō Kyrie, sōson dē, esto es, "oh Señor, salva ya"; en el hebreo leemos: ANNA ADONAI OSIANNA, lo cual interpretó más manifiestamente Simaco diciendo: "Te ruego, Señor, salva, te ruego."

(Vers. 10.) "Y cuando entró en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es éste?" Y los pueblos decían." Al entrar Jesús con toda la turba, la ciudad de Jerusalén se conmueve, admirando la frecuencia, ignorando la verdad, y diciendo: "¿Quién es éste?". Lo cual ciertamente leemos en otro lugar que dicen los ángeles: "¿Quién es este rey de la gloria?" (Sal. 23:8). Pero mientras otros o dudaban o preguntaban, el pueblo humilde confiesa: comenzando por las cosas menores, para que llegue a las mayores, y dice: "Este es Jesús el profeta de Nazaret de Galilea." El Profeta, al cual también Moisés había dicho que vendría semejante a sí, y el cual propiamente entre los griegos se escribe con el artículo (arthron). Pero de Nazaret de Galilea, porque allí había sido educado: para que la flor del campo se nutriera en la flor de las virtudes.

(Vers. 12, 13.) "Y entró Jesús en el templo de Dios: y echaba fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas, y las cátedras de los que vendían palomas." Y les dijo: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada: pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones." Acompañado Jesús por la turba de los creyentes (que había tendido sus

vestiduras para que el pollino caminara con el pie ileso), entra en el templo, y echa fuera a todos los que vendían y compraban en el templo: y volcó las mesas de los cambistas, y dispersó las cátedras de los que vendían palomas, y les dijo, proferiendo testimonio de las santas Escrituras (Isa. 56): que la casa de su Padre, casa de oración debería ser, no cueva de ladrones, o casa de negociación (Jer. 7): como en otro Evangelista está escrito (Juan 2). Por esto primero ha de saberse, que según los mandatos de la Ley, en el templo del Señor más augusto en todo el orbe, y fluyendo allí el pueblo de casi todas las regiones de los judíos, eran inmoladas innumerables víctimas, especialmente en los días festivos, de toros, carneros, machos cabríos: ofreciendo los pobres, para que no estuviesen sin sacrificio, pichones de palomas, y tórtolas: sucedía muchísimas veces, que los que habían venido de lejos, no tenían víctimas. Pensaron, pues, los sacerdotes, cómo harían presa del pueblo, y vendían todos los animales que eran necesarios para los sacrificios, para que tanto vendieran a los que no tenían, como ellos mismos de nuevo recibieran lo comprado. Esta estafa de ellos la disipaba la frecuente penuria de los que venían, que necesitaban gastos, y no solo no tenían víctimas, sino ni siquiera de dónde comprar aves y pequeños regalillos viles. Pusieron, pues, también cambistas que dieran dinero prestado bajo fianza. Pero porque estaba mandado por la Ley (Lev. 25, y Deut. 23), que nadie recibiera usura, y no podía aprovechar el dinero prestado, que no tuviera nada de beneficio, y a veces perdiera

el capital, pensaron también otra treta, para que en lugar de cambistas, hicieran Collybistas, cuya propiedad de la palabra la lengua latina no expresa. Collyba se dicen entre ellos, lo que nosotros llamamos tragemata, o viles regalillos.

(Vers. 14.) "Y se acercaron a él ciegos y cojos en el templo: y los sanó." Si no hubiera volcado las mesas de los cambistas, y las cátedras de los que vendían palomas, los ciegos y los cojos no habrían merecido recibir la luz primitiva y el paso acelerado.

(Vers. 15.) "Pero viendo los príncipes de los sacerdotes y los escribas las maravillas que hacía, y a los niños clamando en el templo, y diciendo: Hosanna al hijo de David, se indignaron, y le dijeron: ¿Oyes lo que éstos dicen?" La mayoría de la gente piensa que el mayor de los signos fue que Lázaro fue resucitado (Juan 11), que el ciego desde el útero recibió la luz (Juan 9), que en el Jordán se oyó la voz del Padre (Mat. 3), que transfigurado en el monte mostró la gloria del que triunfa (Mat. 17). A mí, entre todos los signos que hizo, éste me parece más maravilloso, que un solo hombre, y en aquel tiempo despreciable, y hasta tal punto vil que después fue crucificado, mientras los escribas y fariseos rabiaban contra él, y veían destruidas sus ganancias, pudiera con los azotes de un solo látigo echar a tanta multitud, y volcar las mesas, y romper las cátedras, y hacer otras cosas que un ejército infinito no habría hecho. Pues algo ígneo y de estrellas radiaba de sus ojos, y la majestad de la divinidad brillaba en su rostro. Y aunque los sacerdotes no se atreven a ponerle la

mano encima, sin embargo calumnian sus obras, y convierten el testimonio del pueblo y de los niños que clamaban: "Hosanna al hijo de David", en una calumnia: a saber, que esto no se diga sino solo al Hijo de Dios. Vean, pues, los obispos, y hombres por muy santos que sean, con cuánto peligro sufren que se les diga esto a ellos mismos, si al Señor, a quien verdaderamente se decía esto, porque aún no era sólida la fe de los creyentes, se le imputa como un crimen.

(Vers. 16.) "Jesús les dice: Sí." ¿Nunca habéis leído: De la boca de los infantes y de los lactantes perfeccionaste la alabanza?" ¡Cuán moderadamente templa su sentencia, y con una respuesta que se inclina hacia ambos lados, y no abierta a la calumnia! No dijo lo que los escribas deseaban oír: "bien hacen los niños para darme testimonio", ni por el contrario: "yerran: son niños, debéis perdonar la edad"; sino que profiere un ejemplo del salmo octavo, para que, callando el Señor, el testimonio de las Escrituras confirmara los dichos de los niños.

(Vers. 17.) "Y dejándolos, salió fuera de la ciudad a Betania, y allí se quedó." Dejó a los incrédulos, y habiendo salido de la ciudad de los que le contradecían, fue a Betania, que se interpreta como casa de la obediencia, prefigurando ya entonces la vocación de los gentiles, y allí se quedó, porque no pudo permanecer en Israel. También ha de entenderse esto, que fue de tanta pobreza, y de tal manera no aduló a nadie, que en la ciudad más grande no encontró ningún huésped, ninguna mansión, sino que en un campo peque-

ño habitaba con Lázaro y sus hermanas: pues de ellos es la aldea de Betania.

(Vers. 18, ss.) Y por la mañana, volviendo a la ciudad, tuvo hambre. Y viendo una higuera junto al camino, fue a ella, y no halló nada en ella, sino solo hojas, y le dijo: Nunca nazca de ti fruto para siempre. Y al instante se secó la higuera. Y viendo los discípulos se maravillaron, diciendo: ¿Cómo se secó al instante?" Discutidas las tinieblas de la noche, radiando la luz matutina, y cerca del mediodía, en el cual el Señor con su pasión iba a ilustrar al orbe, al volver a la ciudad, tuvo hambre, o bien mostrando la verdad de la carne humana, o bien teniendo hambre de la salvación de los creyentes, e hirviendo ante la incredulidad de Israel. Y cuando hubo visto una higuera (que entendemos como la Sinagoga, y el conciliábulo de los judíos) junto al camino: pues tenía la Ley, y por eso estaba junto al camino, porque no creía en el Camino, fue a ella, que estaba por cierto en pie e inmóvil, y no tenía los pies del Evangelio: y no halló nada en ella, sino solo hojas, el estruendo de las promesas, las tradiciones farisaicas, y la jactancia de la Ley, y los adornos de las palabras sin ningún fruto de la verdad. De donde también otro evangelista dice: "Porque todavía no era el tiempo" (Mar. 11:13); o bien porque todavía no había llegado el tiempo de la salvación de Israel, por el hecho de que todavía no había entrado el pueblo de los gentiles, o bien porque había pasado el tiempo de la fe, porque habiendo venido a aquél primero, y siendo despreciado, habría pasado a las naciones. "And le dijo: Nunca nazca de

ti fruto", o "para siempre", o "por el siglo": pues ambos significados tiene la palabra griega aiōn. Y se secó la higuera, la cual, teniendo hambre el Señor, no tenía los alimentos que él había deseado. Pero de tal manera se secaron las hojas, que el tronco mismo permaneció, y rotas las ramas, reverdeciera la raíz, la cual en el último tiempo si quisiere creer, brote renuevos de fe, y se cumpla la Escritura, diciendo: "Hay esperanza para el árbol" (Job 14:7). Pero según la letra, el Señor que iba a padecer entre los pueblos, y a cargar con el escándalo de la cruz, debió fortalecer los ánimos de los discípulos con la anticipación de un signo. De donde también los discípulos se maravillan, diciendo: "¿Cómo se secó al instante?". Pudo, pues, el Salvador por la misma virtud...

(Vers. 21, 22.) Y respondiendo Jesús, les dijo: De cierto os digo, si tuviereis fe, y no vacilareis, no solo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte dijereis: Quítate y échate en el mar, se hará. Y todas las cosas que pidiereis en la oración creyendo, las recibiréis." Ladran contra nosotros los perros de los gentiles en sus volúmenes, los cuales dejaron para memoria de su propia impiedad, afirmando que los apóstoles no tuvieron fe, porque no pudieron trasladar montes. A los cuales nosotros responderemos, que muchos signos fueron hechos por el Señor, según el testimonio de Juan el Evangelista, los cuales si fueran escritos, el mundo no los podría contener (Juan 21:25). No porque el mundo no pudiera contener los volúmenes, los cuales puede contener un pequeño armario, o una sola caja, aunque

sean múltiples: sino porque no puede soportar la magnitud de los signos ante los milagros y la incredulidad. Por tanto, creemos que también los apóstoles hicieron estas cosas, pero que por eso no fueron escritas, para que no se diera a los infieles mayor ocasión de contradecir. De otro modo preguntémosles, si creen en estos signos, que se narran escritos, o no. Cuando hayamos visto a los incrédulos, consiguientemente probaremos que tampoco habrían creído en los mayores, quienes no creyeron en los menores. Esto contra aquéllos. Por lo demás nosotros, como ya hemos dicho antes, entendamos por el monte al diablo que se ensoberbece, y se arroja contra su Creador, el cual es llamado por el profeta monte corrompido. Y cuando se hubiere apoderado del alma de un hombre, y en ella estuviere radicado, por los apóstoles, y los que son semejantes a los apóstoles, puede ser trasladado al mar, esto es, a lugares salados, y fluctuantes, y amargos, que no tienen ninguna dulzura de Dios. Lo mismo se lee también en los Salmos: "No temeremos mientras se turbare la tierra, y se trasladaren los montes al corazón del mar" (Sal. 45:2).

(Vers. 23.) "Y cuando llegó al templo, se acercaron a él mientras enseñaba los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, diciendo: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿y quién te dio esta autoridad?" Con diversas palabras traman la misma calumnia que arriba, cuando dijeron: "En Beelzebub príncipe de los demonios echa éste los demonios." Pues cuando dicen: "¿Con qué autoridad haces estas cosas?", dudan

de la potestad de Dios, y quieren que se subentienda que es del diablo lo que hace. Añadiendo también: "¿Quién te dio esta autoridad?", muy manifiestamente niegan al Hijo de Dios, a quien piensan que hace signos no por sus propias fuerzas, sino por las ajenas.

(Vers. 24 ss.) "Respondiendo Jesús, les dijo: También yo os haré una pregunta, la cual si me respondiereis, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿del cielo o de los hombres? Pero ellos pensaban entre sí, diciendo: Si dijéramos: Del cielo, nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? Y si dijéramos: De los hombres, tememos a la turba: porque todos tenían a Juan como profeta. Y respondiendo a Jesús, dijeron: No sabemos." Esto es lo que vulgarmente se dice: A mal nudo de árbol, mal clavo o cuña hay que hincar. Pudo el Señor con abierta respuesta confutar la calumnia de los tentadores, pero prudentemente interroga, para que por su propio silencio o sentencia sean condenados. Pues si hubieran respondido que el bautismo de Juan era del cielo (como ellos mismos, sabios en la malicia, consideraron), la respuesta consiguiente era: ¿Por qué, pues, no fuisteis bautizados por Juan? Si hubieran querido decir que había sido compuesto por engaño humano, y que no tenía nada de divino, temían la sedición del pueblo. Pues todas las turbas en bandadas habían recibido el bautismo de Juan, y así lo tenían como profeta. Respondió, pues, la impiísima facción, y usó de una palabra de humildad, con la que decía que no sabía, para adaptar las asechanzas.

(Vers. 27.) "Él también les dijo: Ni yo os digo con qué autoridad hago estas cosas." Ellos mintieron en aquello de que habían respondido que no sabían: era consiguiente, pues, según la respuesta de ellos, que el Señor dijera también: "Ni yo lo sé"; pero la Verdad no puede mentir, y dice: "Ni yo os lo digo." Con lo cual muestra que tanto aquéllos saben, pero no quieren responder, como que él lo conoce, y por eso no lo dice, porque aquéllos callan lo que saben, e inmediatamente introduce la parábola, que tanto a aquéllos acuse de impiedad, como enseñe que el reino de Dios ha de ser trasladado a las naciones.

(Vers. 28 ss.) "¿Pero qué os parece? Un hombre tenía dos hijos; y acercándose al primero, dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. Él respondiendo, dijo: No quiero. Pero después, movido por el arrepentimiento, fue. Y acercándose al otro, dijo de la misma manera. Y él respondiendo, dijo: Voy, señor; y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Le dicen: El primero. Jesús les dice" (Luc. 15). Estos son los dos hijos, que también se describen en la parábola de Lucas, el frugal y el lujurioso, y de los cuales habla el profeta Zacarías: "Tomé para mí dos varas: a la una llamé Hermosura, y a la otra llamé Cuerda: y apacenté el rebaño" (Zac. 11:7). Al primero se le dice, al pueblo de los gentiles por la noticia de la ley natural: "Ve, y trabaja en mi viña": esto es, lo que no quieres que se te haga a ti, no lo hagas a otro (Tob. 4). El cual respondió soberbiamente: "No quiero." Pero después, en el advenimiento del Salvador, hecha penitencia, trabajó en la viña de

Dios, y corrigió la contumacia del discurso con el trabajo. Pero el segundo hijo es el pueblo de los judíos, que respondió a Moisés: "Todas las cosas que dijere el Señor haremos" (Exod. 24), y no fue a la viña, porque, muerto el hijo del padre de familia, se pensó heredero. Pero otros no piensan que la parábola sea de los gentiles y de los judíos, sino simplemente de los pecadores y de los justos: discurriendo también el mismo Señor su proposición después.

"De cierto os digo que los publicanos y las rameras os precederán en el reino de Dios." Por el hecho de que aquéllos que por malas obras habían negado servir a Dios, después recibieron el bautismo de arrepentimiento de Juan. Pero los fariseos, que preferían la justicia, y se jactaban de cumplir la ley de Dios, habiendo despreciado el bautismo de Juan, cumplieron los preceptos de Dios.

(Vers. 32.) "Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis. Pero los publicanos y las rameras le creyeron: y vosotros, viendo esto, ni aun después os arrepentisteis para creerle." Además, lo que se dice: "¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Y ellos dicen: El último." Se ha de saber que en los ejemplares verdaderos no se tiene "el último", sino "el primero", para que sean condenados por su propio juicio. Pero si quisiéramos leer "el último", la interpretación es manifiesta: que digamos que los judíos ciertamente entienden la verdad; pero tergiversan, y no quieren decir lo que sienten: al igual que

sabiendo que el bautismo de Juan era del cielo, no quisieron decirlo.

(Vers. 33.) "Oíd otra parábola: Había un hombre padre de familia, que plantó una viña, y la rodeó de un vallado, y cavó en ella un lagar, y edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos." Esto es lo que el Señor significó, tomado de un proverbio: "Duro es para ti dar coces contra el aguijón" (Hech. 9:5). Los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos del pueblo, que habían interrogado al Señor: "¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿y quién te dio esta autoridad?", y habían querido atrapar la sabiduría en una palabra, son vencidos por su propia arte; y oyen en parábolas lo que no merecían oír con la cara descubierta. Este hombre padre de familia, es él mismo que tenía dos hijos; y que en otra parábola contrató obreros para su viña; que plantó una viña, de la cual también Isaías habla plenísimamente por medio de un Canto, infiriendo al final: "La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel" (Isa. 5:7). Y en el Salmo: "Trasladaste una viña", dice, "de Egipto: echaste a las naciones, y la plantaste" (Sal. 79:9). "Y la rodeó de un vallado", o bien el muro de la ciudad, o bien los auxilios de los ángeles: "y cavó en ella un lagar", o el altar, o aquellos lagares, de los cuales también tres Salmos están pre-anotados por el título: el octavo, y el octogésimo, y el octogésimo tercero. "Y edificó una torre": sin duda el templo, del cual se dice por medio de Miqueas: "Y tú, torre nublada, hija de Sión" (Miq. 4:8). "Y la arrendó a unos labradores", a quienes en otro lugar llamó obreros de la viña:

que habían sido contratados a la hora primera, tercera, sexta, novena y undécima (Mat. 20). "Y se fue lejos": lo es, no por cambio de lugar; pues ¿de dónde puede estar ausente Dios, por quien se llenan todas las cosas? y quien dice por medio de Jeremías: "¿Soy yo Dios de cerca y no de lejos?, dice el Señor" (Jer. 23:23). Pero parece alejarse de la viña para dejar a los viñadores el libre arbitrio de trabajar.

(Vers. 34 ss.) "Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a sus siervos a los labradores, para que recibieran sus frutos. Y los labradores, habiendo prendido a sus siervos, a uno hirieron, a otro mataron, y a otro apedrearon. Otra vez envió a otros siervos más que los primeros; y les hicieron de la misma manera." Les había dado la Ley, y en esta viña les había mandado trabajar, para que exhibieran el fruto de la Ley en las obras. Después envió a ellos siervos, a los cuales aquéllos, una vez prendidos, o bien hirieron, como a Jeremías; o mataron, como a Isaías; o apedrearon, como a Naboth (3 Rey. 21), y a Zacarías, a quien mataron entre el templo y el altar (2 Crón. 24). Leamos la epístola de Pablo a los Hebreos (Heb. 11); y por ella aprenderemos plenísimamente qué grandes cosas padecieron cada uno de los siervos del Señor.

(Vers. 37, 38.) "Y finalmente envió a ellos a su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Pero los labradores viendo al hijo, dijeron entre sí: Éste es el heredero; venid, matémosle, y tendremos su heredad." En aquello que leímos arriba: "Otra vez envió a otros siervos más que los primeros,

y les hicieron de la misma manera", muestra la paciencia del padre de familia, que envió con más frecuencia, para provocar a los malos colonos al arrepentimiento: pero ellos atesoraron para sí ira para el día de la ira (Rom. 2). Además, lo que se une: "Tendrán respeto a mi hijo", no proviene de la ignorancia. Pues ¿qué ignoraría el padre de familia, que en este lugar se entiende como Dios Padre? Pero siempre se dice que Dios duda, para que el libre arbitrio sea reservado al hombre. Interroguemos a Arrio y a Eunomio. He aquí que se dice que el Padre ignora, y templa su sentencia, y en cuanto está en vosotros, se prueba que ha mentido. Lo que respondan por el Padre, entiéndanlo esto por el Hijo, que dice que ignora el día de la consumación.

(Vers. 39.) "Y prendiéndole, le echaron fuera de la viña, y le mataron." Y el Apóstol habla de que Jesús fue crucificado fuera de la puerta (Heb. 13). Podemos también entenderlo de otra manera; que fue echado fuera de la viña, y allí muerto: para que recibiéndole las naciones, la viña fuera arrendada a otros.

(Vers. 40, 41.) "Cuando, pues, venga el señor de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores? Le dicen: A los malos destruirá miserablemente, y arrendará su viña a otros labradores que le den el fruto a su tiempo." Les interroga el Señor no porque ignore lo que van a responder, sino para que por su propia respuesta sean condenados. Nos ha sido arrendada la viña, y arrendada con esa condición, de que demos al Señor el fruto a

su tiempo, y sepamos en cada momento qué nos conviene o hablar o hacer.

(Vers. 42.) "Jesús les dice: ¿Nunca habéis leído en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, ésta ha sido hecha cabeza de esquina? Por el Señor ha sido hecho esto, y es admirable a nuestros ojos" (Sal. 117:22, 23). Por varias parábolas y diversos discursos se entretejen las mismas cosas. Pues a los que arriba había llamado obreros, y viñadores, y labradores, ahora llama edificadores, esto es, albañiles. De donde dice el Apóstol: "Agricultura de Dios, edificación de Dios sois" (1 Cor. 3:9). Estos albañiles, pues, del mismo modo que los viñadores reciben la viña, así recibieron la piedra, que o bien pongan en los fundamentos, según el arquitecto Pablo (Ibíd.); o bien en la esquina, para que asocie dos paredes, esto es, a ambos pueblos (Ef. 2), la cual reprobada por ellos, fue hecha cabeza de esquina. Y esto ha sido hecho por el Señor, no por fuerzas humanas, sino por la potencia de Dios. De esta piedra de ayuda Pedro también habla con confianza: "Esta piedra que fue reprobada por vosotros los edificadores, ésta ha sido hecha cabeza de esquina" (1 Ped. 2:7). E Isaías: "He aquí", dice, "pondré en los fundamentos de Sión una piedra elegida, preciosa, angular: y el que creyere en él, no será confundido" (Isa. 28:16).

(Vers. 43.) "Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a una nación que haga sus frutos." Varias veces he dicho que el reino de Dios se entiende las santas Escrituras, las cuales el Señor quitó a los judíos, y

nos las entregó a nosotros, para que hagamos sus frutos. Ésta es la viña que se entrega a los labradores y viñadores, en la cual los que no hubieren trabajado, teniendo solo el nombre de las Escrituras, perderán los frutos de la viña.

(Vers. 44.) "Y el que cayere sobre esta piedra, será quebrantado: pero sobre quien ella cayere, le desmenuzará." Una cosa es ofender a Cristo por las malas obras, otra negarle. El que es pecador, y sin embargo cree en él, cae ciertamente sobre la piedra, y se quebranta, pero no se desmenuza del todo: pues se reserva por la penitencia para la salvación. Pero sobre quien aquélla cayere, esto es, sobre quien la piedra misma se lanzare, y quien hubiere negado a Cristo totalmente, le desmenuzará, de modo que ni siquiera quede un tiesto, en el cual se extraiga un poquito de agua.

(Vers. 45, 46.) "Y cuando hubieron oído los príncipes de los sacerdotes y los fariseos sus parábolas, conocieron que hablaba de ellos. Y buscando cómo prenderle, temieron a las turbas: porque le tenían como a profeta." Aunque eran de corazón duro, y por la incredulidad e impiedad hacia el Hijo de Dios eran torpes, sin embargo no podían negar las proposiciones abiertas: y entendían que todas las sentencias del Señor se dirigían contra ellos. De donde ciertamente querían matarle, pero temían a las turbas: porque le tenían como a profeta. Siempre la turba es móvil, y no persistente en la voluntad propuesta: y a la manera de las olas, por el ímpetu de diversos vientos es llevada de aquí para allá. A quien ahora veneran y dan culto casi como a profeta: después

claman contra él: "Crucifica, crucifica a tal hombre" (Juan 19:6).

(Cap. XXII. --- Vers. 1, 2.) "Y respondiendo Jesús, les habló otra vez en parábolas, diciendo: Semejante se ha hecho el reino de los cielos a un hombre rey, que hizo bodas para su hijo." Los fariseos, entendiendo que las parábolas se decían de ellos, buscaban cómo prenderle y matarle. Sabiendo el Señor esta voluntad de ellos, no obstante increpa a los que rabian, ni es vencido por el temor para no argüir a los pecadores. Este rey que hizo bodas para su hijo, es Dios omnipotente. Pues hace bodas para nuestro Señor Jesucristo y la Iglesia, la cual tanto de judíos, como de gentiles, ha sido congregada.

(Vers. 3.) "Y envió a su siervo a llamar a los invitados a las bodas, y no querían venir." Sin duda que a Moisés, por quien dio la Ley a los invitados. Pero si leyéramos "siervos", como tienen muchísimos ejemplares, ha de referirse a los profetas, porque los invitados por medio de ellos despreciaron venir.

(Vers. 4, 5.) "Otra vez envió a otros siervos, diciendo: Decid a los invitados: He aquí he preparado mi comida: mis toros y animales engordados han sido matados, y todo está preparado: venid a las bodas. Pero ellos no hicieron caso." Los siervos que fueron enviados por segunda vez, es mejor que se entiendan como profetas, que como apóstoles: pero solo si arriba se escribió "siervo". Pero si lees allí "siervos", aquí los segundos siervos han de entenderse como apóstoles. La comida preparada, y los toros y animales engordados

matados, o bien por metáfora se describen las riquezas reales, para que de las cosas carnales se entiendan las espirituales; o ciertamente puede percibirse la magnitud de los dogmas, y la doctrina plenísima de la ley de Dios.

(Vers. 6.) "Y se fueron, uno a su granja, y otro a su negocio. Los demás, en cambio, prendieron a sus siervos, y habiéndoles tratado con insultos, los mataron." Entre los que no reciben la verdad del Evangelio, hay mucha diversidad. Pues son de menor crimen los que ocupados en otras cosas no quisieron venir, que aquéllos que, despreciado el afecto del que invita, convirtieron la humanidad en crueldad, y habiendo prendido a los siervos del rey, o bien los trataron con insultos, o los mataron. En esta parábola se silencia la muerte del esposo: y por las muertes de los siervos, se muestra el desprecio de las bodas.

(Vers. 7.) "Pero el rey, cuando lo oyó, se airó." De quien se había dicho arriba: "Semejante se ha hecho el reino de los cielos a un hombre rey", cuando invitaba a las bodas, y hacía obras de clemencia, se añadió el nombre de hombre; ahora cuando llega a la venganza, se silencia el hombre, y se dice rey solamente. "Y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, e incendió su ciudad." Entendamos por ejércitos, o bien los ángeles vengadores, de quienes se escribe en los Salmos: "Envío por medio de ángeles malos" (Sal. 77:49); o bien entendamos a los romanos, bajo el mando de Vespasiano y Tito, quienes matados los pueblos de Judea, incendiaron la ciudad prevaricadora.

(Vers. 8 ss.) "Entonces dijo a sus siervos: Las bodas ciertamente están preparadas; pero los que habían sido invitados no eran dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos halléis, llamad a las bodas. Y saliendo los siervos de él a los caminos, congregaron a todos los que hallaron, malos y buenos; y las bodas se llenaron de comensales." El pueblo de las naciones no estaba en los caminos, sino en las salidas de los caminos. Pero se pregunta ¿cómo en éstos que estaban fuera entre los malos, también algunos buenos fueron hallados? Este lugar lo trata más plenamente el Apóstol a los Romanos (Rom. 2:14): que las naciones haciendo naturalmente aquellas cosas que son de la ley, condenan a los judíos, que no cumplieron la ley escrita. Entre los mismos étnicos también hay una diversidad infinita; pues sabemos que unos son proclives a los vicios y se lanzan a los males: otros por la honestidad de las costumbres están dedicados a las virtudes.

(Vers. 11, 12.) "Y entró el rey para ver a los comensales: y vio allí a un hombre no vestido con vestidura nupcial, y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí no teniendo vestidura nupcial? Pero él enmudeció." Éstos que habían sido invitados a las bodas, de los vallados y esquinas, y plazas, y diversos lugares, habían llenado la cena del rey. Pero después, cuando hubo venido el rey para ver a los que estaban a la mesa en su convite (esto es, descansando en su casi fe; para que en el día del juicio visitara a los invitados, y discerniera los méritos de cada uno), encontró a uno que no estaba vestido con vestidura nupcial. Este uno,

se entiende como todos los que están asociados en la malicia. Pues la vestidura nupcial son los preceptos del Señor, y las obras que se cumplen por la ley y el Evangelio, y efectúan la vestidura del hombre nuevo. Si alguien, pues, en el tiempo del juicio fuera hallado bajo el nombre cristiano de no tener vestidura nupcial, esto es, la vestidura del hombre supraceleste; sino una vestidura manchada, esto es, los despojos del hombre viejo, éste inmediatamente es reprendido, y se le dice: "Amigo, ¿cómo entraste aquí?". Le llama amigo, porque fue invitado a las bodas: le acusa de impudencia, porque con vestidura sucia manchó las limpiezas nupciales. "Pero él enmudeció." Pues en aquel tiempo no habrá lugar para la penitencia, ni facultad de negar, siendo todos los ángeles y el mundo mismo testigos de los pecados.

(Vers. 13.) "Entonces dijo el rey a los sirvientes: Atadas sus manos y pies, echadle en las tinieblas exteriores; allí será el lloro y el crujir de dientes." Entiende las manos atadas y los pies, y el lloro de los ojos, y el crujir de dientes, o bien para comprobar la verdad de la resurrección. O ciertamente por eso se atan las manos y los pies, para que dejen de obrar mal, y de correr para derramar sangre. En el lloro también de los ojos, y el crujir de dientes, por la metáfora de los miembros corporales, se muestra la magnitud de los tormentos.

(Vers. 14.) "Porque muchos son los llamados, pero pocos los elegidos." Comprende todas las parábolas en una breve sentencia: que tanto en la obra de la viña, como en la edificación de la casa,

y en el convite nupcial, no se busquen los inicios, sino el fin.

(Vers. 15.) "Entonces yéndose los fariseos, entraron en consejo para atraparle en su discurso. Y le envían a sus discípulos con los herodianos, diciendo." Recientemente, bajo el César Augusto, Judea sometida a los romanos, cuando en todo el orbe se celebró el censo, había sido hecha tributaria, y había en el pueblo una gran sedición, diciendo unos que por la seguridad y quietud, por la cual los romanos militaban por todos, debían pagarse los tributos: pero los fariseos, que se aplaudían a sí mismos por la justicia, por el contrario decían que no debía el pueblo de Dios (que pagaba los diezmos, y daba las primicias, y hacía lo demás que en la Ley está escrito) estar sometido a leyes humanas. El César Augusto había constituido a Herodes hijo de Antípatro, extranjero y prosélito, rey para los judíos, que presidiera los tributos, y obedeciera al imperio romano. Envían, pues, los fariseos a sus discípulos con los herodianos, esto es, los soldados de Herodes, o a quienes burlándose los fariseos porque pagaban tributos a los romanos, llamaban herodianos, y no dedicados al culto divino. Algunos de los latinos ridículamente piensan que eran herodianos los que creían que Herodes era el Cristo, lo cual no leemos en ninguna parte en absoluto.

(Vers. 16.) "Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios en verdad: y no tienes cuidado de nadie. Pues no haces acepción de personas de los hombres: Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito dar tributo al César, o no?"

Interrogación blanda y fraudulenta, que provoca allí al que responde para que tema más a Dios que al César, y diga que no deben pagarse los tributos, para que inmediatamente los herodianos que escuchan, le tengan por jefe de una sedición contra los romanos.

(Vers. 18.) "Pero Jesús, conocida la malicia de ellos, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas?"

La primera virtud del que responde es conocer la mente de los que interrogan, y llamarlos no discípulos, sino tentadores.

Se llama, pues, hipócrita al que es una cosa y simula otra, esto es, una cosa hace en la obra, y otra pretende con la voz.

(Vers. 19.) "Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le ofrecieron un denario."

La Sabiduría siempre obra sabiamente, para que los tentadores sean refutados principalmente por sus propios discursos.

"Mostradme", dice, "un denario", esto es, el tipo de moneda que se imputaba por diez monedas, y tenía la imagen del César.

(Vers. 20.) "Y les dijo Jesús: ¿De quién es esta imagen, y la inscripción?"

Los que piensan que la interrogación del Salvador es ignorancia, y no una dispensación, aprendan del presente lugar que ciertamente Jesús pudo saber de quién era la imagen en la moneda; pero interroga para responder competentemente a su discurso.

(Vers. 21.) "Le dicen: Del César. Entonces les dice: Pagad, pues, lo que es del César al César; y lo que es de Dios a Dios."

No pensemos que por César se significa a Augusto, sino a Tiberio, su hijastro, que sucedió en su lugar, bajo el cual padeció el Señor.

Todos los reyes romanos, desde el primer Cayo César, que había arrebatado el imperio, fueron llamados Césares.

Además, lo que dice: "Pagad lo que es del César al César", esto es, la moneda del tributo y el dinero: "y lo que es de Dios a Dios", entendamos los diezmos, las primicias, las oblaciones y las víctimas: como él mismo pagó los tributos por sí y por Pedro (Mat. 17); y dio a Dios lo que es de Dios, haciendo la voluntad del Padre (Juan 6).

(Vers. 22.) "Y oyendo esto, se maravillaron." Los que debían haber creído ante tanta sabiduría, se maravillaron de que su astucia para tender trampas no hubiera encontrado lugar.

"Y dejándole, se fueron." Llevándose consigo la infidelidad junto con el milagro.

(Vers. 23.) "En aquel día se acercaron a él los saduceos, que dicen que no hay resurrección."

Había dos herejías entre los judíos: una de los fariseos, otra de los saduceos.

Los fariseos anteponían la justicia de las tradiciones y observaciones, que ellos llaman deuteroseis [leyes secundarias]; por lo cual también eran llamados "divididos" por el pueblo.

Pero los saduceos, que se interpretan como "justos", también se atribuían a sí mismos lo que no eran: creyendo y confesando los primeros la resurrección del cuerpo y del alma, y los ángeles y el espíritu: los segundos (según los Hechos de los Apóstoles) lo negaban todo (Hech. 4).

Éstas son las dos casas de las que Isaías enseña más manifiestamente que tropezarían en la piedra de tropiezo (Is. 8).

(Vers. 24 ss.) "Y le interrogaron, diciendo: Maestro, Moisés dijo: Si alguno muriera no teniendo hijo, que su hermano tome a su mujer, y levante descendencia a su hermano."

"Había, pues, entre nosotros siete hermanos: y el primero, tomada mujer, falleció, y no teniendo descendencia, dejó su mujer a su hermano. De igual modo el segundo y el tercero hasta el séptimo. Por último, después de todos, murió también la mujer."

Los que no creían en la resurrección de los cuerpos, y pensaban que el alma moría con los cuerpos, rectamente fingen una fábula de este tipo, que acuse de delirio a los que aseguran la resurrección de los muertos.

Puede, sin embargo, suceder que verdaderamente en su nación ocurriera esto alguna vez.

(Vers. 28.) "En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será esposa? Porque todos la tuvieron."

Oponen la torpeza de la fábula para negar la verdad de la resurrección.

(Vers. 29.) "Respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios."

Por eso yerran, porque no conocen las Escrituras: y porque ignoran las Escrituras, consecuentemente no conocen el poder de Dios, esto es, a Cristo, que es el poder de Dios y la sabiduría de Dios (1 Cor. 1).

(Vers. 30.) "Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento; sino que son como los ángeles de Dios en el cielo."

La costumbre latina no corresponde al idioma griego. Pues propiamente se dice de las mujeres "casarse" (nubere), y de los hombres "tomar esposas" (uxores ducere); pero entendamos lo dicho simplemente, que "casarse" se ha escrito de los hombres, y "ser casada" de las mujeres.

Si en la resurrección no se casarán ni se darán en casamiento, resurgirán pues los cuerpos, que pueden casarse y ser casados.

Pues nadie dice de una piedra y de un árbol, y de estas cosas que no tienen miembros genitales, que no se casan ni se dan en casamiento; sino de aquellos que, pudiendo casarse, sin embargo por otra razón no se casan.

Pero lo que se añade: "Sino que son como los ángeles de Dios en el cielo", se promete una conversación espiritual.

(Vers. 31 ss.) "Y de la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, diciéndoos: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos."

Y oyéndolo las turbas, se maravillaban de su doctrina. Para comprobar la verdad de la resurrección, pudo usar otros muchos ejemplos más manifiestos, entre los cuales está aquel: "Resucitarán los muertos, y surgirán los que están en los sepulcros" (Is. 26:19).

Y en otro lugar: "Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán: unos para

vida, y otros para oprobio y confusión eterna" (Dan. 12:2).

Se pregunta, pues, por qué quiso el Señor preferir este testimonio, que parece ambiguo, o no suficientemente perteneciente a la verdad de la resurrección: "Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob"; y como si, presentado esto, hubiera probado lo que quería, inmediatamente añadió: "No es Dios de muertos, sino de vivos".

De lo cual las turbas que estaban alrededor, conociendo el misterio, se admiraron de la doctrina y de las respuestas de aquél.

Arriba dijimos que los saduceos, no confesando ni ángel, ni espíritu, ni la resurrección de los cuerpos, también predicaban la destrucción de las almas.

Éstos sólo recibían los cinco libros de Moisés, rechazando los vaticinios de los profetas. Era pues necio presentar testimonios de donde no seguían su autoridad.

Además, para probar la eternidad de las almas, pone el ejemplo de Moisés: "Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob" (Ex. 3:6); e inmediatamente añade: "No es Dios de muertos, sino de vivos"; para que, una vez probado que las almas permanecen después de la muerte (pues no podía ser que fuera Dios de quienes de ninguna manera subsistieran), consecuentemente se introdujera también la resurrección de los cuerpos, que junto con las almas obraron cosas buenas o malas.

Este lugar lo trata más plenamente el apóstol Pablo en la parte final de la primera Epístola a los Corintios (1 Cor. 15).

(Vers. 34 ss.) "Pero los fariseos, oyendo que había impuesto silencio a los saduceos, se reunieron en uno: e interrogó a Jesús uno de ellos, doctor de la ley, tentándole: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?"

Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente: éste es el máximo y primer mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas."

Lo que leemos de Herodes y Poncio Pilato, que hicieron concordia en la muerte del Señor, esto vemos también ahora de los fariseos y saduceos, que son contrarios entre sí, pero para tentar a Jesús consienten con igual mente.

Quienes pues ya arriba en la ostensión del denario habían sido refutados, y habían visto subvertida la facción de la parte adversa, debían haber sido amonestados por el ejemplo, para no tramar más insidias: pero la malevolencia y la envidia alimentan la impudencia.

Interroga uno de los doctores de la ley, no deseando saber, sino tentando si el interrogado sabía lo que se le preguntaba, cuál fuera el mandamiento mayor: no preguntando por los mandamientos, sino cuál fuera el primer y gran mandamiento; para que, siendo grandes todas las cosas que Dios mandó, cualquier cosa que aquél respondiera, tuviera ocasión de calumniar-

le, afirmando que otro de entre muchos era el grande.

Por tanto, quienquiera que sabe e interroga no con deseo de aprender, sino con estudio de conocer si sabe aquél que ha de responder, a semejanza de los fariseos accede no como discípulo, sino como tentador.

Libro C

UARTO.

(Vers. 41 ss.) "Estando reunidos los fariseos, les interrogó Jesús, diciendo: ¿Qué os parece del Cristo, de quién es hijo? Le dicen: De David." Les dice: ¿Cómo pues David en espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?" "Si pues David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?"

Quienes para tentar a Jesús se habían reunido, y se esforzaban por atrapar la verdad con una interrogación fraudulenta, proporcionaron la ocasión de su propia refutación.

Y son interrogados sobre el Cristo, de quién sea hijo. La interrogación de Jesús nos aprovecha hasta el día de hoy contra los judíos.

Pues también éstos que confiesan que el Cristo ha de venir, afirman que es un hombre simple y un varón santo del linaje de David.

Interroguémosles, pues, enseñados por el Señor: si es un hombre simple, y sólo hijo de David, cómo David le llama su Señor: no por la incertidumbre del error, ni por propia voluntad, sino en el Espíritu Santo.

Además, el testimonio que puso está tomado del Salmo ciento nueve.

Por tanto, es llamado Señor de David, no según aquello por lo que nació de él, sino según aquello por lo que, nacido del Padre, siempre fue, precediendo a su mismo Padre de la carne.

Los judíos, para eludir la verdad de la interrogación, fingen muchas cosas frívolas, afirmando que era un siervo vernáculo de Abraham, cuyo hijo fue Damasco Eliezer; y que el salmo fue escrito desde su persona, porque después de la matanza de los cinco reyes, el Señor Dios dijo a su señor Abraham: "Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies" (Gén. 14).

A quienes interroguemos: ¿Cómo pudo decir Dios a Abraham lo que sigue: "Contigo el principio en el día de tu poder en los esplendores de los santos, desde el útero antes del lucero te engendré"; y: "Juró el Señor, y no se arrepentirá: tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec"?

Y obliguémosles a responder cómo Abraham fue engendrado antes del lucero; y fue sacerdote según el orden de Melquisedec: por qué Melquisedec ofreció pan y vino, y de quién recibió los diezmos del botín.

(Vers. 46.) "Y nadie podía responderle palabra: ni osó nadie desde aquel día interrogarle más."

Los fariseos y saduceos, buscando ocasión de calumnia, y encontrar alguna palabra que estuviera expuesta a insidias, porque fueron refutados en sus discursos, ya no interrogan más, sino que habiéndole aprehendido manifiestamente, le entregan a la potestad romana.

De lo cual entendemos que los venenos de la envidia pueden ciertamente ser superados, pero difícilmente pueden aquietarse.

(Cap. XXIII. --- Vers. 1 ss.) "Entonces Jesús habló a las turbas y a sus discípulos, diciendo: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos: todas las cosas, pues, que os digan, observadlas y hacedlas: pero según las obras de ellos no hagáis." Porque dicen, y no hacen."

¿Qué más manso, qué más benigno que el Señor? Es tentado por los fariseos, se rompen las insidias de ellos, y según el Salmista: "Saetas de niños se han hecho sus llagas" (Sal. 63:8), y no obstante, por la dignidad del sacerdocio y del nombre, exhorta a los pueblos a que se sometan a ellos, considerando no las obras, sino la doctrina.

Pero lo que dice: "Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos", por la cátedra muestra la doctrina de la Ley.

Por tanto, también aquello que se dice en el Salmo: "En la cátedra de pestilencia no se sentó" (Sal. 1:1). Y: "Trastornó las cátedras de los que vendían palomas" (Supra 21; Mar. 11), debemos entenderlo como doctrina.

(Vers. 4.) "Atan pues cargas pesadas e insoportables, y las ponen en los hombros de los hombres; pero con su dedo no quieren moverlas."

Esto es generalmente contra todos los maestros que mandan cosas graves y no hacen las menores.

Se debe notar, además, que tanto los hombros como el dedo, y las cargas, y los vínculos con que

se atan las cargas, deben entenderse espiritualmente.

(Vers. 5.) "Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres."

Por tanto, quienquiera que así hace cualquier cosa, para que sea vista por los hombres, es escriba y fariseo.

(Vers. 6.) "Dilatan pues sus filacterias y ensanchan sus franjas. Aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras cátedras en las sinagogas, y las salutaciones en la plaza, y ser llamados por los hombres Rabí."

¡Ay de nosotros, miserables, a quienes pasaron los vicios de los fariseos! El Señor, habiendo dado los mandamientos de la Ley por Moisés, al final añadió: "Los atarás en tu mano, y estarán inamovibles ante tus ojos" (Deut. 6:8).

Y el sentido es: Mis preceptos estén en tu mano, para que se cumplan con la obra: estén ante tus ojos, para que día y noche medites en ellos.

Esto, interpretándolo mal los fariseos, escribían en pergaminos el Decálogo de Moisés, esto es, las diez palabras de la Ley, plegándolos y atándolos en la frente, y haciendo como una corona para la cabeza, para que siempre se movieran ante sus ojos: lo cual hasta el día de hoy hacen los indios, persas y babilonios: y quien tiene esto es juzgado como religioso entre los pueblos.

Moisés también había mandado otra cosa (Núm. 15), que en las cuatro esquinas de sus mantos hicieran franjas de color jacinto, para distinguir al pueblo de Israel, para que así como

la circuncisión daba en los cuerpos el signo de la nación judaica, así también el vestido tuviera alguna diferencia.

Maestros supersticiosos, captando el aura popular y buscando lucros de mujercillas, hacían grandes franjas, y ataban en ellas espinas muy agudas, para que así caminando y sentándose a veces se pincharan, y como por esta amonestación fueran retraídos a los oficios del Señor y a los ministerios de su servidumbre.

Porque, pues, había dicho el Señor: "Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres"; lo que había acusado en general, ahora lo divide por partes.

A aquellas laminillas del Decálogo las llamaban filacterias: porque quienquiera que las tuviera, las tendría como para custodia y monumento de sí mismo: no entendiendo los fariseos que estas cosas han de llevarse en el corazón, no en el cuerpo: de lo contrario, también los armarios y las arcas tienen libros, y no tienen el conocimiento de Dios.

Esto entre nosotros lo hacen mujercillas supersticiosas con pequeños Evangelios, y con el madero de la cruz, y cosas de este tipo (que tienen ciertamente celo de Dios, pero no según ciencia) (Rom. 10) hasta el día de hoy...

(Vers. 8 ss.) "Pero vosotros no queráis ser llamados Rabí: porque uno es vuestro maestro: y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie sobre la tierra: porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros: porque vuestro maestro es

uno, el Cristo. El que es mayor de vosotros, será vuestro siervo. Pero el que se ensalzare, será humillado, y el que se humillare, será ensalzado."

Ni maestro ni padre ha de ser llamado otro, sino Dios Padre y nuestro Señor Jesucristo. Padre, porque de él son todas las cosas. Maestro, porque por él todas las cosas: o bien porque por la dispensación de su carne, todos hemos sido reconciliados con Dios.

Se pregunta por qué, contra este precepto, el Apóstol dijo que él era doctor de las gentes (2 Cor. 5; Col. 1); o cómo en el lenguaje vulgar, máximamente en Palestina y en los monasterios de Egipto, se llaman entre sí Padres.

Lo cual se resuelve así: Que una cosa es ser padre o maestro por naturaleza, otra por indulgencia.

Nosotros, si llamamos padre a un hombre, deferimos honor a la edad, no mostramos al autor de nuestra vida. También se dice maestro por el consorcio del verdadero maestro.

Y para no replicar cosas infinitas, así como uno es Dios por naturaleza y uno el Hijo, lo cual no prejuicia a los demás para que por adopción sean llamados dioses e hijos: así también el que uno sea padre y maestro no prejuicia a otros para que abusivamente sean llamados padres y maestros.

(Vers. 13, 14.) "Pero ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque cerráis el reino de los cielos ante los hombres. Pues vosotros no entráis, ni dejáis entrar a los que están entrando.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque devoráis las casas de las viudas, orando largas oraciones: por esto recibiréis mayor juicio."

Teniendo los escribas y fariseos el conocimiento de la Ley y de los Profetas, saben que el Cristo es el Hijo de Dios: no ignoran que nació de una Virgen; pero mientras apetecen la presa de la plebe a ellos sometida, ni ellos mismos entran en los reinos de los cielos, ni permiten entrar a los que podían.

Esto es lo que arguye en el profeta Oseas: "Los sacerdotes escondieron el camino, mataron en Siquem" (Os. 6:9). Y de nuevo: "Los sacerdotes no dijeron: ¿Dónde está el Señor?" (Os. 4:?).

O ciertamente todo maestro que escandaliza con malas obras a sus discípulos, cierra ante ellos el reino de los cielos.

(Vers. 15.) "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque rodeáis el mar y la tierra para hacer un prosélito; y cuando ha sido hecho, le hacéis hijo de la gehena el doble que vosotros."

No conservamos con el mismo estudio lo buscado que como lo buscamos. Los escribas y fariseos, recorriendo todo el orbe por causa de negociaciones, o diversos lucros tanto para captar de los discípulos como por la imagen de santidad, tenían el estudio de hacer un prosélito de entre las gentes, esto es, un advenedizo, y mezclar a un incircunciso con el pueblo de Dios.

Pero quien antes, mientras era étnico, simplemente erraba y era una vez hijo de la gehena, viendo los vicios de los maestros y entendiendo que destruían con la obra lo que enseñaban con

las palabras, vuelve a su vómito: y hecho gentil, como prevaricador, será digno de una pena mayor.

Pues se llama hijo de la gehena, así como hijo de perdición e hijo de este siglo. Pues cada uno es llamado hijo de aquel cuyas obras hace.

(Vers. 16 ss.) "¡Ay de vosotros, guías ciegos!, que decís: quienquiera que jurare por el templo, no es nada; pero el que jurare por el oro del templo, es deudor. ¡Necios y ciegos!, pues ¿qué es mayor, el oro, o el templo que santifica el oro?

Y quienquiera que jurare por el altar, no es nada; pero quienquiera que jurare por el don que está sobre él, debe. ¡Ciegos!, pues ¿qué es mayor, el don, o el altar que santifica el don?"

El que pues jura por el altar, jura por él y por todas las cosas que están sobre él. Y quienquiera que jurare por el templo, jura por él y por el que habita en él. Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que está sentado sobre él."

Arriba, según nos pareció, expusimos qué significaba la tradición de los fariseos, que decían: "Cualquier don que de mí proceda, te aprovechará"; ahora una doble tradición, y que atrae a una misma ocasión de avaricia, es condenada en los fariseos, para que se les acuse de hacerlo todo por lucro y no por temor de Dios.

Pues así como en las filacterias y franjas ensanchadas la opinión de santidad captaba la gloria, y por ocasión de la gloria buscaba lucros: así otra treta inventada por la tradición acusa a los impíos maestros.

Si alguien en una contienda, o en algún litigio, o en la ambigüedad de una causa, hubiera jurado por el templo, y después hubiera sido convicto de mentira, no se le tenía por reo de crimen.

Pero si hubiera jurado por el oro y el dinero que se ofrecía a los sacerdotes en el templo, inmediatamente se le obligaba a pagar aquello en lo que había jurado.

De nuevo: si alguien hubiera jurado por el altar, nadie le tenía por reo de perjurio; pero si hubiera perjurado por el don, o en las oblaciones, esto es, en las hostias, en las víctimas, y en la flor de harina y lo demás que se ofrece a Dios sobre el altar, estas cosas se exigían con gran afán.

Por tanto, el Señor los acusa de necedad y de fraude, porque mucho mayor es el templo que el oro, que es santificado por el templo, y el altar que las hostias, que son santificadas por el altar.

Pero todo lo hacían no por temor de Dios, sino por codicia de riquezas.

(Vers. 23.) "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque diezmáis la menta, el eneldo y el comino, y habéis dejado las cosas más graves de la Ley: el juicio, la misericordia y la fe. Estas cosas convenía hacer, y no omitir aquellas."

Muchos preceptos hay en la Ley que presentan tipos de cosas futuras. Pero otros son manifiestos según el Salmista, que dice: "El mandato del Señor es lúcido, iluminando los ojos" (Sal. 18:9), los cuales requieren obras inmediatamente. Por ejemplo: "No adulterarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio", etc. Pero los fariseos, porque el Señor había mandado (para que por ahora

dejemos a un lado los entendimientos místicos) que por el sustento de los sacerdotes y levitas, cuya parte era el Señor, se ofrecieran en el templo los diezmos de todas las cosas; tenían este único estudio, que se aportaran las cosas que habían sido mandadas: las otras que eran mayores, si alguien las hacía o no, las tenían en poco. Y así por este capítulo los acusa de avaricia, porque estudiosamente exigen diezmos incluso de hierbas viles, y pasan por alto el juicio en la discusión de los negocios, y la misericordia hacia los pobres, huérfanos y viudas, y la fe en Dios, que son cosas grandes.

(Vers. 24.) "Guías ciegos, que coláis el mosquito, pero os tragáis el camello."

Pienso que el camello es, según el sentido del presente lugar y la magnitud de los preceptos, el juicio, la misericordia y la fe. Pero el mosquito son los diezmos de la menta, el eneldo, el comino y las demás hierbas viles. Estas cosas contra el precepto de Dios, que son grandes, las devoramos y descuidamos, y demostramos diligencia por la opinión de religión en las cosas pequeñas, que tienen lucro.

(Vers. 25, 26.) "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque limpiáis lo que está por fuera del cáliz y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapiña e inmundicia. Fariseo ciego, limpia primero lo que está dentro del cáliz y del plato, para que se haga limpio también lo que está por fuera."

Con diversas palabras, con el mismo sentido que arriba, acusa a los fariseos de simulación y de

mentira, porque ostentan una cosa a los hombres por fuera y hacen otra en casa. No porque su superstición se detuviera en el cáliz y el plato; sino porque mostraban santidad exteriormente a los hombres, en el hábito, en el habla, en las filacterias, en las franjas, en la longitud de las oraciones y otras cosas de este tipo, pero intrínsecamente estaban llenos de las suciedades de los vicios.

(Vers. 27, 28.) "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen a los hombres hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad. Así también vosotros por fuera ciertamente parecéis a los hombres justos, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad."

Lo que había demostrado en el cáliz y el plato, en que por fuera estaban lavados y por dentro sucios, esto ahora lo repite por el ejemplo de los sepulcros: que del mismo modo que los sepulcros por fuera están untados con cal, y adornados con mármoles y distinguidos con oro y colores, pero por dentro están llenos de huesos de muertos: así también los maestros perversos, que enseñan unas cosas y hacen otras, demuestran limpieza por el hábito del vestido y por la humildad de las palabras, pero por dentro están llenos de toda suciedad y lascivia.

Finalmente, expresa esto mismo más manifiestamente, añadiendo: "Así también vosotros por fuera ciertamente parecéis a los hombres justos, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad."

(Vers. 29 ss.) "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiéramos estado en los días de nuestros padres, no habríamos sido sus socios en la sangre de los profetas. Por tanto, sois testigos para vosotros mismos de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas."

Con un prudentísimo silogismo los convence de ser hijos de los homicidas, mientras ellos mismos por la opinión de bondad y gloria ante los pueblos edifican los sepulcros de los profetas, a quienes sus mayores mataron, y dicen: "Si hubiéramos estado en aquel tiempo, no habríamos hecho las cosas que hicieron nuestros padres."

Pero esto, aunque no lo digan con el habla, lo dicen con la obra, por el hecho de que ambiciosa y magníficamente edifican las memorias de los asesinados, a quienes no niegan haber sido degollados por sus padres.

"Llenad, pues, la medida de vuestros padres."

Habiendo probado por lo dicho anteriormente que eran hijos de los homicidas y de aquellos que habían matado a los profetas, ahora concluye lo que quería y pone como la última parte del silogismo. "Y vosotros llenad la medida de vuestros padres." Lo que a ellos les faltó, cumplidlo vosotros. Ellos mataron a los siervos; vosotros crucificad al Señor. Ellos a los profetas; vosotros a aquel que fue predicado por los profetas.

(Vers. 33.) "Serpientes, generación de víboras, ¿cómo huiréis del juicio de la gehena?"

Esto mismo lo había dicho también Juan el Bautista (Lc. 3). Así como de las víboras nacen víboras, así de padres homicidas, dice, vosotros habéis nacido homicidas.

(Vers. 34.) "Por eso, he aquí que yo os envío profetas, sabios y escribas; y de ellos a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad."

Lo que antes habíamos dicho, "Llenad la medida de vuestros padres", que pertenecía a la persona del Señor, por el hecho de que había de ser matado por ellos, puede referirse también a sus discípulos, de los cuales dice ahora: "He aquí que yo envío a vosotros profetas, sabios y escribas; y de ellos mataréis, crucificaréis y azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad", para que llenéis la medida de vuestros padres. Y al mismo tiempo observa, según el Apóstol escribiendo a los Corintios (1 Cor. 7), que son varios los dones de los discípulos de Cristo: unos profetas, que predican las cosas venideras; otros sabios, que sepan cuándo deben proferir el discurso; otros escribas doctísimos en la Ley, de los cuales Esteban fue apedreado, Pablo muerto, Pedro crucificado, los discípulos azotados en los Hechos de los Apóstoles; y los persiguieron de ciudad en ciudad, expulsándolos de Judea para que emigraran al pueblo de las gentes.

(Vers. 35, 36.) "Para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que ha sido derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al cual

matasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo: todo esto vendrá sobre esta generación."

Sobre Abel no hay ninguna ambigüedad de que sea aquel a quien su hermano Caín mató. Y que es justo se comprueba no solo por la presente sentencia del Señor, sino por el testimonio del Génesis (Gén. 4), donde se narran sus dones aceptados por Dios. Preguntamos quién es este Zacarías hijo de Baraquías, porque leemos de muchos llamados Zacarías. Y para que no se nos atribuyera una libre facultad de error, se añadió: "al cual matasteis entre el templo y el altar." He leído cosas diversas en diversos lugares, y debo poner las opiniones de cada uno. Algunos dicen que es Zacarías hijo de Baraquías, el cual es el undécimo entre los doce profetas, y el nombre del padre en él puede concordar; pero dónde fue muerto entre el templo y el altar la Escritura no lo dice: sobre todo cuando en sus tiempos apenas había ruinas del templo. Otros quieren que se entienda Zacarías el padre de Juan, aprobando por ciertos sueños de los apócrifos que fue muerto por esto, porque predicó el advenimiento del Salvador. Esto, porque no tiene autoridad de las Escrituras, se desprecia con la misma facilidad con que se prueba. Otros quieren que este sea aquel Zacarías que fue muerto por Joás, rey de Judá, entre el templo y el altar, como narra la historia de los Reyes. Pero hay que observar que aquel Zacarías no es hijo de Baraquías, sino hijo del sacerdote Joyadá. Por lo cual también la Escritura refiere: "No se acordó Joás de su padre Joyadá, de que le había hecho bienes" (2 Crón.

24:22). Por tanto, dado que sostenemos tanto a un Zacarías como que el lugar de la muerte concuerda, preguntamos ¿por qué se dice hijo de Baraquías y no de Joyadá? Baraquías en nuestra lengua se dice "bendito del Señor"; y la justicia del sacerdote Joyadá se demuestra en el habla hebrea. En el Evangelio que usan los nazarenos, en lugar de "hijo de Baraquías", encontramos escrito "hijo de Joyadá". Hermanos más simples entre las ruinas del templo y el altar, o en las salidas de las puertas...

(Vers. 37.) "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise congregar a tus hijos, como la gallina congrega a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste!"

Jerusalén, no llama a las piedras y edificios de la ciudad, sino a los habitantes, a los cuales llora con afecto de padre, como también leemos en otro lugar que viéndola lloró (Lc. 19). En eso que dice: "Cuántas veces quise congregar a tus hijos", atestigua que todos los profetas de antaño fueron enviados por él. También la similitud de la gallina congregando bajo las alas a sus polluelos la leemos en el cántico del Deuteronomio: "Como el águila protege su nido y ha deseado sobre sus polluelos, extendiendo sus alas los recibió y los llevó sobre sus plumas" (Deut. 32:11).

(Vers. 38.) "He aquí que vuestra casa se os dejará desierta."

Esto mismo ya lo había dicho antes en la persona de Jeremías: "He dejado mi casa, he desamparado mi heredad: mi heredad se ha vuelto

para mí como cueva de hiena" (Jer. 12:7, 8). Comprobamos con los ojos la casa desierta de los judíos, esto es, aquel templo que brillaba tan augustamente: porque perdió al habitante Cristo, y deseando arrebatar la heredad, mató al heredero.

(Vers. 39.) "Pues os digo: no me veréis desde ahora hasta que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor."

Habla a Jerusalén y al pueblo de los judíos. Pero este versiculillo, que tanto los párvulos como los lactantes usaron en el ingreso del Señor Salvador en Jerusalén, cuando dijeron: "Bendito el que viene en nombre del Señor, hosanna en las alturas", lo tomó del salmo ciento diecisiete, que manifiestamente fue escrito sobre el advenimiento del Señor. Y lo que dice, quiere que se entienda así: A menos que hagáis penitencia (Lc. 13) y confeséis que yo mismo soy aquel de quien cantaron los Profetas, el Hijo del Padre omnipotente, no veréis mi faz. Los judíos tienen un tiempo de penitencia que se les ha dado: confiesen bendito al que viene en nombre del Señor, y contemplarán el rostro de Cristo.

(Cap. XXIV.---Vers. 1, 2.) "Y saliendo Jesús del templo, se iba. Y se acercaron sus discípulos para mostrarle las edificaciones del templo. Pero él, respondiendo, les dijo: ¿Veis todo esto? En verdad os digo: no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea destruida."

Según la historia, el sentido es manifiesto. Pero al retirarse el Señor del templo, todas las edificaciones de la ley y la composición de los mandatos se destruyeron de tal modo que nada

puede ser cumplido por los judíos; y quitada la cabeza, todos los miembros luchan entre sí.

(Vers. 3, 4.) "Y estando él sentado sobre el monte de los Olivos, se acercaron a él los discípulos en secreto, diciendo: Dinos cuándo serán estas cosas, y cuál será la señal de tu advenimiento y de la consumación del siglo. Y respondiendo Jesús, les dijo: Ved que nadie os seduzca."

Se sienta en el monte de los Olivos, donde nacía la verdadera luz de la ciencia, y se acercan a él los discípulos en secreto, que deseaban conocer los misterios y la revelación de las cosas futuras, e interrogan tres cosas: en qué tiempo ha de ser destruida Jerusalén; cuándo ha de venir Cristo; cuándo ha de ser la consumación del siglo.

(Vers. 5.) "Porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y seducirán a muchos."

Uno de los cuales es Simón el Samaritano, de quien leemos en los Hechos de los Apóstoles, que decía que él era la gran virtud de Dios (Hech. 8), dejando también estas cosas entre las demás escritas en sus volúmenes: "Yo soy el verbo de Dios, yo soy el hermoso, yo soy el paráclito, yo soy el omnipotente, yo soy todo lo de Dios."

Pero también el apóstol Juan habla en su epístola: "Habéis oído que el Anticristo ha de venir, pero ahora hay muchos Anticristos" (1 Jn. 2:18).

Yo pienso que todos los heresiarcas son Anticristos, y bajo el nombre de Cristo enseñan aquellas cosas que son contrarias a Cristo. No es de extrañar si vemos a algunos ser seducidos

por estos, ya que el Señor dijo: "Y seducirán a muchos."

(Vers. 6.) "Oiréis pues de guerras y de rumores de guerras; ved que no os turbéis. Porque conviene que esto suceda, pero aún no es el fin."

Por tanto, cuando veamos que esto sucede, no pensemos que el día del juicio urge, sino que se reserva para aquel tiempo cuya señal se pone claramente en lo que sigue.

(Vers. 7, 8.) "Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino, y habrá pestilencias y hambres y terremotos por los lugares. Pero todas estas cosas son inicios de dolores."

No dudo que también estas cosas que están escritas sucederán según la letra; pero me parece que el reino contra reino, y la pestilencia de aquellos cuyo discurso serpentea como el cáncer (2 Tim. 2), y el hambre de oír la palabra de Dios, y la conmoción de toda la tierra, y la separación de la verdadera fe, se entiende más bien en los herejes, quienes luchando entre sí hacen la victoria de la Iglesia.

En cuanto a lo que dijo: "Pero todas estas cosas son inicios de dolores", mejor se traduce "de partos": para que se entienda como una cierta concepción del advenimiento del Anticristo, no el parto.

(Vers. 9.) "Entonces os entregarán para ser afligidos, y os matarán; y seréis odiados por todas las naciones por causa de mi nombre."

A través de los apóstoles se significa la persona de todos los creyentes, no porque en aquel tiempo los apóstoles hayan de ser hallados en el cuerpo.

(Vers. 12, 13.) "Y por haberse multiplicado la iniquidad, la caridad de muchos se enfriará. Pero el que persevere hasta el fin, este será salvo."

No negó la fe de todos, sino de muchos. Porque muchos son los llamados, pero pocos los elegidos. Pues en los apóstoles y en los semejantes a ellos ha de permanecer la caridad, de la cual está escrito: "Las muchas aguas no podrán extinguir la caridad" (Cant. 8:7). Y el mismo Pablo: "¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, o el hambre?" (Rom. 8:35) y lo demás.

(Vers. 14.) "Y se predicará este Evangelio del reino en todo el orbe, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá la consumación."

Es señal del advenimiento del Señor que el Evangelio se predique en todo el orbe, para que nadie sea excusable; lo cual vemos que o ya se ha completado, o en breve se ha de completar. Pues no pienso que haya quedado alguna nación que ignore el nombre de Cristo. Y aunque no haya tenido predicador, sin embargo por las naciones vecinas no puede ignorar la noticia de la fe.

(Vers. 15.) "Cuando pues veáis la abominación de la desolación, que fue dicha por el profeta Daniel, de pie en el lugar santo, el que lee, entienda."

Cuando somos provocados a la inteligencia, se muestra que es místico lo que se dijo. Leemos pues en Daniel de este modo: "Y en la mitad de la semana se quitará el sacrificio y las libaciones, y en el templo estará la abominación de las desolaciones hasta la consumación del tiempo, y la consumación se dará sobre la soledad." De esto habla

también el apóstol (2 Tes. 2): que el hombre de iniquidad y adversario ha de ser elevado contra todo lo que se llama Dios y se adora; de modo que se atreva a estar en el templo de Dios y mostrar que él mismo es Dios, cuyo advenimiento según la operación de Satanás destruya a aquellos y los reduzca a la soledad de Dios, que le hayan recibido. Pero puede aceptarse simplemente o sobre el Anticristo, o sobre la imagen del César que Pilato puso en el templo; o sobre la estatua ecuestre de Adriano que en aquel mismo lugar del santo de los santos ha estado hasta el día de hoy. La abominación también, según la antigua Escritura, se llama ídolo; y por eso se añade "de la desolación", porque en el templo desolado y destruido se puso el ídolo.

(Vers. 16 ss.) "Entonces los que están en Judea, huyan a los montes; y el que está en el terrado, no descienda a tomar nada de su casa; y el que está en el campo, no vuelva a tomar su túnica."

La abominación de la desolación puede entenderse también como todo dogma perverso; el cual, cuando veamos estar en el lugar santo, esto es, en la Iglesia, y mostrarse como Dios, debemos huir de Judea a los montes, esto es, habiendo dejado la letra que mata y la depravación judaica, acercarnos a los montes eternos de los cuales Dios ilumina admirablemente (Sal. 75); y estar en el techo y en el terrado, adonde no puedan llegar los dardos encendidos del diablo; ni descender y tomar algo de la casa de la conversación antigua; ni buscar las cosas que están atrás, sino más bien sembrar en el campo de las Escrituras

espirituales para que recibamos frutos de él. Ni tomar la otra túnica, que a los apóstoles se les prohíbe tener. Sobre este lugar, esto es, sobre la abominación de la desolación que fue dicha por el profeta Daniel, de pie en el lugar santo, Porfirio blasfemó mucho contra nosotros en el decimotercer volumen de su obra, al cual Eusebio, obispo de Cesarea, respondió con tres volúmenes: el decimoctavo, decimonoveno y vigésimo. Apolinar también escribió muy plenamente, y superfluamente intentó querer disertar en un capítulo lo que ha sido disputado en tantos miles de versos.

(Vers. 19.) "¡Ay de las que estén encintas y de las que críen en aquellos días!"

¡Ay de aquellas almas que no han conducido sus partos al varón perfecto, sino que tienen los inicios de la fe, de modo que necesitan la crianza de los maestros! Esto también puede decirse, que en la persecución del Anticristo, o de la cautividad romana, las encintas y las que crían, agravadas por la carga del vientre y de los hijos, no pudieron tener una huida expedita.

(Vers. 20.) "Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno, ni en sábado".

Si queremos entenderlo de la cautividad de Jerusalén, cuando fue tomada por Tito y Vespasiano, deben orar para que su huida no sea en invierno ni en sábado; porque en lo primero, la dureza del frío impide dirigirse a las soledades y esconderse en los montes y desiertos; en lo segundo, o es una transgresión de la Ley si quieren huir, o muerte inminente si permanecen. Pero si se entiende de la consumación del mundo,

manda esto para que no se enfríe nuestra fe y nuestra caridad en Cristo, ni nos entorpezcamos como ociosos en la obra de Dios en el sábado de las virtudes.

(Vers. 22.) "Y si aquellos días no fuesen acortados, no se salvaría ninguna carne; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados".

Debemos entender los días acortados, no según los delirios de algunos (que piensan que los momentos de los tiempos se cambian, y no se acuerdan de aquel escrito: "Por tu ordenación permanece el día" [Sal. 119, 91]), sino según la calidad de los tiempos; es decir, acortados no en medida, sino en número; para que, así como se dice en una bendición: "Con largura de días lo saciaré" (Sal. 91); así también ahora se entiendan los días acortados: para que, por la demora de los tiempos, no se conmueva la fe de los creyentes.

(Vers. 23.) "Entonces, si alguno os dijere: He aquí está el Cristo, o allí; no lo creáis".

Muchos líderes surgieron en el tiempo de la cautividad judaica que decían ser Cristos: hasta tal punto que, mientras los romanos los asediaban, hubo tres facciones en el interior. Pero mejor se entiende de la consumación del mundo.

(Vers. 24.) "Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y darán grandes señales y prodigios, de tal manera que sean inducidos a error, si fuera posible, aun los escogidos. He aquí os lo he dicho de antemano".

De tres maneras, como ya dije antes, debe discutirse este pasaje; o del tiempo del asedio romano; o de la consumación del mundo; o de la

lucha de los heréticos contra la Iglesia, y de anticristos de esta clase que, bajo la opinión de una falsa ciencia, combaten contra Cristo.

(Vers. 25, 26.) "Así que, si os dijeren: He aquí está en el desierto, no salgáis; he aquí en los aposentos, no lo creáis".

Si alguno os prometiera que Cristo mora en el desierto de los gentiles y en el dogma de los filósofos, o en los aposentos de los heréticos, que prometen los arcanos de Dios, no salgáis, no lo creáis; o (porque en tiempo de persecución y de angustias siempre los falsos profetas encuentran lugar para engañar) si alguno quisiera jactarse bajo el nombre de Cristo, no acomodéis inmediatamente vuestra fe.

(Vers. 27.) "Porque como el relámpago sale del Oriente y se muestra hasta el Occidente, así será también el advenimiento del Hijo del hombre".

No salgáis, no creáis que el Hijo del hombre está o en el desierto de los gentiles o en los aposentos de los heréticos; sino que, del Oriente hasta el Occidente, su fe brille en las iglesias católicas. También debe decirse esto, que el segundo advenimiento del Salvador ha de mostrarse no en humildad como antes, sino en gloria. Es necio, por tanto, buscarlo en un lugar pequeño o escondido, a Él que es la luz de todo el mundo.

(Vers. 28.) "Dondequiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán también las águilas".

Por un ejemplo natural que vemos a diario, somos instruidos en el sacramento de Cristo. Se dice que las águilas y los buitres sienten los cadáveres aun a través de los mares, y se congregan para tal

clase de comida. Si, pues, aves irracionales, por sentido natural, separadas por tan grandes espacios de tierras y por los oleajes del mar, sienten dónde yace un pequeño cadáver: ¡cuánto más nosotros y toda la multitud de los creyentes debemos apresurarnos hacia Aquel cuyo relámpago sale del Oriente y se muestra hasta el Occidente! Podemos, además, entender por el cuerpo, esto es, ptoma, que se dice más significativamente en latín cadaver, por el hecho de que cae (cadat) por la muerte, la pasión de Cristo, a la cual somos provocados; para que, dondequiera que se lea en las Escrituras, nos congreguemos, y por ella podamos venir al Verbo de Dios, como es aquello: "Taladraron mis manos y mis pies" (Sal. 21, 17). Y en Isaías: "Como oveja fue llevado al matadero" (Is. 53, 7); y otros similares a estos. Mas son llamados águilas los santos, cuya juventud se renueva como la del águila; y los que, según Isaías, echan plumas y toman alas para venir a la pasión de Cristo (Is. 40).

(Vers. 29.) "E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas".

El sol y la luna se oscurecerán y no darán su resplandor; y los demás astros caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas, no por una disminución de la luz (por lo demás leemos que el sol habrá de tener una luz séptupla [Is. 30, 26]), sino porque, en comparación con la luz verdadera, todas las cosas serán tenebrosas a

la vista. Por tanto, si este sol, que ahora brilla por todo el orbe, y la luna, que es el segundo luminiar, y las estrellas, que están encendidas para consuelo de la noche, y todas las potencias (que entendemos como las multitudes de ángeles) serán reputadas como tinieblas ante el advenimiento de Cristo: sea abatida la soberbia de aquellos que, considerándose santos, no temen la presencia del juez.

(Vers. 30.) "Y entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo".

Entendamos aquí la señal o como la cruz, para que (según Zacarías [Zac. 12, 10] y Juan [Jn. 19, 37]) vean los judíos a quien traspasaron; o como el estandarte de la victoria triunfante.

"Y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre viniendo sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad".

Lamentarán aquellos que no tuvieron su ciudadanía en los cielos, sino que están inscritos en la tierra.

(Vers. 31.) "Y enviará a sus ángeles con trompeta y gran voz; y juntarán a sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo de los cielos hasta el otro".

De esta trompeta habla también el Apóstol (1 Cor. 15, 52; 1 Tes. 4, 16): y en el Apocalipsis de Juan lo leemos (Apoc. 8): y en el Antiguo Testamento (Núm. 10), se manda que se hagan trompetas de metal batido de oro, y de bronce y de plata; para que resuenen los sublimes sacramentos de las doctrinas.

(Vers. 32, 33.) "De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas".

Bajo el ejemplo del árbol, enseñó el advenimiento de la consumación. De la misma manera, dice, que cuando los brotes de la higuera están tiernos y la yema estalla en flor, y la corteza produce hojas, comprendéis el advenimiento del verano y la entrada del Favonio y de la Primavera: así cuando veáis todas estas cosas que están escritas, no penséis que ya está presente la consumación del mundo, sino que vienen ciertos prefacios y precursores; para mostrar que está cerca y a las puertas.

(Vers. 34.) "En verdad os digo que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda".

Arriba dijimos que hay generaciones de los buenos y, por el contrario, de los malos, por separado. Por tanto, o significa a todo el género de los hombres, o especialmente al de los judíos.

(Vers. 35.) "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán".

El cielo y la tierra pasarán por mudanza, no por su abolición: de otro modo, ¿cómo se oscurecerá el sol, y la luna no dará su resplandor, y caerán las estrellas, si el cielo en el que están estas cosas y la tierra no existieran?

(Vers. 36.) "Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni los ángeles de los cielos, sino sólo el Padre".

En algunos códices latinos se añade: "ni el Hijo"; mientras que en los griegos, y especial-

mente en los ejemplares de Adamancio y Pierio, no se encuentra esto inscrito; pero puesto que se lee en algunos, parece que debe ser discutido. Se alegran Arrio y Eunomio, como si la ignorancia del maestro fuera la gloria de los discípulos, y dicen: No puede ser igual el que sabe y el que ignora. Contra los cuales debe decirse brevemente esto: Puesto que Jesús hizo todos los tiempos, esto es, el Verbo de Dios: "Porque todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Jn. 1, 3), y en todos los tiempos está también el día del juicio: ¿por qué consecuencia puede ignorar la parte aquel que conoció el todo? También debe decirse esto: ¿Qué es mayor, el conocimiento del Padre o el del juicio? Si conoce lo mayor, ¿cómo ignora lo que es menor? Leemos escrito: "Todas las cosas que son del Padre me han sido entregadas" (Lc. 10, 22). Si todas las cosas del Padre son del Hijo, ¿por qué razón se reservó para sí el conocimiento de un solo día y no quiso comunicarlo con el Hijo? Pero también debe inferirse esto: Si ignora el último día de los tiempos, ignora también el penúltimo, y todos hacia atrás. Pues no puede ser que el que ignora lo primero sepa qué es lo segundo. Por tanto, ya que hemos probado que el Hijo no ignora el día de la consumación: debe darse la causa de por qué se dice que lo ignora. El Apóstol escribe sobre el Salvador: "En quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento" (Col. 2, 3). Están, pues, todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento en Cristo, pero están escondidos. ¿Por qué están

escondidos? Después de la resurrección, preguntado por los apóstoles, respondió más manifiestamente sobre el día: "No os toca a vosotros saber los tiempos o los momentos que el Padre puso en su sola potestad" (Hech. 1, 7). Cuando dice "no os toca a vosotros saber", muestra que Él mismo lo sabe, pero que no conviene que los apóstoles lo sepan, para que, estando siempre inciertos sobre el advenimiento del juez, vivan así a diario, como si al día siguiente hubieran de ser juzgados. Finalmente, el discurso siguiente del Evangelio obliga a entender lo mismo, diciendo también que sólo el Padre sabe...

(Vers. 37 sig.) "Mas como en los días de Noé, así será también el advenimiento del Hijo del hombre". "Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no conocieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también el advenimiento del Hijo del hombre".

Se pregunta cómo arriba está escrito: "Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos"; y ahora se mencionen como futuras aquellas cosas que son indicios de paz. Pero debe considerarse, según el Apóstol, que después de las luchas, y disensiones, y pestes, y hambres, y terremotos, y lo demás con que es devastado el género humano, ha de seguirse en breve una paz que prometa todas las cosas quietas, para que sea probada la fe de los creyentes, si tras haber pasado los males esperan que el juez ha de venir. Pues esto es lo que

leemos en Pablo: "Cuando digan: paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como el dolor de la que está de parto, y no escaparán" (1 Tes. 5, 3).

(Vers. 40, 41.) "Entonces estarán dos en el campo; el uno será tomado, y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo en un molino; la una será tomada, y la otra será dejada".

Entonces, dice, estarán dos en el campo, cuando, a saber, en el tiempo de la consumación y del juicio, dos sean hallados paritariamente en el campo teniendo el mismo trabajo, y como una siembra igual, pero no recibiendo igualmente los frutos del trabajo. También dos estarán moliendo juntas: una será tomada y la otra será dejada. En los dos que moran en el campo, y en las dos que muelen paritariamente, entiende o a la Sinagoga y a la Iglesia, porque parecen moler juntas en la Ley, y de las mismas Escrituras triturar la harina de los preceptos de Dios; o a las demás herejías, que de ambos Testamentos, o de uno de ellos, parecen moler la harina de sus doctrinas: y aunque tengan un mismo propósito del nombre cristiano, no recibirán la misma recompensa: siendo unos tomados y otros dejados.

(Vers. 42, 43.) "Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor." Pero sabed esto, que si el padre de familia supiese a qué hora el ladrón habría de venir, velaría ciertamente, y no dejaría minar su casa".

Muestra claramente por qué dijo arriba: "Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni el Hijo del hombre, ni los ángeles, sino sólo el Padre"; que no

conviene que los apóstoles lo sepan, para que, en la incertidumbre de una expectativa pendiente, crean siempre que ha de venir Aquel que ignoran cuándo ha de venir. Y no dijo "porque no sabemos a qué hora ha de venir el Señor", sino "no sabéis". Y habiendo propuesto primero el ejemplo del padre de familia, enseña más manifiestamente por qué calla el día de la consumación, diciendo:

"Por tanto, también vosotros estad preparados; porque a la hora que no pensáis, el Hijo del hombre vendrá. ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su familia para que les dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá".

Inculca y repite más plenamente por qué predijo que ni los ángeles ni Él mismo saben sobre el día y la hora de la consumación, sino sólo el Padre, porque no conviene que los apóstoles lo sepan: e intercala el ejemplo del padre de familia, esto es, de sí mismo y de los siervos fieles, es decir, de los apóstoles, para la exhortación de una mente solícita, de modo que con la esperanza de los premios suministren a sus consiervos en su tiempo los víveres de las doctrinas.

(Vers. 48, 49.) "Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los borrachos."

Depende de lo anterior que, así como el siervo solícito y siempre esperando el advenimiento del señor entrega los víveres a sus consiervos en

su tiempo, y después es puesto sobre todos los bienes del padre de familia; así, por el contrario, el que dijo según Ezequiel: "Para tiempos largos será esto" (Ez. 12, 22), y no piensa que el señor ha de venir pronto, hecho más seguro, se entrega a los banquetes y al lujo: y no sentirá a un suave padre de familia, sino a un juez severísimo.

(Vers. 50, 51.) "Vendrá el señor de aquel siervo en día que no espera, y a la hora que no sabe, y le dividirá, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes."

Esto mismo enseña, que cuando no se piensa que viene el señor, entonces ha de venir, y amonesta a los dispensadores a la vigilancia y solicitud. Por lo demás, lo que dice "le dividirá", no es que lo diseccione con la espada, sino que lo separe del consorcio de los santos y ponga su parte con los hipócritas; con aquellos, a saber, que estaban en el campo y que molían, y no obstante fueron dejados. A menudo hemos dicho que el hipócrita es una cosa y muestra otra; así como tanto en el campo como en el molino parecía hacer lo mismo que el hombre eclesiástico, pero apareció el desenlace de una voluntad diversa.

(Cap. XXV. --- Vers. 1 sig.) "Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes, las cuales, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo y a la esposa." Y cinco de ellas eran fatuas, y cinco prudentes. Mas las cinco fatuas, habiendo tomado sus lámparas, no tomaron aceite consigo. Pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas con las lámparas".

Esta parábola, esto es, la similitud de las diez vírgenes, las fatuas y las prudentes, algunos la interpretan sencillamente sobre las vírgenes; de las cuales unas, según el Apóstol, son vírgenes tanto de cuerpo como de mente; otras, reservando sólo la virginidad de los cuerpos, o bien no tienen otras obras semejantes a su propósito, o bien, reservadas por la custodia de los padres, no obstante se casaron en su mente (1 Cor. 7).

Pero a mí me parece, por lo anterior, que es otro el sentido que se dice, y que la comparación pertenece no a los cuerpos virginales, sino a todo el género humano. Pues así como los dos en el campo y las dos moliendo significan a dos pueblos, de cristianos y de judíos, o de santos y de pecadores, que constituidos en la Iglesia, parecen en verdad ellos también arar y moler, pero hacen todas las cosas en la hipocresía; así también ahora las diez vírgenes comprenden a todos los hombres que parecen creer en Dios y se aplauden a sí mismos en las sagradas Escrituras, tanto eclesiásticos como judíos y heréticos. Los cuales por eso son llamados todos vírgenes, porque se glorían en la noticia de un solo Dios, y su mente no es deshonrada por la multitud de la idolatría. Tienen aceite las vírgenes que, según la fe, se adornan también con obras. No tienen aceite las que parecen ciertamente confesar al Señor con una fe semejante, pero descuidan las obras de las virtudes. Podemos interpretar las cinco vírgenes, las sabias y las estúpidas, como los cinco sentidos; de los cuales unos se apresuran hacia las cosas celestiales y desean lo de arriba; otros,

boqueando por las heces terrenas, no tienen los fomentos de la verdad con los que iluminen sus corazones. De la vista, y del oído, y del tacto se dijo espiritualmente: "Lo que vimos, lo que oímos, lo que con nuestros ojos contemplamos y nuestras manos palparon" (1 Jn. 1, 1). Del gusto: "Gustad y ved que el Señor es suave..."

(Vers. 5.) "Y tardando el esposo, cabecearon todas y se durmieron".

Pues no pasa poco tiempo entre el primer y el segundo advenimiento del Señor. "Todas cabecearon", esto es, murieron; porque la muerte de los santos es llamada sueño. Consecuentemente, sin embargo, se dice "se durmieron", porque después han de ser resucitadas.

(Vers. 6.) "Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡He aquí que viene el esposo, salid a recibirle!"

Pues de repente, como en el silencio de la noche y estando todos seguros, cuando el sopor es más pesado, resonará el advenimiento de Cristo por el clamor de los ángeles y las trompetas de las potestades precedentes.

Digamos algo que tal vez sea útil al lector. Es tradición de los judíos que Cristo vendrá a medianoche a semejanza del tiempo egipcio, cuando se celebró la Pascua y vino el exterminador, y el Señor pasó sobre los tabernáculos, y los postes de nuestras frentes fueron consagrados con la sangre del cordero (Éx. 12).

De donde creo que también ha permanecido la tradición apostólica de que, en el día de las vigilias de Pascua, no sea lícito despedir a los pueblos antes de la mitad de la noche, esperando

el advenimiento de Cristo. Y después que ha pasado aquel tiempo, presumida la seguridad, todos celebran el día festivo. De donde también el Salmista decía: "A medianoche me levantaba para confesarte por los juicios de tu justificación" (Sal. 119, 62).

(Vers. 7.) "Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y prepararon sus lámparas".

Todas las vírgenes se levantaron y preparó cada una sus lámparas, esto es, sus sentidos, en los cuales recibían el aceite de la ciencia, para que tuvieran obras de virtudes que resplandecieran ante el verdadero juez.

(Vers. 8.) "Mas las fatuas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan". Las que se quejan de que sus lámparas se apagan, muestran que estas lucen en parte; y, sin embargo, no tienen una luz indefectible, ni obras perpetuas. Si alguien, por tanto, tiene un alma virginal y es amante de la pudicia, no debe estar contento con cosas mediocres, que pronto se desvanecen y, al surgir el ardor, se secan; sino que siga las virtudes perfectas, para que tenga luz sempiterna.

(Vers. 9.) "Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que por ventura no nos baste a nosotras y a vosotras". Responden esto no por avaricia, sino por temor. Pues cada uno recibirá la recompensa por sus propias obras, ni pueden en el día del juicio las virtudes de unos aliviar los vicios de otros. Y así como en el tiempo de la cautividad babilónica, Jeremías no pudo ayudar a los pecadores, y se le dice: "No ores por este pueblo"

(Jer. 7, 16): así será de temible aquel día, cuando cada cual estará solícito por sí mismo.

"Id antes a los que venden, y comprad para vosotras". Se vende este aceite, y se compra a mucho precio, y se adquiere con difícil trabajo, lo cual entendemos en las limosnas y en todas las virtudes y consejos de los maestros.

(Vers. 10.) "Mas mientras iban a comprar, vino el esposo". Dan el consejo como prudentes, de que no deben salir al encuentro del esposo sin el aceite de las lámparas: pero porque ya había pasado el tiempo de comprar, y al acercarse el día del juicio no había lugar para la penitencia, diciendo el Salmista: "¿Quién en el infierno te confesará?" (Sal. 6, 6); se ven obligadas no a realizar obras nuevas, sino a rendir cuenta de las pasadas.

"Y las que estaban preparadas, entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta". Después del día del juicio, no se deja ocasión para las buenas obras y la justicia.

(Vers. 11.) "Pero al fin vienen también las otras vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos". Excelente confesión ciertamente en la apelación de Señor, y lo mismo repetido es indicio de fe. ¿Pero de qué aprovecha invocar con la voz a quien niegas con las obras?

(Vers. 12.) "Mas él respondiendo, dijo: En verdad os digo, que no os conozco". Conoce el Señor a los que son suyos, y quien ignora, será ignorado (2 Tim. 2, 19). No conoce el Señor a los obreros de la iniquidad; y aunque sean vírgenes y se gloríen en la pureza del cuerpo según la doble inteligen-

cia, y en la confesión de la verdadera fe (1 Cor. 14, 38); sin embargo, porque no tienen el aceite de la ciencia, les basta por castigo el que sean ignoradas por el esposo.

(Vers. 13.) "Vigilad, pues, porque no sabéis el día ni la hora". Advierto siempre al lector prudente que no asienta a interpretaciones supersticiosas y que se dicen fragmentariamente al arbitrio de quienes las inventan, sino que considere lo anterior, lo medio y lo siguiente, y teja para sí todo lo que está escrito. Por esto, pues, que añade: "Vigilad, porque no sabéis el día ni la hora", se entienden todas las cosas que dijo, esto es, sobre los dos que están en el campo, y sobre las dos que muelen, y sobre el padre de familia que confía su sustancia a su siervo, y sobre las diez vírgenes, que por eso las parábolas fueron propuestas, para que, ya que ignoramos todos el día del juicio, preparemos solícitamente para nosotros la luz de las buenas obras, no sea que, mientras lo ignoramos, venga el juez.

(Vers. 14, 15.) "Porque como un hombre que, partiendo lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes." "Y a uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada cual según su propia virtud; y se partió luego". Este hombre, el padre de familia, sin duda alguna es Cristo, quien ascendiendo victorioso al Padre después de la resurrección, llamados los apóstoles, les entregó la doctrina evangélica, no atribuyendo más a uno y menos a otro por largueza o parquedad, sino según las fuerzas de los que recibían: como también el Apóstol dice que dio de beber leche a quienes

no podían tomar alimento sólido (1 Cor. 4). Finalmente, también recibió con igual gozo al que de cinco talentos había hecho diez, y al que de dos había hecho cuatro; no considerando la magnitud de la ganancia, sino la voluntad del empeño. En los cinco, y dos, y un talento, entendamos ya las diversas gracias que fueron entregadas a cada uno. O en el primero, todos los sentidos examinados; en el segundo, la inteligencia y las obras; en el tercero, la razón, por la cual los hombres somos separados de las bestias.

(Vers. 16.) "Se fue, pues, el que había recibido cinco talentos, y trabajó con ellos; y ganó otros cinco". Recibidos los sentidos terrenos, duplicó para sí la noticia de las cosas celestiales: entendiendo por las criaturas al Creador; por las cosas corporales, las incorpóreas; por las visibles, las invisibles; por las breves, las eternas.

(Vers. 17.) "Asimismo el que había recibido dos, ganó otros dos". También este, según sus fuerzas, duplicó en el Evangelio lo que había aprendido en la Ley; o entendió el conocimiento y las obras de la vida presente como tipos de la futura bienaventuranza.

(Vers. 18.) "Mas el que había recibido uno, yéndose, cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor". El siervo malvado, por las obras terrenas y la voluptuosidad del siglo, descuidó y manchó los preceptos de Dios; aunque en otro evangelista esté escrito que lo ató en un sudario (Lc. 19), esto es, que debilitó la doctrina del padre de familia viviendo blanda y delicadamente.

(Vers. 19, 20.) "Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos y puso cuenta con ellos." "Y llegando el que había recibido cinco talentos, ofreció otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; he aquí otros cinco que he ganado además." Grande es el tiempo entre la ascensión del Salvador y su segundo advenimiento. Pero si los apóstoles han de rendir cuenta, y han de resucitar bajo el temor del juez, ¿qué nos conviene hacer a nosotros?

(Vers. 21-23.) "Díjole su señor: Euge, siervo bueno y fiel, porque sobre pocas cosas fuiste fiel, sobre muchas te constituiré; entra en el gozo de tu señor." "Llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; he aquí otros dos que he ganado." "Díjole su señor: Euge, siervo bueno y fiel, porque sobre pocas cosas fuiste fiel, sobre muchas te constituiré; entra en el gozo de tu señor." A ambos siervos, como ya dije antes, tanto al que de cinco talentos había hecho diez, como al que de dos había hecho cuatro, el mismo discurso del padre de familia les halaga. Y hay que notar que todas las cosas que tenemos en el presente, aunque parezcan grandes y muchísimas: sin embargo, en comparación con las futuras, son pequeñas y pocas. "Entra", dice, "en el gozo de tu señor", y recibe lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni subieron al corazón del hombre (1 Cor. 2). ¿Pero qué cosa mayor puede darse al siervo fiel que estar con el Señor y ver el gozo de su Señor?

(Vers. 24, 25.) "Llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres hom-

bre duro: siegas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste; y temiendo me fui y escondí tu talento en la tierra. He aquí tienes lo que es tuyo." Verdaderamente lo que está escrito: "Para excusar excusas en los pecados" (Sal. 140, 4), le sucedió también a este siervo, para que a la pereza y la negligencia se añadiera también el crimen de la soberbia. Pues quien simplemente debió confesar su inercia y rogar al padre de familia, por el contrario le calumnia, y dice que lo hizo con prudente consejo, no sea que mientras buscaba las ganancias del dinero, peligrara también el capital.

(Vers. 26-28.) "Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y perezoso, sabías que siego donde no siembro, y recojo donde no esparcí; por tanto, te convenía entregar mi dinero a los banqueros, y viniendo yo, hubiera recibido ciertamente lo que es mío con usura." "Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos". Lo que había pensado decir como excusa, se convierte en su propia culpa. Es llamado siervo malo porque calumnia al señor. Perezoso, porque no quiso duplicar el talento, para que en lo uno sea condenado por soberbia, en lo otro por negligencia. "Si", dice, "sabías que yo soy duro y cruel, y que busco lo ajeno, y que siego allí donde no sembré, ¿por qué no te infundió temor tal pensamiento, para que supieras que yo buscaría lo mío con más diligencia, y dieras mi dinero, o plata, a los banqueros?". Pues la palabra griega argyriōn significa ambas cosas. "Las palabras", dice, "del Señor son palabras castas, plata examinada por el fuego,

probada en la tierra, purificada siete veces" (Sal. 11, 7). Por tanto, el dinero y la plata es la predicación del Evangelio y la palabra divina, que debió darse a los banqueros y cambistas, esto es, o a los demás doctores (lo cual hicieron también los apóstoles, ordenando presbíteros y obispos por cada una de las provincias), o a todos los fieles, que pueden duplicar el dinero y devolverlo con usuras, para que cuanto hubieran aprendido de palabra, lo cumplieran de obra. Pero se quita el talento y se da al que había hecho diez talentos, para que entendamos que, aunque en el trabajo de ambos sea igual el gozo del señor —esto es, tanto del que de cinco había duplicado en diez como del que de dos en cuatro—, sin embargo se debe mayor premio a aquel que más trabajó en el dinero del señor. De donde dice también el Apóstol: "Honra a los presbíteros que son verdaderamente presbíteros, especialmente a los que trabajan en la palabra de Dios" (1 Tim. 5, 17). Por el hecho de que el siervo malo se atrevió a decir: "Siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste", entendemos que el Señor recibe también la buena vida de los gentiles y filósofos, y considera de una manera a los que obran justamente y de otra a los que obran injustamente, y en comparación con aquel que...

(Vers. 29.) "Porque a todo el que tiene se le dará, y abundará; pero al que no tiene, aun lo que parece tener se le quitará". Muchos, siendo sabios por naturaleza y teniendo agudeza de ingenio, si fueran negligentes y por desidia corrompieran el bien de la naturaleza, en comparación con aquel

que, siendo un poco más lento, compensó con trabajo e industria lo que tenía de menos, pierden el bien de la naturaleza y ven pasar a otros el premio que se les había prometido. También puede entenderse así: a aquel que tiene fe y buena voluntad en el Señor, aunque como hombre tuviera algo de menos en la obra, se le dará por el buen juez. Pero el que no tuviera fe, perderá incluso las demás virtudes que parecía poseer por naturaleza. Y elegantemente dice: "aun lo que parece tener se le quitará". Pues todo lo que es sin la fe de Cristo no debe imputarse a aquel que malamente abusó de ello, sino a aquel que dio el bien de la naturaleza incluso al siervo malo.

(Vers. 30.) "Y al siervo inútil echadle en las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes". El Señor es luz; quien es echado fuera de él, carece de la verdadera luz. Qué sea, por lo demás, el llanto y el crujir de dientes, ya lo dijimos arriba.

(Vers. 31 sig.) "Y cuando el Hijo del hombre venga en su majestad, y todos los ángeles con él; entonces se sentará sobre el trono de su majestad, y serán congregadas ante él todas las gentes; y los separará unos de otros, como el pastor segrega las ovejas de los cabritos." "Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda. Entonces dirá el rey a los que estarán a su derecha". Estando por celebrar la Pascua después de dos días, y por ser entregado a la cruz, y ser burlado por los hombres, y ser dado a beber vinagre y hiel, rectamente antepone la gloria del triunfante, para que compensara los escándalos que habían de seguir

con el premio de la promesa. Hay que notar que quien ha de ser visto en majestad es el Hijo del hombre. Y lo que sigue: "Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda", entiéndelo según aquello que lees en otra parte: "El corazón del sabio está a su derecha, y el corazón del necio a su izquierda" (Ecl. 10, 2). Y arriba en este mismo Evangelio: "No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha" (Supra 6, 3). Las ovejas son mandadas estar en la parte de los justos a la derecha; los cabritos, esto es, los pecadores, a la izquierda, los cuales siempre son ofrecidos por el pecado en la Ley (Éx. 12). Ni dijo cabras, que pueden tener crías y salen trasquiladas del lavadero, todas con partos gemelos, y no hay estéril entre ellas (Cant. 4); sino cabritos (haedos), animal lascivo y petulante, y siempre hirviente para el coito.

(Vers. 34 sig.) "Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la constitución del mundo." "Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era huésped, y me recogisteis;" "desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel estaba, y vinisteis a mí." "Entonces le responderán los justos, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos; sediento, y te dimos de beber?" "¿Cuándo, pues, te vimos huésped y te recogimos, o desnudo y te cubrimos; o cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti?" "Y respondiendo el rey, les dirá". Esto ha de aceptarse según la presciencia de Dios, ante quien las cosas futuras ya han sido hechas.

(Vers. 40, 41.) "En verdad os digo: cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos mínimos, a mí lo hicisteis." "Entonces dirá también a los que estarán a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles." "Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era huésped, y no me recogisteis;" "desnudo, y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel estaba, y no me visitasteis." "Entonces le responderán también ellos, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o huésped, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos?" "Entonces les responderá, diciendo: En verdad os digo, cuanto no lo hicisteis a uno de estos menores, ni a mí lo hicisteis." Libre era para nosotros la inteligencia de que en todo pobre Cristo hambriento era alimentado, sediento se le daba de beber, huésped era introducido bajo techo, desnudo era vestido, enfermo era visitado, encerrado en la cárcel tenía el consuelo de quien le hablaba. Pero por esto que sigue: "Cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos mínimos, a mí lo hicisteis", no me parece haber dicho generalmente de los pobres, sino de aquellos que son pobres de espíritu, hacia los cuales extendiendo la mano, había dicho: "Estos son mis hermanos y mi madre, los que hacen la voluntad de mi Padre" (Mc. 3, 34, 35; Lc. 8, 21).

(Vers. 46.) "Y e irán estos al suplicio eterno, mas los justos a la vida eterna". Atiende, lector prudente, a que tanto los suplicios son eternos

como la vida perpetua no debe tener en adelante temor de caídas.

(Cap. XXVI. --- Vers. 1 sig.) "Y sucedió que, cuando hubo acabado Jesús todos estos discursos, dijo a sus discípulos: Sabéis que después de dos días se hará la pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado". Avergüéncense los que piensan que el Salvador temió la muerte, y dijo con el pavor de la pasión: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz" (Lc. 22, 42). Estando por celebrar la Pascua después de dos días, sabe que ha de ser entregado para ser crucificado, y sin embargo no declina las insidias, no huye aterrorizado; hasta el punto de que incluso, no queriendo ir los demás, avanza intrépido, cuando dice Tomás: "Vamos también nosotros y muramos con él" (Jn. 11, 16). Y queriendo imponer un fin a la festividad carnal, y pasando la sombra, devolver la verdad de la pascua, dijo: "Con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros, antes que padezca" (Lc. 22, 15). Pues Cristo, nuestra pascua, ha sido inmolado, si es que lo comemos en los ázimos de la sinceridad y de la verdad (1 Cor. 5, 7). Por lo demás, en cuanto a lo que dice: "Después de dos días se hará la pascua", omitida la inteligencia simple, busquemos lo que es sagrado. Después de dos días de clarísima luz, del Antiguo y del Nuevo Testamento, se celebra la verdadera pascua por el mundo. La Pascua, que en hebreo se dice PHASE, se denomina no por la pasión, como la mayoría piensa, sino por el tránsito; por el hecho de que el exterminador, viendo la sangre, pasó de largo por las puertas de los is-

raelitas, ni los hirió. O el mismo Señor, prestando auxilio a su pueblo, caminó por encima desde lo alto. Lee el libro del Éxodo (Cap. 11, 12), sobre el cual discutiremos más plenamente si la vida nos acompaña. Pero nuestro tránsito, esto es, PHASE, así se celebra si, dejando las cosas terrenas y a Egipto, nos apresuramos hacia las celestiales.

(Vers. 3 sigs.) "Entonces se congregaron los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo en el atrio del príncipe de los sacerdotes, que se llamaba Caifás; y tuvieron consejo para prender a Jesús con engaño y matarle." "Pero decían: No en el día de la fiesta, para que no se haga por ventura alboroto en el pueblo". Los que debieron, estando cerca la Pascua, preparar las víctimas, alisar las paredes del templo, barrer los pavimentos, limpiar los vasos y purificarse según el rito de la Ley, para que fueran dignos de comer el cordero, se congregan entrando en consejo sobre cómo matar al Señor, no temiendo la sedición, como el simple discurso demuestra; sino cuidando que por el auxilio del pueblo no fuera quitado de sus manos.

(Vers. 6.) "Y estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso". Estando por padecer por todo el mundo, y por redimir a todas las naciones con su sangre, mora en Betania, casa de la obediencia, que en otro tiempo fue de Simón el leproso. No porque el leproso permaneciera tal en aquel tiempo, sino el que antes fue leproso, después fue limpiado por el Salvador, permaneciendo el nombre antiguo para que aparezca la virtud del que curó. Pues en el catálogo de los apóstoles,

con su antiguo vicio y oficio, Mateo es llamado el publicano, quien ciertamente había dejado de ser publicano. Algunos quieren que la casa de Simón el leproso se entienda como aquella parte del pueblo que creyó en el Señor y fue curada por él. También Simón mismo es llamado obediente, quien según otra inteligencia puede interpretarse como limpio, en cuya casa fue curada la Iglesia.

(Vers. 7.) "Se acercó a él una mujer que tenía un alabastro de ungüento precioso, y lo derramó sobre su cabeza estando él recostado". Nadie piense que es la misma la que derramó el ungüento sobre la cabeza y la que sobre los pies. Pues aquella también lava con lágrimas, y limpia con el cabello, y manifiestamente es llamada meretriz. Pero de esta nada tal se ha escrito. Ni en verdad podía una meretriz hacerse digna inmediatamente de la cabeza del Señor. Otro evangelista, en lugar de alabastro de ungüento precioso (que es un género de mármol), puso nardo pístico (Jn. 12), esto es, verdadero y sin engaño, para que demostrara la fe de la Iglesia y de las naciones.

(Vers. 8, 9.) "Y viéndolo los discípulos, se indignaron, diciendo: ¿A qué fin esta pérdida? Porque pudo esto venderse en mucho, y darse a los pobres". Sé que algunos calumnian este lugar, de por qué otro evangelista dijo que solo Judas se entristeció, por el hecho de que él tenía las bolsas y era ladrón desde el principio, y Mateo escribe que todos los apóstoles se indignaron, ignorando el tropo que se llama silepsis o sinécdoque, por el cual tanto por uno suelen ser llamados todos, como por muchos, uno. Pues también Pablo en

su Epístola que se escribe a los Hebreos (aunque muchos de los latinos dudan de ella), cuando hubo descrito las pasiones y méritos de los santos, añadió: "Fueron apedreados, fueron tentados, fueron cortados [Al. serrados], murieron a filo de espada" (Heb. 11, 37), cuando los judíos afirman que solo un profeta, Isaías, fue cortado. Podemos también decir de otra manera, que los apóstoles se indignaron verdaderamente por causa de los pobres; pero Judas por sus ganancias. De donde también su murmullo se pone con crimen, porque no tuvo cuidado de los pobres, sino que quiso proveer a su propio hurto.

(Vers. 10, 11.) "Sabiéndolo Jesús, les dijo: ¿Por qué sois molestos a esta mujer? Porque ha hecho una buena obra conmigo." "Porque siempre tendréis a los pobres con vosotros, mas a mí no siempre me tendréis". Surge otra cuestión, de por qué el Señor después de la resurrección dijo a los discípulos: "He aquí yo estoy con vosotros hasta la consumación del mundo"; y ahora habla: "mas a mí no siempre me tendréis". Pero me parece en este lugar que habla de la presencia corporal, de que de ningún modo ha de estar con ellos después de la resurrección del modo en que ahora en todo trato y familiaridad. Recordando lo cual el Apóstol dice: "Y si conocimos a Jesucristo según la carne, pero ahora ya no le conocemos" (2 Cor. 5, 16).

(Vers. 12.) "Porque derramando esta el ungüento sobre mi cuerpo, lo hizo para sepultarme". Lo que vosotros pensáis que es pérdida del ungüento, es oficio de sepultura. Ni es maravilla

si ella me ha dado el buen olor de su fe, cuando yo por ella he de derramar mi sangre.

(Vers. 12-14.) "En verdad os digo, en cualquier parte donde se predicare este Evangelio en todo el mundo, se dirá también lo que esta ha hecho en memoria de él." "Entonces se fue uno de los doce, que se llamaba Judas Iscariote, a los príncipes de los sacerdotes." En todo el mundo no tanto se predica a esta mujer como a la Iglesia, que sepultó al Salvador, que ungió su cabeza. Y atiende a la noticia de las cosas futuras, que habiendo de padecer después de dos días y de morir, sepa que su Evangelio ha de ser celebrado en todo el orbe.

(Vers. 15.) "Y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré?" Infeliz Judas, el daño que creía haber hecho por la efusión del ungüento, quiere compensarlo con el precio del maestro. Ni sin embargo pide una suma cierta, para que al menos pareciera lucrativa la traición, sino que, como entregando a un esclavo vil, puso en potestad de los compradores cuánto quisieran dar.

(Vers. 16.) "Y ellos le señalaron treinta monedas de plata. Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarle". José no fue vendido, como muchos piensan según los Setenta intérpretes, por veinte piezas de oro, sino según la Verdad Hebraica, por veinte de plata; ni en verdad podía ser más precioso el siervo que el Señor.

(Vers. 17.) "El primer día de los ázimos, se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Dónde quieres que te preparemos para comer la pascua?" El primero de los ázimos es el día catorce del primer mes, cuando el cordero es inmolado, y

la luna está plenísima, y el fermento es arrojado. Pero entre aquellos discípulos que se acercaron a Jesús, preguntando: "¿Dónde quieres que te preparemos para comer la pascua?", estimo que estuvo también Judas el traidor.

(Vers. 18.) "Mas Jesús dijo: Id a la ciudad a cierto hombre, y decidle: El maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa hago la pascua con mis discípulos." La Nueva Escritura conserva la costumbre del Antiguo Testamento. Frecuentemente leemos: "Dijo aquel a aquel", y "en tal y tal lugar"; lo cual en hebreo se dice PHELONI ELMONI, y sin embargo no se pone el nombre de las personas ni de los lugares. "Y hallaréis allí a cierto hombre, llevando un cántaro de agua". Cuyos nombres por eso fueron omitidos, para que a todos los que han de celebrar la pascua se les abriera una libre ocasión de festividad.

(Vers. 19.) "Y los discípulos hicieron como Jesús les mandó, y prepararon la pascua". En otro evangelista está escrito (Lc. 22) que hallaron un cenáculo grande, alfombrado y limpio, y allí le prepararon. Me parece, por lo demás, que el cenáculo se entiende como la ley espiritual, la cual, saliendo de las estrecheces de la letra, recibe al Salvador en un lugar sublime, diciendo Pablo lo mismo (Fil. 3), que aquellas cosas que antes reputaba por ganancia, las despreció como basura y desperdicios para preparar un digno hospedaje al Señor.

(Vers. 20.) "Y al atardecer, se sentó a la mesa con sus doce discípulos". Todo lo hace Judas de tal modo que se quite la sospecha de traidor.

(Vers. 21.) "Y comiendo ellos, dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar". El que había predicho sobre la pasión, predice también sobre el traidor, dando lugar a la penitencia, para que cuando hubiera comprendido que se conocían sus pensamientos y sus ocultos consejos, se arrepintiera de su hecho; y sin embargo no lo designa especialmente, para que, manifestado por el reproche, no se hiciera más impudente. Pone el crimen en el número, para que el que es consciente haga penitencia.

(Vers. 22.) "Y muy entristecidos, comenzaron cada uno a decir: ¿Soy yo, Señor?" Y ciertamente sabían los once apóstoles que nada tal contra el Señor pensaban; pero creen más al maestro que a sí mismos: temiendo su propia fragilidad, tristes preguntan por el pecado del cual no tenían conciencia.

(Vers. 23.) "Pero él respondiendo, dijo: El que mete conmigo la mano en el plato, ese me entregará". ¡Oh admirable paciencia del Señor! Primero había dicho: "uno de vosotros me entregará". Persevera el traidor en el mal; le arguye más manifiestamente, y sin embargo no designa el nombre propiamente. Judas, entristecidos los demás y retirando la mano e prohibiendo los alimentos a su boca, por la temeridad e impudencia con que lo había de entregar, también mete la mano con el maestro en el plato, para que con la audacia fingiera una buena conciencia.

(Vers. 24.) "Mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado!" Ni primero ni segundo corregido retira el pie de la traición, sino

que la paciencia del Señor nutre su impudencia y atesora para sí ira en el día de la ira (Rom. 2). Se predice la pena para que, a quien el pudor no había vencido, lo corrijan los suplicios denunciados. En cuanto a lo que sigue: "Mejor le fuera a ese hombre si no hubiera nacido": No por eso debe pensarse que existiera antes de nacer, porque a nadie le puede ir bien si no fuera el que existió; sino que se ha dicho simplemente que es mucho mejor no subsistir que subsistir malamente.

(Vers. 25.) "Respondiendo Judas, el que lo entregó, dijo". Porque los demás, tristes y muy tristes, habían preguntado: "¿Soy yo, Señor?", para que callando no pareciera entregarse a sí mismo, él también pregunta de igual modo, a quien la conciencia remordía, el que audazmente había metido la mano en el plato. "¿Soy yo, rabbí? Dícele: Tú lo has dicho". Y une el afecto del que adula, o un signo de incredulidad. Pues los demás, que no lo habían de entregar, dicen: "¿Soy yo, Señor?". Este que lo había de entregar, no Señor, sino maestro lo llama, como si tuviera excusa si, negado el Señor, al menos hubiera entregado al maestro. "Y le dice: Tú lo has dicho". Con la misma respuesta fue confutado el traidor con la que después ha de responder a Pilato.

(Vers. 26 sigs.) "Cenando ellos, tomó Jesús el pan, y lo bendijo y lo partió, y lo dio a sus discípulos, y dijo: Tomad y comed; este es mi cuerpo." "Y tomando el cáliz, dio gracias y se lo dio, diciendo: Bebed de él todos. Porque esta es mi sangre del nuevo testamento, la cual por muchos será derramada para remisión de los pecados." Después

que la pascua típica había sido cumplida y había comido las carnes del cordero con los apóstoles, toma el pan, que conforta el corazón del hombre, y pasa al verdadero sacramento de la pascua, para que de la manera que en prefiguración suya Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo, ofreciendo pan y vino lo había hecho (Gén. 14), él también lo representara en la verdad de su cuerpo y sangre. En Lucas leemos de dos cálices con los que brindó a los discípulos (Lc. 22). Uno del primer mes, y otro del segundo, para que quien entre los santos no hubiera podido comer el cordero en el primer mes, coma el cabrito entre los penitentes en el segundo.

(Vers. 29.) "Y os digo, que no beberé de aquí en adelante de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre". De las cosas carnales pasa a las espirituales, porque la viña trasplantada de Egipto es el pueblo de Israel, al cual el Señor habla por medio de Jeremías: "Yo te planté viña verdadera, ¿como te has convertido en la amargura de una vid extraña?" (Jer. 2, 21). Y el profeta Isaías en el cántico que canta al amado, y toda la Escritura dispersamente lo atestigua. Dice, pues, el Señor que de ningún modo ha de beber de esta viña, sino en el reino de su Padre. El reino del Padre, pienso que es la fe de los creyentes, confirmando también el Apóstol lo mismo: "El reino de Dios dentro de vosotros está" (Lc. 17, 21). Por lo tanto, cuando los judíos hayan recibido el reino del Padre (atiende a que diga, del Padre, no de Dios), pues Padre es siempre un nombre del Hijo. Cuando, digo, hayan

creído en Dios Padre, y el Padre los haya llevado al Hijo, entonces beberá el Señor del vino de ellos, y a semejanza de José reinando en Egipto, se embriagará con sus hermanos (Gén. 43).

(Vers. 30.) "Y dicho el himno, salieron al monte de los Olivos". Esto es lo que leemos en cierto salmo: "Comieron y adoraron todos los grasos de la tierra" (Sal. 21, 30). Según este ejemplo, quien hubiere sido saciado por el pan del Salvador, y embriagado por el cáliz, puede alabar al Señor y ascender al monte de los Olivos, donde está el refrigerio de los trabajos, y el consuelo del dolor, y la noticia de la verdadera luz.

(Vers. 31.) "Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros padeceréis escándalo en mí en esta noche". Predice lo que han de padecer, para que, cuando lo hayan padecido, no desesperen de la salvación, sino que haciendo penitencia, sean librados. Y significativamente añadió: "en esta noche padeceréis escándalo"; porque de la manera que quienes se embriagan, de noche se embriagan: así también los que padecen escándalo, en la noche y en las tinieblas lo sufren (1 Tes. 5). Nosotros, por el contrario, digamos: "La noche pasó, y el día se ha acercado" (Rom. 13, 12).

(Vers. 32.) "Porque escrito está: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas de la grey. Pero después que hubiere resucitado, iré delante de vosotros a Galilea". Esto está escrito con otras palabras en el profeta Zacarías; y (si no me engaño) se dice desde la persona del profeta a Dios: "Hiere al pastor, y se dispersarán las ovejas de la grey" (Zac. 13, 7). También el salmo sexagésimo octavo,

que todo es cantado por el Señor, concuerda con este sentido: "Porque a quien tú heriste, ellos persiguieron". Pero es herido el buen pastor para que ponga su alma por sus ovejas; y de muchas greyes de errores se haga una sola grey y un solo pastor (Jn. 10). Sobre este testimonio se ha dicho más plenamente en el librito que escribimos sobre el Mejor Género de Interpretar.

(Vers. 33.) "Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se escandalizaren en ti, yo nunca me escandalizaré". No es temeridad, ni mentira; sino que es la fe del apóstol Pedro, y el ardiente afecto hacia el Señor Salvador, de lo cual dijimos arriba.

(Vers. 34.) "Díjole Jesús: En verdad te digo, que en esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces". Tanto Pedro prometía por el ardor de la fe como el Salvador como Dios conocía las cosas futuras. Y nota que Pedro niega en la noche, y niega por tercera vez. Mas después que el gallo cantó, y decreciendo las tinieblas la luz cercana fue anunciada, vuelto lloró amargamente, lavando las suciedades de la negación con las lágrimas de la penitencia.

(Vers. 36.) "Entonces vino Jesús con ellos a una aldea que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, hasta que vaya allá y ore". Getsemaní se interpreta, valle muy pingüe, en el cual mandó a los discípulos sentarse un poco y esperar al que volvía, hasta que por todos orara solo el Señor.

(Vers. 37.) "Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a estar muy triste". Aquello que dijimos arriba

sobre la pasión y la propasión, se muestra también en el presente capítulo, que el Señor, para probar la verdad del hombre asumido, verdaderamente se entristeció, pero para que la pasión no dominara en su ánimo, comenzó a entristecerse por la propasión. Pues una cosa es entristecerse y otra comenzar a entristecerse. Se entristecía, por lo demás, no por temor de padecer, él que a esto había venido para padecer, y había argüido a Pedro de timidez; sino por el infelicísimo Judas, y el escándalo de todos los apóstoles, y el rechazo del pueblo de los judíos, y la subversión de la mísera Jerusalén. De donde también Jonás se entristeció por la sequedad de la calabaza o hiedra (Jon. 4), no queriendo que pereciera su antiguo tabernáculo. Pero si los herejes interpretan la tristeza del ánimo no como el afecto del Salvador hacia los que han de perecer, sino como pasión, respondan cómo exponen aquello que se dice por la persona de Dios a través de Ezequiel: "Y en todas estas cosas me entristecías" (Ez. 16, según los LXX).

(Vers. 38.) "Entonces les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte: Quedaos aquí y vigilad conmigo". La que se entristece es el alma, y se entristece no por la muerte, sino hasta la muerte, hasta que libere a los apóstoles con su pasión. En cuanto a lo que mandó: "Quedaos aquí y vigilad conmigo", no prohíbe el sueño, para el cual no había tiempo ante el peligro inminente; sino el sueño de la infidelidad y el torpor de la mente. Digan, pues, los que sospechan que Jesús asumió un alma irracional, cómo se entristece y conoce

el tiempo de la tristeza. Pues aunque también los animales brutos se duelan, sin embargo no conocen ni las causas ni el tiempo hasta el cual deban entristecerse.

(Vers. 39.) "Y adelantándose un poco, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz." "Pero no como yo quiero, sino como tú". Dado el precepto a los apóstoles de que sostuvieran y vigilaran con el Señor, avanzando un poco cae sobre su rostro y muestra la humildad de la mente por el hábito de la carne, y dice halagadoramente: "Padre mío", y pide que, si es posible, pase de él el cáliz de la pasión, del cual hablamos arriba. Pide, por lo demás, no por temor de padecer, sino por misericordia del pueblo anterior, para que no beba de ellos el cáliz brindado. De donde también significativamente no dijo "pase de mí el cáliz", sino "este cáliz", esto es, del pueblo de los judíos, que no puede tener excusa de ignorancia si me mata, teniendo la Ley y los profetas, que diariamente me profetizan. Sin embargo, volviendo a sí mismo, lo que por la persona de hombre había rechazado temblorosamente, lo confirma por la de Dios y del Hijo. "Pero no como yo quiero, sino como tú". No se haga esto, dice, que hablo con afecto humano; sino aquello por lo cual descendí a la tierra por tu voluntad.

(Vers. 40.) "Y vino a sus discípulos, y los halló durmiendo, y dice a Pedro: ¿Así no pudisteis vigilar una hora conmigo?" Aquel que arriba había dicho: "Aunque todos se escandalizaren en ti, yo

nunca me escandalizaré", ahora por la magnitud de la tristeza no puede vencer el sueño.

(Vers. 41.) "Vigilad y orad, para que no entréis en tentación". Es imposible que el alma humana no sea tentada. De donde también en la Oración Dominical decimos: "No nos metas en tentación que no podamos soportar" (Mt 6, 13; Lc 11, 4). No rechazando la tentación por completo, sino suplicando fuerzas para sostenerse en las tentaciones. Por lo tanto, también en el presente lugar no dice: "Vigilad y orad, para que no seáis tentados"; sino "para que no entréis en tentación", esto es, para que la tentación no os supere y venza, y os tenga dentro de sus redes. Por ejemplo: El mártir que por la confesión del Señor derrama su sangre, fue tentado ciertamente; pero no es ligado por las redes de las tentaciones. Mas el que niega, incurre en los lazos de la tentación. "El espíritu a la verdad está pronto, pero la carne es enferma". Esto contra los temerarios que, cualquier cosa que hayan creído, piensan que pueden alcanzarla. Así pues, cuanto confiamos en el ardor de la mente, tanto temamos por la fragilidad de la carne. Pero sin embargo, según el Apóstol, en el espíritu las obras de la carne son mortificadas (1 Pe. 3).

(Vers. 53, 54.) "¿O piensas que no puedo rogar a mi Padre, y él me dará ahora más de doce legiones de ángeles?" "¿Cómo, pues, se cumplirán las Escrituras: de que así conviene que se haga?" No necesito el auxilio de doce apóstoles, aunque todos me defendieran, yo que puedo tener doce legiones del ejército angélico. Una legión entre los antiguos se completaba con seis mil hombres.

Por la brevedad del tiempo, no nos ocurre explicar el número; baste haber dicho los tipos: que setenta y dos mil ángeles, en cuantas naciones fue dividida la lengua de los hombres, se forman con doce legiones. La siguiente sentencia demuestra un ánimo pronto para padecer, porque en vano habrían cantado los profetas si el Señor no hubiera afirmado que ellos dijeron la verdad mediante su pasión.

(Vers. 55.) En aquella hora dijo Jesús a las turbas: "Como a un ladrón habéis salido con espadas y palos a prenderme: diariamente me sentaba entre vosotros, enseñando en el templo, y no me prendisteis". Es necio, dice, buscar con espadas y palos a quien espontáneamente se entrega en vuestras manos, e investigar mediante un traidor en la noche, como si estuviera escondido y declinando de vuestros ojos, a quien enseña diariamente en el templo. Pero por eso os congregáis contra mí en las tinieblas, porque vuestro poder está en las tinieblas.

(Vers. 56.) "Todo esto, empero, se hizo para que se cumpliesen las Escrituras de los profetas." "Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron". ¿Cuáles son las Escrituras de los profetas? "Taladraron mis manos y mis pies" (Sal. 21, 17); y en otra parte: "Como oveja fue llevado a la víctima" (Is. 53, 7). Y en otro [Al. el mismo] lugar: "Por las iniquidades de mi pueblo fue llevado a la muerte" (Ibíd., seg. LXX).

(Vers. 57.) Mas ellos, prendiendo a Jesús, lo llevaron ante Caifás, el príncipe de los sacerdotes, donde los escribas y los ancianos se habían reuni-

do. Moisés, por mandato de Dios, había prescrito que los pontífices sucedieran a sus padres, y que se tejiera la serie de la generación en los sacerdotes (Éx. 29). Refiere Josefo que este Caifás redimió por un precio de Herodes el pontificado de un solo año. No es de extrañar, pues, si un pontífice inicuo juzga injustamente [Al. inicuo].

(Vers. 58.) Pedro, empero, lo seguía de lejos hasta el atrio del príncipe de los sacerdotes. De lejos seguía el que había de negar al Señor.

(Vers. 59, 60.) Y entrando dentro, se sentó con los servidores para ver el fin. Los príncipes de los sacerdotes y todo el concilio buscaban falso testimonio contra Jesús para entregarlo a la muerte. Y no lo hallaron, habiéndose presentado muchos testigos falsos. O por amor de discípulo, o por curiosidad humana, deseaba saber qué juzgaría el pontífice sobre el Señor: si lo condenaría a muerte o lo dejaría ir tras azotarlo con flagelos. Y en esto está la diversidad de los diez apóstoles y de Pedro. Aquellos huyen; este, aunque de lejos, sigue sin embargo al Salvador.

(Vers. 61.) Al fin, empero, vinieron dos testigos falsos y dijeron: "Este dijo: Puedo destruir el templo de Dios, y después de tres días reedificarlo". ¿Cómo son testigos falsos si dicen aquello que leímos que el Señor dijo arriba? Pero es falso testigo el que no entiende lo dicho en el mismo sentido en que se dice. Pues el Señor había hablado del templo de su cuerpo. Pero también en las mismas palabras calumnian, y con unas pocas añadidas o cambiadas, hacen como una calumnia justa. El Salvador había dicho: "Destruid este templo"; es-

tos lo cambian y dicen: "Puedo destruir el templo de Dios". Vosotros, dice, "destruid", no yo: porque es ilícito que nosotros mismos nos pongamos las manos encima. Luego ellos lo vierten así: "y después de tres días reedificarlo", para que parezca que habló propiamente del templo judaico. Pero el Señor, para mostrar un templo animal y animado, había dicho: "Y yo en tres días lo levantaré". Una cosa es edificar y otra levantar.

(Vers. 62.) "Y levantándose el príncipe de los sacerdotes, le dijo: ¿Nada respondes a lo que estos testifican contra ti?" Pero Jesús callaba. La ira precipitada e impaciente, no hallando lugar para la calumnia, sacude al pontífice de su solio, para demostrar la vesania de su mente con el movimiento de su cuerpo. Cuanto más callaba Jesús ante los indignos de su respuesta, los falsos testigos y los sacerdotes impíos, tanto más el pontífice, vencido por el furor, lo provoca a responder: para que de cualquier ocasión de discurso halle lugar para acusar. No obstante, Jesús callaba. Pues sabía, como Dios, que cualquier cosa que respondiera sería torcida para la calumnia.

(Vers. 63.) "Y el príncipe de los sacerdotes le dijo: Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios". ¿Por qué conjuras, impiosísimo de los sacerdotes? ¿Para acusar o para creer? Si para acusar, otros arguyen: condenad al que calla. Si para creer, ¿por qué no quisiste creer al que confesaba?

(Vers. 64.) "Jesús le dijo: Tú lo has dicho." "Sin embargo, os digo: de aquí en adelante veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder

de Dios, y viniendo en las nubes del cielo". Tanto contra Pilato como contra Caifás hay una respuesta similar, para que por su propia sentencia sean condenados.

(Vers. 65, 66.) "Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras, diciendo: Ha blasfemado." "¿Qué necesidad tenemos aún de testigos?" "He aquí que ahora habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?" Mas ellos respondiendo, dijeron: "Reo es de muerte". A quien el furor había sacudido del solio sacerdotal, la misma rabia lo provoca a rasgar las vestiduras. Rasgó, empero, sus vestiduras para mostrar que los judíos habían perdido la gloria del sacerdocio, y que los pontífices tienen una sede vacía. Pero también es de costumbre judaica, cuando han oído algo de blasfemia y como contra Dios, rasgar sus vestiduras. Lo cual leemos que también hicieron Pablo y Bernabé cuando en Licaonia eran honrados con el culto de los dioses. Herodes, empero, porque no dio honor a Dios, sino que asintió al inmoderado favor del pueblo, al instante fue herido por el ángel.

(Vers. 67.) "Entonces le escupieron en la cara, y le dieron bofetadas". Para que se cumpliera lo que está dicho: "Di mis mejillas [Al. mi mejilla] a los golpes, y no aparté mi cara de la confusión de los escupitajos" (Lam. 3, 30).

(Vers. 68.) "Otros, empero, le dieron palmadas en la cara, diciendo: Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?" Necio era responder a los que golpeaban, y profetizar sobre el que hería, cuando patentemente se veía la locura del que golpeaba.

Pero así como esto no os lo profetizó, así aquello vaticinó manifestísimamente: que Jerusalén sería rodeada por un ejército, y no quedaría piedra sobre piedra en el templo.

(Vers. 69.) "Pedro, empero, estaba sentado fuera en el atrio". Fuera estaba sentado para ver el éxito de la cosa. Y no se aproximaba a Jesús, para que no naciera alguna sospecha entre los servidores.

(Vers. 72.) "Y otra vez negó con juramento: Que no conozco al hombre." Y después de un poco se acercaron los que estaban allí, y dijeron a Pedro. Sé que algunos, por un piadoso afecto [Al. con piadoso afecto] hacia el apóstol Pedro, interpretaron este lugar de tal modo que decían que Pedro no negó a Dios, sino al hombre, y que el sentido es: No conozco al hombre, porque conozco a Dios. Cuán frívolo sea esto, lo entiende el lector prudente; si [Al. así] defienden al apóstol, hacen a Dios reo de mentira. Pues si este no negó, entonces mintió el Señor, que había dicho: "En verdad te digo que esta noche, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces". Mira qué dice: "me negarás", no al hombre.

(Vers. 73.) "Verdaderamente tú también eres de ellos: pues aun tu habla te manifiesta". No porque Pedro fuera de otra lengua o de una nación extraña. Todos por cierto eran hebreos, tanto los que argüían como el que era argüido; sino porque cada provincia y región tiene sus propiedades, y no puede evitar el sonido vernáculo de hablar. De donde también los efraimitas en el libro de los

Jueces (cap. 12) no pueden decir el *synthema* (santo y seña).

(Vers. 74, 75.) "Entonces comenzó a maldecir y a jurar que no conocía al hombre." "Y al instante el gallo cantó." "Y se acordó Pedro de la palabra de Jesús, que le había dicho: Antes de que el gallo cante, me negarás tres veces". En otro Evangelio leemos que tras la negación de Pedro y el canto del gallo, el Salvador miró a Pedro, y con su mirada lo provocó a amargas lágrimas. Ni podía ser que permaneciera en las tinieblas de la negación aquel a quien la luz del mundo había mirado.

"Y saliendo fuera, lloró amargamente". Sentado en el atrio de Caifás, no podía hacer penitencia. Sale fuera del concilio de los impíos, para lavar las suciedades de su pávida negación con amargos llantos.

(Cap. XXVII.---Vers. 1 sigs.) "Llegada la mañana, todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tomaron consejo contra Jesús para entregarlo a la muerte." "Y lo llevaron atado, y lo entregaron al presidente Poncio Pilato". No solo ante Pilato, sino también ante Herodes fue llevado, para que ambos se burlaran del Señor. Y mira la solicitud de los sacerdotes para el mal. Toda la noche vigilaron para cometer un homicidio. "Y lo entregaron atado a Pilato". Pues tenían esta costumbre: que a quien hubieran juzgado a muerte, lo entregaran ligado al juez.

"Entonces Judas, el que lo entregó, viendo que había sido condenado, movido por la penitencia, devolvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, diciendo:

Pequé entregando sangre justa". La magnitud de la avaricia fue excluida por el peso de la impiedad. Viendo Judas al Señor condenado a muerte, devolvió el precio a los sacerdotes, como si estuviera en su poder cambiar la sentencia de los perseguidores. Así pues, aunque cambió su voluntad, sin embargo no cambió el éxito de su primera voluntad. Pero si pecó aquel que entregó sangre justa, ¿cuánto más pecaron los judíos que compraron sangre justa y, ofreciendo el precio, provocaron al discípulo a la traición? Quienes intentan introducir diversas naturalezas y dicen que Judas el traidor fue de una naturaleza mala, y que por la elección del apostolado no pudo ser salvado [Al. guardar la elección], respondan cómo una naturaleza mala hizo penitencia.

(Vers. 5.) "Mas ellos dijeron: ¿A nosotros qué? Tú verás." "Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró, y yéndose, se ahorcó con un lazo". De nada aprovechó haber hecho penitencia, mediante la cual no pudo corregir el crimen. Si alguna vez un hermano peca así contra un hermano que pueda enmendar lo que pecó, puede serle perdonado. Pero si las obras permanecen, en vano se asume la penitencia de voz. Esto es lo que se dice en el salmo sobre el mismo infelicísimo Judas: "Y su oración se convierta en pecado" (Sal. 108, 7); de modo que no solo no pudo enmendar la maldad de la traición, sino que al primer crimen añadió también el crimen del propio homicidio. Algo tal dice también el Apóstol en la segunda Epístola a los Corintios: "Para

que el hermano no sea absorbido por una tristeza excesiva" (2 Cor. 2, 7).

(Vers. 6.) "Los príncipes de los sacerdotes, empero, habiendo tomado las monedas de plata, dijeron: No es lícito echarlas en la corbona, porque es precio de sangre". Verdaderamente colando el mosquito y tragando el camello. Pues si por eso no echan el dinero en la corbona, esto es, en el tesoro y los dones de Dios, porque es precio de sangre, ¿por qué se derrama la sangre misma?

(Vers. 7, 8.) "Habiendo tomado consejo, compraron con ellas el campo del alfarero para sepultura de los peregrinos, por lo cual aquel campo fue llamado Haceldama, esto es, campo de sangre, hasta el día de hoy". Ellos ciertamente lo hicieron con otra voluntad, para dejar un monumento eterno de su impiedad por la compra del campo. Por lo demás nosotros, que éramos peregrinos de la Ley y los profetas, recibimos sus perversos estudios para la salvación: y descansamos en el precio de su sangre. Se llama, empero, campo del alfarero, porque nuestro alfarero es Cristo.

(Vers. 9, 10.) "Entonces se cumplió lo que fue dicho por el profeta Jeremías, diciendo: Y tomaron las treinta monedas de plata, el precio del apreciado, a quien los hijos de Israel apreciaron, y las dieron para el campo del alfarero, según me constituyó el Señor". Este testimonio no se encuentra en Jeremías. En Zacarías, empero, que es casi el último de los doce profetas, se reporta una cierta similitud (Zac. 11); y aunque el sentido no difiere mucho, sin embargo tanto el orden

como las palabras son diversas. Leí recientemente en un cierto volumen hebreo, que un hebreo de la secta nazarena me ofreció, un apócrifo de Jeremías, en el cual encontré estas cosas escritas palabra por palabra. Pero sin embargo me parece más bien que el testimonio fue tomado de Zacarías: según la manera común de los evangelistas y apóstoles, quienes, habiendo omitido el orden de las palabras, presentan solo los sentidos del Antiguo Testamento como ejemplo.

(Vers. 11.) "Mas Jesús se detuvo ante el presidente, y el presidente le preguntó, diciendo: ¿Tú eres el rey de los judíos?" No preguntando Pilato nada más de crimen, sino si es el rey de los judíos, los judíos son acusados de impiedad, porque ni siquiera falsamente pudieron encontrar qué objetar al Salvador. "Dijo Jesús: Tú lo dices." Respondió de tal modo que dijera la verdad y su discurso no estuviera expuesto a la calumnia. Y atiende que respondió en alguna parte a Pilato, que de mala gana profería la sentencia; pero no quiso responder a los sacerdotes y príncipes, juzgándolos indignos de su discurso.

(Vers. 13 sigs.) "Entonces le dice Pilato: ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra ti?" Y no le respondió a palabra alguna, de modo que el presidente se maravillaba vehementemente. "En el día solemne solía el presidente soltar al pueblo un preso, el que quisieran". Gentil es ciertamente el que condena a Jesús; pero refiere la causa al pueblo de los judíos. "¿No oyes cuántos testimonios dicen contra ti?" Jesús, empero, nada quiso responder, no fuera que, diluyendo el crimen,

fuera soltado por el presidente, y la utilidad de la cruz se difiriera.

(Vers. 16 sigs.) "Tenía entonces un preso insigne, que se llamaba Barrabás." Congregados ellos, pues, dijo Pilato: "¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, que se llama el Cristo?" "Pues sabía que por envidia lo habían entregado". Este, en el Evangelio que se escribe según los hebreos, se interpreta como "hijo de su maestro", que por sedición y homicidio había sido condenado. Ofrece, empero, Pilato la opción de soltar a quien quieran, al ladrón o a Jesús: no dudando que Jesús debía ser elegido antes, sabiendo que fue entregado por envidia. Por tanto, la causa de la cruz es manifiestamente la envidia.

(Vers. 19 sigs.) "Estando él sentado en el tribunal, envió a decirle su mujer: Nada tengas tú con ese justo, pues muchas cosas he padecido hoy por visión por causa de él." Pero los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron a los pueblos de que pidieran a Barrabás y perdieran a Jesús. Respondiendo el presidente, les dijo: "¿A cuál de los dos queréis que os suelte?" Pero ellos dijeron: "A Barrabás". Nota que a menudo a las naciones les son revelados sueños por Dios; y que en Pilato y su mujer confesando al Señor justo, está el testimonio del pueblo gentil.

(Vers. 22, 23.) "Díceles Pilato: ¿Qué haré, pues, de Jesús, que se llama el Cristo?" "Dicen todos: Sea crucificado." "Díceles el presidente: ¿Pues qué mal ha hecho?" "Pero ellos más clamaban, diciendo: Sea crucificado". Muchas ocasiones dio Pilato de liberar al Salvador. Primero, comparan-

do al ladrón con el justo. Luego infiriendo: "¿Qué haré, pues, de Jesús, que se llama el Cristo?", esto es, el que es vuestro rey. Y cuando respondieron "Sea crucificado", no asintió de inmediato; sino que según la sugerencia de su mujer, que había mandado decir: "Nada tengas tú con ese justo", él también respondió: "¿Pues qué mal ha hecho?" Al decir esto, Pilato absolvió a Jesús. Pero ellos más clamaban, diciendo: "Sea crucificado". Para que se cumpliera lo que en el salmo veintiuno había dicho: "Me han rodeado muchos perros: y la congregación de los malignos me ha cercado" (Sal. 21, 12). Y aquello de Jeremías: "Se ha vuelto mi heredad para mí como león en la selva: han dado su voz contra mí" (Jer. 12, 8). También Isaías concuerda en esta sentencia: "Esperé que hicieran juicio, e hicieron iniquidad; y no justicia, sino clamor" (Is. 5, 7).

(Vers. 24.) "Viendo, pues, Pilato que nada aprovechaba, sino que más bien se hacía tumulto, tomada agua, se lavó las manos ante el pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo: vosotros veréis". Pilato tomó agua, según aquel dicho profético: "Lavaré mis manos entre los inocentes" (Sal. 25, 6); para que en el lavatorio de sus manos se purificaran las obras de los gentiles, y nos hiciera ajenos a la impiedad de los judíos que clamaron "crucifícale", de algún modo protestando esto y diciendo: Yo ciertamente quise liberar al inocente; pero puesto que también surge una sedición y se me imputa el crimen de lesa majestad contra el César: "Inocente soy de la sangre de este justo". El juez que es coaccionado

a proferir sentencia contra Cristo no condena al ofrecido; sino que arguye a los que lo ofrecen, pronunciando que es justo el que debe ser crucificado. "Vosotros", dice, "veréis". Yo soy ministro de las leyes: vuestra voz derrama la sangre.

(Vers. 25.) "Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos". Persevera hasta el día presente esta imprecación sobre los judíos, y la sangre del Señor no se quita de ellos. Por lo cual habla a través de Isaías: "Si levantareis a mí las manos, no os oiré." Pues vuestras manos están llenas de sangre" (Is. 1, 15). Óptima heredad dejan [Al. dejaron] los judíos a sus hijos, diciendo: "Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos".

(Vers. 26.) "Entonces les soltó a Barrabás, mas a Jesús, azotado, se lo entregó para que fuera crucificado". El ladrón Barrabás, que hacía sediciones en las turbas, que era autor de homicidios, fue soltado para el pueblo de los judíos, esto es, el diablo, que hasta hoy reina en ellos, y por eso no pueden tener paz. Jesús, empero, entregado por los judíos, es absuelto por la mujer de Pilato, y por el mismo presidente es llamado justo. Y el centurión confiesa que verdaderamente es el Hijo de Dios. Pregunte el lector erudito cómo se compadece que Pilato se lavara las manos y dijera: "Inocente soy de la sangre de este justo", y después entregara a Jesús azotado para ser crucificado. Pero ha de saberse que él administraba las leyes romanas, en las cuales estaba sancionado que quien es crucificado sea antes golpeado con azotes. Fue entregado, pues, Jesús a los soldados

para ser azotado, y aquel sacratísimo cuerpo, y el pecho capaz de Dios, los azotes lo cortaron. Esto, empero, se hizo para que, puesto que estaba escrito: "Muchos son los azotes de los pecadores" (Sal. 31, 10), siendo él azotado, nosotros fuéramos librados de los golpes, diciendo la Escritura al varón justo: "El azote no se acercará a tu tabernáculo" (Sal. 90, 10).

(Vers. 27 y sigs.) Entonces los soldados del presidente, llevando a Jesús al pretorio, reunieron en torno a él a toda la cohorte, y desnudándolo, le echaron encima una clámide de escarlata. Y trenzando una corona de espinas, la pusieron sobre su cabeza, y una caña en su derecha: e hincando la rodilla ante él, se burlaban de él, diciendo: Salve, rey de los judíos. Los soldados, ciertamente, porque había sido llamado rey de los judíos, y este crimen le habían echado los escribas y sacerdotes, que usurpaba para sí el imperio en el pueblo de Israel, hacen esto burlándose, para que desnudo de sus anteriores vestiduras, lo vistan con una clámide de escarlata en lugar del borde rojo de que usaban los antiguos reyes: y en lugar de diadema le pongan una corona de espinas: por cetro real le den una caña, y lo adoren como a rey. Nosotros, empero, entendamos todo esto místicamente. Pues así como Caifás dijo: "Conviene que un solo hombre muera por todos" (Jn. 11, 50), no sabiendo lo que decía: así también estos, lo que sea que hicieron, aunque lo hicieran con otra mente, sin embargo nos entregaron sacramentos a nosotros, los que creemos. En la clámide de escarlata, sostiene las obras sangrientas de las

naciones: en la corona de espinas, desata la antigua maldición: en la caña, mata a los animales venenosos. O bien sostenía la caña en su mano, para escribir el sacrilegio de los judíos.

(Vers. 30.) Y escupiéndole, tomaron la caña, y golpeaban su cabeza. En aquel tiempo se cumplió: "No aparté mi rostro de la confusión de los esputos" (Is. 50, 6), y sin embargo, cuando golpean su cabeza con la caña, lo sostiene todo pacientemente, para mostrar como verdadero el vaticinio de Isaías, que dice: "La caña cascada no la quebrará" (Is. 42, 3).

(Vers. 31.) Y después que se burlaron de él, le desnudaron la clámide, y lo vistieron con sus vestiduras, y lo llevaron para que fuera crucificado. Cuando Jesús es azotado, y escupido, e irrisoriamente burlado, no tiene sus propias vestiduras: sino aquellas que por nuestros pecados había tomado. Cuando, empero, es crucificado, y la pompa de la ilusión y de la irrisión ha pasado, entonces recibe sus antiguas vestiduras, y asume su propio ornato: e inmediatamente los elementos se turban, y la criatura da testimonio al Creador.

(Vers. 32.) Saliendo, pues, hallaron a un hombre cireneo, llamado Simón: a este lo obligaron a llevar su cruz. No piense nadie que la historia del evangelista Juan es contraria a este lugar. Pues él dijo que el Señor, saliendo del pretorio, portaba su propia cruz; Mateo, empero, refiere que hallaron a un hombre cireneo, llamado Simón, a quien obligando, le impusieron la cruz de Jesús. Pero esto ha de entenderse que Jesús, saliendo del pretorio, él mismo llevó su cruz: después encon-

traron a Simón, a quien impusieron la cruz para llevarla. Según la anagogía, empero, las naciones reciben la cruz de Jesús, y el extranjero obediente porta la ignominia del Salvador.

(Vers. 33.) Y llegaron a un lugar que se llama Gólgota, que es el lugar de la Calavera. Oí que alguien expuso que el lugar de la Calavera es aquel en que fue sepultado Adán, y que por eso fue llamado así, porque allí se escondió la cabeza del antiguo hombre, y que esto es lo que dice el Apóstol: "Despiértate tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo". Interpretación favorable y que acaricia el oído del pueblo, pero no verdadera. Pues fuera de la ciudad y fuera de la puerta, hay lugares en los que se cortan las cabezas de los condenados, y tomaron el nombre de Calvarias, esto es, de los degollados. Por eso, empero, fue crucificado allí el Señor, para que donde antes estaba el área de los condenados, allí se erigieran los estandartes del martirio. Y como por nosotros fue hecho maldición de la cruz, y fue azotado, y crucificado: así por la salud de todos fue crucificado como reo entre los reos. Si, empero, alguien quisiere sostener que por eso fue allí crucificado el Señor, para que su sangre destilara sobre el sepulcro de Adán, preguntémosle: ¿por qué también los otros ladrones fueron crucificados en el mismo lugar? Por lo cual aparece que el Calvario no significa el sepulcro del primer hombre, sino el lugar de los degollados, para que donde abundó el pecado, superabunde la gracia (Rom. 5). Adán, empero,

sepultado junto a Hebrón y Arbee, leemos en el volumen de Josué hijo de Nun (Jos. 14).

(Vers. 34.) Y le dieron a beber vino mezclado con hiel, y habiendo gustado, no quiso beber. Dios habla a Jerusalén: "Yo te planté viña verdadera, ¿cómo te has convertido en la amargura de una vid extraña" (Jer. 2, 21)? La vid amarga hace vino amargo, que propina al Señor Jesús, para que se cumpliera lo que está escrito: "Dieron para mi comida hiel, y en mi sed me dieron a beber vinagre" (Sal. 68, 22). Lo que, empero, se dice: "Y habiendo gustado, no quiso beber", indica esto, que ciertamente gustó por nosotros la amargura de la muerte, pero al tercer día resucitó.

(Vers. 35.) Después que lo crucificaron, dividieron sus vestiduras, echando suerte, para que se cumpliera lo que fue dicho por el profeta, que decía: Dividieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi vestidura echaron suerte. Y esto en el mismo salmo había sido profetizado: "Dividieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi vestidura echaron suerte" (Sal. 21, 19).

(Vers. 36.) Y sentándose lo guardaban. La diligencia de los soldados y sacerdotes nos aprovecha, para que aparezca mayor y más abierta la virtud del que resucita.

(Vers. 37.) Y pusieron sobre su cabeza su causa escrita: Este es Jesús, el Rey de los judíos. No puedo admirarme dignamente, por la magnitud de la cosa, que habiendo redimido con precio a los falsos testigos, y excitado al infeliz pueblo a la sedición y al clamor, no hallaran ninguna otra causa de su muerte sino que era el Rey de los

judíos. Y ellos tal vez hicieron esto burlándose y riendo. Por lo demás, Pilato también respondió a los que no querían: "Lo que escribí, escribí". Queráis o no queráis, judíos, toda la muchedumbre de las naciones os responde: Jesús es el Rey de los judíos, esto es, el emperador de los que creen y confiesan.

(Vers. 38.) Entonces fueron crucificados con él dos ladrones, uno a la derecha y uno a la izquierda. Si el Gólgota es el sepulcro de Adán, y no el lugar de los condenados, y por eso el Señor es allí crucificado para que resucite a Adán, ¿por qué dos ladrones son crucificados en este mismo lugar?

(Vers. 39 y sigs.) Los que pasaban empero blasfemaban de él moviendo sus cabezas, y diciendo: ¡Bah! tú que destruyes el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz. De igual modo también los príncipes de los sacerdotes, burlándose con los escribas y ancianos, decían. Blasfemaban porque se pasaban del camino, y no querían caminar en el verdadero itinerario de las Escrituras. Movían sus cabezas porque ya antes habían movido sus pies, y no estaban sobre la roca. Lo mismo empero diciendo con insulto, dice el pueblo fatuo, lo que los falsos testigos habían fraguado.

(Vers. 42.) A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse. Aun sin querer, confiesan los escribas y fariseos que a otros salvó. Así pues, vuestra sentencia os condena. Pues quien a otros salvó, ciertamente si quisiera, podía salvarse a sí mismo.

(Vers. 43.) Si es el rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creemos en él. Confía en Dios; líbrelo ahora si quiere. Dijo pues: que soy el Hijo de Dios. Fraudulenta promesa. ¿Qué es más, descender todavía vivo de la cruz, o resucitar muerto del sepulcro? Resucitó y no creísteis. Por tanto, si también descendiera de la cruz, del mismo modo no creeríais. Pero esto me parece que lo sugieren los demonios. Pues tan pronto como el Señor fue crucificado, sintieron la virtud de la cruz, y entendieron que estaban rotas sus fuerzas, y hacen esto para que descienda de la cruz, pero el Señor conociendo las insidias de los adversarios, permanece en el patíbulo para destruir al diablo.

(Vers. 44.) Lo mismo empero también los ladrones que habían sido crucificados con él, le reprochaban. Aquí, por el tropo que se llama silepsis (σύλληψις), en lugar de un ladrón se induce a ambos a haber blasfemado. Lucas empero aserta que, blasfemando uno, el otro confesó, y al contrario increpó al que blasfemaba (Lc. 23). No porque discrepen los Evangelios; sino porque al principio ambos blasfemaron, de allí, huyendo el sol, movida la tierra, rotas las rocas y arremetiendo las tinieblas, uno creyó en Jesús, y enmendó la anterior negación con la siguiente confesión. En los dos ladrones cada pueblo, el de los gentiles y el de los judíos, primero blasfemó del Señor. Después, aterrado uno por la magnitud de los signos, hizo penitencia, y hasta hoy increpa a los judíos que blasfeman.

(Vers. 45.) Desde la hora sexta empero, se hicieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora

novena. Los que escribieron contra los Evangelios sospechan un eclipse de sol, lo cual suele acontecer en tiempos ciertos y establecidos, y que los discípulos de Cristo por impericia lo interpretaron sobre la resurrección del Señor: cuando el defecto del sol nunca suele hacerse sino en el orto de la luna. A nadie empero es dudoso que en tiempo de la pascua la luna estaba plenísima. Y para que tal vez no pareciera que la sombra de la tierra, o el orbe de la luna opuesto al sol, había hecho tinieblas breves y ferrujientas, se pone el espacio de tres horas, para que se quitara toda ocasión de los que cavilan. Y esto creo que se hizo para que se cumpliera la profecía que dice: "Caerá el sol al mediodía, y se entenebrecerá sobre la tierra en el día la luz" (Amós 8, 9); y en otro lugar: "Cayó el sol cuando todavía era medio día" (Jer. 15, 9). Y me parece que la clarísima luz del mundo, esto es, el luminar mayor, retiró sus rayos, para que o no viera al Señor pendiente, o los impíos blasfemando no gozaran de su luz.

(Vers. 46.) Y cerca de la hora novena, clamó Jesús con voz grande, diciendo: Elí, Elí, lamasabacthaní, esto es, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Usó del principio del salmo veintiuno, y aquello que se lee en medio del versículo: "Mira en mí", es superfluo. Pues se lee en hebreo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Por tanto son impíos los que piensan que este salmo fue dicho por la persona de David, o de Ester y Mardoqueo, cuando también los evangelistas entienden los testimonios tomados de él sobre el Salvador: como es aquello: "Dividie-

ron entre sí mis vestiduras, y sobre mi vestidura echaron suerte". Y otro: "Horadaron mis manos y mis pies". No te maravilles de la humildad de las palabras y de las querellas del desamparado, cuando conociendo la forma de siervo, veas el escándalo de la cruz.

(Vers. 47.) Algunos empero de los que allí estaban y oían, decían: A Elías llama este. No todos, sino algunos que juzgo que fueron soldados romanos, no entiendo la propiedad del sermón hebreo, sino por aquello que dijo: "Elí, Elí", pensando que Elías era invocado por él. Si empero quisiéramos entender a los judíos que dijeron esto, también lo hacen según su costumbre solida, para infamar al Señor de imbecilidad, que depreca el auxilio de Elías.

(Vers. 48.) Y continuamente corriendo uno de ellos, tomada una esponja la llenó de vinagre: y la impuso a una caña, y le daba de beber. Y estas cosas se hicieron para que se cumpliera la profecía: "En mi sed me dieron a beber vinagre" (Sal. 68, 22). Hasta hoy los judíos y todos los incrédulos de la resurrección dominical con vinagre y hiel dan de beber a Jesús; y le dan vino mirrado para adormecerlo, y que no vea sus males.

(Vers. 50.) Jesús empero clamando otra vez con voz grande, emitió el espíritu. Indicio es de potestad divina emitir el espíritu, como él mismo también había dicho: "Nadie puede quitarme el alma; sino que yo la pongo por mí mismo, y de nuevo la recibiré" (Jn. 10, 18).

(Vers. 51.) Y he aquí que el velo del Templo se rasgó en dos partes de lo alto hasta abajo. El velo

del templo se rasgó, y todos los sacramentos de la Ley que antes se cubrían, fueron manifestados, y pasaron al pueblo de los gentiles. En el Evangelio del que a menudo hacemos mención, leemos que el superliminar del templo de infinita magnitud fue roto y dividido. Josefo también refiere que las virtudes angélicas, que antaño presidían el templo, entonces a la vez clamaron: "Pasemos de estas sedes".

(Vers. 52.) Y la tierra se movió, y las rocas se rasgaron, y los monumentos se abrieron. A nadie es dudoso lo que significa según la letra la magnitud de los signos, de modo que tanto el cielo como la tierra y todas las cosas demostraran a su Señor crucificado. Pero a mí me parece que el terremoto y lo demás llevan el tipo de los creyentes, porque abandonados los anteriores vicios de los errores, y ablandada la dureza del corazón, quienes antes eran semejantes a los túmulos de los muertos, después reconocieron al Creador.

(Vers. 53.) Y muchos cuerpos de los santos que habían dormido, resucitaron. Y saliendo de los monumentos después de su resurrección, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos. Como Lázaro muerto resucitó, así también muchos cuerpos de santos resucitaron para mostrar al Señor que resucitaba (Jn. 11). Y sin embargo, aunque los monumentos se abrieron, no resucitaron antes de que el Señor resucitara, para que él fuera el primogénito de la resurrección de entre los muertos. La santa ciudad empero en la que fueron vistos los que resucitaban, o la entendamos como la Jerusalén celestial, o como

esta terrenal que antes había sido santa. Como también Mateo es llamado publicano, no porque como Apóstol todavía permanezca publicano, sino porque mantiene el antiguo nombre. Santa se llamaba la ciudad de Jerusalén por el templo y los santos de los santos, y por la distinción de otras urbes en las que se rendía culto a los ídolos. Cuando empero se dice: "aparecieron a muchos", se muestra que no fue general la resurrección, que apareciera a todos; sino especial para muchísimos, para que estos vieran quienes merecían discernir.

(Vers. 54.) El centurión empero y los que con él estaban, guardando a Jesús, visto el terremoto y estas cosas que se hacían, temieron en gran manera, diciendo: Verdaderamente este era el Hijo de Dios. En otro Evangelio, después del terremoto, se expone una causa más manifiesta del milagro del centurión: que habiendo visto que había emitido el espíritu, dijo: "Verdaderamente este era el Hijo de Dios". Pues nadie tiene potestad de emitir el espíritu, sino aquel que es el fundador de las almas. Al espíritu empero en este lugar entendámoslo por el alma, o porque hace el cuerpo espiritual y vital, o porque la sustancia de la misma alma sea espíritu, según aquello que está escrito: "Quitarás el espíritu de ellos, y desfallecerán" (Sal. 103, 29). Y esto ha de considerarse, que el centurión ante la cruz, en el mismo escándalo de la pasión, confiesa que verdaderamente es el Hijo de Dios: y Arrio en la Iglesia predica que es criatura.

(Vers. 55, 56.) Estaban empero allí muchas mujeres de lejos que habían seguido a Jesús desde Galilea, ministrándole: entre las cuales estaba María Magdalena, y María madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo. Fue de costumbre judaica, ni se llevaba a culpa por la antigua costumbre de la gente, que las mujeres de su sustancia ministraran sustento y vestimenta a los preceptores. Esto, porque podía causar escándalo entre las naciones, Pablo menciona que él lo rechazó. Dice pues él mismo: "¿Acaso no tenemos potestad de llevar con nosotros hermanas mujeres, como también los demás Apóstoles hacen?" (1 Cor. 9, 5). Ministraban empero al Señor de su sustancia, para que él segara sus cosas carnales, de quien ellas segaban las espirituales. No porque necesitara alimentos el Señor de las criaturas, sino para mostrar el tipo de los maestros, que del sustento y vestimenta de los discípulos debieran estar contentos. Pero veamos qué clase de compañeras tuvo: a María Magdalena, de quien había echado siete demonios, y a María la madre de Jacobo, y a José su madre, su tía materna, hermana de María la madre del Señor, y a la madre de los hijos de Zebedeo, que poco antes había pedido el reino para sus hijos, y otras que leemos en los demás Evangelios (Lc. 8).

(Vers. 57, 58.) Cuando empero se hizo tarde, vino un cierto hombre rico de Arimatea, de nombre José, quien también él mismo era discípulo de Jesús. Este accedió ante Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que se le devolviera el cuerpo. Se refiere que era "rico" no por

jactancia del escritor, por la que refiera que un varón noble y riquísimo había sido discípulo de Jesús; sino para mostrar la causa por la que pudo impetrar de Pilato el cuerpo de Jesús. Pues no era de un pobre e ignoto el acceder ante el presidente Pilato del poder romano, e impetrar el cuerpo del crucificado. En otro Evangelista (Lc. 23) este José es llamado "bouleutes" (βουλευτάς), esto es, consejero, y de él algunos piensan que está compuesto el primer salmo: "Bienaventurado el varón que no anduvo en el consejo de los impíos", y lo demás.

(Vers. 59.) Y tomado el cuerpo, José lo envolvió en una sábana limpia. De la simple sepultura del Señor se condena la ambición de los ricos, que ni siquiera en los túmulos pueden carecer de riquezas. Podemos empero según la inteligencia espiritual sentir también esto, que el cuerpo del Señor no debe ser envuelto en oro, gemas y seda, sino en lino puro, aunque también esto signifique que aquel envolvió a Jesús en una sábana limpia, que con mente pura lo recibió.

(Vers. 60.) Y lo puso en su monumento nuevo, que había tallado en la roca, y arrastró una piedra grande a la puerta del monumento, y se fue. Se pone en un monumento nuevo para que después de la resurrección, permaneciendo los demás cuerpos, no se fingiera que otro había resucitado. Puede empero también el sepulcro nuevo demostrar el útero virginal de María: y la piedra opuesta a la puerta, y piedra grande, mostrar que sin el auxilio de muchísimos el sepulcro no podía ser descerrajado.

(Vers. 61 y sigs.) Estaba empero allí María Magdalena y la otra María, sentadas contra el sepulcro. Al otro día empero que es después de la parasceve, se reunieron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos ante Pilato, diciendo: Señor, nos hemos recordado que aquel seductor dijo todavía viviendo: Después de tres días resucitaré. Abandonando los demás al Señor, las mujeres perseveran en su oficio, esperando lo que Jesús había prometido, y por eso merecieron ser las primeras en ver al que resucitaba, porque "quien perseverare hasta el fin, este será salvo" (Mt. 10, 22; 24, 13).

(Vers. 64 y sigs.) Manda pues que se guarde el sepulcro hasta el día tercero, no sea que tal vez vengan sus discípulos y lo roben, y digan al pueblo, resucitó de entre los muertos, y será el novísimo error peor que el primero. Les dijo Pilato: Tenéis guardia. Id, guardadlo como sabéis. Ellos empero yendo, aseguraron el sepulcro, sellando la piedra con los guardias. No les había bastado a los príncipes de los sacerdotes, y a los escribas y fariseos el haber crucificado al Señor Salvador, si no guardaran el sepulcro, aceptaran una cohorte, sellaran la piedra, [y] cuanto está en ellos, opusieran su mano al que resucita, para que su diligencia aprovechara a nuestra fe: pues cuanto más se custodia, tanto más se muestra la virtud de la resurrección. Por lo cual también fue sepultado en un monumento nuevo que había sido tallado en la roca: no fuera que si estuviera edificado de muchas piedras, socavados los fundamentos del túmulo, se dijera que había sido quitado por robo.

Que empero en el sepulcro debiera ser puesto, testimonio es del profeta que dice: "Este habitará en la tallada cueva de la roca fortísima" (Is. 33, 16). E inmediatamente después de dos versículos sigue: "Al Rey con gloria veréis" (Ibid., 17).

(Cap. XXVIII. --- Vers. 1.) Al atardecer empero del sábado que clarea en el primero del sábado, vino María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Que diversos tiempos de estas mujeres se describen en los Evangelios, no es signo de mentira, como los impíos objetan, sino oficio de sedulada visitación, mientras a menudo se van y recurren, y no permiten estar mucho tiempo o más lejos del sepulcro del Señor.

(Vers. 2, 3.) Y he aquí que se hizo un gran terremoto. El ángel del Señor descendió del cielo, y accediendo, removió la piedra, y se sentaba sobre ella. Era empero su aspecto como el relámpago, y su vestidura como la nieve. Nuestro Señor, uno y el mismo Hijo de Dios e Hijo del hombre, según cada naturaleza, de la divinidad y de la carne, ahora demuestra signos de su magnitud, ahora de su humildad. Por lo cual también en el presente lugar, aunque sea un hombre el que fue crucificado, el que fue sepultado, el que fue cerrado en el túmulo, a quien la piedra opuesta contiene, sin embargo lo que fuera se hace, muestra al Hijo de Dios: el sol huyendo, las tinieblas arremetiendo, la tierra movida, el velo rasgado, las rocas rotas, los muertos resucitados, los ministerios de los ángeles, que desde el principio de su nacimiento probaban que era Dios. A María viene Gabriel, con José habla el ángel; el mismo anuncia a los

pastores, después se oye el coro de los ángeles diciendo: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (Lc. 2). Es tentado en la soledad, y después de la victoria inmediatamente sirven los ángeles. Ahora también viene el Ángel custodio del sepulcro dominical, y en vestido cándido signa la gloria del triunfante. Asimismo, ascendiendo el Señor a los cielos, dos ángeles se ven en el monte Olivete, prometiendo a los apóstoles el segundo advenimiento del Salvador (Hch. 1).

(Vers. 4, 5.) Por el temor de él empero, se aterraron los guardias, y se quedaron como muertos. Respondiendo empero el ángel, dijo a las mujeres: No temáis vosotras. Sé pues que a Jesús, que fue crucificado, buscáis: No está aquí, pues resucitó como dijo. Los guardias, perterritos por el temor, yacen estupefactos a semejanza de muertos, y sin embargo el ángel no a ellos, sino a las mujeres consuela. No temáis vosotras. Teman ellos, dice: en estos persevere el pavor, en los cuales permanece la incredulidad. Por lo demás vosotras, porque buscáis a Jesús crucificado, oíd que resucitó y cumplió las promesas.

(Vers. 6, 7.) Venid y ved el lugar donde había sido puesto el Señor. Y yendo pronto, decid a sus discípulos. Para que si a mis palabras no creéis, creáis al sepulcro vacío, y con paso acelerado id y anunciad a sus discípulos. Que resucitó, y he aquí que os precede a Galilea: allí lo veréis: he aquí que os lo predije. Esto es, al lugar de revolcarse de las naciones, donde antes había error y resbaladero, y con pie firme y estable no ponía su huella.

(Vers. 8.) Y salieron pronto del monumento con temor y gozo grande, corriendo a anunciar a sus discípulos. Un doble afecto tenía las mentes de las mujeres, de temor y de gozo: uno por la magnitud del milagro, otro por el deseo del que resucitaba; y sin embargo ambos aceleraban el paso femenino. Iban a los apóstoles para que por ellos se esparciera el semillero de la fe.

(Vers. 9.) Y he aquí que Jesús les salió al encuentro, diciendo: Salve (Avete). Las que así buscaban, las que así corrían, merecían tener al encuentro al Señor que resucitaba, y primero oír: "Salve": para que la maldición de la mujer Eva en las mujeres fuera subvertida. Ellas empero accedieron, y asieron sus pies, y lo adoraron. Estas acceden y asientan sus pies, porque lo adoraron. Por lo demás aquella que buscaba al viviente con los muertos, y no sabía todavía que el Hijo de Dios había resucitado, méritamente oye: "No me toques, pues todavía no he subido a mi Padre" (Jn. 20, 17).

(Vers. 10.) Entonces les dijo Jesús: No temáis. Tanto en el antiguo como en el nuevo Testamento, esto siempre ha de observarse: que cuando alguna visión más augusta apareciere, primero se expele el temor, para que, así con la mente aplacada, puedan oírse las cosas que se dicen. Id, anunciad a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán. Cuando ellas se hubieron ido, he aquí que algunos de los guardias vinieron a la ciudad, y anunciaron a los príncipes de los sacerdotes todas las cosas que se habían hecho. A estos hermanos de los cuales en otro lugar dijo:

"Anunciaré tu nombre a mis hermanos" (Sal. 21, 23): quienes en modo alguno ven al Salvador en Judea, sino en la muchedumbre de las naciones.

(Vers. 12 y sigs.) Y reunidos con los ancianos, tomado consejo, dieron copiosa cuantía de dinero a los soldados, diciendo: Decid que sus discípulos vinieron de noche, y lo robaron, durmiendo nosotros. Y si esto fuera oído por el presidente, nosotros le persuadiremos, y os haremos seguros. Ellos empero, aceptado el dinero, hicieron como habían sido instruidos. Y se divulgó esta palabra entre los judíos hasta el día de hoy. Los guardias confiesan el milagro: a la ciudad acelerados regresan: anuncian a los príncipes de los sacerdotes lo que vieron, lo que contemplaron haber sido hecho. Ellos, que debieran haberse convertido a la penitencia, y buscar a Jesús que resucitaba, perseveran en la malicia, y el dinero que para los usos del templo había sido dado, lo convierten en la redención de la mentira, como antes habían dado treinta argénteos a Judas el traidor. Todos por tanto los que de la estípite del templo, y de estas cosas que se confieren para los usos de la Iglesia, abusan en otras cosas con las que cumplan su propia voluntad, son semejantes a los escribas y sacerdotes, que redimen la mentira y la sangre del Salvador.

(Vers. 16, 17.) Los once discípulos empero se fueron a Galilea, al monte donde les había citado Jesús. Y viéndole, lo adoraron; algunos empero dudaron. Después de la resurrección Jesús es contemplado en el monte de Galilea, y allí es adorado: aunque algunos duden, y la duda de

ellos aumente nuestra fe. Entonces se muestra más manifiestamente a Tomás, y demuestra el costado vulnerado por la lanza, y las manos fijas por los clavos.

(Vers. 18.) Y accediendo Jesús les habló, diciendo: Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra. A aquel le fue dada la potestad, que poco antes fue crucificado, que fue sepultado en el túmulo, que había yacido muerto, que después resucitó. En el cielo empero y en la tierra le fue dada la potestad, para que el que antes reinaba en el cielo, por la fe de los creyentes reine en la tierra.

(Vers. 19.) Yendo pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Primero enseñan a todas las gentes, después a las enseñadas las tiñen con agua. No puede pues hacerse que el cuerpo reciba el sacramento del bautismo, si antes el alma no hubiere recibido la verdad de la fe. Son bautizados empero en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, para que de quienes una es la divinidad, una sea la largueza: y el nombre de la Trinidad es un solo Dios.

(Vers. 20.) Enseñándoles a observar todas las cosas que os he mandado. Orden preclaro: Mandó a los apóstoles que primero enseñaran a todas las gentes, después las tiñeran con el sacramento de la fe, y después de la fe y el bautismo, preceptuaran las cosas que debían ser observadas. Y para que no pensemos que son leves las cosas que han sido mandadas y pocas, añadió: "Todas las cosas que os he mandado". Para que cualesquiera que hubieren creído, los que en la Trinidad hubieren

sido bautizados, hagan todas las cosas que han sido preceptuadas.

Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo. El que hasta la consumación del siglo promete que estará con los discípulos, tanto muestra que ellos siempre han de ser vencedores, como que él nunca se apartará de los creyentes. El que empero hasta la consumación del mundo promete su presencia, no ignora aquel día en el que sabe que ha de estar con los apóstoles.